
DEL BALLET A LA MAFIA SOLO HAY UN PASO
LA OBSESIÓN DEL JEFE
RENATA STORM

La obsesión del jefe
Renata Storm

La obsesión del jefe.
Título: La obsesión del jefe.
2026, Renata Storm.
Código de registro:
ISBN: 9798197036940

Corrección: 2026, Anna Bissette

1ª edición: 2026, mayo.

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010).

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra registrada en la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

A todas esas mujeres que, como Eve,

fueron supervivientes de un mundo cruel que no las merecía.

El Clan

Cruzar la línea de las sombras no es para todas, pero sí para ti.

Accede a la comunidad privada donde los tabús no existen y recibe ***GRATIS*** mi libro: ***Sombras de sangre***

Escanea el código con tu móvil

Además, consigue:

- Libro gratis.
- Sorteos.
- Lecturas exclusivas.
- Adelantos.
- Ofertas.
- Fragmentos inéditos.



PRÓLOGO

Luca

Unos meses después de sacar a Eve de casa de La Mort.

—¡No la toques! —rugí, sintiendo cómo la voz me rasgaba la garganta, áspera, llena de sangre y rabia—. Maldito hijo de puta… ¡Ni se te ocurra tocarla!

Forcejeé con las cadenas que me sujetaban al techo con tanta fuerza, intentando zafarme, que sentí cómo el metal comenzaba a crear mella en mis manos. El dolor estaba ahí, pero ya no lo sentía. Solo podía notar la sangre deslizarse por mi sien y el latir que retumbaba en mi pecho, recorriéndome el cuerpo, como si algo dentro de mí quisiera desgarrarme la piel para salir y matarlos a todos.

Me habían golpeado, cortado, azotado y desangrado.

Y, aun así, nada importaba.

Nada salvo Eve.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que escuché el rechinar de mis muelas, y por un instante creí que los dientes me saltarían por los aires.

Iba a matarlos en cuanto pusiese un pie en el suelo, iba a hacerles pagar cada segundo de miedo que ella hubiese tenido que vivir allí dentro.

Se acercó a mí con esa calma enfermiza que siempre lo rodeaba, como si todo aquello fuese un simple juego.

—Es hermosa, ¿verdad?

Lo fulminé con la mirada, sintiendo cómo el odio comenzaba a emanar de cada poro de mi piel.

Me impulsé hacia adelante, hasta que nuestras frentes casi chocaron, las cadenas se tensaron al máximo, impidiéndome llegar a más.

—Aléjate de ella —bisbiseé enfurecido—. Porque juro que voy a arrancarte la puta polla y haré que te la tragues antes de matarte.

Mi pecho subía y bajaba frenético. Nunca había estado tan cerca de perder el control, no cuando siempre me había mantenido cuerdo. Pero en aquel momento quería despellejarlo. Cortarle los dedos uno a uno, escuchar sus súplicas mientras se desangraba lentamente por todo lo que había hecho. No a mí, sino a la mujer más importante de toda mi jodida existencia.

Este sonrió con lascivia, y eso me revolvió el estómago.

—Ah, ¿sí? —preguntó, al mismo tiempo que ladeaba la cabeza, burlándose de mí—. ¿Y quién te dice que no me la he follado ya?

Sentí cómo algo explotaba dentro de mí. Podía notar la vena de mi sien palpitar con fuerza, tanta que parecía estar a punto de explotar. El hierro crujió cuando tiré de las cadenas, y por un segundo, juraría que estuvieron a punto de ceder.

—¿Crees que te tengo miedo, Luca?

Negó despacio, disfrutando del momento, y antes de que pudiera responder, su puño impactó contra mi boca. La cabeza se me giró hacia un lado y el sabor metálico volvió a llenar mi boca.

Sonreí.

Estaba tan furioso que podría haber acabado con él a golpes.

—Como vuelvas a tocarla… —gruñí, clavándole la mirada—. Te mataré —sentencié—. Aunque me hayáis arrancado la piel a tiras. Pienso bajar al puto infierno si es necesario para encontrarte, porque no habrá lugar en la tierra en la que puedas esconderte de mí.

0

Eve

Italia, horas después de haber sido salvada de las garras de La Mort.

No sabía qué estaba ocurriendo.

Solo sabía que me habían sacado de la casa de *La Mort* a empujones, entre gritos y órdenes que no comprendía. Todo había sucedido demasiado rápido. Puertas que se abrían de golpe, hombres corriendo por los pasillos, voces que hablaban en idiomas que apenas lograba reconocer.

Alguien me agarró del brazo, tirando de mí cuando mis piernas se negaron a avanzar, y en cuestión de segundos me vi arrastrada fuera del caserío.

No pregunté nada.

Había aprendido hacía demasiado tiempo que las preguntas rara vez traían respuestas, al menos en un mundo como aquel.

Lo único que conseguían eran castigos.

Así que guardé silencio, refugiándome en ese lugar de mi mente donde nada podía alcanzarme. Bajé la cabeza e intenté cubrir mi cuerpo con los brazos, consciente de lo poco que me protegía aquel vestido ligero que apenas lograba abrigarme del frío.

No reconocía a los hombres que me rodeaban.

Eso era lo que más miedo me daba.

Los hombres de *La Mort* eran monstruos, pero al menos sabía qué esperar de ellos. Aquellos otros no hablaban conmigo, no me miraban, no me dirigían ni una sola palabra, solo cumplían órdenes.

Y yo no sabía cuáles eran.

El estómago se me dio la vuelta cuando vi la señal de un aeropuerto, cómo el vehículo en el que estábamos se adentraba en el mismo, cruzando la pista entre aviones de gran calibre hasta llegar a un *jet* privado.

Contuve el aliento cuando la puerta de mi lado se abrió y uno de los hombres armados me instó, con la pistola en la mano, a que bajase. El corazón se me aceleró tanto que, por un momento, me tropecé, y cuando estuve a punto de caer, el guardia me sujetó por los hombros, recolocándome y obligándome a que descendiese de la furgoneta para entrar en el avión.

El latido se me instauró en los oídos, latiéndome con tanta firmeza que apenas podía escuchar nada más allá. La cabeza comenzó a darme vueltas, y creí que me desmayaría cuando el hombre del traje negro me agarró por el brazo, tirando de mí hacia las escalerillas.

No dijo nada, ni siquiera emitió un leve sonido.

Se le veía cabreado, tenía la mandíbula apretada y no supe si yo era la causa de todos sus males.

El viaje fue un borrón de oscuridad, ruido de motores, tomamos un avión, aterrizamos en Italia y después hubo silencio.

El mundo se me vino encima cuando un vehículo nos esperaba bajo la rampa junto con diez hombres armados hasta los dientes. Cerré los ojos, sintiendo como una pequeña lágrima descendía por mis mejillas hasta caer en el asfalto mojado.

Desvié la mirada hacia mi acompañante, encontrándome con la frialdad hecha persona, como si dentro de él ya no quedase nada más que no fuese odio. Se llamaba Luca, y algo me decía que aquel nombre iba a quedarse grabado en mi alma hasta el fin de mis días. Este me sujetó por la parte baja de la cintura, indicándome que avanzase. Al no hacerlo, uno de sus hombres me tomó con fuerza del brazo, provocando que un quejido saliese de entre mis labios.

Luca giró sobre sus talones y, sin pensarlo un solo instante, sacó una Glock con la que apuntó al hombre que me sostenía.

—Ni se te ocurra ponerle una mano encima —sentenció.

Antes de que este pudiese responderle, Luca le golpeó con la culata del arma, haciendo que el guardia cayese de bruces al suelo, sin darle tiempo siquiera de poner las manos para amortiguar la caída.

—Vamos —me ordenó.

Tragué saliva a duras penas, e hice lo que me pedía.

El vehículo se detuvo, el trayecto fue corto, no más de media hora. Cuando abrieron las puertas pude sentir el aire frío impregnado en lluvia, calando mis huesos hasta lo más profundo.

Me obligaron a bajar, esta vez un hombre alto, de casi dos metros, musculoso, cabeza rapada y ojos marrones. No me resistí, permití que me sacaran del coche sin impedirlo.

La tela del vestido se pegó a mi piel al instante, empapándome. El viento que llegaba desde el mar me atravesó el cuerpo y no pude evitar que los dientes comenzaran a castañearme, retumbando en mis oídos.

Fue entonces cuando alcé la vista.

Frente a mí se alzaba un santuario.

El Santuario de Santa María dell'Isola, leí, que emergía sobre la roca como si hubiese nacido de la propia piedra, dominando el mar negro que rugía a sus pies. La lluvia resbalaba por sus muros antiguos, iluminados por dos grandes antorchas clavadas a ambos lados de la entrada. Las llamas danzaban con violencia bajo el viento, proyectando sombras que trepaban por la fachada del templo.

El olor a sal y a cera quemada se mezclaba en el aire, mientras el mar golpeaba los acantilados bajo nosotros con una fuerza sobrenatural.

Nadie hablaba.

Uno de los hombres me empujó hacia adelante y comencé a subir los escalones que conducían al santuario. Mis pies descalzos resbalaban sobre la superficie mojada, mientras el vestido quedaba adherido a mis piernas.

Sentí el corazón golpearme en el pecho con fiereza, tanta que por un instante creí que me desmayaría.

El miedo se instauró en lo más profundo de mi alma. Cuando las puertas se abrieron, mostrándome una oscuridad distinta, profunda, silenciosa, una que había tomado el interior del santuario.

Estaba iluminado por decenas de velas que ardían frente al altar y por las antorchas que proyectaban su luz temblorosa sobre los muros antiguos. La piedra estaba húmeda, impregnada de siglos de

sal y oraciones desesperadas. El olor a incienso flotaba en el aire, asfixiándome tanto como lo hacía mi pesar.

Las figuras de los santos nos observaban desde las paredes, como si quisieran ser testigos de lo que estaba a punto de acontecer. Ellos lo veían todo, hasta el terror que ya vibraba en lo más profundo de mi ser.

Me obligaron a avanzar por la nave central, provocando que cada paso resonase contra el suelo de piedra mientras la lluvia continuaba golpeando el techo del santuario. Y entonces, lo vi. Al final de la iglesia había una mesa repleta de papeles, pero también de una pluma. Un pequeño punzón metálico que brillaba bajo la luz de las velas llamó mi atención.

No supe en qué momento había ocurrido, pero Luca estaba allí. A mi lado. Solo pude sentir su mano cerrarse alrededor de mi brazo con una fuerza que me obligó a detenerme. Sus dedos se clavaron en mi piel, mientras me empujaba hacia la mesa.

No me miró.

Ni siquiera pareció interesado en ello.

—Firma.

Su voz fue baja.

Una orden.

Nada más.

Mis manos temblaron cuando tomó la pluma y la colocó entre mis dedos. Intenté leer lo que había escrito, pero de poco sirvió, ya que las lágrimas afloraron en apenas un segundo, emborronándolo todo.

No entendía nada, ni qué estaba firmando, pero sabía que negarme no era una opción.

Mi nombre apareció sobre el papel con una torpeza que me avergonzó, parecía la letra de una niña pequeña. Cuando terminé, Luca agarró mi muñeca con brusquedad.

La pluma cayó al suelo, y antes de que pudiera reaccionar, sentí el pinchazo. El punzón atravesó la piel de mi dedo, el dolor agudo me recorrió el brazo mientras un hilo de sangre comenzaba a deslizarse por mi mano.

Luca me apretó con fuerza, tanta que las pequeñas gotas comenzaron a caer con lentitud sobre una pequeña imagen de la

Virgen colocada sobre la mesa. La sangre se extendió sobre ella, pintando su rostro de un color carmesí.

—Repite —me instó.

Su voz no fue alta, pero sí clara, lo suficiente como para no dejar espacio u opción a negaciones.

—*Giuro di rinnegare la mia carne e il mio sangue.*

El corazón se desbocó en mi pecho al escuchar sus palabras, tanto que mi voz sonó quebrada.

—*Gi… Giuro di rinnegare la mia carne e il mio sangue.*

Sentía como el latir se instauraba en mis sienes, pero también en el dedo que aún sostenía el italiano.

—*Se tradisco la società, che la mia carne bruci come questa immagine.*

Tragué saliva.

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta, haciendo que un enorme nudo me impidiese respirar. Todo mi cuerpo tembló, tanto que incluso Luca pareció percatarse de ello.

—*Se tradisco la società… che la mia carne bruci… come questa immagine.* —La voz me salió estrangulada, más aún cuando vi como Luca tomaba mi mano para que sujetase a la Virgen empapada en mi sangre.

—Juro renunciar a mi carne y a mi sangre. Si traiciono a la sociedad, que mi carne arda como esta imagen —tradujo Luca al instante.

La llama de las velas tembló con una ráfaga de viento que se coló por el santuario, provocando que se prendiese.

—A partir de ahora, perteneces *alla nostra 'ndrina.*

Y en ese momento supe que mi vida ya no me pertenecía a mí.

1

Eve

Unos años antes, Moscú, noche del secuestro.

Abrí los ojos con la sensación de que algo se había movido en el pasillo, como si el aire se hubiese vuelto más pesado. Me incorporé despacio, con el corazón palpitándome con tanta fuerza que podía sentirlo en las costillas.

Fue entonces cuando escuché un golpe seco, brutal, uno de esos que no piden permiso porque ya lo han comprado. El segundo llegó antes de que pudiera moverme; y el tercero fue el que partió la madera, porque la puerta cedió con un crujido que me heló la sangre.

Me arrinconé contra la esquina más alejada, sobre la cama, cubriéndome con la manta de aquellos tres hombres que acababan de entrar.

No recordaba sus caras, pero sí sus botas, el barro en ellas, el olor agrio a tabaco y alcohol, el sonido de su respiración tranquila, como si aquello no fuese más que un trabajo cualquiera. Ahogué un grito cuando uno de ellos se lanzó a por mí y me agarró del brazo. Tiró de mí con fuerza, arrastrándome sobre el colchón de matrimonio en el que habíamos dormido mi madre y yo durante años.

—No… —supliqué, mediante un hilo de voz.

Forcejeé, intentando zafarme de su agarre, porque, aunque fuese pequeña, no era tonta. Sabía lo que eran esos hombres, lo que hacían con las chicas, lo que significaba que vinieran a por mí… Había escuchado historias, más de las que habría querido. El pánico me subió por la garganta con tanta fuerza que me costó hasta respirar.

Me arrastraron hacia el pasillo y, mientras pataleaba y gritaba hasta romperme la voz, mis ojos buscaron de forma instintiva el lugar donde debería haber estado mi madre, aunque supiera que nadie iba a salir a salvarme.

Y entonces vi a Nickin.

Asomó la cabeza por la puerta de su cuarto, con esa cara de cobarde que siempre llevaba cuando había problemas, y durante unos segundos creí que iba a hacer algo, a gritar o a correr escaleras arriba para avisar a alguien.

Pero no.

No lo hizo.

Nickin me miró, fijando su vista en la mía, con los ojos bien abiertos, y en vez de dar la voz de alarma, se agachó como una rata. Cogió mi mochila del suelo. La mía. Allí donde guardaba mis zapatillas de ballet, mis apuntes y las pocas cosas que me pertenecían.

Lloré con ansia, desquiciada, mientras no dejaba de gritar.

Él se la colgó en el hombro y cerró la puerta con cuidado, como si el ruido pudiera molestar a los hombres que me estaban arrancando de mi vida.

El aire me faltó.

***

Desperté con esa misma sensación de angustia pegada al pecho, como si aún me costara respirar, como si todavía me estuvieran arrastrando por aquel pasillo interminable. Durante unos segundos no supe dónde estaba, la habitación tardó en tomar forma, el techo alto, las paredes limpias, el silencio ordenado de una casa que no se parecía en nada a aquella en la que crecí.

Sin embargo, el temblor era el mismo.

Me incorporé despacio, llevando una mano a mi abdomen, como si todavía esperara encontrar allí la marca del golpe. El latido en mi

pecho era ensordecedor, no era desbocado, sino insistiéndome como un recordatorio de que seguía viva. Habían pasado años desde aquella noche, demasiados, y, aun así, mi cuerpo reaccionaba como si no hubiera pasado nada.

La casa estaba en mitad de la nada. Luca la había elegido así, lejos de todo, sin vecinos, sin carreteras cercanas, sin nada que pudiera delatar la ubicación exacta. Seguridad, lo llamó así cuando me trajo. Protección. Y yo asentí, porque en aquel momento no tenía fuerzas para discutir.

Los días se convirtieron en semanas, y luego en meses, haciendo que esas dos palabras cambiaran de forma en mi cabeza.

Era una jaula.

Me coloqué el abrigo que siempre llevaba, las botas de montaña, y salí al porche de la casa, dejándome caer sobre las escaleras. Luca me había desterrado allí junto con varios de sus hombres, quienes apenas interactuaban conmigo. Se limitaban a vigilar noche y día que todo estuviera en orden, siguiendo un perímetro marcado por su jefe.

El aire de la madrugada era frío, limpio, y el bosque se extendía frente a mí como una pared oscura e infranqueable. No había luces, ni motores, ni voces.

Solo silencio.

Cerré los ojos, sintiendo como una pequeña lágrima descendía hasta morir en la tela del abrigo.

Al abrirlos, allí estaba él, como un maldito ángel de la guarda, dejando ir el humo de su cigarrillo, observándome con esa oscuridad tan reconfortante que solo él podía llegar a tener. Se sentó a mi lado, y no hizo falta más, las palabras sobraban, igual que lo habían hecho en cientos de ocasiones en las que mi propio pasado había vuelto para arrastrarme de nuevo hacia él.

—Solo era una niña —sollocé.

Acarició con mimo mi cabello

—Has vuelto a soñar con ellos… —musitó, y no fue una pregunta.

Quise mentirle, negarle que esas malditas pesadillas continuaban arrastrándome a lo más profundo de mi dolor.

—Estoy arreglándolo, *piccola* —aseguró.

—No necesito que lo arregles —murmuré, rompiendo el silencio antes de que añadiese algo más.

—Lo controlo.

Allí estaba. El maldito verbo.

Controlar. Lo miré entonces. La luz tenue de la luna delineaba su perfil, la mandíbula tensa y los ojos oscuros que parecían absorber más de lo que mostraban.

—No soy un problema logístico, Luca.

Sus pupilas se afilaron.

—Eres lo único que no puedo permitirme perder.

No fue una declaración dulce, solo una constatación fría, casi matemática, y, sin embargo, sentí cómo algo se tensaba dentro de mí.

—No quiero estar aquí —admití al fin, porque el miedo que me despertó el sueño era menor que el que me provocaba aquella casa perfecta y aislada.

Su expresión no cambió, pero su cuerpo sí. Se enderezó, como si mis palabras hubieran activado una alerta interna.

—Aquí puedes estar viva.

—Y encerrada —musité con pesar.

—Fuera estarías muerta.

Su respuesta llegó de manera inmediata, sin un titubeo, como si la hubiera repetido mentalmente cien veces antes de decirla en voz alta.

—No puedes decidir por mí —le rebatí, sintiendo como el corazón se me encogía.

—Claro que puedo.

Tragué saliva, sintiendo cómo el recuerdo del coche, de las manos arrastrándome por el pasillo, la mirada de Nickin, se mezclaban con la certeza de que él tenía razón y con esa necesidad casi infantil de que no la tuviera.

—Llévame contigo —le pedí entonces, y odié ese deje de súplica que se coló en mi voz—. No quiero seguir sola mientras tú decides qué hacer con el mundo.

Por primera vez desde que le vi, algo se quebró en su mirada. No fue debilidad, fue miedo. Un miedo distinto al mío.

—No —respondió al final.

—¿Por qué?

Se pasó una mano por el rostro y le dio una larga calada al cigarrillo, como si estuviera conteniendo algo que no quería dejar salir.

—Porque si te llevo conmigo, estarás en el centro de todo —me explicó—. Y no pienso permitir que vuelvan a mirarte como si fueras mercancía.

—Es lo mismo que soy para ti —sentencié al mismo tiempo que me ponía en pie y me encaminaba hacia el bosque.

Sentí las amargas lágrimas acudir a mis ojos, empapando mis mejillas, depurando cada resquicio de dolor que aún permanecía en lo más profundo de mi ser.

Me abracé a mí misma, sintiendo el frío colarse bajo la chaqueta, helándome los huesos. Alcé la vista al cielo, permitiendo que la luz de la luna me bañase, y por un instante quise desaparecer.

—Eve, por favor… —pidió mientras avanzaba detrás de mí.

—Estoy cansada de tener que vivir con miedo, de esconderme como si hubiera hecho algo malo —comencé abatida.

—No vuelvas a decir que eres mercancía para mí —ordenó, tomándome del brazo, y haciéndome girar sobre mí misma.

Sus ojos descendieron a mi boca, luego volvieron a los míos, y durante un momento vi algo que no esperaba encontrar en ellos: culpa.

—Si te llevo conmigo —murmuró al fin—, no podré protegerte.

—¿De ellos?

Negó despacio.

—De mí.

2

Luca

Un gruñido profundo salió de mi pecho antes de que pudiera contenerlo, rebotando contra el parabrisas del coche, como si el cristal fuese capaz de devolverme la furia que me estaba devorando por dentro. Golpeé el volante con un puñetazo, no una, sino dos veces, hasta que el impacto vibró por todos mis brazos. Necesitaba sentir algo físico, algo que superara la presión insoportable que me estaba aplastando el pecho desde que la vi llorar.

Tenía razón.

Maldita sea, claro que la tenía.

Eve no merecía aquella vida, ni estar encerrada en mitad de la nada como si fuese una pieza frágil que solo pudiera conservarse lejos del mundo. Merecía algo especial, que no oliera a pólvora y sangre, y mucho menos a acuerdos que se cerraban con cadáveres. Merecía a alguien que no tuviera las manos manchadas desde antes de saber lo que significaba amar.

Y ese no podía ser yo.

Arranqué el coche con brusquedad, el motor rugió bajo el capó mientras pisaba el acelerador sin medir la presión, haciendo que la gravilla saltara en todas direcciones. Necesitaba alejarme de aquella casa, de ella, y de la tentación constante de querer romper mis propias reglas cada vez que la veía temblar por culpa de esas pesadillas que no había provocado pero que sabía que mi apellido sí había alimentado durante años.

Conduje sin rumbo claro, entrando en el camino de tierra que serpenteaba entre los árboles. La oscuridad se cerraba a ambos lados del camino, pero lo único que veía era su rostro cuando me había mirado unos minutos antes. Cómo de sus ojos emanaba una mezcla de rabia y dolor que no sabía gestionar sin que me arrancara el corazón del pecho.

—¿Todo esto es por Eve? —preguntó Alexei a través del pinganillo.

Su voz llegó nítida, controlada, como siempre. Él sabía cuándo intervenir y cuándo dejar que el silencio hiciera su trabajo, pero conmigo nunca fingía que no veía lo evidente.

—Sabes exactamente lo que ha vivido —respondí, sin apartar la vista del camino.

—Lo sé —aseguró con firmeza—, y también que no puedes permitir que eso te haga perder la cabeza.

Dejé ir una risa seca en la que no hubo ni pizca de humor.

—¿Perder la cabeza? —repetí incrédulo—. Nunca la he tenido.

Me pasé una mano por la barbilla, sintiendo la tensión que se me acumulaba en la mandíbula. Llevábamos semanas rastreando cada movimiento sospechoso, cada contacto, cada transferencia. Habíamos creado un cortafuegos para que Giovanni no pudiese dar con nosotros. La posibilidad de que alguien supiera dónde estaba me mataba.

—Estás demasiado involucrado —añadió Alexei—. Y eso te vuelve previsible.

—No me conoces si de verdad crees que soy previsible.

Apreté los dientes. No era eso lo que me molestaba. Lo que de verdad me destrozaba era saber que, en el fondo, tenía razón. Desde que Eve había entrado en mi vida, todo lo que hacía estaba atravesado por ella. Cada decisión, cada movimiento, cada maldito plan.

Y eso era peligroso.

—Necesito que mantengas la cabeza fría —insistió—. Si te alteras, ellos ganan.

Ellos.

Siempre ellos.

Los que compraban y vendían, los que observaban desde las sombras creyéndose intocables.

—Andrei ha hecho su parte —informó—, es cuestión de tiempo que todo caiga, pero de momento…

—No voy a dejar que vuelvan a tocarla —gruñí.

—Nadie está hablando de eso.

Yo sí lo hacía, porque llevaba meses encerrada en aquella casa. La tenía como un trofeo en una vitrina, solo que en este caso estaba escondida entre un montón de árboles.

Aceleré aún más, hasta que el coche dio un leve bandazo al tomar una curva cerrada. Detuve el vehículo de golpe, unos metros más adelante. Bajé sin siquiera cerrar la puerta a mi espalda y avancé hacia el primer árbol que encontré. El impacto de mi puño contra el tronco fue seco, brutal. Sentí cómo la piel se me abría en los nudillos y la sangre comenzaba a deslizarse por los dedos. No me importó, porque el dolor físico era insignificante comparado con el que me estaba perforando el pecho.

Golpeé otra vez.

Y otra.

Hasta que la madera raspó la carne abierta.

—¿Qué cojones haces? —preguntó Alexei con un tono más bajo.

Apoyé la frente contra el tronco, respirando con dificultad.

—Intento no volver y decirle que me importa más de lo que debería.

El silencio al otro lado del comunicador fue breve.

—Eso no es una debilidad.

Cerré los ojos.

—En mi mundo sí lo es.

Y en el suyo también.

Porque si alguien descubría hasta qué punto Eve me afectaba, la convertirían en un blanco y no permitiría que nadie la utilizara para llegar a mí.

Entonces ocurrió.

Una explosión sacudió el valle con tal violencia que el suelo vibró bajo mis pies. El estruendo atravesó el aire como un disparo gigante, y durante un segundo no entendí lo que estaba viendo. La casa apareció en el horizonte convertida en una columna de fuego y humo. Los fragmentos de madera y cristal salieron disparados hacia todas las direcciones, llegando a impactar sobre el coche.

El mundo dejó de girar en aquel preciso instante.

Y luego, todo volvió de golpe

El corazón me golpeó el pecho con una fuerza brutal, y el oxígeno se convirtió en algo difícil de conseguir. No pensé. No calculé. No ordené nada.

Solo corrí.

Lo hice como si cada paso que daba fuese el último, atravesando la maleza sin importarme las ramas que me arañaban los brazos, saltando troncos caídos, sintiendo cómo el aire me quemaba en los pulmones mientras el retumbar de mi corazón me ensordecía.

—Eve —rugí, aunque sabía que la distancia hacía imposible que me escuchara.

Había cometido un error que juré no cometer.

Me había acercado demasiado.

Había roto la única regla que me impuse desde el principio: no dejar que supieran cuánto significaba para mí.

Todas las noches había cruzado el perímetro para comprobar que dormía. Todas. Sin excepción. Me quedaba unos minutos observándola desde la puerta, asegurándome de que su respiración era estable y no estaba atrapada en otra de sus pesadillas. A veces me sentaba a su lado hasta que el temblor desaparecía. Nunca más de lo necesario.

Pero lo suficiente como para que alguien pudiera haberlo notado.

—Quiero a todos rastreando cada señal —ordené mientras seguía avanzando—. Cada puto movimiento.

—Ya estamos en ello —respondió Dante con una frialdad quirúrgica.

Mi mente funcionaba a una velocidad inhumana y, aun así, no conseguía construir un plan coherente. Solo había una idea fija: encontrarla.

Apreté la mandíbula con fuerza cuando la imagen de su cuerpo entre los escombros me asaltó. No iba a permitir que ese fuese su final. No después de todo lo que había sobrevivido.

Cuando llegué a la zona donde había estado la casa, el olor a humo y madera quemada me golpeó con crudeza. Los restos todavía ardían en algunos puntos, y entonces, la vi.

Estaba tirada en el suelo, boca abajo, a unos metros de los escombros.

El tiempo se detuvo.

Me acerqué sin sentir el suelo bajo mis pies, me arrodillé junto a ella, ignorando la humedad que se filtraba en mis pantalones. Tenía el rostro magullado, y una línea fina de sangre descendía desde su sien hasta la mejilla.

—Eve —murmuré, girándola con cuidado.

No respiré hasta que vi su pecho elevarse. El aire volvió a mis pulmones de golpe, como si alguien hubiera retirado una mano invisible de mi boca.

—No te atrevas —mascullé—. No te atrevas a dejarme aquí.

Apoyé la frente contra la suya durante un segundo, sin importarme la ceniza que ya se pegaba a mi piel. Una parte de mí había explotado con aquella casa, la misma que creía que podía mantener el control si planificaba lo suficiente.

—Debí llevarte conmigo —admití en un hilo de voz— Debí hacerlo…

La sangre de mis nudillos manchó su abrigo cuando la sujeté con más fuerza de la necesaria, como si temiera que alguien fuera a arrebatármela en cualquier momento. Me había enamorado de la mujer que mi padre consideraba una de sus posesiones, y ese era el secreto que me estaba destruyendo.

—Despierta, Eve —supliqué—. Despierta, porque pienso prender el puto mundo en llamas en tu nombre —sentencié con tanta rabia que sentí cómo cada palabra se clavaba en lo más profundo de mi pecho—, y necesito que estés viva para verlo.

3

Luca

—Eve… —Mi voz salió más baja de lo que pretendía mientras la sostenía entre mis brazos, notando el peso muerto de su cuerpo contra mi pecho, con la ceniza aún cayendo a nuestro alrededor como una maldita nevada gris—. No te atrevas a hacerme esto.

No hubo respuesta.

Su cabeza cayó hacia un lado cuando la acomodé mejor, apartándole el cabello del rostro con las manos manchadas de una sangre que ya no sabía si era mía o suya. El humo seguía saliendo de los restos de la casa y el olor a madera quemada me raspaba la garganta, pero nada de eso me importó. Solo el leve ascenso de su pecho. Solo eso.

—Respira —mascullé, apoyando nuestras frentes—. Joder, respira.

Dante hablaba por el pinganillo, decía algo sobre una ruta segura, un vehículo listo al otro lado del perímetro, sobre limpiar cualquier rastro antes de que alguien más apareciera. No contesté. No podía. Si abría la boca, la rabia iba a salir en forma de algo que no podría controlar.

La ajusté mejor contra mí y empecé a caminar entre los escombros, sorteando vigas caídas y cristales rotos. Sentía el calor aún emanando de la estructura derrumbada, el crepitar lejano del fuego terminando el trabajo que le habían encomendado, mientras que lo único que podía hacer era pensar en lo cerca que había estado de perderla.

Había fallado.

La había encerrado creyendo que eso bastaba.

La había escondido, como si el mundo no pudiera alcanzarla si yo levantaba suficientes muros.

Y, aun así, la alcanzaron.

—El coche está listo —insistió Dante.

—Luca, contesta —añadió Alexei.

Apreté la mandíbula.

—Dadme dos minutos —respondí al fin, sin bajar el ritmo.

Cuando llegué al vehículo, la acomodé con cuidado en el asiento trasero, quitándome la chaqueta para cubrirla mejor. Cerré la puerta con suavidad, como si el ruido pudiera romper algo más dentro de ella. Luego me senté al volante y arranqué sin mirar atrás.

El piso franco olía a limpieza reciente y silencio.

Un médico recomendado por los Romanov ya estaba allí cuando llegamos. No hizo preguntas innecesarias. Revisó las pupilas de Eve, su pulso, la herida que tenía en la sien, comprobó que no hubiera hemorragias internas, que la explosión no hubiese provocado algo invisible que pudiera llevársela horas después.

—Tiene una conmoción leve —dictaminó al final—. Habría que hacerle más pruebas para…

—Me encargaré de que se las hagan —aseguré.

—Necesita descansar.

Asentí.

Lo acompañé hasta la puerta y esperé a que desapareciera antes de volver a la habitación.

Eve continuaba dormida.

Me senté frente a ella con un vaso de whisky en la mano que no llegué a terminar. El líquido ámbar temblaba con cada una de mis respiraciones, mientras no hacía más que observarla, sintiéndome un furtivo que espera a que su presa se mueva para disparar.

Una parte de mí se sintió sucio, como si no tuviese derecho a deleitarme con la hermosa mujer que tenía frente a mí.

Durante todos los meses que había estado encerrada, Eve había comenzado a convertirse en algo más que una compra, algo más allá de una rehén.

Habían ocurrido tantas cosas que ni siquiera era capaz de recordarlas, sobre todo porque en aquel momento lo único que deseaba era que despertara.

Le di un trago a mi bebida, sin quitarle el ojo de encima, memorizando cada detalle.

La curva de sus labios.

La línea suave de su cuello.

La forma en la que su pecho subía y bajaba con regularidad.

Si alguien volvía a tocarla, u osaba intentarlo, no quedaría en pie.

Una hora más tarde, salí de la habitación, desquiciado.

Necesitaba centrarme en algo que no fuese lo ocurrido, porque en mi mente solo me repetía una y otra vez las imágenes que había visto. La casa prendida en llamas, Eve en el suelo tirada, sin responder a mis palabras, la sangre… Todo eso me perseguía como una maldita pesadilla, como si mis propios demonios hubiesen tomado esos recuerdos para fustigarme.

Mis manos se movían sobre el piano con una velocidad que no recordaba tener, disfrutando de no tener que demostrar nada. Cerré los ojos de manera instintiva, dejando que la música se colase por cada poro de mi piel.

No era una canción alegre.

Tampoco triste.

Era la tensión contenida convertida en sonido.

Era el terror de ver la casa volando en pedazos, cada noche que la había visto en las fiestas de *La Mort*. Los gritos de mi padre al llevármela…

Entonces, escuché sus pasos.

Alcé la vista.

Estaba en lo alto de la escalera, envuelta en una manta y el cabello cayéndole sobre los hombros. La luz tenue la dibujaba como si fuera algo que no debería existir en un mundo como el mío.

Comenzó a descender, sin apartar la mirada de mí, como si observarme fuese lo único capaz de anclarla al momento presente.

Eve se acercó y, sin decir nada, se sentó sobre mis piernas. Sentí el calor de su cuerpo atravesar la tela de la camiseta que llevaba. La envolví con un abrazo por la cintura, mientras con el otro seguía tocando unas notas sueltas que terminaron por extinguirse.

El silencio se instaló entre nosotros.

Podía percibir su respiración, cómo su cuerpo temblaba contra el mío, hecho un manojo de nervios.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, rozando con los dedos la piel de su costado bajo la manta.

—¿Tocabas tú? —respondió ella, evitando mi pregunta.

Casi sonreí.

—Sí.

Sus dedos se deslizaron sobre mi antebrazo, siguiendo el camino de las pequeñas heridas que el árbol me había dejado.

—Siempre quieres que esté a salvo —musitó casi en un hilo de voz.

—Siempre —confirmé.

—Y, aun así,… todo explota a nuestro alrededor.

Apreté la mandíbula.

—No volverá a pasar —juré con seguridad.

Alzó la vista hacia mí, buscándome.

—Eso no puedes prometerlo.

Deslicé la mano hasta su nuca, sujetándola con firmeza.

—Puedo prometer que nadie volverá a tocarte, Eve.

El aire cambió, también lo hizo su respiración.

—Creo que será mejor que te des un baño —anuncié—. Arriba tienes toallas limpias, gel y un calefactor, por si pasas frío —le informé—. Cuando termines nos marcharemos.

Esta asintió, y acto seguido, se deshizo de la manta, la cual se arremolinó a sus pies, dejando a la vista la camiseta que apenas era capaz de cubrir su magullado cuerpo. No aparté la mirada de ella, tampoco quise, porque esos moratones que se extendían por su piel me recordaban qué era lo que debía hacer. Habían marcado su piel de porcelana, y yo me encargaría de hacerles pagar por ello.

Apreté las manos en puños y me serví una copa, necesitaba alejar todos aquellos pensamientos que se agolpaban en mi cabeza sin dejarme siquiera respirar. Le di un trago y, cuando escuché como la puerta del baño se cerraba, dejé ir un alarido lleno de rabia, la misma que quise contener. La sangre me hervía en las venas solo de pensar en todo por lo que habría podido pasar Eve, en los cientos de mujeres que habían sido vendidas, en mi hermana, en mi padre.

Lancé con fuerza el vaso de whisky contra la pared. Iba a matarle.

4

Luca

No había dormido.

Ni iba a hacerlo.

Cada vez que cerraba los ojos veía la explosión repitiéndose en bucle, la estructura saltando por los aires, el fuego expandiéndose como una lengua hambrienta, y su cuerpo tendido en el suelo, inmóvil. La imagen no se iba, era como si estuviese incrustada en mi memoria, perforándome la mente.

Había hablado con Dante. Todo estaba listo. La furgoneta preparada, las enfermeras y el personal de confianza preparado, y la ruta segura hasta el *palazzo* donde acabarían de completar el chequeo médico que no le habían podido realizar en el piso.

No me gustaba exponerla otra vez, tener que moverla, que alguien pudiese verla, pero quedarnos allí era mucho peor.

Tomé una bocanada de aire, al mismo tiempo que dejaba que mis manos comenzaran a moverse, de nuevo, sobre el piano. Mis dedos presionaban las teclas con fuerza, las notas salían tensas, irregulares, como si el instrumento estuviese absorbiendo todo ese dolor y esa rabia que no era capaz de sacar de lo más profundo de mi ser.

Deseaba que vinieran.

Que los hombres de mi padre tocaran la puerta.

Necesitaba matarlos, acabar uno a uno con ellos, hasta dar con el hijo de puta que una vez me dio su apellido.

—Luca…

Su voz me sacó de esa burbuja de odio en la que me encontraba.

Alcé la vista.

Allí estaba, sobre la escalera, envuelta apenas en una toalla oscura que no conseguía ocultar los moratones que la explosión había dejado en su piel. Varios mechones de cabello húmedo le

caían por los hombros, también por su rostro, consiguiendo que el contraste entre su fragilidad y las heridas me matase por dentro.

Mi cuerpo reaccionó antes de que lo hiciese mi cabeza.

Apreté la mandíbula con fuerza, tanta que sentí el crujir de mis muelas.

—¿Necesitas algo, *piccola*?

Bajó un par de escalones, descalza, lenta.

—Ropa.

Nada más.

El modo en el que sostuvo la toalla con una mano, cómo evitó mirarme directamente, como si supiera lo que me provocaba verla así, hizo que la sangre me ardiera bajo la piel.

Me levanté despacio, dejé el vaso sobre el piano y me encendí un cigarrillo para no hacer algo peor.

Cuando pasé junto a ella, el aire entre nosotros se volvió más denso. Podía oler el jabón en su piel, mi miembro se endureció cuando percibí como sus mejillas se enrojecían. Joder. Ella era lo único sobre la faz de la tierra que me importaba.

Subimos las escaleras sin hablar. Sentía su presencia detrás de mí como un latido constante, hasta que llegó a mi altura, fue entonces cuando su mano rozó la mía. Fue un gesto pequeño, demasiado, tal vez hasta minúsculo. Pero el contacto me atravesó como una descarga.

Me aparté de ella.

No porque no la quisiera.

Sino porque la necesitaba demasiado.

—¿Va todo bien? —preguntó con esa mezcla de suavidad y desconfianza que me desarmaba.

—Claro —respondí, demasiado rápido.

Ella no se lo creyó, tampoco me importaba.

Entré en el dormitorio y abrí el armario, sin mirarla directamente.

—En media hora habrá una ambulancia abajo —le informé—. Dante irá dentro junto con Alessia, te llevarán primero y yo saldré después.

El silencio que siguió fue espeso. Durante unos segundos permaneció callada, cavilando, hasta que cayó en la cuenta de qué

significaba lo que acababa de decirle.

—No.

Me giré.

Sus ojos estaban abiertos de par en par y brillaban con algo que no supe muy bien cómo descifrar.

—No me voy a ir sin ti —aseguró.

—No hay nada que hablar —le rebatí—, necesito que confíes en mí.

—La última vez que me dejaste sola volaron mi casa por los aires.

Esas palabras me golpearon más fuerte que cualquier puñetazo que me hubiesen dado jamás.

Giré sobre mis talones, y me encaminé hacia ella, arrinconándola contra la pared. Sujeté sus muñecas sin hacerle daño, pero con firmeza, sin permitirle apartarse. Mi cuerpo bloqueaba el suyo, provocando que su respiración se descompasase.

—Ni se te ocurra —bisbiseé, inclinándome hacia su boca—. Ni una sola palabra más sobre eso.

La toalla cayó.

No sé en qué momento ocurrió, solo que dejó de existir. Apreté los dientes, mientras de reojo veía su piel marcada, tan morada como frágil, y, aun así, cuando alcé la vista, me encontré algo que no esperaba: un desafío.

—Estoy harta —sentenció sin bajar la voz—. Harta de vivir encerrada como si hubiese hecho algo malo, como si fuese una pieza de colección en una vitrina.

Algo oscuro se agitó dentro de mí.

No fue solo deseo.

Fue la absoluta obsesión que comenzaba a nacer en mí.

—No eres un objeto —siseé contra su oído, percibiendo como su respiración chocaba con mi cuello—. Eres lo único que no pienso perder, Eve.

Intentó zafarse de mí, pero mi agarre se tensó un poco más.

Estábamos tan cerca que el aire no se atrevía a pasar entre nosotros. Podía notar su pecho contra el mío, su calor, hasta su pulso latiendo en mis manos.

—Pues deja de tratarme como si fuera de cristal —replicó.

Cerré los ojos.

Quise callarla con todas mis fuerzas, hacerle ver que no era menos que nadie, sino un puto tesoro que valía más que cualquier diamante.

Deseé besarla, hacerla mía hasta borrar cualquier recuerdo del fuego o de *La Mort*.

Pero no lo hice.

—Vas a tener que aguantar un poco más —murmuré, demasiado cerca de sus labios—. Hasta que todo esté limpio.

Solté un poco sus manos, y permití que estas se deslizaran hasta mi cuello.

Por un momento pensé que me ahogaría, y esa idea me divirtió. Lo que no esperaba que hiciese fue lo que realmente ocurrió.

Me besó.

No fue suave, ni tímido.

Fue una maldita colisión, como dos trenes a gran velocidad.

Le devolví el beso con la misma intensidad, conteniendo lo justo como para no cruzar la línea que sabía que no podía permitirme cruzar. Mis manos descendieron por su espalda, marcando territorio, recordándole sin palabras que nadie más volvería a tocarla.

Cuando me separé, lo hice porque sabía que, si continuaba, no habría vuelta atrás.

—Si crees que esto cambia el plan… —gruñí contra su boca.

Negó.

Sus ojos estaban oscuros, más de lo que habían estado jamás.

—Estoy harta de desearte y no tenerte, Luca.

5

Eve

Varios meses antes, palacio de La Mort, día de la compra de Eve.

El despacho olía a cuero y a dinero.

No era una metáfora. El aire era pesado, denso, cargado de ese aroma caro que tienen los lugares donde se firman destinos ajenos como si fueran simples contratos. Las paredes estaban cubiertas de enormes maderas oscuras, mientras que el escritorio, demasiado grande para mi gusto, parecía hecho para recordarme lo pequeña que era en aquel sitio.

La pluma descansaba frente a mí.

El papel también.

Mi nombre ya estaba impreso en la última página.

El corazón me retumbaba con fuerza, tanta que apenas podía escuchar lo que me decía el asistente. Solo salí de mi bucle cuando oí gritos fuera.

No eran constantes. Eran ráfagas. Golpes. Algo que se rompía. Un hombre alzando la voz y luego apagándose de golpe. No sabía si eso me asustaba más o menos que lo que estaba a punto de ocurrir en aquel despacho.

Ya no lloraba.

Había aprendido a no hacerlo.

Me había resignado a tragarme cada uno de mis llantos.

Tenía las manos apoyadas sobre el regazo, pero sentía el pulso en las yemas de los dedos, rápido, insistente, como si mi cuerpo supiera que estaba a punto de cruzar una línea de la que no podría regresar.

La puerta se abrió, pero ni siquiera me atreví a girar el rostro.

—Firma.

La voz no fue un grito, sino una orden.

Alcé la vista.

Luca estaba frente al ventanal, con los brazos cruzados a la espalda. La luz lateral perfilaba su figura, marcando la tensión en su postura. No me miraba, o al menos fingía no hacerlo. Tenía la mandíbula apretada, el gesto duro, como si aquello le molestara más de lo que quisiera admitir.

Parecía cabreado, pero no conmigo, sino con todo aquello. Con el maldito despacho, el contrato, hasta con el mismísimo aire que respirábamos.

Algo en mí se movió cuando le vi apretar la mandíbula. No fue deseo. No fue todavía eso. Fue una sensación más peligrosa. Una especie de reconocimiento, como si, en mitad de aquella transacción fría, él fuera el único que no disfrutaba del espectáculo.

—No hay opción, ¿verdad? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Esta vez sí me miró.

Sus ojos eran oscuros, tanto como la noche, fríos, calculadores. Pero había algo más detrás, algo que no supe identificar entonces.

—Siempre hay opciones —respondió—. Pero te aseguro que esta no es la peor.

Otro golpe retumbó fuera. Un grito ahogado y después el silencio.

Tragué saliva, miré el papel.

Era absurdo fingir que no entendía lo que significaba. No era solo un acuerdo económico. Era una transferencia, un cambio de dueño, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Me estaban comprando, y él era quien firmaba el cheque.

Tomé la pluma, y sentí mi mano temblar.

Una pequeña lágrima descendió por mi mejilla en el momento en el que acerqué la punta al papel.

—Hazlo —insistió Luca, con la voz baja.

No aparté la vista del contrato.

Firmé.

Mi nombre quedó estampado con una firmeza que no sabía que tenía. Era tal la presión que casi rompí el papel con la pluma. La dejé sobre el escritorio y sentí que algo invisible se cerraba a mi alrededor.

Ahogué un quejido cuando su mano me tomó por el brazo con fuerza. No fue un gesto brusco, pero tampoco suave.

Sus dedos se cerraron justo por encima de la muñeca, rígidos, calientes, marcando territorio sin necesidad de emitir una sola palabra.

Me obligó a girarme hacia él.

—Más te vale no joder esto —murmuró, inclinándose lo suficiente como para que pudiera sentir rozándome la piel—. Me has costado demasiado dinero.

Sentí que debería odiarlo.

Deseé escupirle en la cara, decirle que el dinero no le daba derecho a nada que yo no quisiera.

Pero no lo hice.

No porque en sus ojos no encontré la satisfacción que había visto en otros hombres. No había el brillo de la posesión triunfante. Había algo más oscuro, algo que parecía rabia contenida. No supe si por sí mismo o hacia otra persona.

Su agarre se tensó apenas un segundo más antes de soltarme.

—A partir de ahora, respondes ante mí —sentenció.

Tragué saliva, y por un instante creí que escucharía mi corazón latiendo frenético en mi pecho. Algo en mí se había encendido, algo que no era esperanza.

Era más parecido a la curiosidad. Porque por primera vez desde que todo había empezado, no me sentía completamente sola, y eso fue lo más peligroso de todo.

—¿Cuánto has pagado? —pregunté sin saber por qué.

Hubo una pausa.

—Lo suficiente.

Alcé la vista despacio, sintiendo como las piernas me cimbreaban mientras mi corazón no dejaba de latir con fuerza.

—¿Lo suficiente para qué? —inquirí.

Luca se movió. Abandonó el ventanal por el que miraba, y avanzó hacia el escritorio con pasos seguros, midiendo cada centímetro que nos separaba. Cada uno de ellos parecía resonar más que los gritos que había fuera.

Se detuvo a mi lado.

Demasiado cerca.
—Para que nadie más pueda tocarte.

6

Eve

Actualidad, piso de Luca.

—Esto no está bien, Eve —siseó aún pegado a mi cuerpo, con sus labios a escasos centímetros de los míos.

Sentía mis piernas cimbrear, sin que apenas pudieran mantenerme en pie, cómo el corazón me latía con tanta fuerza que por un instante creí que me moriría sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Me separé de él, observándole desde la distancia, permitiendo que el aire por fin volviese a llenar mis pulmones.

Mis mejillas se enrojecieron al ser consciente de que la toalla ya no cubría mi cuerpo. Me sentí ridícula por ver que me había rechazado, que una vez más ponía espacio entre ambos, a pesar de que sus gestos y sus caricias decían cosas muy distintas a las expresiones que cruzaban su rostro.

—No te entiendo —musité.

No era capaz de comprender qué pasaba por su cabeza, a qué le tenía tanto miedo, que ni siquiera era capaz de dejar que sus manos me mecieran. Luca se había convertido en algo más que mi captor, por llamarlo de alguna manera. Había permanecido en la distancia, pero también se había acercado cuando lo necesitaba.

—No eres consciente de quién nos está persiguiendo —dijo en voz baja.

—Entonces cuéntamelo —le pedí, al mismo tiempo que me agachaba para cubrirme de nuevo con la toalla.

Su mirada se oscureció.

—No.

—Estoy harta de ese no —aseguré.

Me había comprado para sacarme de ese mundo hostil donde la trata de mujeres estaba a la orden del día, para que nadie pudiera

ponerme una mano encima, y, sin embargo, continuaba sin ser libre.

Apreté las manos en puños.

—Estoy harta de que me encierres —sentencié—, de que tomes decisiones por mí, de que me protejas como si fuera de cristal.

Su mandíbula se tensó.

—No es eso.

—Entonces dime qué es lo que demonios ocurre —le pedí, aunque sonó más a un ruego que a cualquier otra cosa.

El silencio que siguió fue pesado, asfixiante, tanto que por un momento dejé de respirar. Lo vi debatirse por dentro, como si estuviera cruzando una línea invisible, esa que había jurado no cruzar.

Y entonces, todo explotó.

Soltó su agarre, dándose la vuelta. Se pasó una mano por el cabello al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Es mi padre, joder —escupió con rabia.

Las palabras se quedaron suspendidas entre ambos.

—¿Qué?

—Giovanni Moretti —me informó—. El hombre que decía poseerte. —Su voz se volvió más fría esta vez—. No acepta perder, y te considera de su propiedad.

—¿Quién es ese hombre en tu vida? —Quise saber.

El labio inferior me tembló cuando Luca giró sobre sus talones y fijó sus ojos esmeralda en los míos. Estos brillaron con fuerza, más de lo que jamás había visto.

—Es mi puto padre.

El mundo dejó de girar y un enorme nudo se creó en la boca de mi estómago. Por un instante creí que iba a vomitar allí en medio, por lo que me llevé una mano a la boca.

No estábamos metidos en una guerra cualquiera.

Era una guerra familiar.

—¿Y pretendes que me vaya sola sabiendo esto?

—Pretendo mandarte lejos de él —aseguró al mismo tiempo que sacaba un cigarrillo de la caja.

—De ti.

Eso sí lo hirió.

Lo vi en sus ojos. En esa tensión que guardaba desde hacía días, semanas e incluso meses, y que estalló sin previo aviso. Me agarró el rostro con ambas manos, y sin que pudiera esperármelo, estampó sus labios contra los míos con una intensidad que me dejó sin aire.

No fue algo dulce ni inocente.

Fue una declaración de intenciones.

Le devolví el beso con la misma rabia, con la necesidad que me quemaba en las venas. No quería huir, sino quedarme.

Cuando se separó, apoyó su frente contra la mía.

—Si me quedo contigo ahora, no saldrás del edificio.

—No me importa —me apresuré a responder.

—Pero a mí sí.

El teléfono de Luca comenzó a sonar.

Después de mucho tiempo sintiéndome una basura, alguien que ni siquiera me conocía del todo era capaz de ver más allá del cuerpo que habían usado. Luca conocía mi historia, o al menos parte de ella, y, aun así, continuaba besándome de aquella manera. Era como si estando con él, nos metiéramos en una burbuja de la que no quería jamás, pero por desgracia, iba a hacerlo más temprano que tarde.

Sin decir una sola palabra, me aparté de él para cambiarme, cogiendo la sudadera y los pantalones de deporte que había sacado del armario.

—Debemos irnos.

Me pasé una mano por el cabello, recogiéndolo en un moño bajo. El corazón se me aceleró de nuevo, volviéndose ensordecedor.

—No me dejes sola otra vez —le pedí, aunque sonó más a una súplica que a cualquier otra cosa.

—Escúchame —dijo, tomándome por los hombros—. Tienes dos minutos para vestirte.

—¿Qu… Qué? —cuestioné, sintiendo como el mundo se deshacía bajo mis pies—. ¿Dónde vamos?

—Cuando abra la puerta, se bajarán dos sanitarios, dentro estarán Dante y Alessia. Te llevarán a un *palazzo*. Andrei ya está dentro del sistema para que nadie pueda rastrearos. —Hizo una pausa al mismo tiempo que tomaba aire—. Cuando llegues al

complejo habrá una chica esperándote, te hará unas preguntas, necesito que le ayudes a entender todo.

—Pero... ¿y tú?

—Yo debo ser el jodido cebo que les aleje de ti, Eve —aseguró al mismo tiempo que pasaba uno de sus dedos por el mechón de cabello que caía sobre mi rostro.

Todo comenzó a darme vueltas al pensar que me alejaba de la única persona que de verdad me había protegido. Conocía a Dante de alguna de las entregas, pero apenas habíamos cruzado más de dos palabras. Era el hombre de confianza de Luca, su sombra, y quien cubría su espalda cada vez que se ponía en peligro.

—Ve con cuidado —le rogué.

—Tú también, *piccola* —añadió con seriedad.

Antes de que pudiera decir nada más, lo besé de nuevo, esta vez más despacio, más consciente.

—No dejes que te atrapen —le susurré.

Y bajé las escaleras sin mirar atrás.

Luca

La puerta de la entrada se cerró y el silencio me golpeó con más fuerza que cualquier disparo. Apoyé la espalda contra el mármol frío y pasé los dedos por mis labios, recordando ese último beso.

Maldije para mis adentros.

La estaba alejando para protegerla, pero cada vez que lo hacía sentía que la empujaba hacia el mismo abismo que intentaba evitar. Porque por mucho que yo no hubiese hecho nada, tenía la sensación de que debía resarcir el mal que sí que le habíamos provocado los Moretti, o al menos, el de mi padre.

No merecía nada de aquello, ni las mentiras, ni toda la información que le habíamos ocultado. Llevábamos demasiado tiempo escondiéndola de todo, pero Giovanni nos había encontrado.

Subí al apartamento como un Miura, subiendo las escaleras de dos en dos. No quería estar lejos de ella, pero sabía que debía

hacerlo, al menos hasta que estuviera a salvo. Todo el equipo se había movilizado para protegerla, decenas de vidas estaban en juego, incluida la suya.

Dante:
El paquete ha sido recibido.

Luca:
Segundo envío en proceso.

Dante:
Ve con cuidado, hermano.

Luca:
Mantenla a salvo.

Abrí el panel oculto tras el armario y saqué lo necesario. No más.

Cargué la nueve milímetros, guardé el silenciador, dos cargadores extra y cerré de nuevo el panel.

No era una guerra contra alguien cualquiera, sino contra mi padre.

Y Giovanni no cometía errores.

Mi mirada se detuvo en el colgante de Eve que permanecía sobre la mesita de noche. Lo cogí y lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta. No iba a permitir que nadie volviera a decidir sobre su vida.

Dante:
Lo haré.

Salí del apartamento y bajé hasta la moto. Si mi padre quería cazarme, tendría que venir él mismo. Y esta vez no huiría, iba a obligarlo a mirarme a los ojos, a hacerle elegir entre su imperio o su hijo.

7

Eve

El corazón se me iba a salir por la boca en cualquier momento.

Las puertas de la ambulancia se cerraron detrás de mí con un sonido seco que me hizo dar un respingo.

No olía a hospital, ni siquiera había una camilla o el instrumental que habría esperado en un vehículo como aquel.

Solo asientos enfrentados y una luz tenue que dejaba el espacio sumido en una penumbra que se me antojó inquietante.

Y él.

Un hombre enorme, de al menos dos metros, vestido con uniforme militar de color negro, que ocupaba el asiento frente a mí, tenía las piernas entreabiertas, con los brazos apoyados sobre los muslos, y una metralleta que descansaba entre sus manos como si fuera una extensión natural de su cuerpo. No parecía nervioso, ni alterado, solo atento.

Dante.

Sus grandes brazos asomaban bajo la manga corta de la camiseta que se le ceñía por completo al cuerpo, mostrando grandes tatuajes que acababan escondiéndose en los guantes sin dedos que llevaba, los mismos que le había visto a Luca antes de salir.

A su lado estaba la que supuse que era Alessia.

No era alta, tampoco pequeña. Tenía ese tipo de presencia que no necesitaba imponerse para hacerse notar. Su cabello estaba recogido en una trenza alta que le pasaba los hombros. La piel clara contrastaba con sus ojos, de un verde apagado que no transmitía dulzura, sino análisis. Lo observaba todo.

No llevaban uniforme sanitario; al igual que Dante, llevaba ropa cómoda, negra, preparada para lo que estuviese por llegar. No parecía alguien fácil, pero tampoco una enemiga. Había algo en su

postura, en la firmeza con la que mantenía la espalda recta, que me hizo entender que no estaba allí solo para acompañarme.

Estaban allí para decidir. Ambos.

Me tomó la mano sin invadir, sin brusquedad, como si supiera exactamente cuánta presión ejercer para no asustarme.

Sus dedos estaban fríos, pero no me importó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Su tono no fue maternal, ni siquiera condescendiente, solo directo. Como si estuviera acostumbrada a tratar con personas que habían sobrevivido a demasiado, exactamente como lo era yo.

—Bien.

Mentí.

Un enorme nudo se había creado en mi garganta al salir del edificio y apenas podía respirar con normalidad. Mi pierna no dejaba de moverse. Un tic nervioso e involuntario que no podía controlar. Intenté detenerlo presionando el pie contra el suelo, pero el temblor regresaba. Siempre lo hacía.

Alessia lo notó.

Su mirada descendió un segundo hacia mi rodilla.

No hizo ningún comentario.

No me pidió que me calmara.

Ni siquiera me pidió que respirara.

Solo ajustó ligeramente su agarre sobre mi mano, anclándome al presente sin decirlo.

Eso fue lo peor.

Las incipientes lágrimas acudieron a mis ojos, amargas, consiguiendo que me picasen sobremanera, pero me negué a permitir que ninguno de ellos me viese llorar.

La ambulancia arrancó con una brusquedad que me hizo tensar los hombros. No había sirenas ni luces, solo el sonido del motor y la velocidad creciendo demasiado rápido para una calle tan estrecha.

No pregunté dónde estaba Luca, ni cuánto tardaríamos.

En casa de *La Mort* aprendí que las preguntas no siempre traían respuestas, sino castigos, por lo que había dejado de cuestionarlo todo allá donde iba.

Apoyé la espalda contra el respaldo e intenté regular mi respiración. Pensé en su beso, en la forma en la que me había sujetado, pero también en la rabia en su voz cuando pronunció el nombre de su padre.

Giovanni.

El mismo hombre con el que me habían obligado a estar durante demasiado tiempo. Jamás olvidaría la forma en la que me dijo que era una Doppelgänger, ¿qué demonios quería decir eso?

Sentí náuseas al recordar cómo Luca me había dicho que él me consideraba de su propiedad.

La ambulancia tomó una curva cerrada a gran velocidad, provocando que mi hombro chocase contra el lateral y luego con Alessia. Dante ni siquiera se movió. Sus dedos se ajustaron sobre el agarre del arma.

Estaba demasiado tranquilo, lo que en cierto modo me asustó.

Entonces un frenazo llegó sin aviso.

El mundo pareció inclinarse hacia adelante y solté un pequeño grito antes de poder contenerlo. Mis manos se aferraron al asiento y a la de Alessia.

—Tranquila —me dijo ella—. Es un semáforo.

Semáforo.

Mi respiración continuaba acelerada, igual que lo hacía el latir de mi corazón, que se había vuelto ensordecedor. Intenté distraerme, fijándome en lo que nos rodeaba: las luces interiores permanecían apagadas. Desde fuera solo éramos una ambulancia más detenida en un cruce.

Pero no lo éramos.

El motor volvió a rugir.

Esta vez encendieron las luces de emergencia. El sonido no fue estridente, pero sí suficiente como para que los coches que nos rodeaban se apartaran de nuestro camino. Sentí cómo acelerábamos aún más, cómo la ciudad comenzaba a diluirse tras las ventanas opacas.

Mi pierna continuaba moviéndose.

Pensé en Luca.

En que estaba solo.

En que su padre sabía quién era.

Y fue entonces cuando Dante habló:

—Ruta limpia.

Alessia apretó mi mano.

El comunicador de este crepitó.

—Dante, estáis a quince minutos del punto de entrada.

Esa voz… Mi corazón dio un vuelco. Podía reconocer a la perfección ese acento ruso, esa voz firme que había oído antes. Andrei Romanov estaba al otro lado de la radio.

—Recibido —respondió Dante.

Hubo una pausa, esta vez fue algo más larga de lo normal, lo que provocó que mi estómago se encogiera sin saber por qué.

—Dante —insistió Andrei—. ¿Segundo paquete en movimiento? —preguntó—. No veo nada en el mapa.

El aire dentro de la ambulancia se volvió más pesado. Vi como Alessia alzaba la vista, encontrándose con la de Dante, sacó una tableta y estuvo trasteando en ella.

Entonces una nueva comunicación llegó.

—Luca no responde.

Y por primera vez desde que subí a aquella ambulancia, el miedo dejó de ser ansiedad, para convertirse en algo mucho más real.

—Hay que dar la vuelta.

8

Eve

—Tenemos que volver —hice hincapié.

La frase salió de mi boca antes de que pudiera contenerla. El corazón me latía tan fuerte que sentía el pulso en las sienes, como si estuviera a punto de desmayarme.

—No podemos dejarlo solo —añadí al ver que nadie hacía nada.

Dante ni siquiera me miró. Tampoco respondió de inmediato. La ambulancia ya había abandonado la ciudad y descendía por una carretera secundaria que serpenteaba entre montañas oscuras. Alessia mantenía su mano sobre la mía, firme, constante.

—Es un problema de conexión —respondió con una calma que me resultó hasta ofensiva—. Las interferencias son normales en esa zona.

—No —negué, demasiado rápido—. No es eso, ¿y si lo han capturado?

Lo sabía.

No supe por qué, pero lo sentía en lo más profundo de mi corazón. Luca no ignoraba comunicaciones, o al menos no cuando yo estaba presente. Alessia me tomó por el brazo, sosteniéndome, no para callarme, sino para anclarme un poco más al presente.

—Confía —murmuró—. Sabe lo que hace.

La miré.

No los conocía. Al menos no de verdad. Solo sabía que Luca confiaba en ellos, que Dante estuvo presente en algunas de las entregas de comida, y eso era lo único que me mantenía sentada en aquella maldita ambulancia en vez de lanzarme contra la puerta.

—Si le pasa algo… —empecé.

Dante me miró entonces.

No había duda en sus ojos.

—Si le pasa algo, el mundo arde —sentenció sin dramatismo alguno—. Pero no ha pasado.

No le creí.

No porque pensara que mentía, sino porque conocía a Luca. No ignoraba comunicaciones, no cuando yo estaba en medio.

—¿Cómo vamos a dar con él? —cuestioné.

—Va a estar bien —repitió Alessia.

—Y si no lo está, lo encontraremos. —Dante apuntó algo en la tableta, y luego alzó la vista para fijarla en la mía—. Te lo prometo.

—No prometas cosas cuando está Giovanni y *La Mort* de por medio —le insté, porque sabía a la perfección cómo se las gastaban.

El trayecto hasta el *palazzo* se me hizo eterno. La ambulancia se desvió por un camino que parecía no llevar a ninguna parte. Bosque. Rocas. Silencio. Era lo único que nos rodeaba. Durante unos segundos pensé que nos habíamos perdido, hasta que vi cómo una enorme puerta metálica se abría frente a nosotros.

Mi respiración se cortó.

No era un escondite.

Era un enorme palacio que se erguía entre campos de olivos.

La ambulancia se adentró en un *parking* cubierto y la puerta volvió a cerrarse sobre nuestras cabezas, sellando el acceso como si jamás hubiésemos entrado.

El interior no era lo que esperaba.

Había pantallas integradas directamente en la piedra, que proyectaban mapas, datos, rutas… El aire era frío.

La ambulancia se detuvo en una plataforma amplia, donde ya esperaban varios hombres armados. No llevaban un uniforme militar convencional; vestían de negro, discretos, coordinados.

La puerta trasera se abrió y el aire del interior del *palazzo* me golpeó el rostro. Era más frío de lo que esperaba.

No hablaron, se limitaron a saludar a Dante y Alessia con un ligero movimiento de cabeza.

Bajé.

Las zapatillas resonaron sobre el suelo de metal. Miré alrededor, intentando no parecer desorientada, pero cada detalle me recordaba

que estaba entrando en algo mucho más grande de lo que había imaginado.

No era un simple *palazzo* italiano.

Era un centro operativo.

Un hombre con semblante serio se acercó a Dante.

—Perímetro asegurado —le informó.

Me abracé a mí misma, sintiendo cómo mi cabeza iba a dos mil por hora. Habían pasado demasiadas cosas en tan poco tiempo que apenas era capaz de discernir entre lo real y lo que mi mente creaba. Cerré los ojos, intentando tomar aire, necesitaba pensar, ordenar todo lo que cruzaba mi cabeza.

«Estás a salvo», me dije a mí misma.

Sabía que estaba en lo cierto, pero imaginar a Luca solo, me mataba por dentro. ¿Y si Giovanni había dado con él? ¿Y si habían sido los hombres de *La Mort*?

No tenía sentido. Él había pagado por mí, no me había robado, no debía de haber problema con él.

Contuve el aliento por un instante.

Me sentí perdida, vulnerable y sola. Porque a pesar de estar rodeada de gente, después de tantos años sin poder confiar en nadie, era difícil no tender a pensar que cualquiera podría traicionarme.

Alessia se acercó a mí al mismo tiempo que colocaba una de sus manos en mi espalda, llamando mi atención.

—¿Te encuentras bien?

Giré sobre mis talones y este simple movimiento hizo que todo el mundo se desvaneciese bajo mis pies.

—Un poco mareada —musité sin apenas fuerzas.

Esta me agarró con cuidado del brazo, le hizo un gesto a Dante, y este, rápidamente, se aproximó a nuestra situación para cogerme en volandas.

—Tranquila, te llevaremos a la enferm…

Su voz se deshizo como si jamás hubiese existido, y eso fue lo último que escuché. Entonces, todo se convirtió en negro,

invadiéndome una sensación de clama extraña en la que deseé permanecer para siempre.

9

Eve

Desperté estirada en la camilla de la enfermería. Junto a mí había una mujer rubia con el cabello recogido en un moño bajo, que me miraba con amabilidad y ternura.

Al otro lado estaba Dante, con esa imponente mirada oscura que sería capaz de quitarle el sueño a cualquiera. Desvié la vista hacia mi mano y fue entonces cuando me percaté de que la suya la cobijaba con cuidado.

—Nos has dado un buen susto, *cara* [1]—aseguró este, llamándome de una forma que jamás hubiese imaginado.

—Estoy bien —respondí.

—Has tenido una bajada de tensión debido a todo lo acontecido.

Asentí con lentitud.

—Luca… —musité.

—Estamos en ello —se apresuró a responder el italiano.

Todo me daba vueltas, era como si el mundo no dejase de girar a una velocidad vertiginosa capaz de hacerme hasta vomitar. Tomé aire, hasta que sentí como la mujer rubia me colocaba una mano sobre el brazo.

—Estarás bien —prometió—. Te han puesto suero para poder combatir la deficiencia de sales que pudieras tener, y algo de medicación para bajar un poco la sensación de estrés que estás sufriendo.

—Gracias —les dije con amabilidad—, a los dos.

Alguien tocó la puerta y fue entonces cuando todos miramos en su dirección. Alessia permanecía junto a esta, con el semblante serio

—Janeth —llamó a la mujer rubia, quien se volteó al instante para mirarla—. Ya está todo listo.

Esta le dijo que sí, con un ligero movimiento de cabeza, sin cambiar su expresión, y volvió a fijar su mirada en la mía.

Diez minutos más tarde estábamos en una sala pequeña, donde no entraba ningún tipo de luz y en la que solo nos encontrábamos nosotras.

—¿Estás preparada? —preguntó Janeth, quien supuse que iba a ser la que se encargase de realizarme el interrogatorio, dedicándome una sonrisa suave que no pretendía forzar nada, mientras apretaba ligeramente mi mano sobre la mesa metálica.

Asentí un par de veces, aunque la realidad era que jamás lo estaría. Nunca se está preparada para volver al lugar donde te rompieron, aunque solo sea con palabras. Rememorar lo vivido junto a *La Mort* o el italiano, ahora Giovanni, iba a romperme por dentro, y lo cierto era que ya no me importaba. Me habían hecho añicos tantas veces que esa solo era una más que añadir a la lista.

Desvié la mirada para fijarme en la sala, estaba demasiado iluminada, demasiado blanca y limpia para todo lo que se iba a manchar con mis palabras.

Al otro lado del cristal unidireccional podía distinguir sombras. Sabía quiénes eran: Dante estaba ahí. También otros miembros del equipo. Observando, escuchando y evaluando cada detalle que pudiera servir para destruir el imperio que me había convertido en mercancía.

Cerré los ojos durante un instante, sintiendo como el estómago se me revolvía, provocando que un enorme nudo subiese hasta mi garganta.

Había aceptado declarar porque Luca me lo había pedido, porque necesitaban saber hasta qué punto estaba metido Giovanni en todo. Pero en el fondo no buscaba justicia. La justicia era un concepto demasiado puro como para involucrarlo en algo así, no en la mafia, no cuando se estaba traficando con niñas, no cuando mueren cientos de bebés a manos de esos malnacidos. Yo quería otra cosa. Quería que el mundo ardiera, y con él, Giovanni.

—Dime tu nombre completo —me pidió ella, sin presionarme.

Tragué saliva, intentando deshacer el nudo que se había creado en mi garganta.

—Eve… —titubeé, saliendo en un hilo de voz que se me antojó casi imperceptible—. Eve Novak. Nací en Obninsk, Rusia, el

veinticuatro de febrero de mil novecientos noventa y ocho.

—¿Edad?

—Veintiocho —respondí.

La siguiente pregunta tardó en llegar, como si supiera que iba a abrir una herida que jamás podría cicatrizar.

—¿Dónde has estado los últimos años?

El aire se me escapó de los pulmones, y por un instante no respiré. Sentí el temblor en las manos antes incluso de responder, cómo el corazón me latía frenético en el pecho y las amargas lágrimas comenzaban a aparecer. No era miedo, ya no lo tenía, pero en lo más profundo de mi corazón, sí había dolor.

—Los hombres de *La Mort* me arrancaron de mi casa cuando no tenía más de doce años —dije al fin, obligándome a mantener la mirada al frente—. Me trasladaron a uno de sus complejos.

Hice una pausa, necesitando que el aire volviese a mí.

—Me prostituyeron.

La palabra cayó como una losa a mis pies, y pude ver en el gesto de Janeth que ella también se estremeció.

—¿Puedes especificar? —preguntó.

Asentí, y por un momento me imaginé un cuchillo hurgando en mi herida, esa que llevaba demasiado tiempo escondiendo en lo más profundo de mi ser.

—Me entregaban clientes estratégicos —comenté—, políticos, empresarios, jefes de otros clanes… Uno de ellos era Giovanni Moretti. —Noté como Janeth y los que estaban al otro lado del espejo contuvieron el aliento—. Yo no conocía su identidad hasta que Luca me lo confirmó —añadí, sintiendo como el pesar comenzaba a subir por mi pecho—. Se hacía llamar *el último Capo*, pero *La Mort* se jactaba de él y sus aires de grandeza cuando no estaba presente.

—¿Qué relación tenía Giovanni con *La Mort*?

—No lo sé —aseguré—, lo único que conozco es que tenía acceso ilimitado. Pagaba por exclusividad. Por información y por control.

Cerré los ojos un instante antes de continuar.

—Me utilizaban para detectar posibles traiciones a *La Mort* — comencé a explicar, sintiendo como el latir de mi corazón tapaba

incluso mi voz—. Me acostaba con hombres que creían estar comprando placer, pero en realidad estaban siendo evaluados.

—¿Cuál era tu misión?

—Debía observar, escuchar y memorizar —respondí—. Si alguno hablaba de negocios paralelos, alianzas ocultas o incluso de traiciones, lo informaba.

Janeth asintió al mismo tiempo que hacía una leve mueca de aprobación.

—¿Qué ocurría con ellos?

Dejé ir un bufido lleno de sarcasmo. La pregunta no necesitaba respuesta, pero, aun así, se la di.

—Desaparecían.

El silencio fue quirúrgico.

—¿Viste violencia directa?

Una amarga risa amarga se escapó de mi garganta antes de que pudiese frenarla.

—La escuchaba cada noche —resumí—. Los gritos atravesaban las paredes. El sótano no estaba insonorizado del todo —continué, sintiendo cómo el tic de mi pierna volvía a aparecer—. A veces ponían música; otras, la quitaban para que aprendiéramos lo que pasaba cuando alguien traicionaba a *La Mort*.

Me llevé las manos entrelazadas al regazo para que no vieran cuánto temblaban.

—Vi torturas —añadí—. Hombres suplicando, chicas drogadas y marcadas, usadas delante de otros como demostración de poder. —Las amargas lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas, provocando que un leve hipido subiese por mi garganta—. Giovanni asistía a algunas de estas reuniones privadas como cliente VIP. No siempre participaba en las demostraciones, pero cuando lo hacía… nadie osaba cuestionarlo.

Sentí náuseas al recordarlo, pero seguí.

—¿Cuál era tu posición dentro de la red?

—Era útil —respondí con tristeza—. Sabía idiomas, cómo comportarme en eventos de alto nivel… Venía del ballet clásico. —Pensar en mi incipiente carrera como bailarina me estrujó el corazón

—. Me habían formado para ser una mujer ejemplar, para escuchar sin ser vista, y engatusar a todo aquel con el que me cruzara. Yo…

—¿Tú?

Me llevé las manos al rostro, y rompí a llorar. El llanto fue tan fuerte que incluso escuché como alguien se aproximaba a la sala. La congoja arrasó con toda la poca seguridad que quedaba en mí por primera vez desde que salí de la casona de *La Mort*.

—Reclutaba chicas cuando me lo ordenaban. Les decía que sería temporal, que podrían ahorrar dinero, pero mentía. —Mi voz se deshizo en un hilo, como si jamás hubiese estado ahí.

La vergüenza me atravesó como un tsunami, engulléndome.

—¿En algún momento te planteaste salir?

Mi llanto fue a más, fue tan fuerte que me rasgó la garganta.

—¡Basta! —Escuché cómo decía Alessia, abriendo la puerta de golpe.

Alcé una mano al mismo tiempo que negaba con la cabeza, intentando hacerle ver que estaba bien.

—Me enamoré de uno de los guardias —confesé entre hipidos—. Se llamaba Sasha Vólkov.

No alcé la mirada cuando su nombre salió de entre mis labios como un secreto inconfesable.

—No era un cliente, ni un hombre cualquiera. —Mi mente voló a él, a la última vez que le vi con su cabello rubio—. Formaba parte de la seguridad interna —continué—. Al principio solo intercambiábamos algunas palabras; después empezó a advertirme cuando habría revisiones internas, cuando alguna de las chicas estaba siendo vigilada… Me hizo creer que podíamos huir.

Me reí sin ganas, sintiendo como mi alma se encogía al rememorar sus palabras: «saldremos de aquí, nos iremos lejos y tendremos una familia».

—¿Planeabais escaparos?

Asentí.

—Habíamos conseguido documentación falsa —confesé—. Una ruta, un contacto en la frontera… Lo teníamos todo.

—¿Y por qué no os marchasteis?

—D-de verdad… m-me quería y… —La voz me salió estrangulada, tanto que se me llegó a cortar.

—Te quedaste embarazada —sentenció.

Mi corazón se detuvo por un instante. Dejé de respirar y el mundo pareció dejar de girar. Muy poca gente conocía esa información, y que Janeth lo hubiera adivinado de aquella manera consiguió que todo mi ser se desmoronase. Asintió, al mismo tiempo que cerraba los ojos y seguía como una pequeña lágrima llena de dolor recorría mi rostro para segundos después morir en la sudadera que vestía.

Ahogué un quejido que me rasgó la garganta. Dolía tanto que podía sentir como mi alma se resquebrajaba una y otra vez solo de pensar en aquel bebé que jamás pudo nacer.

Apreté con fuerza los labios, frenando un acongojante lamento que ya me nublaba la mente.

—¿Qué ocurrió con el bebé?

10

Eve

Un desgarrador llanto se me escapó. Me cubrí el rostro con las manos, sin poder hacer nada por detenerlo. Llevaba tanto tiempo guardando aquello… Lo escondía en una cajita en lo más profundo de mi mente, había intentado olvidarlo, superar aquella pérdida que me hacía sentir vacía y que me había arrancado una parte irreparable del corazón, pero nada había funcionado. El aire empezó a faltarme, como si alguien me estuviera presionando el pecho con fuerza.

Entonces, mi mente voló hasta aquel momento en el que, por culpa de un fallo, *La Mort* me llevó al Salón Negro para darme un escarmiento.

***

Pasado, casona de La Mort.

—¡No! ¡No, por favor! —grité con todas mis fuerzas mientras me revolvía entre las manos de Kostya.

Tenía los ojos rojos de tanto llorar. Habían matado a Sasha delante de mí y me habían atrapado antes de que pudiera escapar. Sabía lo que iban a hacer. No hacía falta que lo verbalizaran, podía verlo en sus miradas, en la forma en que evitaban la mía.

La Mort me observaba desde la otra punta de la sala, sentado en su butacón de terciopelo oscuro, removiendo el contenido de su copa con una parsimonia enfermiza. Mi pecho subía y bajaba alterado, el aire se me escapaba a trompicones y el corazón me latía con tanta fuerza que por un instante pensé que acabaría desfalleciendo. Y, durante un segundo, deseé que así fuera.

Chillé hasta desgañitarme, sintiendo cómo las lágrimas me quemaban los ojos. Sabía que, si dejaba que Kostya me llevara

con él, todo lo que había vivido hasta entonces sería un simple ensayo.

No tenía miedo a morir.

—Señor… por favor —imploré.

—Te lo has ganado —siseó mi verdugo con una sonrisa torcida.

Me moví con tanta fuerza como pude, intentando zafarme de su agarre, pero lo único que conseguí fue que me sujetara con más violencia, zarandeándome como si no pesara nada.

—Vas a ser el ejemplo para todas las demás, querida —comentó *La Mort* desde la distancia, divertido.

Todo mi cuerpo temblaba. No sabía si por la rabia, por el terror o porque era plenamente consciente de que lo que me esperaba sería mil veces peor que la muerte. Y él iba a disfrutarlo.

Lloré desconsolada cuando me dejaron caer en el suelo, en el centro del gran Salón Negro. Lo hice aun sabiendo que mi bebé no llegaría al día siguiente y que quizá el mejor destino para mí era correr la misma suerte.

Empecé a hiperventilar. El corazón retumbaba en mi pecho como si quisiera escapar antes de presenciar lo que estaba a punto de suceder.

Estaba sola.

Por mucho que gritara, nadie acudiría en mi rescate. Todas sabíamos lo que pasaba en el Salón Negro, era el último lugar donde deseábamos acabar, y nadie se interpondría entre mi destino y yo.

Tomé aire entre sollozos, sintiendo como mi llanto reverberaba en toda la estancia. Nadie me salvaría. La única persona a la que había amado yacía muerta en un callejón, el mismo que iba a ser testigo de nuestra huida.

Lloré desconsolada, sintiendo cómo mi alma se rompía en mil pedazos. Lo hice por el amor de mi vida. Por el hombre más bueno que había conocido. Por el bebé que crecía en mi interior, nacido de la relación más pura que había tenido. Por la chica que una vez soñó con una familia lejos de la mafia.

—Por favor… —imploré.

El corazón me latía tan rápido que no era capaz de escuchar ni siquiera mi respiración, se había vuelto ensordecedor, siendo testigo de lo que iba a pasar.

Kostya soltó una carcajada que me revolvió el estómago. Me dejó de rodillas en el centro de la sala y me observó desde arriba con esa repugnante superioridad que lo caracterizaba. Recordé

todas las noches en las que, después de las fiestas privadas de *La Mort*, había entrado a hurtadillas en mi habitación.

Cómo me tocaba a pesar de que le supliqué cientos de veces que no lo hiciera. Cómo terminó violándome y azotándome con su cinturón mientras Aurora, mi compañera de habitación, fingía dormir. Era más sencillo hacerse la dormida que arriesgarse a correr la misma suerte.

—No sabes cuánto lo voy a disfrutar —aseguró, acompañándolo de otra risotada.

Abrió el cinturón que sujetaba sus pantalones y, sin dudarlo, sacó su miembro erecto para comenzar a masajearlo de manera brutal frente a mí.

—Vas a saber lo que es que te follen de verdad —sentenció.

Se acercó a mí y, por un momento, no pude moverme. Todo mi cuerpo permaneció paralizado, como si hubiese aceptado un destino que lo asfixiaba. Kostya rasgó con fiereza el vestido que llevaba.

Antes de que pudiera decir nada, un golpe seco en la cabeza me mareó. Sentí la sangre caliente descender por mi sien hasta manchar la tela. Intenté llevarme la mano a la herida, pero no me lo permitieron. La bofetada que vino después resonó en toda la sala, y mi piel ardió hasta el punto de dolerme al respirar.

—Señor… —susurré mientras todo mi cuerpo empezaba a volverse liviano, como si la fuerza me abandonara.

La vista se me nubló.

Y, de repente, todo se volvió negro.

***

—Me violaron y pegaron una paliza durante horas —informé con la voz temblorosa, ya de vuelta en la sala del *palazzo*—. Dos días después, me confirmaron que mi bebé estaba muerto.

—Lo siento —murmuró Janeth.

Negué con la cabeza. No había vuelta atrás. Me llevé la mano al vientre, rememorando el dolor físico, la depresión en la que me sumió aquella pérdida y el miedo constante de que, incluso después de eso, *La Mort* continuase castigándome.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó.

—Me mantuvo enjaulada como castigo —murmuré—, y cuando accedió a que volviera a salir, me reclamó una deuda que jamás

podría asumir… Ni siquiera sabía de dónde demonios salía, según él era el pago por todo el equipamiento médico y todos los cuidados que tuvieron que darme después de lo ocurrido en el salón.

Cerré los ojos mientras una amarga lágrima recorría mi rostro hasta morir en mis manos. No sabía de dónde estaba sacando las fuerzas para declararlo todo de aquella forma, ni cómo lo haría ante un juez si aquello llegaba algún día a juicio.

—Una tarde me hizo llamar —añadí—. Vanko me quería en una de sus fiestas. Necesitaba que drogara a cuatro hombres para poder extorsionarlos después, como habían hecho cientos de veces —continué—. Lo que no me dijeron era que se trataba del capo y varios hombres de un clan del norte de Italia. —Bajé la vista a mis manos, intentando mantener la calma—. No podían acercarse directamente a ellos, así que yo era el cebo perfecto.

—¿Accediste?

Asentí, sintiendo cómo la coraza que había construido durante años se resquebrajaba sin remedio.

—Los hombres de Samuele habían matado a mi madre —titubeé.

Era el blanco fácil, y por mi culpa estaba muerta. Durante mucho tiempo la odié por dejarme sola, creí que todo lo que había sufrido era consecuencia de sus decisiones, pero con los años entendí que el odio no me la devolvería.

—¿Cómo lo supiste?

Respiré con dificultad.

—Vanko me hizo llegar las imágenes que lo probaban.

El silencio se volvió pesado.

Sentí que el pecho se me encogía y rompí a llorar como una cría. Sacando todo el dolor que había escondido en el rincón más oscuro de mi mente.

—¡Se acabó! —Escuché decir a Alessia desde el otro lado el cristal, antes de que la puerta se abriera.

Desvié la vista emborronada por las lágrimas hacia la puerta, viéndole entrar como un Miura.

—Voy a coger a ese hijo de puta y voy a arrancarle el corazón del pecho —gruñó.

Aquello no me lo esperé, sobre todo proviniendo de alguien a quien apenas conocía, pero entonces, supe que estaba en el lugar indicado.

—¿Estás bien? —me preguntó Dante.

—¿Cómo va a estar bien? —ladró Alessia.

Respiré hondo, intentando recomponerme.

—Lo estaré.

11

Eve

—Será mejor que vayas a descansar un poco —comentó Janeth con ternura—. Estoy segura de que una infusión calentita y algo de lectura te sentarán de maravilla.

Asentí un par de veces, sintiéndome completamente fuera de lugar.

Lo único que deseaba era llorar, ahogarme en mi propio llanto hasta vaciarme por dentro, hasta que todo lo que se había quedado enquistado en mi pecho desapareciera de una vez por todas.

Me culpé durante años por haber permitido tener una vida así de miserable.

Por resignarme.

Por no haber huido cuando todavía tenía fuerzas.

Pero yo no era como otras. Como Elisa. Ella lo había hecho.

Yo nunca fui la heroína de mi propia historia, sino la mártir que se había dejado mecer por unas olas llenas de dolor.

—Si quieres, puedo acompañarte —propuso Alessia.

—No te preocupes. —Intenté sonreír, fingiendo estar bien, a pesar de que sabía que nadie iba a creérselo.

—Si te apetece, puedo encenderte la chimenea y buscar algo medio decente que puedas leer —añadió.

Esas simples palabras me hicieron sentir mejor. Porque por un instante sentí que le importaba a alguien.

—Sería genial, la verdad —apunté con una mueca triste—, lo del fuego, de momento necesito estar sola y digerir todo lo ocurrido.

Esta asintió con pesar. Sabía que remover el pasado había abierto demasiadas heridas en mi interior. Durante años aprendí a sobrevivir apagándolo todo: sentimientos, recuerdos, incluso mi propia humanidad. Solo quería durar un día más.

Cuando me dispuse a avanzar, sentí una mano en la parte baja de mi espalda.

El corazón se me desbocó, y por un segundo pensé que podría ser Luca, que había vuelto, y que al final, su plan, había terminado bien.

Me giré, pero entonces el alma me cayó a los pies.

Toda esa ilusión se desvaneció como si jamás hubiese estado ahí.

No era él.

Janeth hizo una mueca suave, con tristeza, como si hubiese podido leerme la mente.

—Lo siento —murmuré—. Pensé que…

—Te he preparado un té —me informó con una sonrisa—-, le he puesto una cucharada de miel.

—Voy a…

—Ahora te lo acerco al salón —me interrumpió, observándome con una dulzura que me encogió el corazón.

Asentí y me dirigí hacia la sala donde había visto que Alessia se metía. El lugar era enorme, un *palazzo* italiano en una finca donde no podía ver siquiera el final. Estaba rodeado de grandes olivos, y un camino de flores que rodeaba la entrada. Contaba con varias plantas superiores con habitaciones, mientras que en la inferior se escondía un sótano al que no me había atrevido a entrar.

Miré por la ventana, que daba a lo que imaginé sería el jardín trasero, donde el horizonte se mezclaba con el mar infinito que rompía en el acantilado.

Durante unos segundos, mi vista se fijó en una preciosa abubilla que picoteaba el suelo con su majestuosa cresta marrón con puntas negras y esas alas que la vestían de gala.

Deseé ser él.

Segura, libre y sin miedo.

Pero no, me había tocado ser la muchacha a la que arrancaron de su hogar, la misma a la que habían arrastrado al más profundo infierno y la habían obligado a hacer cosas que jamás se perdonaría.

Contuve el aliento cuando los ojos empezaron a escocerme.

—Aquí tienes. —Escuché como me decía Janeth a mi espalda.

Esta dejó la humeante taza sobre la mesa.

—Gracias.

La sostuve entre las manos, dejando que el calor me anclara al presente.

—Cualquier cosa que necesites solo tienes que decírmelo —comentó con amabilidad.

—¿Podrías darme un folio y un bolígrafo?

Esta asintió y, sin mediar palabra, se acercó a una mesilla de la que sacó una libreta de hojas blancas.

—Gracias.

Janeth desapareció tras la puerta, igual que lo había hecho Alessia.

Cerré los ojos, buscando la fuerza que necesitaba, porque lo que estaba a punto de hacer iba a cambiarme, o al menos eso era lo que deseaba.

«Querida Eve:»

Empecé a escribir, sintiendo como un enorme nudo se creaba en mi garganta. Aquella sería la más dura de las cartas que jamás escribiría.

«Te perdono.

Te perdono por todo el daño que nos hemos hecho, por habernos resignado a morir a manos del desgraciado que nos condenó, por no haber sabido escapar cuando todavía no estabas rota, por tener miedo…»

El alma se me estrujó al pensar en Giovanni y *La Mort*. El maldito último capo de la mafia, como él se llamaba, con esa prepotencia que siempre portaba consigo.

«Tal vez en otro momento podríamos haber luchado, o al menos haberlo intentado, pero eso jamás ocurrió.

Nos convirtieron en una muñeca que otros movían a su antojo. No era por debilidad, era por supervivencia.

Sé que te has odiado, y que no soportabas mirarte al espejo. Que sentías asco al recordar cómo habías reclutado a chicas para salvar tu propia piel.

Que te culpas por no haber podido proteger a tu bebé».

Una lágrima cayó sobre el papel, emborronando esa palabra que tanto me dolía.

«Pero no pudiste hacer más.
Te arrebataron lo único puro que llegaste a tener, lo que más amabas y la posibilidad de tener una familia.
Mereces quererte, Eve.
Perdonarte, y yo ya lo he hecho. De verdad».

Me detuve por un instante, sintiendo cómo todo mi ser temblaba por aquellas palabras.

Respiré hondo, sintiendo el aire entrando en mis pulmones como un jodido torrente, y entonces, añadí una última frase.

«Te quiero».

Me quedé un largo rato releyéndola, sintiendo cada palabra como si fuera una herida que por fin comenzaba a cerrarse.

Tenía miedo de no ser mejor que ellos, pero había decidido remediar mis errores y luchar tanto por mí misma como por todas esas niñas a las que una vez robaron, a las mujeres que secuestraron y con las que traficaron. No volvería a ser cómplice del horror.

Me levanté y me senté frente al fuego. El calor me envolvió lentamente. Recordé la chimenea en Obninks y las tardes en las que mi madre tostaba el pan. Me abracé a mí misma, y por primera vez en mucho tiempo sentí que me estaba perdonando por todo lo que viví, por no ser capaz de cambiarlo a pesar de que no podía, y por haberme culpado durante años por mi destino.

Lancé la carta al fuego, dejando que se consumiera con lentitud y me despedí de la Eve que no había hecho más que sufrir. Había llegado la hora de cambiar todo eso, aunque me dejase el alma en ello.

Me puse en pie, envolviéndome con la sudadera de Luca, y le di otro sorbo al té. Me encaminé al pasillo, y el murmullo de las voces me detuvo. El equipo estaba reunido, lo que provocó que todas mis alertas se encendiesen. Algo no iba bien.

A mi mente vino uno dicho popular que había oído cientos de veces: «La curiosidad mató al gato », y a mí estaba a punto de devastarme por dentro.

—Tienen a Luca —decía Dante en el interior de la habitación.

12

Eve

—No puede ser —dije, abriendo la puerta e interrumpiendo la reunión.

Sabía que no debía estar allí, que era un momento reservado entre Dante, quien había asumido el mando en ausencia de Luca, y el resto del equipo, pero no iba a quedarme de brazos cruzados mientras hablaban con esa aparente serenidad.

—Tenemos que sacarlo de donde esté —añadí, alzando la voz, sin poder evitar que me temblara.

Avancé hacia la mesa, pero al pasar junto a Alessia, noté cómo me sujetaba del brazo para impedirme llegar hasta donde se encontraba Dante. Era un intento torpe de contenerme. Estaba hecha un manojo de nervios, incapaz de ordenar las ideas que se agolpaban en mi cabeza. No sabía quién tenía a Luca, pero el tiempo jugaba en su contra y lo hacía a una velocidad que me asfixiaba.

—Está en peligro —repetí, al ver que nadie reaccionaba como yo esperaba.

Dante fijó en mí su mirada oscura. No era indiferencia, era un cálculo. Eso me desesperó aún más. Bajé la vista hacia una de las tabletas que descansaban sobre la mesa y comprendí que no estaban esperando, estaban rastreándolo.

—Eve, no podemos… —empezó Alessia.

—¡Claro que podéis! —estallé, notando como las amargas lágrimas ya me nublaban la vista—. Lo habéis hecho antes —apunté —, si no, yo no estaría aquí.

—No —intervino Dante con firmeza.

Se acercó y tomó mis manos para obligarme a mirarlo, pero me solté de inmediato.

—No quiero excusas —espeté—. Quiero que montéis un maldito operativo y lo saquéis de donde demonios esté metido.

—Luca ha dado órdenes claras —replicó él—. Nadie sale del *palazzo* para ir a por él.

Estaba al borde del colapso, sintiendo como todo a mi alrededor daba vueltas. Luca era el único que se había preocupado por mí, el único que a pesar de todo había hecho lo que estaba en su mano para sacarme de casa de *La Mort*. Él me había salvado, ¿cómo iba a permitir que lo dejaran solo?

Mi mente voló muy lejos del *palazzo*.

***

Unos meses antes, casa del bosque, ya comprada por Luca.

—Gracias por quedarte —susurré aquella noche, mientras la lluvia golpeaba el techo de madera.

Luca estaba tumbado a mi lado, en silencio, rodeándome con sus brazos como si pudiera mantener el mundo entero lejos de mí. Llevaba meses escondida en aquella casa apartada y él era el único que se colaba para velar mis sueños.

Se había convertido en mi refugio, en la paz que nunca tuve.

Durante horas escuchamos la lluvia caer en silencio. Su duro pecho subía y bajaba con firmeza bajo mi barbilla, mientras el sonido de su corazón me embriagaba como una nana dispuesta a hacerme dormir.

—Cuando salga de aquí quiero ver el mar —murmuré, soñando despierta.

—Te llevaré a todos y cada uno de los mares que existen —prometió.

Sonreí contra su piel, deseosa de reseguir cada una de las líneas que lo adornaban y que asomaban por el pico de su camisa.

—También quiero ir a un parque de atracciones.

Nunca había ido. Durante toda mi vida había estado centrada en ballet, sometida por mi propia madre para convertirme en la mejor.

—Donde quieras.

Le dio una larga calada al cigarrillo.

—¿Y al fin del mundo?

Dejó ir el humo, llenando la estancia, al mismo tiempo que deslizaba su mano por mi espalda, recogiéndome, creando una burbuja de la que no quería salir.

—Hasta allí iría por ti, Eve

***

—¡No me importa lo que haya ordenado!

Salí de la sala como si el suelo ardiera bajo mis pies. La rabia me recorría el cuerpo con la misma intensidad que el miedo. No iba a permitir que le hicieran daño, sobre todo, si el precio era entregarme. Lo pagaría, pero no sin luchar.

Me dirigí al hangar donde almacenaban las armas, vehículos y equipo táctico. Apenas era consciente de lo que hacía, solo sabía que no podía quedarme quieta.

—¡Eve! —gritó Alessia a mi espalda—. ¿Te has vuelto loca?

—Voy a ir a por él —respondí sin detenerme—. Y no voy a permitir que nadie me lo impida.

Tomé un chaleco antibalas de una de las perchas, me lo ajusté a duras penas y con las manos torpes. Me coloqué el portapistolas en los muslos, descolgué lo que creí que era una escopeta y la crucé sobre mi pecho.

¿Quién demonios me creía? ¿Lara Croft? Una parte de mí me dijo que no sería capaz, que no era más que una puta que buscaba reinsertarse, pero lo cierto era que eso iba a cambiar, no permitiría que nadie me hablase así, y mucho menos, yo misma.

Guardé dos nueve milímetros en los arneses y escondí un puñal en la bota.

—No dejaré que salgas —aseguró Alessia, alcanzándome.

Negué con la cabeza y activé el cierre de emergencia de las compuertas.

—Lo siento —musité.

No quería hacerle daño, pero tampoco iba a quedarme esperando a que mataran a Luca. Estaba rebuscando entre las llaves cuando la vi deslizarse por debajo de la puerta antes de que terminara de cerrarse.

—¿En qué demonios estabas pensando? —preguntó, sin aliento.

Con un rápido movimiento, me quitó las pistolas e hizo que la escopeta cayese al suelo como si fuese de juguete.

Algo en mí se quebró.

La imagen de Luca arrodillado, herido, ensangrentado, apareció en mi mente con una claridad insoportable. Pensé en Giovanni, en su crueldad metódica y en la sonrisa que precedía al castigo, la misma que se veía en la máscara de *La Mort*.

La sangre se me heló.

Parpadeé varias veces, intentando despejar la visión empañada por las lágrimas, al mismo tiempo que notaba que el latir en mi pecho se volvía cada vez más ensordecedor. Cogí una bocanada de aire, sintiendo cómo el aire no entraba con normalidad.

Me pasé las manos por el cabello.

Tenía que pensar y mantener la cabeza fría. Pero solo podía imaginarme escenas de tortura. Solo escuchaba gritos. El Salón Negro. A Luca pagando por mi culpa.

Cerré los ojos y fue entonces cuando los brazos de Alessia me rodearon.

—Lo van a matar —susurré, rompiéndome contra su pecho—. ¿Por qué mi vida vale más que la suya?

—Porque así lo ha decidido él.

Antes de que pudiese decir nada, noté como algo se inyectaba en mi cuello.

—Perdóname.

13

Eve

Mi cuerpo comenzó a flojear y fue entonces cuando los sanitarios llegaron, llevándome de nuevo a la consulta. Me administraron algo para estabilizarme y Janeth se quedó a mi lado el tiempo que fue necesario. Sin embargo, sabía que ningún medicamento iba a calmar lo que de verdad me desgarraba por dentro.

Mi malestar no desaparecería hasta que Luca estuviera de vuelta. Solo de imaginar lo que podía estar viviendo hacía que el estómago se me revolviera.

Alessia me aseguró que Dante ya estaba coordinando un operativo para localizarlo, pero el proceso estaba siendo más complejo de lo previsto. Giovanni no era un hombre que cometiera errores dos veces, y el equipo no iba a precipitarse después del episodio que yo misma acababa de protagonizar.

—Debes apartar esos pensamientos —me dijo Janeth con suavidad—. No puedes permitir que te consuman.

—No sé cómo hacerlo, Jan.

Mi cabeza no dejaba de calcular los tiempos. Recordaba demasiado cuánto solía retener *La Mort* a sus prisioneros, igual que lo hacía Giovanni, cuánto tardaba en quebrarlos, qué métodos utilizaba cuando quería enviar un mensaje. No sabía cuántas horas llevaba Lucas en sus manos, ni si seguiría con vida en el momento en el que el equipo llegase.

—Sé que es difícil —continuó—, pero necesitas distraerte. Lo que imaginas ahora mismo solo alimenta esa ansiedad que te consume —aseguró—. Van a sacarlo de esta.

—Eso lo dices desde aquí —murmuré, notando cómo la voz se me quebraba a la vez que alzaba las manos—. Desde un lugar seguro donde no puedes imaginar lo que él puede estar soportando.

Janeth no se ofendió, no lo había hecho en ningún momento, hablándome con una tranquilidad que me hacía sentir envuelta en una nube mullida.

—¿Quién es Luca en tu vida, Eve?

La pregunta me dejó en blanco, sin palabras, y se repitió en mi mente como un eco que no dejaba de retumbar en mi interior.

No éramos nada, no había promesas. Él me había comprado, sí, pero al mismo tiempo se había preocupado de mí, había estado a mi lado. Había silencios que decían demasiado.

Luca se había convertido en mi lugar seguro. El único capaz de acallar el ruido constante de mi cabeza. No le necesitaba para existir, pero sí para respirar sin sentir que me ahogaba.

—No lo sé —admití.

—Eso no es verdad.

Suspiré, dejándome caer en la camilla.

—Sé que forma parte de mi vida, pero no sé hasta qué punto.

Durante años había escuchado hablar del síndrome de Estocolmo. Llegué a pensar que quizá lo que sentía era una deformación emocional, producto del trauma, que todo lo vivido me hacía creer que Luca no era tan malo en comparación con *La Mort*. Pero lo cierto era que a pesar de que el italiano me había comprado, jamás me había obligado a nada.

Lo nuestro era otra cosa.

—¿Qué sientes cuando está cerca? —insistió.

Cerré los ojos.

—Las manos me cosquillean —susurré, rozándome la palma con los dedos—. El corazón se me acelera, cuando me mira es como si el mundo se parase, con él no existe el miedo... Y sé qué no debería ser así.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque él me compró.

—Lo hizo —claudicó—, pero no por lo mismo que lo hacían los otros hombres —añadió Janeth—. Él lo hizo para darte la libertad que tanto merecías.

Las lágrimas me nublaron la vista.

—Necesito que vuelva.

Janeth apuntó algo en la libreta que siempre portaba consigo, y tomó una de mis manos con cariño.

—Volverá —me prometió—. Este equipo no abandona a los suyos.

Aquella respuesta me revolvió por dentro, porque yo jamás había pertenecido a ningún lado y, en cierto modo, envidiaba que Luca pudiera tenerlo y yo no.

Me limpié las lágrimas traicioneras que ya me habían empapado el rostro e intenté recomponerme. Una parte de mí temía que fuese demasiado tarde como para poder dar con él. No sabía de qué sería capaz Giovanni con su propio hijo, pero sí sabía lo que había hecho decenas de veces antes.

—Luca sabe sobrevivir —apuntó Janeth al verme cavilar—, se ha entrenado para eso.

—Su padre también.

El silencio que siguió fue un bálsamo, porque en cierto modo ya no podía abrirme más con ella, no quería continuar pensando en lo ocurrido, y mucho menos en lo que podría estar viviendo él. Me mataba hacerlo.

—No puedo prometerte nada —dijo finalmente—, pero sí puedo asegurarte que harán todo lo posible por traerlo de vuelta.

No era suficiente, pero era lo único a lo que podía agarrarme.

—Le quieres —apuntó con suavidad.

***

Unos meses antes, día de la compra de Eve.

La furgoneta avanzaba por la carretera envuelta en una oscuridad espesa. Apenas se filtraba algo de luz desde el exterior cuando algún coche pasaba en dirección contraria, iluminando el interior del vehículo antes de que volviera a sumirse en la penumbra.

Estaba sentada en el suelo metálico, con la espalda pegada al lateral, y las rodillas recogidas contra el pecho. Todo mi cuerpo temblaba por el frío, pero no solo eso, sino por la maldita adrenalina que aún corría por mis venas.

No dejaba de mirar las puertas traseras, como si en cualquier momento alguien fuese a abrirlas para arrastrarme de nuevo a casa de *La Mort*, de Giovanni o a saber de quién.

Las muelas me chasqueaban unas contra otras.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima cayó sobre mis dedos.

Todo había ocurrido demasiado rápido. La discusión, las balas, los hombres, el contrato, los gritos… y después él.

Luca.

Le tenía frente a mí, apoyado contra el otro lado de la furgoneta. Permanecía en silencio, observándome con esa mirada verdosa que parecía verlo todo sin necesidad de hacer preguntas.

No dijo nada, ni una palabra.

Solo se inclinó hacia uno de los asientos y cogió una manta doblada. Se acercó despacio, como si temiera asustarme más de lo que ya estaba, y la dejó caer sobre mis hombros con cuidado.

Aquel gesto me descolocó.

Alcé la vista hacia él sin entender qué estaba pasando. No esperaba nada parecido a la amabilidad después de todo lo que había vivido. Contuve el aliento cuando el repiqueteo de mi corazón se volvió ensordecedor.

Durante unos segundos permanecimos así, mirándonos.

Entonces, Luca se sentó a mi lado, pasando un brazo por encima de mis hombros.

No me obligó, ni me atrajo hacia él.

Simplemente me cubrió.

Mi cuerpo cedió casi sin darme cuenta. Me incliné hacia su pecho, como si llevara horas esperando ese gesto, y las lágrimas comenzaron a sacudirme con más fuerza.

Lloré contra su camisa, sin poder detenerme, como una niña al borde del colapso, esa a la que una vez arrancaron de su propia casa para llevarme al mismísimo infierno.

El italiano permaneció callado, no intentó calmarme con palabras ni hacerme preguntas. Solo me sostuvo, lo hizo como nunca nadie lo había logrado.

Su pecho subía y bajaba con calma bajo mi mejilla, mientras la furgoneta continuaba avanzando por la carretera oscura. Podía sentir su calor, cómo nuestra piel se unía, a pesar de la ropa, y cómo, poco a poco, mi cuerpo dejó de temblar.

Por primera vez desde que salí de aquella mansión, dejé de sentir que alguien iba a abrir la puerta. Y aunque Luca no había emitido sonido alguno, en ese momento lo supe con una certeza que me sorprendió incluso a mí misma.

Con él, al menos por ahora, estaba a salvo.

***

Janeth tocó mi mano con un simple roce, sacándome de esa burbuja de recuerdos en la que estaba sumida, la misma que me había traído al presente esa sensación de estar en casa. No quería perderle.

—Será mejor que vayas a descansar —me propuso con amabilidad—. Luca estará a punto de volver, y creo que os debéis una conversación.

Asentí un par de veces, le di las gracias en silencio y me encaminé hacia la puerta que daba al largo pasillo. No sabía cuánto rato había estado adormilada, ni qué había ocurrido durante todo ese tiempo, pero lo único que deseaba era que pasase lo más rápido posible y que Luca volviese.

Cerré los ojos, tomando una bocanada de aire, intentando calmar ese nerviosismo que me corroía, porque sí, a pesar de que quería dejar de pensar en todas esas situaciones catastróficas, una parte de mí no podía dejar de tener miedo.

«Va a estar bien», me dije para mis adentros.

Me detuve frente a la entrada de la habitación que me habían asignado y, cuando giré el picaporte y abrí la puerta, el mundo se me vino abajo.

14

Luca

Mi pecho subía y bajaba frenético. Ya no sabía cómo demonios tranquilizarme. Estaba de los malditos nervios desde que habíamos sacado a Eve de la casa. Era como si mi cuerpo estuviera en constante alerta, tanto que ni siquiera me dejaba pensar con claridad. Suspiré hondo, perdido, y cerré los ojos. Solo la veía a ella, era como un puto oasis en medio del desierto, la diferencia era que ella era el mío en toda la oscuridad en la que estaba sumido.

Todo lo que habíamos tenido que vivir a lo largo de los últimos meses me traía de cabeza, ni siquiera era capaz de pensar con claridad, no cuando sabía que mi padre formaba parte de algo tan aberrante como lo era el negocio de *La Mort*.

En nuestra familia nunca habían existido los secretos, no cuando se trataba de mí y mi padre. Se suponía que yo era su mano derecha, el único capaz de estar a su lado, el puto heredero de su apellido. Mi mente no dejaba de cavilar, pensando en qué demonios me habría estado ocultando durante los últimos años.

A mi hermana la habían vendido como si no fuese más que ganado, entregándola por un maldito pacto que aún desconocía. ¿Cómo había podido dar a su propia sangre de aquella manera? Me pasé una mano por la cara y le di una larga calada al cigarrillo que se consumía entre mis dedos.

Me sentía sucio al pensar que alguien con mi misma sangre pudiese haber hecho tanto daño a mujeres y niñas, a Eve, porque una parte de mí solo deseaba cerrar cada una de sus heridas a besos, curar su alma rota, mientras que otra me gritaba que prendiese el mundo en llamas y persiguiese a cada uno de los hijos de puta que la habían tocado.

Tomé una bocanada de aire y suspiré.

Estábamos metidos en un puto embrollo de cojones, y lo peor era que no tenía ni idea de cómo iba a sacar a Eve de todo esto. El maldito imperio de los Moretti se venía abajo, toda mi realidad había cambiado en el preciso instante en el que Elisa me explicó todo lo que estaba ocurriendo.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me crujió hasta el cerebro.

Un click a mi espalda llamó mi atención al instante. Sin pensarlo ni un momento, saqué el arma y directamente apunté hacia la entrada.

—Luca…

Verla allí plantada, bajo el marco de la puerta, provocó que algo en mí se moviese. Guardé el arma de nuevo en su funda, y tomé el vaso de whisky que seguía bebiendo. Apagué el cigarrillo y deseé lanzarme a por ella, estrujarla entre mis brazos. Pero eso no iba a ocurrir, al menos por el momento.

Dio un paso más, entrando en la habitación y cerrando a su espalda. Su rostro quedó iluminado únicamente por las pocas llamas de la lumbre, dándole un tono cálido y casi irreal. Creí estar soñando. Era la mujer más hermosa que había visto en toda mi vida, la única que sería capaz de hacer que me postrase a sus pies.

Nuestra relación había empezado de una manera peculiar, o al menos eso pensaba. El juramento de la *'ndrina*, el contrato, la casona aislada… Todo con tal de protegerla del mundo en el que estaba metida, y, aun así, no lo había conseguido.

Pero lo haría.

—Estás vivo —susurró.

—Eso parece —musité.

Una tímida mueca se esbozó en sus labios al mismo tiempo que sus ojos se bañaban en un brillo que no supe descifrar de qué era.

Me puse en pie, acomodando la camisa que ya llevaba a medio abotonar.

Carraspeé, y pude percibir los nervios emergiendo de mi vientre, subiendo hasta mi garganta, obligándome a tragar ese nudo que comenzaba a crearse.

—Eve —la saludé.

Antes de que pudiese decir nada, se lanzó a mis brazos, esperando que la cobijase, mientras ella escondía su rostro contra mi pecho. Joder. Podría haber descongelado el mismísimo Polo Norte con ese simple gesto.

La rodeé con mimo, permitiéndome el lujo de, por una vez en mi vida, sentirme en una paz extraña de la que no iba a querer salir.

—Dios, tenía tanto miedo... —admitió—. Creía…

Se apartó un segundo de mí, y pude ver el pánico en sus ojos, cómo la oscuridad había vuelto a ella, y por un instante, había sido el terror quien la había controlado. Eve era un puto ángel en medio del caos, uno al que habían condenado a vivir en la tierra para mostrarle al mundo lo que era la pureza, y en vez de aprender de ella, lo único que habían hecho era intentar corromperla.

—Ya no tienes que preocuparte —aseguré.

—Solo de pensar que podrían hacerte daño…

Verla de aquella forma me descolocaba. Sí, a mí. Al maldito Luca Moretti. Al mismo hombre que no temía nada. O al menos, no había temido nada hasta aquel instante, porque si había algo que no podía permitirme era perderla.

—No lo pienses más —le pedí.

Sentí como la punta de los dedos me ardió al notar su cuerpo bajo mis manos. Apreté la mandíbula, y la aparté con cuidado, huyendo de esa sensación que tanto me desesperaba.

—¿Q… Qué haces aquí? —titubeó, confusa—. ¿Cómo has conseguido escapar?

—Ahora eso no es algo por lo que tengas que preocuparte —comenté, sujetándola por los hombros.

—Pero… —comenzó a decir.

—No hay peros que valgan, Eve —le contradije.

Apreté la mandíbula cuando me percaté de la forma en la que miraba mis labios, en cómo todo su cuerpo permanecía casi pegado al mío. Quería tomarla, olvidarme de la mierda en la que estábamos metidos y perderme en ella, en esa forma que tenía de observarme con una mezcla de delirio y devoción.

Fijé mis manos en su cadera, a la vez que en mi interior me debatía sobre cómo demonios afrontar lo que tenía delante. No

quería herirla, ni que se involucrase más en mi mundo. La deseaba lejos del dolor, en una vida tranquila donde pudiese ser ella misma sin tener que pedir permiso.

—Creo que nos debemos una conversación —musitó sin apartar la vista.

Mi miembro se endureció al instante, me enloquecía verla de aquella manera, tan inocente, dulce y dispuesta. Porque sí, no necesitaba que dijese nada para saber que lo deseaba tanto como yo. Entre ambos había algo que no se podía explicar, una conexión capaz de hacer que perdiese la poca cordura que me quedaba.

Eve se puso de puntillas, uniéndonos en un dulce y casto beso que me dejó completamente mudo.

—Ahora no.

Aquellas dos palabras fueron como empujarla lejos, no en el plano físico, pero sí en el emocional. Porque a pesar de todo, no podía permitir que la situación continuase en esa dirección, no cuando teníamos una maldita guerra entre manos, no cuando había sido mi padre parte de su condena.

—Luca, por f… —comenzó a decir.

—Lo siento.

15

Luca

Estaba al límite, completamente al límite, era como si toda la tensión que llevaba acumulando durante días se hubiese concentrado en mi pecho hasta el punto de no dejarme respirar con normalidad.

Eve no se apartaba de mi mente, era como si estuviese grabada en mi cabeza con una claridad que resultaba una obsesión enfermiza. Cerrar los ojos era verla, escucharla, recrear la forma en la que se acercaba a mí como si no entendiera el peligro que suponía que lo hiciera, o peor aún, como si lo supiera, pero decidiera ignorarlo.

Apreté la mandíbula con fuerza, y sin pensarlo demasiado golpeé la pared del pasillo con una violencia que dejó un boquete en el yeso, aunque ni siquiera eso fue suficiente como para aliviar la presión que se había instaurado en mi pecho.

—Eh, tío…

La voz de Dante llegó a mí, sacándome de ese estado en el que todo empezaba a volverse peligroso incluso para los que quería.

—¿Qué coño te pasa? —cuestionó sin comprender lo que estaba ocurriendo.

Giré despacio, clavándole la mirada, sabiendo que no hacía falta que le explicara nada, porque él ya lo sabía. Nos conocíamos demasiado bien como para fingir, y era evidente que entendía a la perfección lo que sucedía, lo que esa mujer significaba para mí y lo que estaba empezando a hacerme perder el control de una forma que no me podía permitir.

—¿Ha ocurrido algo? —insistió, acercándose.

Negué con la cabeza, pasándome una mano por el cabello, recolocando alguno de los mechones que habían caído sobre mi rostro, mientras soltaba el aire con esa rabia que contenía.

—No —gruñí—, ese es el puto problema.

Dante exhaló despacio, observándome con esa calma que siempre tenía, incluso cuando todo se iba a la mierda.

—Tienes que hablar con ella.

Una risa seca se me escapó, a la vez que me giraba como si su propuesta fuese lo más absurdo que había escuchado en todo el día.

—¿Hablar con ella? —repetí, con incredulidad—. ¿Cómo cojones quieres que haga eso cuando estamos escondidos en este *palazzo* como ratas por culpa de mi padre? —cuestioné—. Ni siquiera sé si puedo sacarla de todo esto sin arrastrarla conmigo.

Me pasé ambas manos por la cara, intentando ordenar el caos que me mataba por dentro, aunque sabía que jamás lo conseguiría, no si él seguía vivo.

—Antes me arranco los huevos que ponerla en peligro otra vez —añadí en voz baja—. No voy a permitir que vuelva a sufrir, ni por mí ni por nadie.

—Eso no es decisión tuya.

—Claro que lo es —sentencié con tanta rabia que hasta yo mismo me sorprendí.

El silencio que siguió fue pesado, de esos que no necesitan más palabras porque la verdad ya está sobre la mesa.

—Esto no va a durar siempre —dijo al final Dante, apoyando una mano sobre mi hombro.

Negué con la cabeza mientras una mueca amarga se dibujaba en mis labios.

—Ni su amor por mí tampoco.

Sabía que era verdad, por mucho que me jodiera admitirlo.

—Deja de castigarte así, *piccolo*.

Pero no podía hacerlo, porque cada vez que la miraba sentía que todo lo que había sido hasta ese momento empezaba a tambalearse, como si ella tuviera la capacidad de desmontarme pieza a pieza sin siquiera tener que intentarlo.

—Joder… —solté, apoyándome contra la pared—, cada vez que la tengo cerca se me va la puta cabeza, y lo único que quiero es encontrar a todos los hijos de puta que las tocaron y hacerles pagar.

Dante esbozó una sonrisa peligrosa, de esas que solo aparecían cuando la violencia dejaba de ser una opción para convertirse en un

plan.

—Pues vamos a hacerlo.

Solté el aire despacio, sabiendo que eso iba a pasar, que no iba a parar hasta que todos y cada uno de ellos pagaran, pero antes tenía que asegurarme de no perder el control de lo único que de verdad me importaba.

—Reúne al equipo.

Asintió, dándome una palmada en el hombro antes de marcharse, dejándome solo en el pasillo que daba al despacho.

Me apoyé de nuevo contra la pared y cerré los ojos, algo que no debería de haber hecho, porque en cuanto lo hice, apareció ella, tumbada entre las sábanas blancas de su habitación, con el pelo cayéndole sobre la almohada y esa expresión tranquila que solo tenía cuando dormía. Era como si su cuerpo supiese que en ese momento nada la podría herir.

Escuché la puerta del final abrirse despacio y me giré lo justo para verla, de pie en el marco de la puerta, envuelta en esa bata clara que apenas cubría su piel. El cabello le caía sobre los hombros, y por un instante creí ver a un ángel, uno con una expresión que no esperaba, más firme, como si hubiese tomado una decisión.

Había dejado de esconderse.

Y eso la hacía todavía más peligrosa para mí.

—Necesito que hablemos —dijo, avanzando hacia mí sin detenerse.

No me moví, porque no confiaba en lo que haría si lo hacía.

—No es buen momento —respondí.

No se detuvo.

Nunca lo hacía.

—¿Cuándo lo será? —insistió, acercándose más.

Apreté la mandíbula, notando el latir de mi corazón en las sienes.

—Puede que nunca.

Vi perfectamente el momento en el que mis palabras le hicieron daño, cómo algo en su mirada se quebraba, aunque intentara sostenerlo, y, aun así, no retrocedió, se mantuvo frente a mí como si estuviera dispuesta a plantarme cara.

Eso me encendió.

—Estoy harta —comenzó a decir, alzando la voz—. ¡Harta de que me ocultéis información, de estar metida en cualquier lado!

—Baja la voz —le ordené con frialdad.

—No me da la gana —sentenció con una rudeza que no había visto jamás.

Una chispa de orgullo se prendió en mi pecho, al mismo tiempo que el enfado iba a más.

Dejé que una mueca se esbozase en mis labios al mismo tiempo que una risa seca se me escapaba. Di dos pasos hacia ella, provocando que retrocediese, hasta que su espalda tocó la pared del pasillo.

Todo ocurrió demasiado deprisa, tanto que no supe en qué momento coloqué mi mano en su cuello, estrangulándola. Mi pecho subía y bajaba frenético, casi tanto como lo hacía el suyo. El corazón me latía con tanta fuerza que apenas podía escuchar sus súplicas, la manera en la que me pedía que la soltase, tan agónica como entristecida.

—Ni se te ocurra decir una puta cosa más —mascullé entre dientes—. Si no fuese por mí, estarías por ahí drogada, siendo follada por cualquiera —bufé con rabia, como si fuese un jodido animal—, incluso por mi padre —añadí ido—, ¿o es que acaso no te acuerdas? —escupí—. Te he salvado de tu maldita ruina, Eve.

—Luca… —susurró, con la voz rota.

—No me toques la puta polla, Eve.

Apreté los dientes, sintiendo como todo mi sistema nervioso estaba encendido, sobrecargado y a punto de hacerme estallar por los aires.

—Será mejor que te marches —siseé entre dientes.

Solté el agarre, dando un paso hacia atrás, esperando a que se apartase de mí para marcharse, pero entonces, algo cambió en ella, volvió esa seguridad que había mostrado tornándose tan terca que solo pude suspirar.

—¿Y si no quiero?

Sonreí ladino, sabiendo que el poco control que me quedaba se estaba escapando entre mis dedos como lo haría la arena de la costa.

Volví a acercarme a ella, reduciendo el espacio hasta casi eliminarlo, notando el calor de su cuerpo contra el mío, respondiendo ardiente a cada uno de mis movimientos.

—Entonces tendré que explicártelo en privado.

16

Luca

—Pues vas a tener que explicármelo.

Su desafío me golpeó de lleno en la boca del estómago. No por lo que dijo, sino por cómo lo dijo, por esa firmeza que comenzaba a mostrar y la manera en la que me sostenía la mirada como si ya no estuviera dispuesta a seguir escondiéndose. Era como si hubiese decidido plantarme cara, aunque eso implicara romperse por dentro.

No debería haberme gustado, pero lo hizo.

Apreté la mandíbula con fuerza, notando como el pulso me palpitaba en las sienes, y antes de que pudiera pensarlo dos veces, la agarré de la mano con más brusquedad de la que pretendía y tiré de ella hacia mi habitación.

Cerré la puerta tras nosotros con un golpe seco que retumbó en toda la estancia. No sabía qué demonios estaba haciendo, ni qué pretendía decirle, pero sí tenía claro que no podía permitir que continuase provocándome de esa forma, no cuando apenas era capaz de controlarme.

—No puedes ir por ahí jugando con fuego, Eve —gruñí nada más girarme hacia ella.

La vi tensarse, cómo su respiración se alteraba al mismo tiempo que su mirada se llenaba de algo que no supe descifrar, y antes de que pudiera anticiparlo, su mano impactó con rabia contra mi pecho.

—No lo estoy haciendo —me rebatió, y aunque no alzó demasiado la voz, la intensidad con la que lo dijo fue suficiente para hacerme perder un poco más el control—. Estoy harta de esconderme.

Las lágrimas empezaron a acumularse en sus ojos, brillando sin llegar a caer, y eso me descolocó más de lo que debería, porque durante un segundo vi reflejados en ellos algo que no supe cómo manejar, algo que iba mucho más allá del miedo o la frustración.

Se estaba rompiendo.

Y, aun así, continuaba de pie.

Di un paso más hacia ella, casi por inercia, tomándola por la cintura, acercándola hacia mí, hasta que nuestros cuerpos quedaron prácticamente pegados, como si esa proximidad fuese la única manera de mantenerla bajo control, o tal vez, la forma de no perderla del todo.

Iba a terminar con lo que había empezado, ya no solo por ella, sino por mi familia. No permitiría que mi padre nos arrastrase a todos a su agujero de mierda, ese en el que llevaba tantos años metido que ni siquiera nos habíamos percatado de ello.

—Luca —interrumpió la voz de Dante por el pinganillo que siempre llevaba—, parece que lo que has hecho está funcionando —añadió—, pero hay algo con lo que no contábamos.

Cerré los ojos durante un instante, maldiciendo por dentro.

—Voy para allá.

Le respondí. Me pasé una mano por el cabello mientras intentaba recomponerme, aunque en cuanto volví a mirarla, supe que no iba a ser tan sencillo. No lo sería porque me miraba como si fuese una despedida, como si en lo más profundo de su alma supiese que lo que ocurría entre ambos no era correcto.

—No —susurró.

Ese simple sonido fue suficiente como para tensarlo todo en mi interior.

Sus manos temblaban, su respiración era irregular y sus ojos… joder, sus ojos estaban llenos de algo que no quería nombrar, pero que conocía demasiado bien.

Miedo.

Pero no era por ella.

Sino por mí.

Por lo que pudiera pasarme.

—Eve, tengo que marcharme —musité.

Di un paso atrás, intentando poner distancia antes de que fuera demasiado tarde, pero no me lo permitió.

Su mano encontró la mía y me detuvo.

La forma en la que me agarró, como si se estuviera aferrando al borde del precipicio, me atravesó más de lo que cualquier bala

habría podido hacer.

—Por favor —rogó—. No tenemos demasiado tiempo.

Las lágrimas seguían ahí, contenidas, resistiéndose a caer, y por primera vez en mucho tiempo dudé.

De verdad.

Porque sabía que tenía razón, que el tiempo no jugaba a nuestro favor y que aquello podía acabar en cualquier momento.

—Lo siento —murmuré al final, aunque ni siquiera yo estaba convencido de mis propias palabras.

Me giré, encaminándome hacia la puerta. Un fuerte nudo se creó en mi pecho, inundándome de una rabia de la que creí haberme deshecho.

No la merecía, y jamás lo haría.

Llevaba repitiéndomelo como un jodido mantra desde el momento en el que empezó a importarme, intentando convencerme de que alejarla era lo correcto, que debía dejarla marchar para que pudiera tener algo parecido a una vida normal, lejos de la mierda en la que yo estaba metido hasta el cuello.

Pero no funcionaba, nada de eso lo haría jamás.

Porque por mucho que lo intentara o deseara, por muchos demonios que llevara dentro, todos y cada uno de ellos se arrodillaban ante ella, venerándola de una forma que empezaba a resultarme peligrosa.

Pensar que podría estar con otro hombre, alguien que sí fuera digno de ella, hizo que la sangre me hirviera en las venas de una forma que nunca había sentido.

No me consideraba celoso, jamás lo había sido, pero con ella… Todo era diferente.

Giré sobre mis talones, encontrándome con su mirada. Seguía ahí parada, con los ojos enrojecidos, brillantes, intentando mantenerse entera mientras todo en ella gritaba lo contrario.

Caminó hacia mí con cautela, como si temiera lo que pudiera hacer, y, aun así, no se detuvo, plantándose frente a mí con una valentía que me desarmó por completo.

Por un instante dejé de escuchar a Dante, que continuaba hablándome por el pinganillo.

Solo existía ella.

—He estado en sitios muy oscuros, Eve —siseé, notando como el control volvía a escaparse entre mis dedos.

Apreté las manos en puños, bajando la mirada, buscando una salida para todo lo que nos rodeaba, una solución para escapar, pero cada intento, cada pensamiento, solo conseguía hundirme aún más.

Entonces sentí sus manos.

A ambos lados de mi rostro.

Cálidas, firmes y reales.

Me obligó a mirarla, y yo obedecí. Lo hice a sabiendas de que si me pedía que me arrodillase a sus pies lo haría sin dudarlo.

—Encontraremos la forma de salir de todo esto —aseguró, y su convicción me resultó incluso absurda.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sé si eso es lo que deseo —añadí, dejando que la verdad se colara entre esos pensamientos vacíos.

Porque lo que deseaba era mucho más simple, pero también peligroso.

—¿Y qué es lo que quieres de verdad? —preguntó confusa.

—Quiero aniquilar a cualquiera que te haya puesto una mano encima —respondí sin dudar—, quiero acabar con todos ellos… sobre todo con mi padre.

El silencio fue denso, pero no incómodo, decisivo, como si estuviese pensando en lo que acababa de decirle.

—No pienso permitir que vuelva a por ti, ángel —juré.

—Hazlo —musitó, alzando la vista y fijándola en la mía—. Mátalos a todos.

17

Eve

Había decidido inmiscuirme, estar presente en todo lo que nos rodeaba, porque a pesar de que ese no era mi mundo, él sí que lo era.

—¿Qué hace esta aquí? —inquirió uno de los hombres con desprecio, mirándome como si mi sola presencia le resultase insoportable.

No llegué ni a reaccionar.

Luca lo fulminó con la mirada antes de detenerse, cerró las manos en puños mientras avanzaba y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, dejó que una mueca peligrosa se dibujase en sus labios al mismo tiempo que alzaba el arma y la encajaba contra su sien sin el más mínimo titubeo.

—¿Quién cojones lo pregunta? —cuestionó con una calma que helaba la sangre.

El hombre se quedó rígido, como si el simple contacto del cañón contra su piel lo hubiese paralizado. Pude ver cómo tragaba saliva, cómo el miedo le recorría el cuerpo sin que se atreviera siquiera a moverse, consciente de que cualquier movimiento podría costarle la vida.

Mi cuerpo se tensó, pero no por lo que pudiera ocurrirme a mí, sino por lo que estaba en juego.

Había algo en Luca en ese momento, algo que conocía demasiado bien.

La vena de su sien se marcaba con fuerza, su respiración era contenida, medida, pero podía intuir la ira en sus ojos como una bomba a punto de estallar.

El silencio se volvió denso, incómodo, cargado de una tensión que parecía capaz de romperse en cualquier momento. Tragué saliva, sin apartar la vista de ellos.

Lo observó unos segundos más, escrutándolo como si estuviera valorando si merecía seguir respirando, y entonces inclinó ligeramente la cabeza, dando una orden seca y dura, consiguiendo que el corazón se me acelerase.

—Estás en mi puto sitio —sentenció—. Fuera de aquí.

El hombre obedeció al instante, atropellándose en disculpas, torpe, asustado, como lo haría un animal acorralado. Se apartó de la mesa con rapidez, casi tropezando en su intento por salir de la sala, y no se detuvo hasta perderse por completo en el pasillo.

Solo entonces fui consciente de que había dejado de respirar.

—¿Quién era? —Quiso saber Luca, sin apartar la vista de la puerta.

—Loui —respondió Dante.

Asintió despacio, dejando el arma sobre la mesa, con un gesto aparentemente tranquilo, y esbozó una sonrisa que no fue para nada amable.

No era el mismo.

O tal vez sí, y yo solo había visto una parte de él.

Frente al equipo era distinto: más frío, calculador y peligroso.

Y sin quererlo, mi mente se deslizó hacia un recuerdo que me atrapó sin previo aviso.

***

Día después de la extracción, refugio provisional.

Me temblaban las manos solo de mirarle.

Había algo salvaje en él, algo que no podía contener, era como si toda su rabia hubiese encontrado por fin una grieta por la que escapar, y lo peor de todo era que esa grieta había sido yo.

Escuchar la voz de Giovanni al otro lado del teléfono había conseguido que el miedo se instaurara en mi pecho de una forma tan brutal que por un instante quise desaparecer, esconderme, dejar de existir si eso significaba que no volvería a encontrarme.

No llevábamos más de un día en una casa de campo, todo estaba patas arriba. Me habían dicho que ese iba a ser nuestro refugio durante un tiempo, hasta que todo se calmase, pero lo

cierto era que parecía más una casa abandonada que una casona lujosa italiana.

Sentía cómo mis dedos se clavaban en mis propios brazos mientras me abrazaba, cubriéndome como si pudiera protegerme de algo que sabía que nos superaba a todos.

—Creo que tienes algo que me pertenece. —Escuché al otro lado de la línea.

El aire se me quedó atrapado en los pulmones, y por un instante creí que me desmayaría allí en medio.

—No hables así de ella —gruñó Luca, con la voz tan baja y cargada de una furia contenida que hacía temblar todo a su alrededor.

—Vaya… —musitó con fingido pesar—. Parece que mi dulce caramelo te la pone tan dura que ni pensar con claridad puedes.

Una arcada subió a mi garganta cuando la mirada de Luca se clavó en mí.

Y por primera vez, tuve miedo de él.

No porque fuese a hacerme daño, sino porque no sabía si sería capaz de detener lo que estaba a punto de desatarse en su interior.

Las piernas me cimbreaban, mientras las lágrimas lo empañaban todo. El pánico comenzó a asfixiarme, impidiéndome respirar con normalidad.

Sabía a la perfección lo que significaba volver con Giovanni, o incluso con *La Mort*.

No habría salida, ni descanso… solo dolor.

—Voy a llevármela, Luca —sentenció—, aunque tenga que arrancártela de tus inertes brazos.

Sentí como algo se rompía en mí. La cabeza comenzó a darme vueltas, y tuve que sujetarme en una de las sillas junto al escritorio de Luca para no caerme rendida al suelo.

—Esa puta me debe demasiado —aseguró—, y aún tiene servicios que atender.

Luca dejó ir un profundo grito que me atravesó, llevándome al llanto, arrancándome las decenas de amargas lágrimas que se agolpaban en mis ojos.

Sin dudarlo un solo instante, lanzó el teléfono contra la pared con una violencia brutal, haciéndolo añicos, mientras yo solo podía llorar sin control. Todo él se volvió oscuro, peligroso e inestable.

Incluso sus ojos lo habían hecho.

Eran puro caos.

—¡Fuera! —ordenó sin apartar la mirada de la mía.

—Luca… —comencé a decir, intentando acercarme para calmarle.

—¡Largo! —bramó, ido por completo, y el escalofrío que me recorrió fue tan intenso que apenas pude mantenerme en pie.

Entonces lo entendí todo… Era su hijo, sangre de su sangre, había la misma rabia en él, la misma oscuridad y esa capacidad de destruir que Giovanni tenía.

Noté cómo alguien me agarraba del brazo y tiraba de mí hacia la puerta. Me giré lo suficiente como para poder vislumbrarlo por el rabillo del ojo.

Dante.

—Vamos, sal de aquí —me pidió.

—No… Luca… —balbuceé, incapaz de apartar la mirada de él.

—Me quedo yo —aseguró—. Confía en mí.

****

Esa fue la última vez que le vi. Después de ese episodio, me dejaron sola en esa casa apartada del mundo, rodeada de árboles y de la inmensidad del bosque.

Suspiré, notando como el aire ardía en mis pulmones.

Bajé la vista a la mesa, perdida en mis pensamientos, porque a pesar de todo, había decidido quedarme con él.

A pesar de lo que era y de lo que podía llegar a ser.

Porque había visto algo en Luca que nadie más parecía ver: bondad. Estaba oculta, encerrada bajo capas de rabia, de dolor y odio, pero ahí estaba, y yo no podía ignorarlo. No después de todo lo que había hecho por mí.

Cogí una bocanada, y lo dejé ir con calma, intentando calmar el desasosiego que había provocado en mí ese maldito recuerdo que tan guardado tenía.

Entonces lo sentí.

Su mano buscándome bajo la mesa.

Alcé la vista de inmediato, encontrándome con la suya, y mi corazón se desbocó con una intensidad que me dejó sin aliento. Entrelazó sus dedos con los míos con naturalidad, como si fuese lo más normal del mundo, como si allí no hubiese nadie más, y como si aquello no tuviera consecuencias.

Pero sí las tenía, claro que las tenía.

Estaba hecha un maldito lío, no comprendía qué quería, ni qué éramos, ni qué demonios significaba aquello. Pero sí que había algo que conocía con certeza: él me hacía sentir segura y al mismo tiempo al borde del abismo.

Escuchaba voces a mi alrededor, planes, estrategias, nombres… pero nada de eso importaba. Porque lo único que podía sentir era su mano sujetando la mía, y el latido ensordecedor de mi corazón.

Observé de reojo como hablaba con el resto, calmado, imponente, como si el hombre que había entrado arrasándolo todo no existiera. Pero yo sí lo había visto, y, aun así, había decidido quedarme.

Con él.

Dentro de su mundo y de su guerra.

Y esta vez no pensaba echarme atrás, porque si había que arder, lo haríamos juntos.

18

Eve

—El plan ha funcionado —empezó Dante, apoyando ambas manos sobre la mesa.

Su mirada recorrió a todos los presentes, observándolos con esa calma tensa que parecía no romperse nunca.

—Pero no del todo como esperábamos —añadió.

El murmullo que había llenado la sala unos segundos antes se apagó al instante, como si todos entendiéramos que lo que venía a continuación no iba a ser bueno. Permanecí en silencio, intentando encajar cada pieza, siendo consciente de que aquel no era mi mundo, pero sí el suyo.

—Luca dejó que se llevaran su teléfono —continuó—, uno limpio, sin información relevante, pero sí con un sistema de rastreo y escucha que nos ha permitido acceder a varias conversaciones internas. Hemos podido localizar movimientos, contactos… e incluso escuchado reuniones entre Vanko y Valentino.

El nombre de Vanko me golpeó por dentro como un eco desagradable, recordándome quién era en realidad y todo lo que representaba dentro de aquel entramado en el que estábamos metidos. Se me revolvió el estómago, y solo pude tragar saliva, intentando evitar que las arcadas subieran hasta mi garganta.

—Entonces ha salido bien, ¿no? —intervino Alessia, aferrándose a esa idea con una esperanza que no terminaba de sostenerse del todo.

Dante negó con cuidado, manteniendo esa expresión seria.

—En parte —matizó—, porque hay algo en las últimas grabaciones que no encaja.

El silencio volvió a instalarse, tornándose aún más denso, más pesado, como si todos supiéramos que aquello era justo lo que no queríamos escuchar.

—Habla —le instó Luca.

No alzó la voz, no hizo falta, porque bastó con eso para que el aire cambiara, para que todo el mundo se centrara en él sin necesidad de que nadie más interviniera.

—Parece que han empezado a sospechar —continuó Dante—, no tenemos confirmado que hayan detectado el dispositivo como tal, pero sí hay indicios claros, y en una de las últimas conversaciones se escucha a una mujer.

Dante le dio *play* a la pista de audio, permitiéndonos escuchar lo mismo que Andrei había captado desde el teléfono hackeado.

—La he oído antes —murmuré, casi sin darme cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Varias miradas se giraron hacia mí, pero la única que me sostuvo fue la de Luca, fija, directa, como si quisiera arrancarme la respuesta antes siquiera de que pudiera dudar en si contárselo o no.

—¿Dónde? —cuestionó.

Tragué saliva, obligándome a mantenerme serena y firme.

—En casa de *La Mort* —respondí, intentando reconstruir el recuerdo que me mataba por dentro—. No la vi con claridad, pero ella estaba allí, dando órdenes. No era una más, eso lo tengo claro.

El tic de mi pierna se volvió más visible, tanto que vi como el vaso de agua que había sobre la mesa se movía al mismo son.

—¿Nombre? —insistió.

Negué con la cabeza, frustrada, a sabiendas de que no estaba ayudando nada.

—No me acuerdo—musité—. Tal vez algo como Bellona, Francesca… No soy capaz de recordarlo.

No apartó la mirada.

—Lo harás —aseguró.

No fue una sugerencia, ni una suposición, fue una certeza dicha con tal frialdad que no dejó espacio para la duda, y por algún motivo supe que acabaría haciéndolo, que de una forma u otra iba a encontrar ese nombre.

—Quiero todo lo que sepáis de ella —ordenó al final, desviando la atención hacia el resto—. Movimientos, contactos... Cualquier cosa. Si está dentro, quiero aplastarla como a una mosca.

Todos asintieron sin cuestionarlo, sin discutirlo y fue entonces cuando terminé de entenderlo. Aquello no era un grupo, era una estructura, un clan, y él estaba por encima de todos.

—Sigue —añadió después, volviéndome a mirar.

El aire se me quedó atrapado en los pulmones. No quería volver ahí, a esos recuerdos, a cada uno de los instantes en los que deseé morir a manos de alguien de la casona. Pero lo hice, por él, por acabar con todo lo que me había obligado a vivir a mí de aquella manera.

—Un día —empecé a decir, notando como la voz me pesaba más de lo que hubiese deseado—, me obligaron a acompañar a Giovanni y a Alessandro a lo que ellos me dijeron que era una reunión.

Hice una pequeña pausa, sintiendo como el recuerdo se abría paso en mi mente con una claridad que me resultaba insoportable.

—Pero no era una reunión —añadí—, era un castigo.

El silencio se volvió absoluto.

—Alessandro era su mano derecha —apunté—, llevaba años trabajando para él, le era completamente leal… o eso creía.

Bajé la vista un segundo, reuniendo fuerzas para continuar.

—Le dio una orden —seguí—, una sencilla para alguien como ellos.

Tragué saliva, sintiendo como un enorme vacío se apoderaba de mi interior. Mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar cómo me arrancaron a mí misma de mi casa, en mitad de la noche, sin que nadie hiciese nada por evitarlo.

—Tenía que matar a una niña —musité, sintiendo como la voz me salia estrangulada.

Sentí como el ambiente se crispaba, cómo el peso de las palabras caía sobre todo como una losa imposible de soportar.

—No pudo hacerlo —añadí—, dudó… y eso fue suficiente.

Apreté los dedos con fuerza, notando cómo el recuerdo me atravesaba.

—Giovanni no esperó —les expliqué—, le quitó el arma y lo hizo él mismo… delante de todos, como si no significara nada.

El silencio era insoportable.

—Después mandó traer a su familia —continué, notando como las palabras se desvanecían como si nada—, a todos… sin excepción.

Podía verlo.

Todo, rememorar cada segundo que había durado ese momento.

—Se los llevaron al Salón Negro —murmuré—, lo sentaron en una silla, atado y lo obligaron a mirar. —La voz se me deshizo, las imágenes se sucedían sin control, una tras otra—. Su mujer no dejaba de suplicar, sus ojos lloraban… y él sabía exactamente lo que iba a pasar.

Cerré los ojos un instante, pero no sirvió de nada. A mi mente vino el recuerdo cómo la madre se abrazaba a cada uno de sus hijos, rogándole a Giovanni que no hiciese nada, que no los tocase, y, aun así, lo hizo.

—El primero fue el niño —dije en voz baja, notando como un enorme nudo se creaba en mi garganta—, no tendría más de trece años. Lo hicieron desangrarse frente a él.

Las amargas lágrimas llenas de dolor comenzaron a caer por mis mejillas, empapándolas, creando un reguero de pesar que jamás olvidaría.

—Después obligaron al mayor a disparar a su propia madre, mientras ella le imploraba al líder de los Moretti que no lo hiciese. Y cuando ya no quedaba nada…

Mi voz se rompió por completo.

—Le hicieron matar al padre.

El silencio que siguió fue devastador, pesado, tanto que se me antojó que el aire se volvía irrespirable.

—Giovanni no castiga —añadí en voz baja—, arrasa por donde pasa.

Nadie se atrevió a moverse, ni a hablar, y entonces lo sentí. La mano de Luca cubrió la mía bajo la mesa, firme, inamovible, como si no estuviera intentando consolarme, sino sostenerme para que no me desmoronara del todo.

Alcé la vista, y lo vi, encontrándome con esa mirada verde, fría, controlada e incluso peligrosa, pero no rota.

—Entonces ya sabemos cómo juega —dijo al final Dante, con una calma que resultó incluso más inquietante.

—Vamos a hacerle pagar con su propia moneda —sentenció Luca.

Se inclinó hacia delante, recorriendo la mesa con la mirada, asegurándose de que todos entendieran lo que estaba a punto de decir.

—Si ha detectado algo, va a moverse rápido —continuó—, y cuando alguien lo hace, comete errores.

El ambiente cambió de nuevo.

—Quiero todos los accesos controlados —ordenó—, rutas, contactos, puntos de entrada… Si pisan Calabria sin que lo sepamos, será porque alguien aquí ha fallado.

Nadie respondió.

No hacía falta.

Y en ese momento lo entendí, aquello no era una huida, era una maldita guerra, y Luca ya había decidido cómo jugarla.

19

Eve

Nada más salir de la sala, Luca desapareció.

No fue algo evidente, no hubo un portazo ni una orden que anunciara su marcha, simplemente dejó de estar, como si nunca hubiera ocupado aquel espacio junto a mí, como si su presencia se hubiese disipado entre las paredes del *palazzo* sin dejar rastro alguno.

Me quedé unos segundos quieta, observando el pasillo, esperando verle aparecer en cualquier momento, apoyado contra una pared o dando órdenes en voz baja como solía hacer, pero no ocurrió.

Dante tampoco estaba.

Y eso fue lo que terminó de inquietarme.

—¿Has visto a Luca? —pregunté a uno de los hombres que se cruzó conmigo.

Negó con la cabeza sin detenerse, demasiado centrado en lo suyo como para darle importancia a mi pregunta. Ese simple gesto fue suficientemente incómodo como para que algo que no me gustaba se instalara en mi pecho.

No me gustaba no saber dónde estaba, ni sentir que se me escapaba.

Apreté los labios, sintiendo como la inquietud comenzaba a abrirse paso en mi interior, y sin pensarlo demasiado, eché a andar en dirección a la salida, siguiendo ese instinto que desde hacía tiempo me empujaba hacia él, incluso cuando no tenía sentido hacerlo.

Atravesé el pasillo, descendí los últimos escalones y avancé hasta la puerta que daba al exterior, notando cómo el aire impactaba en mi rostro, frío, real… Una sensación que parecía haber olvidado.

Y en cuanto la abrí… lo sentí.

Frente a mí había un enorme camino que llegaba al final de la finca, rodeado por hermosos olivos que se erguían a ambos lados del mismo. Cerré los ojos, permitiendo que el olor a la lavanda que había plantada junto a las puertas de entrada me embriagase.

Ese olor…

Era el mismo que una vez me llenó.

***

Meses antes en la casa del bosque.

El frío me calaba hasta los huesos.

Notaba cómo me temblaban las manos mientras rebuscaba en el bolsillo del pantalón, incapaz de pensar con claridad. Apenas podía sostener el peso de todo lo que llevaba dentro, como si cada recuerdo, cada voz, y cada mirada se hubiesen acumulado en mi pecho hasta asfixiarme.

Las amargas lágrimas empañaron mis ojos.

Saqué la pistola.

La sostuve unos segundos, observándola, sintiendo cómo el metal frío se adaptaba a mi piel como si siempre hubiera estado destinada a acabar así.

Sin darme tiempo a dudar, la llevé hasta mi barbilla.

Cerré los ojos, escuchando como el latir de mi corazón se tornaba pausado, como si supiese que la liberación estaba a golpe de click. En cierto modo tenía razón.

Era fácil.

Demasiado.

Solo tenía que apretar.

—¡Eve!

El grito llegó a mí desde la distancia, rompiendo el silencio, y durante un segundo dudé, lo justo para que el arma temblara entre mis manos. Creí que me lo había inventado, que era mi mente la que luchaba por apartarme del precipicio en el que estaba asomada.

No quería escucharle.

No quería que nadie me sacara de ahí… Porque por primera vez, todo parecía tener sentido.

—¡Eve! —repitió, desgañitándose.

Sus pasos resonaron cada vez más cerca, fuertes y decididos, hasta que lo sentí detrás de mí. Sus manos se posaron en mis hombros con fuerza, sujetándome, arrancándome de ese

instante antes de que pudiera hacer algo de lo que ya no habría vuelta atrás.

El arma desapareció de mi mano.

Ni siquiera supe en qué momento.

Solo sentí cómo me giraba hacia él, cómo mi cuerpo cedía sin fuerzas, rompiéndose por completo contra su pecho mientras un llanto desgarrado se abría paso desde lo más profundo de mi garganta.

No dijo nada.

No intentó frenarme ni entenderme.

Solo me sostuvo.

Su brazo rodeó mis hombros con firmeza, acercándome a él, cubriéndome sin invadir, como si supiera exactamente hasta dónde podía llegar sin romperme más, y por primera vez en mucho tiempo, dejé de sentir que estaba sola.

Lloré.

Sin control.

Me aferré a su ropa como si fuese lo único real en un mundo que llevaba demasiado tiempo desmoronándose bajo mis pies. Mi vida había desparecido, si es que alguna vez había tenido una vida.

Sentí su respiración agitada contra mi cabello, el lado firme de su pecho bajo mi mejilla, y entonces lo hizo.

Se quitó la chaqueta.

La colocó sobre mis hombros con cuidado, envolviéndome en su calor, en ese olor que me embriagaba, meciéndome en una nube de la que nadie podía bajarme. Porque a pesar de todo, esa sensación de protección que no sabía que necesitaba era lo único real que me ayudaba a estar anclada a la tierra.

Contuve el aliento.

No me hizo preguntas, ni me juzgó, no intentó arreglarme.

Y eso fue lo que me salvó.

***

Parpadeé, volviendo al presente, notando como una amarga lágrima descendía por mi rostro.

El aire entró de golpe en mis pulmones, como si hubiese estado conteniendo la respiración todo ese tiempo, y entonces lo vi.

De pie, a unos metros de la entrada, de espaldas a mí.

Inmóvil.

La noche caía sobre Calabria, cubriéndolo todo de una oscuridad densa, apenas rota por la tenue luz que escapaba desde el interior del *palazzo*, dibujando su silueta con una claridad que me hizo detenerme.

No parecía perdido, ni alterado… Solo contenido.

Como si todo lo que llevaba dentro estuviese a punto de desbordarse, pero él se negara a permitirlo.

—¿Qué haces aquí?

Su voz llegó a mí sin necesidad de girarse, grave, controlada, con ese tono que no dejaba espacio para respuestas fáciles.

Di un paso hacia él.

—He venido a buscarte —respondí con tranquilidad.

Giré sobre mis talones, encontrándome con él.

Llevaba un cigarrillo entre los dedos. Le dio una larga calada y su mirada se clavó en la mía con una intensidad que me obligó a detenerme firme, aunque por dentro todo se tambaleara. Durante un segundo no dijo nada, como si estuviera decidiendo qué hacer conmigo.

—No iba a perderme.

—Yo tampoco —aseguré, intentando que una sonrisa se dibujase en mis labios, aunque acabó siendo más una mueca triste.

—Tú ya estabas perdida.

Negué despacio.

—Es posible.

Una leve sonrisa cruzó su rostro, fue fugaz, casi imperceptible, pero suficiente como para que el aire entre nosotros cambiase.

Se acercó despacio, sin prisa, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, alzó la mano para apartar un mechón de mi rostro. Tomé aire, mientras él lo colocaba tras mi oreja con un cuidado que contrastaba demasiado con todo lo que era.

Luca era el hombre de hielo, siempre vestido con sus trajes de lujo, cubierto de tatuajes y con ese cigarrillo en la boca.

Bajé la mirada, porque sabía que, si se la sostenía, no habría vuelta atrás.

Sentí sus dedos bajo mi barbilla, obligándome a alzar el rostro, y cuando nuestros ojos se encontraron, el mundo pareció dejar de

girar, como si todo lo demás dejara de importar.

Su otra mano se posó en mi cintura, atrayéndome hacia él, hasta que el espacio que había entre nosotros desapareció. El calor de su cuerpo se traspasó al mío, su respiración calmó la mía, y nuestro latido se acompasó.

—Ojalá te hubiera encontrado en otra vida, Eve —susurró.

Y en su voz… no había duda.

Solo verdad.

Y eso fue lo que más me asustó.

20

Luca

Apoyé mis labios contra su frente, deteniéndome apenas unos segundos más de lo necesario, como si ese simple contacto fuese lo único que me mantenía anclado a la realidad. Ella era un oasis en el caos que me rodeaba. La abracé con una firmeza que no buscaba retenerla, sino asegurarme de que seguía ahí.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba contra el mío, cómo su respiración se descompasaba levemente, y supe que estaba conteniéndose, que había algo en ella que quería romper esa distancia que yo mismo estaba marcando… pero no lo hizo.

O tal vez sí.

Porque cuando alzó el rostro lo hizo con una determinación que no esperaba. Me sostuvo la mirada como si no existiera nada más allá de nosotros, como si todo lo demás, mi apellido, mi sangre y la guerra que nos perseguía, fuese irrelevante.

—¿Por qué es tan malo habernos encontrado en esta? —preguntó en voz baja.

Contuve el aliento, porque esas simples palabras pesaban sobre mí más de lo que me habría gustado admitir.

Deslicé los dedos por su mejilla con una lentitud calculada, como si necesitase memorizar cada detalle de su rostro antes de perderla, y dejé que el silencio se instalara entre ambos antes de hablar.

—Porque nunca seré digno de amarte.

Lo dije en voz baja, sin dureza, pero sin suavizarlo.

Porque era la verdad, y merecía saberlo. Entender que nunca sería suficiente para formar parte de su vida, no cuando mi familia la había condenado al mismísimo infierno.

Vi cómo algo cambiaba en su expresión, cómo esas palabras se abrían paso en su cabeza, removiendo algo que no supe si era duda

o miedo, y por un instante, tuve la certeza de que estaba a punto de perderla, incluso teniéndola entre mis brazos.

Negó con la cabeza.

Y cuando volvió a hablar, lo hizo con esa firmeza que empezaba a reconocer como una de las cosas más peligrosas de ella.

—Nunca vas a ser feliz si siempre vives con miedo.

Su mano se alzó hasta mi rostro, acariciándolo con una delicadeza que contrastaba demasiado con todo lo que yo era, con lo que había hecho, y, aun así, no me aparté.

No pude.

Cerré los ojos un segundo, lo suficiente como para contener todo lo que provocaba en mí, antes de volver a mirarla.

—El único miedo que tengo —murmuré, inclinándome hacia ella— es a perderte.

Y esa sí fue la verdad más dolorosa de todas.

Porque en el momento en el que la pronuncié, supe que ya no había forma de deshacerlo. Vi como su respiración se detenían, cómo sus labios se entreabrían apenas un instante, y antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo, se puso de puntillas y rodeó mi cuello con los brazos.

Sus labios se estamparon contra los míos.

No fue suave, sino todo lo contrario.

Ese beso fue desbordado, lleno de una necesidad que nos arrastraba.

Como si ambos hubiéramos estado conteniéndolo demasiado tiempo.

Respondí sin dudar, profundizando en él con una intensidad que no intenté ocultar, sujetándola con firmeza para acercarla más a mí.

Podía sentirla temblar contra mi cuerpo, la manera en la que su respiración chocaba contra la mía mientras nuestras bocas no dejaban de moverse.

Eve se aferró con firmeza a todo mi cuerpo, como si fuese la única cosa estable en su mundo, y eso me desarmó más que cualquier bala.

Tal vez solo fuese ego, pensar que podría salvarla de todo y todos.

O puede que realmente me hubiese obsesionado tanto con ella que apenas podía pensar en otra cosa que no fuese acabar con todo el que una vez le hirió.

Había estado observándola durante tanto tiempo que una parte de mí creía conocerla, saber el significado de cada una de sus muecas, de sus decisiones, pero lo cierto era que me equivocaba.

Eve era un jodido misterio, uno al quie me había vuelto adicto sin querer, y del que no podía olvidarme.

Había intentado mantenerme al margen, trabajar en todo lo que habíamos descubierto de mi padre, en ayudar a Andrei a sacar a la luz esa lista de magnates que fingían ser respetables cuando en realidad tenía el alma más que podrida.

Mi familia tampoco era la mejor, ni siquiera yo mismo, que me había encargado de extorsionar a decenas de familias, había traficado con cocaína, pero jamás le habría puesto una mano encima a una mujer, ni había comerciado con ellas.

—Deja de temer algo que jamás ocurrirá —susurró, aún pegada a mí.

No respondí, porque no podía prometer algo que no dependía al cien por cien de mis actos. Pero lo que sí hice fue besarla de nuevo, con pausa y profundidad, como si quisiera grabar ese momento en la memoria, como si supiera que todo lo que vendría después intentaría arrebatármela de entre los brazos.

Deslicé la mano hasta su nunca, sujetándola con firmeza, no para dominarla ni obligarla, sino para asegurarme de que no se apartaría, de que seguiría ahí, conmigo, aunque todo lo demás se viniera abajo.

Estaba perdido.

Completamente.

Y por primera vez en mi vida, no quería encontrar la salida. Porque si eso significaba renunciar a ella, preferiría arder con todo.

Separé apenas nuestras bocas, lo justo para poder mirarla, para perderme en esos ojos verdes que habían conseguido hacer lo que nadie más había logrado en años.

Romperme.

—Prométemelo —le pedí en voz baja.

No fue una orden, sino que se me antojó más a una súplica, porque si alguien podía hacerme caer de rodillas era ella.

21

Luca

—¿Estás seguro de esto, hermano?

La voz de Dante atravesó el interior del *jeep* con una tensión contenida, como si él mismo supiera que aquella no era una conversación que fuera a cambiar nada.

Mantuve la mirada fija en la carretera, observando cómo el asfalto se abría paso entre la oscuridad de Calabria, rodeado de olivos que se mecían con el viento nocturno como vigilantes de lo que estaba a punto de ocurrir.

Nos estábamos metiendo en la boca del lobo y no tenía intención de retroceder.

Llevé el cigarrillo a los labios, aspirando con calma mientras dejaba que el humo descendiera despacio por mi garganta, asentándose en mi pecho, como si con ello pudiera apaciguar el ruido constante de mi corazón.

Andrei había sido claro: había un topo. Alguien dentro de los nuestros había abierto la boca y eso no era un error, era una jodida sentencia.

En nuestra *'ndrina* la traición no se discutía, se pagaba con sangre.

No me había despedido de Eve.

La había dejado dormida, acurrucada en la cama después de haberla ayudado a sentirse a salvo, como una niña asustada que necesita su cobijo.

Había pasado la noche hablando de planes imposibles, de futuros que no nos pertenecían y de una vida que jamás iba a existir para nosotros.

Yo me había limitado a observarla, en silencio, memorizando cada gesto, cada palabra, cada pequeño detalle que sabía que iba a echar de menos en cuanto cruzara la puerta.

Porque lo haría.

Eve se había quedado dormida contra mi pecho mientras yo solo podía desearla de una manera sobrenatural.

Joder, amaba ser su lugar seguro.

Apreté la mandíbula, notando cómo el recuerdo se mezclaba con algo más peligroso, algo que no podía permitirme en aquel momento, no cuando cada decisión que tomase a partir de ese instante podía marcar la diferencia entre volver o no hacerlo.

Aplasté el cigarrillo contra la suela de mi bota y lo lancé por la ventanilla.

—Céntrate en la carretera —ordené sin apartar la vista del frente.

Dante resopló, tensando los dedos sobre el volante.

—Luca…

—Dante —le corté, pasándome una mano por el cabello con un gesto que intentaba armarme de paciencia—, hacemos esto y volvemos. No hay más.

—No es ninguna tontería.

Solté una breve risa, sin humor alguno.

—Claro que lo es.

El silencio se instaló entre nosotros durante unos segundos, lo suficiente como para saber que no iba a quedarse así, y que insistiría tarde o temprano, porque siempre lo hacía cuando no estaba de acuerdo con algo.

Encendí otro cigarrillo, llevándomelo a los labios con calma.

—Vas a entrar en el picadero del mayor capo de la *'ndrangheta* —continuó—, y lo vas a hacer prácticamente solo.

Giré un ápice el rostro hacia él.

—Sé a dónde voy —aseguré—, parece que no recuerdes que estás hablando de mi propio padre.

—Deberíamos haber avisado al resto —insistió, más bajo.

—Andrei y sus hermanos lo saben —respondí con tranquilidad—, y si algo se tuerce, ya habrá preparado un dispositivo de extracción o como cojones se llame.

Dejé escapar el humo, despacio.

Él gruñó en desacuerdo con lo que acababa de decirle, pero lo cierto era que poco me importaba, al menos en aquel momento.

—Deja de comportarte como si fuera la primera vez que hacemos algo así —añadí sin ganas de seguir discutiendo.

Dante negó con la cabeza, visiblemente incómodo.

—No es eso, es que esta vez...

—Esta vez tienes algo que perder, ¿no? —le interrumpí sin siquiera mirarle—. Alessia.

El silencio que siguió fue suficiente respuesta.

Volví la vista al frente.

—Entonces no la pierdas —añadí con frialdad—, y ahora conduce.

Dos horas más tarde.

El coche se detuvo en un camino oculto entre olivos, lo suficientemente apartado como para no levantar sospechas, pero lo bastante cercano como para permitirnos entrar y salir sin perder tiempo.

Esos malditos árboles de nuevo, siempre presentes en las casonas de mi familia.

Nos equipamos en silencio.

Chalecos, armas, pasamontañas… Todo en su sitio.

Avanzamos hacia la casa sin hacer ruido, dejando que la oscuridad no envolviera mientras nos aproximábamos atentos a cualquier movimiento que pudiera delatarnos.

Sabíamos que estaba solo, lo habíamos comprobado con un dron que Andrei había lanzado con cámaras térmicas de esas que usaba él en su anterior trabajo.

Pero en este negocio, la certeza absoluta no existía.

Entramos.

Registramos cada estancia, sin prisas, asegurándonos de que no había nadie más antes de avanzar, hasta que al final dimos con él.

Estaba sentado en un butacón, de espaldas a nosotros, observando una grabación en bucle, un vídeo en el que aparecía una mujer jugando con un cachorro en el exterior, como si no hubiera nada más importante en el mundo que aquella escena absurda.

Una mueca se dibujó en mis labios.

Todo estaba demasiado tranquilo, y eso, en cierto modo, me extrañó.

—Os tengo. —Escuché como decía Andrei por el pinganillo.

Apreté el arma entre los dedos, observando cada uno de sus movimientos, cada pequeño detalle, y entonces… El recuerdo volvió.

***

Veinticinco años antes.

Corría sin pensar, con la respiración agitada y la risa escapándoseme entre los labios mientras intentaba arrebatarle el balón a Valentino, chocando con él con la despreocupación de quien no conoce el peso del mundo que le rodea.

No teníamos más de ocho años, íbamos juntos a clase, pasaba eternas tardes en mi casa, donde jugábamos hasta quedar exhaustos.

—*Papà* —le llamé mientras corría.

Volteé la cabeza y entonces vi que estaba sentado en el banco, junto a la madre de Valentino.

No supe en qué momento dejé de prestar atención al juego, ni por qué aquella escena me atrapó de esa forma. Vi cómo una de su mano descendió con calma, sin prisa, hasta posarse sobre la pierna de ella, apretándola con una familiaridad que no pedía permiso.

La mujer no se apartó, pero tampoco reaccionó.

Bajó la mirada, y yo me quedé observando, sin entender nada, pero sabiendo que algo de aquello no estaba bien.

—¡Luca! —Oí como gritaba Valentino a mi espalda.

Y entonces, el balón golpeó mi espalda.

***

Volví al presente sin apartar la mirada del hombre que tenía delante, y en ese momento me percaté de que estábamos equivocados.

El mundo dejó de girar por un instante, pero no permití que eso me detuviese.

Avancé un paso, levantando el arma con una calma medida, quitándome el pasamontañas con la misma precisión con la que había entrado.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento.

22

Luca

Sonreí de medio lado al ver cómo me miraba de soslayo, como si mi sola presencia hubiese alterado el equilibrio de todo lo que creía tener bajo control. Fue un cambio sutil al principio, apenas una contracción en su mandíbula, un parpadeo más lento de lo normal, pero suficiente como para entender que me había reconocido.

La calma desapareció de su rostro y en su lugar quedó algo mucho más interesante, una mezcla entre desafío y rabia contenida.

Solté una profunda carcajada, dejando que el sonido resonase por toda la estancia mientras avanzaba un paso hacia él, disfrutando de ese instante en el que la balanza comenzaba a inclinarse a mi favor.

—Parece que has visto un fantasma, *piccolo* —comenté con sorna.

—Puede que lo haya hecho —murmuró, sin apartar los ojos de mí.

Noté cómo Dante se tensaba a mi lado, cómo su atención pasaba de Valentino a mí en cuestión de segundos, intentando encajar lo que estaba sucediendo sin terminar de comprenderlo del todo.

—Luca —musitó—. Ese no es Giovanni.

Quise poner los ojos en blanco, a sabiendas de que ese no era mi padre, pero no pude evitar que una sonrisa se dibujase en mis labios, una que estaba cargada de odio, de rencor y de algo que no supe descifrar.

—Obviamente no lo es.

Volví la mirada al hombre que tenía delante.

—Es mi hermano.

Dante no dijo nada, tampoco fue necesario.

Lo vi en su expresión, en ese segundo exacto en el que comprendió que no solo era una misión, y que lo que estaba a punto

de ocurrir iba mucho más allá de cualquier operativo que hubiéramos hecho antes.

No negaría que aquello también era una sorpresa para mí. No esperaba que mi padre hubiese sido tan desgraciado como para dejar a su hijo bastardo en la casa, ocupando su lugar con tal de salvarse el culo.

—¿Qué tal, Valentino?

No esperé respuesta.

Saqué el móvil del bolsillo y lo hice girar entre mis dedos con una calma que contrastaba demasiado con la situación, al mismo tiempo que observaba como su mirada descendía al mismo, reconociéndolo al instante, entendiendo cómo lo habíamos localizado.

Valentino no me quitó la vista de encima mientras me veía avanzar con tranquilidad por toda la estancia. Me detuve a su espalda, lo suficientemente cerca como para que notase mi presencia sin tener que tocarlo mientras veía como Dante se reposicionaba.

—Algo me dice que *il papà* no ha quedado muy contento contigo —añadí con una ligera mueca—. Llámalo intuición… o puede que me lo haya dicho un pajarito.

Valentino intentó llevar una de sus manos a la cinturilla del pantalón, por lo que, sin dudarlo un instante, saqué mi arma para apuntarle directamente a la cabeza.

—Quieto —le ordené.

Entonces vi como sacaba una cajetilla de tabaco para llevarse un cigarro a la boca, con un gesto me instó a que cogiese uno. Acepté, bajo la atenta mirada de Dante, y fui yo quien sacó el mechero para encender ambos. Valentino inspiró con fuerza, prendiendo la punta del cigarro, llenándose los pulmones de humo.

Con un movimiento de mi arma, le insté a que se dejase caer en el butacón en el que estaba sentado.

—Ay, hermanito… —comenté al pasar frente a él, antes de sentarme a su lado—. Me parece que te han dejado más solo que la una.

Lo observé con detenimiento, fijándome en la tensión que había en sus hombros, en esa rabia contenida y el latir de su pulso en el

cuello.

Quería reaccionar, pero no podía, no delante de mí.

Llevaba tantos años sin verle que me sentí extraño al estar allí. Valentino tenía demasiado que callar, y me iba a encargar personalmente de que soltase hasta el último resquicio de información que pudiese tener sobre el tráfico de mujeres y mi padre. Porque si algo tenía Giovanni era que utilizaba a sus hijos como piezas de un tablero que solo él entendía.

Le di una larga calada al cigarro, mientras veía como Dante cerraba las cortinas, aislando la estancia por completo, dejando fuera cualquier posible distracción.

—Tal vez sea una trampa —dijo Valentino, intentando recomponerse.

Solté una risa baja.

—No eres tan inteligente como para tendérmela —aseguré, al mismo tiempo que lo observaba sin siquiera pestañear—. Ni tan valiente.

El silencio se volvió denso, cargado, de esos que hablan de lo que está a punto de ocurrir.

—Puede que nuestro pa…

No terminó la frase.

Mi puño impactó contra su boca con tanta fuerza que provocó que la sangre brotara al instante, deslizándose por su barbilla hasta empapar la tela de su camiseta.

—No vuelvas a llamarlo así —murmuré, con una calma que helaba la sangre—. Ese hombre dejó de ser mi padre hace mucho tiempo.

Me puse en pie, sintiendo como me hervía la sangre solo de imaginar lo que había estado a punto de decir. Giovanni traicionó a su familia, cuando vendió a su propia hija para salvarse el culo de a saber qué.

Aún tenía el *dossier* de información que Andrei me había proporcionado, pero lo cierto era que ni siquiera lo había mirado. No lo necesitaba. No cuando había roto lo único que amaba: la familia.

—¿Qué queréis de mí? —inquirió con rabia.

Incliné la cabeza y sonreí ladino.

—En realidad tú no eres más que el segundo plato —comenté—, tu padre te ha vendido igual que lo hizo conmigo.

El gesto de Valentino se volvió turbio, oscuro, porque sabía que lo había hecho, que mi padre se había vendido al mejor postor sin importarle su propia estirpe. Igual que lo hizo con él y su madre. Siempre habían sido escoria, y él su perrito faldero.

Dante no le dio margen, antes de que pudiese decir nada, le clavó una aguja en el cuello, inyectándole el sedante que nos habían preparado sin que le diese tiempo a titubear.

Valentino reaccionó al instante, su cuerpo se tensó, y pude ver cómo la confusión se abría paso en su mirada mientras intentaba procesar lo que acababa de pasar.

—¿Qué dem…?

Antes de que pudiese terminar la frase, Valentino cayó rendido.

—Salimos —le informé a Andrei, quien estaba al otro lado del pinganillo.

Lo sujetamos antes de que cayera, arrastrándolo por el pasillo hasta el exterior, donde la noche nos envolvió de nuevo, ahora más densa y llena de una tensión que crispaba el ambiente.

Cerramos la puerta de un golpe, y cuando estábamos a punto de avanzar hacia el camino que nos llevaba a los olivos escuché una interferencia en el intercomunicador.

—Luca… —murmuró Dante.

No pregunté.

No hizo falta.

Abrí los ojos al máximo, le miré y entonces vi el pánico en su mirada. Acabábamos de cagarla, pero bien.

—¡Corre! —ordené con urgencia—. ¡Joder, vamos!

23

Luca

—¿Por qué no teníamos ese sistema de seguridad detectado? —bramé, sintiendo cómo la rabia me subía por la garganta con una fuerza que apenas podía contener.

El zumbido metálico seguía sobre nuestras cabezas, constante, invasivo, como una jauría esperando el momento exacto para lanzarse sobre nosotros.

—No tengo ni idea —respondió Andrei al otro lado, demasiado calmado para la situación en la que estábamos.

Seis drones nos rodeaban, preparados para disparar.

—No me vengas con esa mierda —escupí, sin bajar el ritmo—. Se suponía que teníamos el perímetro controlado.

—Estoy intentando interceder —añadió, pero su voz sonó lejana, inútil.

—Romanov… —bisbiseé entre dientes.

Andrei no perdió la paciencia y mucho menos se molestó en responderme, porque sabía bien que su trabajo era acabar con aquellos malditos drones antes de que ellos nos matasen a nosotros.

—Más te vale hacerlo rápido —añadí—, porque como esto se vaya a la mierda, el siguiente al que voy a matar es a ti.

La adrenalina corría por mis venas como un veneno, afilando cada uno de mis sentidos hasta el extremo. Sujeté con firmeza a Valentino, mientras avanzábamos por los olivos, esquivando la línea de fuego que nos marcaban desde el aire. Por suerte, las ramas eran lo suficientemente frondosas para impedir que nos viesen con claridad, o al menos para que las balas no nos alcanzaran.

A mi lado, Dante se movía rápido, cubriendo cada ángulo como podía, disparando sin perder el control ni la sujeción de mi hermano.

—¿Cuánto te falta? —preguntó Dante, sin dejar de moverse.

—Cinco minutos —respondió Andrei.

Negué con la cabeza, escupiendo al suelo.

—Tienes dos —mascullé—, o te juro que cuando vuelva a verte pienso reventarte la cabeza contra un puto bordillo.

—Baja dos tonos, Moretti. —Oí como decía Nikolai.

No hubo más respuesta, por lo que continuamos avanzando.

Vi el coche en la lejanía, pero entonces, un sonido llamó mi atención.

Un pitido agudo y constante, fuera de lugar.

Fruncí el ceño, reduciendo la velocidad apenas un instante, intentando localizar de dónde demonios venía aquello mientras los drones seguían cerrando el cerco.

—¿Lo oyes? —murmuré.

Dante no respondió, disparó a uno de los drones, que acabó cayendo envuelto en chispas, pero el resto no se detuvo.

El pitido aumentó, volviéndose cada vez más rápido e insistente.

—Joder… —empecé a decir, girando la cabeza hacia mi hermano, percatándome de que algo que no habíamos visto iba a ser nuestra condena.

—¡Corre! —rugió Dante, colocándose delante de mí—. ¡No te pares!

—Lleva un puto localizador —mascullé, sintiendo cómo algo mucho peor que la rabia comenzaba a abrirse paso en mi pecho.

—No es un localizador —replicó Dante.

—Es una cuenta atrás… —musité.

El mundo pareció detenerse durante una fracción de segundo. Miré hacia atrás, a la casa, y después a Valentino, quien seguía inconsciente, y entonces lo entendí.

—Si él se aleja, todo vuela por los aires.

El pitido se volvió frenético, igual que lo hizo mi corazón al pensar en que nos habíamos metido en la boca del lobo, y yo era el culpable de que Dante estuviese allí.

—Van a reventar la puta casa —bramó mi compañero.

—Lo siento…

24

Luca

Unos meses antes, antes de comprar a Eve.

El olor a sangre siempre tardaba más de lo que uno esperaba en desaparecer.

Me froté las manos con una toalla húmeda mientras salía del almacén, notando cómo los nudillos aún me ardían bajo la piel abierta, mientras el escozor se mezclaba con esa sensación de calma extraña que siempre llegaba después de un trabajo bien hecho. No había placer en ello, pero sí una sensación de orden, de equilibrio.

El tipo había hablado, igual que lo hacían todos.

Tiré la toalla al suelo, sin detenerme, y saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo interior de mi americana, llevándome uno a los labios al mismo tiempo que descendía los escalones que daban a la calle trasera.

La noche había caído en Catanzaro, cargada de humedad, con ese silencio que solo existía en lugares donde todo el mundo sabía demasiado y, aun así, nadie decía nada.

Encendí el mechero, llevándolo hacia el cigarro, permitiendo que el chasquido rompiese el silencio que me rodeaba.

Di una larga calada, lenta, profunda, dejando que el humo llenara mis pulmones antes de expulsarlo con calma. Me apoyé contra el capó del coche, como si no acabara de salir de reventarle la cara a un hombre por intentar jugar en un terreno que no le pertenecía.

En nuestra familia no se negociaba el respeto.

Se imponía.

Cerré los ojos, llevándome una mano al cabello, recolocándolo con una calma que se me antojó tan falsa como lo era mi vida en ese momento.

El teléfono comenzó a vibrarme en el bolsillo, por lo que no pude evitar fruncir el ceño, ya que muy pocas personas disponían de ese número.

Lo saqué, y al ver el nombre, algo en mi expresión cambió lo suficiente como para que cualquiera que me conociera supiera que aquello no era una llamada cualquiera.

—¿Sí? —respondí, llevándome de nuevo el cigarro a los labios.

—Tenemos que vernos.

La voz de Elisa llegó clara, sin rodeos, con esa firmeza que siempre había tenido, incluso cuando todo a su alrededor se caía a pedazos.

Exhalé el humo despacio.

—Estoy trabajando —comenté sin ganas.

—Esto es más importante.

Silencio.

Apreté la mandíbula.

—Habla —le insté.

—No por teléfono.

Aparté el cigarro, observando cómo la brasa se consumía con lentitud, igual que lo hacía mi paciencia desde meses atrás.

—¿Dónde? —cuestioné.

—*Il Santuario.*

Una leve mueca cruzó mi rostro.

No era un sitio cualquiera.

—En una hora —respondí, colgando sin esperar una réplica.

Guardé el móvil y me incorporé, dejando caer el cigarro antes de aplastarlo con la suela del zapato. No pregunté más, no lo necesitaba. Si había decidido llamarme a mí a pesar de todo era porque se trataba de algo que solo nos incumbía a ambos. Un trato sellado con sangre, el único que me daría la redención con ella.

El neón del cartel parpadeaba sobre la entrada cuando llegué a *Il Santuario* en Crotone. No era un local cualquiera, era territorio controlado, un punto de encuentro donde solo entraban los que sabían a qué jugar.

Empujé la puerta.

El sonido de la música me envolvió al instante, grave, constante, acompañado por el murmullo de conversaciones que se apagaban apenas un segundo cuando alguien como yo cruzaba el umbral.

Ni siquiera tuve que mirar a mi alrededor para percatarme de que todo el mundo me observaba. Un Moretti en Crotone. Demasiado tiempo sin pisar aquel territorio.

Avancé entre las mesas hasta el reservado del fondo, donde sabía que me estaría esperando, y allí la encontré, sentada con la espalda recta, observándolo todo como si ya lo hubiese analizado mil veces antes de que yo cruzase la entrada.

Mi hermana.

Siempre un paso por delante.

—*Carusa* —la saludé, dándole un beso en la mejilla.

—Llegas tarde —comentó, sin molestarse en ocultar su descontento.

Me senté frente a ella. Aún no me había perdonado, pero como una vez juré, conseguiría mi redención y llegaría a límites insospechados con tal de ganarme su favor de nuevo.

—No lo suficiente.

Sus labios apenas ser curvaron.

Dejó un sobre en la mesa, y lo tendió para que pudiese abrirlo.

No hice preguntas, simplemente abrí el sobre con calma, dejando que el silencio se asentara entre nosotros mientras deslizaba las fotografías sobre la mesa y fijaba la vista en la primera de ellas.

La misma chica que en la fiesta.

Tenía el cabello oscuro, labios esponjosos, nariz fina, rasgos delicados… pero no fue eso lo que me hizo detenerme, sino su mirada.

Había visto cientos de rostros como ese a lo largo de los años, mujeres rotas, vacías, consumidas por un entorno que las devoraba sin dejar nada detrás y, sin embargo, en ella había algo distinto, algo que no encajaba con el resto.

Fruncí ligeramente el ceño, sin apartar la vista de la imagen.

—Eve —musité, recordando su nombre.

25

Luca

Il Santuario, esa misma noche.

No aparté la mirada de ella.

La sostuve entre los dedos unos segundos más de lo necesario, permitiéndome el lujo de reseguir cada rasgo con calma, cada sombra, cada detalle que pudiera decirme algo más de lo que ya intuía, como si en ese gesto pudiera encontrar una explicación lógica.

—Me debes una muy grande, Luca.

Su voz rompió el silencio sin alzarse, firme, directa, cargada de algo que iba mucho más allá de una simple petición.

Alcé la vista despacio.

—Empiezas fuerte —comenté, dejando la fotografía sobre la mesa sin apartar del todo los dedos de esta.

Mi hermana no sonrió, no lo hacía casi nunca, al menos desde hacía unos años hacia acá.

—Es ella —añadió—, la chica que tienes que alejar de las garras de *La Mort*.

Entrelacé las manos frente a mí, permitiendo que mis codos se apoyasen sobre la mesa mientras la observaba cauto, evaluando no solo sus palabras, sino todo lo que había tras ellas. Si algo había aprendido con el tiempo era que mi hermana nunca daba un paso sin haber calculado antes las consecuencias.

—¿De dónde sale? —pregunté, sin buscar perder el tiempo—. ¿Y por qué te importa?

El silencio se instauró entre ambos, provocando que todo se volviese más tirante. No porque no tuviera respuesta, sino porque estaba decidiendo cuánto decirme.

—No nació para este sitio —empezó, al final—. Era bailarina de ballet, estaba a punto de entrar en una de las mejores escuelas del mundo.

Fruncí el ceño, por lo que alzó una mano para mantenerme en silencio.

—Su madre murió —continuó—, y a partir de ahí todo se torció. Acabó donde acaban todas las niñas cuando no tienen nadie que las proteja.

No hacía falta que se explicase mejor, sabía a qué se refería, conocía historias como la suya, y, aun así, no pude evitar desviar la mirada de nuevo hacia ella.

—Hay algo más —murmuré.

Porque lo había, y Elisa lo sabía.

Mantuvo mi mirada unos segundos, los suficientes como para dejar claro que no iba a negarlo.

—No es como las demás, Luca —admitió—. Aún no está rota.

Solté el aire despacio, apoyándome en el respaldo del asiento mientras dejaba que esas palabras se asentaran en mi interior.

La Mort acababa con todo que llegaba a sus manos, las vendía, prostituía y mataba en vida sin que nadie se lo pudiese impedir, igual que lo había intentado hacer con ella.

—Te importa —comenté.

Sus dedos se tensaron sobre la mesa, tenía razón.

—Lo suficiente como para que esté aquí pidiéndote esto —respondió sin titubear.

El silencio se instauró entre nosotros, más pesado esta vez, cargado de todo lo que nos estábamos callando.

—No voy a entrar ahí a ciegas —añadí al final—. Quiero saber con quién estoy jugando.

—No estarás solo.

Alcé una ceja.

—Alexei y los Romanov estarán contigo —explicó—. Está moviendo hilos desde hace días, pero necesito que muevas tú los tuyos.

Eso sí que me hizo cambiar la expresión, sorprendiéndome.

—¿Mi cuñado está metido en esta mierda? —cuestioné.

—No, no está dentro —aclaró—. Pero Andrei sí, está intentando encontrar a una chica que salvó hace un tiempo, él podrá ayudarte.

—¿Andrei? —inquirí algo confundido.

—Sí, no hagas más preguntas —respondió—. Solo tiene que interesarte el hecho de que él se encargará de todo lo demás, cámaras, accesos, comunicaciones…

Me quedé en silencio unos segundos, procesándolo.

Los Romanov se encargarían de conseguir que todo fuese limpio.

Volví a mirar la fotografía una última vez antes de dejarla sobre la mesa, con cuidado.

—¿Y qué gano yo?

La pregunta quedó suspendida en el aire, no como una duda, sino como una condición.

Elisa no apartó la mirada de la mía, pude ver cómo se tornaba más dura, igual que lo hacía su gesto, volviéndose serio.

—Es la única forma de que te perdone.

—Sabes que yo no tenía ni idea de lo que padre había hecho contigo —aseguré.

Por mucho que le hubiese jurado mil veces que desconocía los planes de nuestro progenitor, una parte de ella aún retenía ese rencor que se había fraguado por su culpa.

Saqué un cigarro de la cajetilla que guardaba en el bolsillo interior de la americana y me lo llevé a la boca. Iba a tener que armarme de paciencia y, por suerte o por desgracia, en aquel momento era bastante escasa.

Le di una larga calada, dejando que mis pulmones se llenasen, y lo dejé ir con una calma que no sentía.

—Eso solo me lo demostrarás si accedes a lo que te pido.

—No juegues con eso —le advertí, con la voz baja.

—No lo estoy haciendo —respondió sin apartar la vista de mí—, pero estas son mis condiciones —añadió con esa frialdad Moretti que tan característica era en nuestra familia—. O las tomas o las dejas.

Desvié la mirada un instante, pasándome la lengua por el interior de la mejilla mientras el silencio volvía a instalarse entre nosotros, más denso e incómodo.

Ya no era un trato sencillo, era algo más que personal, algo que solo la sangre podía entender.

—Más te vale que merezca la pena —sentencié al final.

Me puse en pie, y cuando pasé por su lado, apreté su hombro derecho con la mano, permitiendo que una mueca se dibujase en mis labios.

—Lo haré.

26

Luca

Unas semanas después de la reunión en Il Santuario.

El ambiente estaba cargado, tanto que podía distinguir el olor a licor caro, a perfume dulce y a sudor contenido bajo trajes que pretendían aparentar algo que ninguno de los presentes realmente era. La música golpeaba con fuerza desde el fondo del salón, mezclándose con las risas huecas y las conversaciones a media voz que siempre acompañaban a ese tipo de reuniones donde el dinero lo compraba todo… o al menos eso creían.

Yo no estaba allí por placer.

Nunca lo estaba.

Me mantuve apartado, apoyado contra una de las columnas, con una copa que no había probado entre los dedos. Observaba con calma a la gente de quien ya había aprendido a leer cada gesto, cada maldita mirada, todas y cada una de las intenciones que se encontraban tras una sonrisa falsa.

Y entonces la vi.

No fue de inmediato, como en otras ocasiones, donde su presencia arrasaba con todo sin previo aviso.

Esta vez fue más lento.

Apareció entre la gente como si no perteneciera a ese lugar, desplazándose con una bandeja entre las manos, ofreciendo bebidas con una educación que no encajaba con lo que la rodeaba. Su vestido era discreto, demasiado para aquel ambiente, casi angelical, pero, aun así, no lograba ocultar lo evidente.

Todos la observaban como un trofeo al que conquistar.

Sentí cómo algo se tensaba dentro de mí, cómo una presión incómoda se instauraba en mi pecho y que al principio no supe

identificar. Apreté la mandíbula con fuerza, tanta que creí que en cualquier momento las muelas me estallarían.

Avancé un paso, lo justo como para no perderla de vista mientras se movía entre ellos.

Todo ocurrió rápido, incluso pareció que el mundo dejaba de girar para que solo yo pudiese darme cuenta de lo que estaba a punto de pasar, y cuando quise darme cuenta, uno de los hombres ya le sostenía de la muñeca más tiempo del necesario al coger la copa.

Otro dejó que sus dedos descendieran por su espalda al pasar junto a él.

Y un tercero se inclinó demasiado cerca, susurrándole algo al oído que provocó que ella se tensara y por un microinstante mostrase un gesto que no me gustó nada.

La sangre me hirvió bajo la piel.

No fue algo progresivo.

Fue inmediato y brutal.

Sentí cómo los dedos se cerraban alrededor del cristal con tanta fuerza que por un segundo pensé que iba a romperlo entre las manos, pero no lo hice, porque si lo hacía no habría vuelta atrás.

Y, aun así, ya era tarde.

Eve alzó la vista por un instante.

Nuestros ojos se encontraron por un segundo.

Uno.

Pero fue lo suficiente como para que todo lo demás desapareciera, solo esa mirada y ella.

Algo que no supe si era miedo, resignación o una súplica que no estaba dispuesta a pronunciar en voz alta.

Cerré las manos en puños, y antes de que pudiera decir nada, desapareció entre la multitud sin que pudiera reaccionar.

Entonces lo supe.

Estaba jodido, pero bien.

Dejé la copa sobre la mesa, sin querer siquiera mirarla, y avancé entre la gente sin molestarme en disimular, apartando a quienes se cruzaban en mi camino con la misma frialdad con la que había aprendido a moverme en ese mundo.

No la seguí a ella, no me interpondría en lo que se suponía que era su trabajo.

Los seguí a ellos, a los tres, los mismos que no habían sabido mantener las manos alejadas de ellas.

No supe por qué, pero aquella simple escena había provocado que algo animal naciese en mí. Iba aplastarle la puta cabeza a cada uno de ellos, a cortarle las pelotas y a hacer que se las comieran.

Los vi desaparecer por el pasillo que llevaba a los baños, riendo entre ellos, ajenos a todo lo que acababan de provocar sin ser conscientes de ello.

Empujé la puerta, y el sonido seco contra la pared hizo que uno de ellos se girara, frunciendo el ceño para verme. Me deshice de la americana que vestía, colgándola sobre el picaporte de la entrada. Eché el seguro y comencé a arremangarme la camisa con una tranquilidad desesperante.

—¿Te has perdido? —preguntó, con esa prepotencia que solo tienen los hombres que creen que nadie va a tocarles.

Saqué un cigarro, me lo coloqué en los labios y lo encendí, para acto seguido darle una larga calada.

No respondí, tampoco hizo falta.

Avancé hacia él, dejándole ver exactamente lo que iba a pasar, dándole ese segundo que muchos consideran una oportunidad.

No lo era.

Fue un maldito aviso.

El primero en reaccionar fue el más cercano, que intentó empujarme. No llegó siquiera a tocarme, porque mi puño impactó contra su mandíbula con una fuerza seca, limpia. Su cuerpo se desplomó antes de que pudiera entender qué había pasado.

El segundo se lanzó sobre mí.

Y eso fue aún peor decisión.

Lo agarré por la camisa, tirando de él hacia delante para estrellar su rostro contra el mármol del lavabo. Escuché el crujido antes de ver la sangre, notando como su cuerpo se debilitaba entre mis manos mientras intentaba zafarse de mi agarre.

—¿Te ha gustado tocarla? —murmuré, acercándome lo suficiente como para que pudiera oler el tabaco en mi aliento.

No respondió, tampoco podía. Lo solté, dejando que cayese de bruces contra el suelo. Un alarido salió de lo más profundo de su garganta cuando apagué el cigarrillo en su ojo derecho.

El tercero dudó, y eso fue lo único inteligente que hizo en toda la noche.

—No… no sabía que era tuya —balbuceó, levantando las manos.

Sonreí ladino, y Dios sabe que tuve que coger una bocanada de aire para dejarlo ir a modo de suspiro.

—No lo es —respondí.

Y eso fue lo peor, porque si no lo era… ¿por qué cojones me comportaba como si lo fuera? La rabia me atravesó de nuevo, de una manera más intensa, más sucia y difícil de contener.

Lo golpeé, haciendo que cayese de espalda al suelo.

Una vez.

Dos.

Tres.

Hasta que dejó de intentar cubrirse. La sangre me empapó el rostro, salpicándome con cada uno de los puñetazos.

—Va a ser la última vez que toques una mujer —le bisbiseé al oído, y entones, me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin moverse.

El silencio se instauró en el baño, rompiéndose únicamente por mi respiración y el goteo lento de la sangre sobre el suelo.

Me quedé quieto, observando lo que había hecho, sintiendo cómo esa rabia no desaparecía, matarlos no era suficiente.

Porque no, no eran ellos, nunca lo había sido.

Pasé la lengua por los dientes, notando el sabor metálico mezclarse con el humo que aún me quedaba en los pulmones.

Estaba perdiendo el control, y lo peor de todo era saber exactamente por qué.

Me incorporé despacio, recolocándome las mangas de la camisa y después, me puse la americana, como si nada hubiese ocurrido, como si no acabara de dejar a tres hombres destrozados en el suelo por algo que ni siquiera me pertenecía.

Eve.

Ese era el único problema. Porque sí, había dejado de ser un encargo, un simple trato con mi hermana, para convertirse en algo mucho peor.

Una debilidad.

27

Eve

Una fuerte alarma comenzó a resonar en la sala de ordenadores, alertándonos de que alguien estaba entrando en el perímetro de la casa. Una alarma que solo Luca o Dante podían detonar.

Comencé a caminar hacia la salida, sintiendo como el aire se volvía más denso a cada paso que daba, cargado de una tensión que no necesitaba explicación para avisarnos de que algo había salido mal, o tal vez demasiado bien.

Contuve el aliento cuando vi como el coche se detenía en la entrada del *palazzo*. Durante unos eternos segundos creí que todo se había desmoronado, y entonces, la puerta del piloto se abrió.

Luca.

Salió del vehículo como si nada, con esa calma que siempre llevaba encima, como si nada pudiera tocarle, como si todo lo que acababa de ocurrir no hubiese sido más que otro movimiento dentro de su maldito juego.

Ni siquiera me lo pensé.

Aparté a todo el mundo, atravesando el porche, hasta que llegué a él.

—¿Dónde habéis estado?

Mi voz salió más firme de lo que me sentía, pero no me importó. Necesitaba una respuesta, aunque solo fuera una.

Su mirada se deslizó hacia mí apenas un segundo antes de desviarse hacia la parte trasera de donde dos de los chicos sacaban a Valentino.

El mundo pareció dejar de girar, y entonces, vi como Luca carraspeó intentando llamar mi atención, sacándome de ese estado en el que me encontraba.

—Creo que queda bastante claro —respondió sin inmutarse.

Ese tono… Frío, distante, como si no hubiese pasado la noche en sus brazos.

Sentí cómo algo se rompía dentro de mí.

—Ni siquiera has sido capaz de despedirte —murmuré dolida, sintiendo como toda esa seguridad se venía abajo—. ¿Sabes lo que podría haber pasado?

No contestó.

Continuó caminando, y eso fue lo que terminó de encenderme.

—Estoy hablando contigo.

Aceleré su paso hasta ponerme a su altura, obligándole a mirarme.

—No sé qué te pasa, pero tú no eres así —sentencié—. Eres un maleducado.

Se detuvo de golpe, como si hubiese pisado el freno, y giró la cabeza despacio, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que me hizo contener la respiración.

—No tienes ni puta idea de cómo soy —aseguró con la voz tan firme y baja que pude sentir como un escalofrío me recorría de pies a cabeza.

Antes de que pudiera reaccionar, su mano se cerró alrededor de mi brazo y tiró de mí hacia el pasillo, alejándome del resto sin molestarse a disimular. Me arrastró hasta las escaleras, obligándome a subir a trompicones.

El corazón me iba a estallar en el pecho, me latía con una intensidad que apenas podía escuchar siquiera nuestros pasos.

—¡Suéltame! —protesté, intentando zafarme—. Me haces daño.

Hizo caso omiso a mis palabras, apretando aún más.

—Y más daño te haré si no empiezas a hacer caso —murmuró sin mirarme.

La rabia me subió por la garganta, hasta instaurarse en lo más profundo de mi pecho, como un golpe seco.

—¿Perdona?

Probé a soltarme de nuevo, moviéndome con más fuerza, pero fue inútil.

—Te vas a quedar aquí —añadió, abriendo la puerta de la habitación de un tirón—. Y me da igual cómo tenga que hacerlo.

Antes de que pudiera reaccionar, me empujó dentro.

No caí de bruces al suelo, pero estuve cerca de hacerlo.

—¡Estás mal de la cabeza! —exclamé, girándome hacia él con la respiración agitada, y le golpeé con fuerza en el pecho, empujándolo —. ¿Es que no te das cuenta? ¡Podrías haber muerto!

Cerró la puerta tras él.

El sonido seco retumbó en la habitación, provocando que todo mi cuerpo se estremeciese del susto.

—Lo he hecho por ti.

Solté una risa sin gracia.

—Ah, ¿sí? —Crucé los brazos, mirándole con incredulidad—. Permíteme que no te crea, disfrutas más de esto de lo que quieres admitir —Me acerqué, retándole—, es más, a mí solo haces que tratarme como si fuese un problema.

Sus ojos se oscurecieron.

—Lo eres.

Sentí como mis ojos ardían, pero me negué a derramar ni una sola lágrima, no cuando me estaba hablando de aquella manera. Tragué el enorme nudo que se había creado en mi garganta y carraspeé.

—Eres igual que tu padre —musité, sintiendo como toda mi realidad se venía abajo.

Su mandíbula se tensó.

La vena de su sien palpitó.

Había confiado en un hombre con el mismo apellido del que seguía siendo mi condena, creyendo que podría ser diferente. Cuánto me equivocaba.

—No hables de lo que no entiendes.

—Claro que lo entiendo. —Di un paso hacia él, sin apartarle la mirada—. Entiendo que te estás destruyendo… y que esperas que yo me quede mirando.

Eso sí que le afectó, y lo vi, ese segundo en el que su control se tambaleó.

—No necesito que me salves.

—Pues deja de comportarte como si tuviera que hacerlo —repliqué—. Porque a este paso tendrás que darme la razón, porque

antes de que te des cuenta te habrás convertido en lo que tanto temes —añadí—, en la misma escoria que tu padre.

Luca me sujetó con fuerza, tanta que noté el crujir de mis muñecas entre sus dedos.

—Te he dicho que me estás haciendo daño.

—Y más daño te haré como no hagas lo que yo diga —bisbiseó entre dientes.

Le golpeé en el pecho, sintiendo como la rabia empezaba a tomar el control de todo. Volví a hacerlo. Estaba tan cabreada que ni siquiera pude pensar ni un solo segundo. Le di un bofetón que resonó en toda la estancia e hizo que se callase, cogiéndolo desprevenido.

—No vuelvas a ponerme una mano encima —sentenció, con la voz tan baja que sentí como un escalofrío me recorría.

Tragué saliva, pero no bajé la mirada.

—¿O qué? —lo desafié, a sabiendas de lo que provocaba.

Busqué esa reacción, la misma que era capaz de hacerle salir de ese estado de mierda en el que se encontraba. Sus ojos descendieron un segundo a mis labios para volver a subir, y entonces lo vi.

No era solo rabia, era algo mucho peor.

—O perderé el control —murmuró.

El corazón me latió frenético, como si quisiera escapar de allí.

—Ya lo has perdido —aseguré.

El aire entre nosotros se volvió más denso y pesado. Su agarre se tensó un instante antes de inclinarse lo justo, lo suficiente para que sus labios quedaran a escasos centímetros de los míos.

—No me provoques, Eve —susurró.

Las piernas me cimbrearon.

—¿Por qué? —murmuré—. ¿Qué vas a hacer?

Sonrió ladino, como un jodido gato, y entonces, me di cuenta de que estaba más perdida en él de lo que creía.

—Voy a follarte hasta que no te queden fuerzas ni para discutir conmigo.

28

Luca

—Adelante —sentenció—. Hazlo… si con eso vas a dejar de comportarte como un capullo.

Apreté los puños, sintiendo cómo la rabia me recorría por dentro como un veneno, instaurándose en cada rincón de mi cuerpo, tensándolo. No era solo lo que decía, era la forma en la que me miraba mientras lo hacía, desafiándome, empujándome justo donde sabía que iba a joderme.

—Será mejor que te calles —bisbiseé.

—¡Vamos! —bramó, con la voz quebrada—. No serías el primero y no vas a ser el último.

Oh, claro que lo iba a ser. Nadie más le pondría la mano encima fuese o no mía, porque me encargaría de matarlos a todos.

Cerré los ojos un instante, solo uno.

Porque si no lo hacía, iba a perder el control de una forma que no iba a poder contener.

Me incliné despacio hacia ella, rozando su frente con mis labios, conteniendo todo lo que llevaba dentro con un esfuerzo que llegaba a desgarrarme.

—No quiero follarte, Eve —susurré contra su piel—. Quiero cerrarte cada herida que te han hecho.

Mi voz sonó grave, más de lo que esperaba, porque no era deseo lo que había en mi interior, era algo mucho peor.

Alzó la mirada, y en sus ojos vi ese choque que siempre me desarmaba, una mezcla entre miedo y fuego, uniéndose de una forma que no tenía sentido.

—Pues hazlo —dijo en voz baja, al mismo tiempo que posaba una de sus manos sobre mi pecho—, pero deja de volverme loca.

Eso fue lo último que necesitaba.

La distancia entre ambos desapareció, no de golpe ni con brusquedad, sino con esa lentitud calculada que era como la calma que precedía a la tormenta.

Deslicé las manos por su cuerpo sin prisa, recorriéndola como si necesitara memorizar cada centímetro antes de perder la cabeza por completo. Noté cómo se tensaba bajo mi tacto, cómo su respiración cambiaba, reaccionando a mí sin que pudiera evitarlo.

Mi miembro se endureció al instante contra su vientre, provocando que ella dejase ir una bocanada de aire. Llevaba ansiando ese momento demasiado tiempo, tanto que apenas era capaz de recordar desde cuándo.

—¿Estás segura?

Ella asintió, y pude ver como sus ojos brillaban.

Y eso me destrozó.

Porque ya no había vuelta atrás.

Tiré de la tela que cubría sus caderas, bajándola despacio, sin apartar la mirada de la suya, observando cada reacción y pequeño gesto que delataba todo lo que estaba sintiendo, aunque no lo dijera.

Su respiración se volvió agitada, igual que el latir de mi corazón que se había desbocado al máximo, volviéndose ensordecedor. Estampé mis labios contra los suyos, devorándola con una obsesión enfermiza. Ella me correspondió de la misma manera, haciendo que nuestra unión se volviese cada vez más húmeda.

Se deshizo como pudo de las botas que llevaba, con cierta torpeza, mostrándome que estaba tan al límite como lo estaba yo.

—Mírame —le ordené en voz baja.

Y eso hizo.

Joder si lo hizo.

Con esa mezcla de inseguridad y deseo que me golpeó directamente en el pecho. Dios, estaba enfermo, pero no en el peor sentido de la palabra, sino que me había vuelto loco por ella.

Alcé una de mis manos para acariciar su rostro, grabándolo a fuego en mi memoria, como si supiese que ese instante no se volvería a repetir.

Le quité el jersey con rapidez, intentando no ser brusco, dejando al descubierto su piel, esa que parecía demasiado limpia para el mundo al que pertenecíamos. Bajé la mirada un segundo y tuve que apretar la mandíbula para no perder la cordura.

En la parte inferior de su vientre había una cicatriz alargada, no la de una cesárea como podría esperarse después de su aborto, sino de una jodida puñalada.

Tomé aire, dejándolo ir a modo de gruñido, porque si hubiese estado en cualquier otro lado habría matado al hombre que la hirió.

—Mírame —me ordenó esta vez ella.

Volví a su boca, esta vez sin contención.

La besé con hambre, con esa necesidad y lo que llevaba guardando demasiado tiempo en lo más profundo de mi ser. Porque sí, la deseaba, pero no solo en el plano físico. Habría sido capaz de arrancarme el puto corazón y entregárselo si me lo pedía.

Era un sentimiento tan irracional que no entendía de leyes ni mundos, uno que me haría ser capaz de prenderlo todo en llamas con tal de vengarla.

Mi mano subió hacia su nuca, sujetándola con firmeza, no para hacerle daño, sino para asegurarme de que no se apartaría, de que no iba a desvanecerse entre mis manos como me había ocurrido decenas de veces en sueños.

La empujé con suavidad hasta la cama, haciendo que se sentara primero y después cayera sobre el colchón sin apartar mis labios de los suyos.

El aire entre nosotros volvió a desaparecer, volviéndose denso e irrespirable.

Me coloqué sobre ella, sosteniendo mi peso con los brazos, sin llegar a aplastarla, pero dejando claro quién tenía el control.

—No sabes lo que estás pidiendo —mascullé contra su boca.

Sus manos subieron por mi torso, deteniéndose en la cinturilla de mi pantalón, dudando apenas un segundo antes de tirar de ella.

La observé con devoción, y algo en mí se rompió cuando me percaté de que no había miedo, sino una lujuria férrea y una decisión que nada podría cambiar.

—Hazme tuya —susurró.

Cerré los ojos un segundo.

Solo uno, como si necesitara ese instante para no arrodillarme ante ella.

—Repítelo —le insté.

Mi voz salió más baja, llena de tensión, y más rota de lo que me habría gustado admitir.

—Necesito que me hagas tuya.

Solté una risa sin humor, negando con la cabeza mientras volvía a acercarme a ella.

—Me estás jodiendo la vida —murmuré contra sus labios—. Y ni siquiera te das cuenta —añadí, besándola con ansia—. Eres mi condena.

Me separé de ella lo justo para deshacerme de la camisa que llevaba, dejándola caer sin cuidado mientras notaba cómo su mirada me recorría sin disimulo. Esa forma en la que me miraba, como si yo fuese el único hombre en el mundo terminó de destrozar cualquier resto de control que quedase en mi interior.

Se levantó, acercándose.

Sus dedos recorrieron mi pecho con una lentitud delirante, que no ayudaba en absoluto, que me torturaba.

Vi como se mordía el labio inferior al mismo tiempo que se ponía de puntillas para besarme, y esta vez fue ella quien tomó el control, quien marcó el ritmo, desarmándome por completo con esa seguridad que no encajaba con la Eve que creía conocer.

Apreté la mandíbula.

Joder.

—¿A qué esperas? —susurró contra mi boca, con una sonrisa lujuriosa.

La agarré de la cintura con firmeza, atrayéndola a mí, sintiendo su cuerpo encajar con el mío como si hubiesen sido hechos del mismo molde.

Como si siempre hubiese sido mía.

—A que dejes de pensar que puedes controlarme —respondí, sonriendo ladino.

Mi mano subió despacio por su espalda, hasta su cuello.

No apreté, pero tampoco la solté.

—Porque cuando cruce ese límite… —Me incliné, permitiendo que nuestras bocas se rozasen—. No voy a parar.

29

Eve

Sentía el corazón henchido de algo que no era capaz de comprender, de un sentimiento que se me antojaba tan ajeno y tan extraño que solo podía notar como mis ojos se humedecían.

Luca me observaba con esa intensidad de siempre, la misma que me desarmaba sin ningún esfuerzo. Su cuerpo continuaba pegado al mío, firme, inamovible, como si no hubiese espacio para nada más entre nosotros.

—¿Qué es lo que más deseas? —susurró contra mis labios, con esa voz aterciopelada y ese acento italiano que siempre conseguía hacerme temblar hasta los cimientos.

El aire se me quedó atrapado en los pulmones.

No supe qué decir, porque la respuesta me quemaba y porque decirla en voz alta significaba reconocer algo que ya era innegable, que iba mucho más allá de lo que estaba ocurriendo en nuestra vida.

Sus dedos se deslizaron por mis caderas con calma, sin prisa, como si supiera que no necesitaba correr, que ya me tenía exactamente donde deseaba.

—Dímelo —insistió, rozando mi boca.

Tragué saliva. Mi sexo se humedeció al instante, y el corazón se me aceleró de tal manera que apenas podía pensar con claridad.

—A ti —murmuré con la voz estrangulada—. Te deseo a ti, Luca.

El silencio que siguió fue breve, pero lo sentí como una eternidad.

Sus ojos se oscurecieron y entonces sonrió ladino.

No fue una mueca suave, o tranquila, sino una mucho más peligrosa, como si acabara de confirmar algo que llevaba tiempo sabiendo.

—Entonces has tenido suerte —aseguró contra mi boca, como si aquella distancia fuese lo más alejado que estaría de mí —. Porque

es lo único que quiero darte.

Sus manos volaron por mi cuerpo, moviéndose con una sensualidad que no había conocido jamás. Mi piel se erizó al sentir sus dedos rozándola, recorriéndola como si quisiera grabar a fuego en su mente cada rincón de mi cuerpo, como un maldito mapa del tesoro.

No despegó sus labios de los míos, besándome con una intensidad que no tenía nombre, provocando que mi sexo ardiese, anhelante de lo que estaba a punto de suceder.

Una parte de mí tuvo miedo, las únicas experiencias que había tenido en mi vida habían sido violaciones, pero en aquel momento, solo podía pensar en él. Luca descendió por mi cuello, posando sus labios en mis clavículas, mientras sus manos se colaban bajo la camiseta que vestía para hacerla desaparecer, lanzándola al final de la habitación.

La respiración se me volvió agitada, tanto que solo podía coger grandes bocanadas de aire mientras el corazón me latía como un tambor de guerra. El pecho me subía y bajaba incansable, mientras él continuaba con su reguero de mimos, hasta que llegó a mis pechos. Posó su boca sobre mi pezón derecho, lamiéndolo con devoción mientras que el otro no dejaba de masajearlo con ligeras caricias que conseguían arrancarme suspiros.

Contuve el aliento cuando una de sus manos bajó hacia mi sexo, cobijándolo como si se tratase del mejor de los tesoros.

—Tranquila —musitó.

Y por alguna razón, esa simple palabra fue suficiente para que mi cuerpo dejase de tensarse. Le deseaba con toda mi ansia, como jamás había deseado a nadie, ni siquiera a Sasha, el único hombre del que creí que podría enamorarme.

Joder, qué equivocaba estaba.

No sabía lo que era el amor, no hasta que Luca se cruzó en mi camino, convirtiéndose en una maldita obsesión de la que no sabía cómo iba a salir. Ni si quería hacerlo.

Tragué el nudo que se había creado en mi garganta, y solté un gemido cuando uno de sus dedos se coló entre mis pliegues.

—Estás tan húmeda —gruñó, provocando que mi sexo palpitase.

Sentí mis mejillas enrojecerse, cómo mi rostro ardía debido a la vergüenza de verme en aquella situación. El hombre de mis sueños, el mismo que me había comprado, ahora estaba sobre mí, preparado para darme el placer que merecía.

Ahogué un quejido cuando tiró de mi pezón, el mismo que llevaba maltratando varios minutos. Sonrió ladino, pero yo solo pude fijarme en la forma en la que veneraba mi cuerpo, besándome como si quisiera borrar cada una de las cicatrices que cubrían no solo mi piel, sino mi alma.

—Mírame —ordenó.

Comenzó a acariciarme, sus dedos jugaban alrededor de mi abultado botón, consiguiendo que decenas de descargas me recorrieran de pies a cabeza.

Le deseaba de una manera enfermiza, la misma que me llevaría a la más absoluta condena, pero lo cierto era que poco me importaba. Después de toda una vida perdida, quería volver a ser libre, o al menos tener la libertad que él era capaz de proporcionarme.

Siendo franca, aun estando encerrada en aquella maldita casa, le habría elegido por encima de todo. Porque por alguna razón, había algo en él que me arrastraba a la más profunda oscuridad, pero no a una mala, sino a una de esas de las que no quieres salir.

Gimoteé cuando uno de sus dedos se adentró en mi interior, penetrándome con una facilidad casi insultante. Pude ver cómo Luca apretó la mandíbula, sin apartar su mirada de mi sexo, con ese gesto rudo que me hacía perder el sentido.

Abrió mis piernas, colándose entre estas. Comenzó a besar el interior de los muslos, creando un reguero que ascendía con una lentitud delirante, provocándome, llevándome a un estado del que no quería salir.

Mi respiración se volvió agitada, y solo pude arquear la espalda cuando un segundo dedo se coló en mí.

—Estás tan prieta… —masculló entre dientes.

Me mordí el labio inferior.

—Eres… un jodido regalo —dijo en voz tan baja que pasó de aterciopelada a gutural.

Algo en mí se rompió.

Las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera evitarlo, deslizándose por mis mejillas con una facilidad insultante, porque no dolían, no quemaban… eran distintas.

—No llores —me pidió.

Sus dedos recorrieron mi rostro con una delicadeza que no encajaba en todo lo que era, limpiando cada gota con una atención que me dejó sin aliento.

—Los ángeles no lloran, *carusa*.

Negué con la cabeza, esbozando una sonrisa temblorosa.

—Daría mi vida por ti —gruñó al borde del delirio—, y eso es justo lo que me preocupa.

—Fóllame, Luca.

30

Luca

En mi mente se repetía una sola cosa: no debería haberla tocado.

Esa fue la primera verdad que me golpeó en cuanto la tuve debajo de mí, con el cuerpo rendido y la mirada perdida en la mía, como si no existiera nada más allá que ese maldito instante.

Y, aun así, no fui capaz de apartarme.

Porque Eve no encajaba en mi mundo, jamás lo haría.

Era demasiado limpia y pura como para todo lo que me rodeaba, para lo que yo era. Se me antojó como si alguien hubiese cometido el error al cruzar nuestros caminos, arrojándola al lugar equivocado sin darle la posibilidad de escapar.

Un maldito ángel en medio del infierno.

Y yo… yo no era el tipo que salvaba a nadie, sino el que los condenaba a muerte.

Apreté la mandíbula, notando cómo el pecho se me tensaba mientras la observaba con delirio, recorriendo cada uno de sus rasgos con una tranquilidad que contrastaba demasiado con el caos que llevaba dentro.

Tenía los labios entreabiertos, como si le costase respirar, y es que su pecho no hacía más que subir y bajar a trompicones mientras su cuerpo solo hacía que reaccionar a cada uno de mis movimientos, como si ya me perteneciese.

Ahí estaba el problema: empezaba a sentir que lo hacía, que era tan mía como el aire que respiraba.

Deslicé la mano por su cintura, aferrándola con firmeza, acercándola más a mí, como si ese simple gesto fuese suficiente para asegurarme de que seguía ahí, de que no se desvanecería como todo lo demás.

—Joder… —murmuré contra su piel, cerrando los ojos un instante.

No podía pensar con claridad, no cuando la tenía así, no cuando todo en mí me gritaba que no la soltara.

Sabía que no debía hacerlo, que mi mundo no era para ella, y, aun así, mis labios recorrían su cuerpo una y otra vez, siendo incapaz de mantener la distancia, como si mi propio ser hubiese decido ignorar cualquier resquicio de cordura que pudiera quedar en mí.

Mis labios recorrieron sus piernas, deteniéndose apenas un segundo. Besé el nacimiento de su sexo, aquel lugar sagrado que habían profanado como salvajes lo harían con un templo.

Eve se estremeció.

Y eso fue suficiente como para perder el poco control que me quedaba.

—No debería estar haciendo esto… —murmuré, más para mí que para ella.

Pero no me detuve, tampoco me lo pidió.

Tenerla entre mis brazos de aquella manera, tan expuesta, y mi boca cerca de su lugar prohibido era una adicción a la que no quería renunciar de ninguna de las maneras.

Abrí sus piernas con cuidado, besuqueándolas, colmándolas del amor que jamás habían recibido. Recorrí su cuerpo, memorizándolo, apropiándomelo de una forma que no tenía nada de sana.

Me coloqué frente a ella, y su sexo se abrió para mí como el mejor de los regalos. Adentré uno de mis dedos entre sus pliegues, de nuevo, masajeándola con dedicación. Mi lengua recorrió su clítoris, consiguiendo que un gemido se le escapase cuando la penetré con el índice, dispuesta a llevarla al cielo.

Sabía que era un egoísta.

Jodidamente egoísta.

Porque sabía lo que era mejor para ella y, aun así, no iba a permitirlo, nadie la alejaría de mí.

—Mírame —le ordené mediante un gruñido.

Hizo lo que le pedí, mostrándome una mirada cristalina, embarrada en lágrimas, pero llena de una lujuria y perversión que jamás había visto en nadie. La devoré con lentitud, arrancándole

decenas de quejidos mientras sus manos se aferraban a mi cabello, instándome a que me hundiera en ella un poco más.

—Te necesito —dijo con la voz estrangulada.

Sonreí ladino, pero hice caso omiso a sus palabras. Continué a lo mío, lamiéndola de arriba abajo como si fuese el mejor de los helados al mismo tiempo que mis dedos no dejaban de entrar y salir de su interior.

Una.

Dos.

Tres.

Cuatro.

El cuerpo de Eve se tensó por completo, y no pude evitar sentir ese orgullo que me quemaba el pecho.

Mi miembro palpitó ansioso solo de escucharla.

A cada gimoteo que salía de su boca, más ganas tenía de ir a matar a cada hombre que le hubiese puesto una mano encima. Porque si algo tenía claro era que Eve era completamente mía.

—Luca —musitó.

De un tirón, me apartó de su lugar sagrado, haciendo que la observase aún con la cara manchada de su esencia. Apreté la mandíbula, joder. Iba a borrarle esos malos recuerdos a base de folladas.

—Aquí —sentenció—. Ahora.

Por un momento creí que me moriría entre sus piernas, no por lo que había encontrado en ellas, sino por esa maldita actitud que me estaba volviendo loco. Podría haberle traído la cabeza de mi padre en una cajita de regalo si me lo hubiese pedido, los penes de cada uno de los hombres que la habían violado, y ni siquiera habría tenido que justificarme por ello.

Trepé por su cuerpo, observándola como un depredador a punto de cazar a su presa. Cuando llegué a la altura de su rostro, estampó sus labios contra los míos, tirando del inferior con rabia, arrancándome un quejido que pareció divertirle.

Noté el sabor metálico de la sangre, pero entonces, volvió a besarme, llevándose cualquier rastro del líquido carmesí.

Me quité los calzoncillos con un rápido movimiento, dejando a la vista mi miembro endurecido, y sin pensarlo ni un solo segundo, me adentré en ella, provocando que ambos gruñéramos de placer.

—Eres un puto problema —susurré contra su boca, completamente ido—. El peor que he cometido… y, aun así, volvería a hacerlo una y mil veces.

31

Eve

El golpe en la puerta no fue discreto, ni mucho menos oportuno, sino seco y cargado de urgencia, rompiendo sin contemplaciones el aire denso que todavía se mantenía entre nosotros, como si alguien hubiese decidido arrancarnos de ese momento tan especial sin darnos opción a aferrarnos un segundo más a él.

Mi cuerpo continuaba reaccionando al suyo, sensible, anclado a cada caricia que había dejado marca en mi piel. El sonido me atravesó por completo, devolviéndome de golpe a una realidad que no tenía nada que ver con lo que acabábamos de compartir.

Luca no se apartó de inmediato.

Mantuvo su brazo sobre mis hombros, permitiéndome que reposase contra su pecho mientras continuaba con los ojos cerrados. Volvieron a llamar nuestra atención, y entonces dejó escapar un gruñido bajo, cargado de frustración.

—Lárgate —vociferó.

Al otro lado hubo un breve silencio, apenas duró un par de segundos.

—Luca. —La voz de Dante llegó firme, sin rodeos—. Ha pasado algo.

Y eso fue suficiente.

Noté como todo su cuerpo se tensaba bajo el mío, cómo algo cambiaba en su expresión, apagando ese rastro de calidez que me había permitido ver en él, para dejar paso de nuevo a esa frialdad controlada que le definía, esa que siempre aparecía cuando el mundo real reclamaba su atención.

Se incorporó despacio, pasándose una mano por el rostro antes de mirarme, y durante un segundo, solo uno, volvió a suavizarse.

—Quédate —murmuró, deslizando sus dedos por mi cintura con una calma que contrastaba demasiado con la situación.

Aquella no era mi habitación, sino la suya, había entrado en su privacidad, allí donde no dejaba acceder a nadie más.

Sus labios rozaron los míos con una cercanía peligrosa.

—Cuando termine —Hizo una pausa—, puedo volver a hacerte una visita.

Una leve sonrisa ladina se dibujó en su boca.

—Te tendría aquí metida toda la vida.

No pude evitar que una risa suave escapara de entre mis labios, aún con la respiración desacompasada por todo lo que acabábamos de compartir.

—No durarías ni dos horas —respondí, sintiendo cómo el calor volvía a subir a mis mejillas—. El deber siempre te llama…

Antes de que pudiera terminar la frase, Luca estampó sus labios contra los míos, devorándome con saña.

—Acompáñame.

Entonces, llegó un tercer golpe en la puerta que fue aún más fuerte, más insistente, como si el tiempo de margen hubiese acabado definitivamente.

—Luca —insistió Dante—. Ahora.

Y ahora sí, el momento se rompió por completo.

Luca chasqueó la lengua con molestia antes de apartarse, incorporándose con esa rapidez precisa que tenía cuando algo requería su atención inmediata, vistiéndose sin perder un segundo mientras yo hacía lo mismo, notando cómo el calor de su cuerpo desaparecía poco a poco del mío, y con él, esa sensación de seguridad que empezaba a volverse demasiado necesaria.

Nos miramos un instante, y en ese cruce de miradas supe que lo que venía ahora no tendría nada que ver con lo que acabábamos de vivir.

—Vamos.

El pasillo estaba en silencio, pero no era un silencio tranquilo, sino uno cargado de tensión, de esos que se adhieren a la piel y te obligan a mantenerte alerta incluso sin saber por qué.

Dante nos esperaba frente a la sala de interrogatorios, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en Luca.

—Ha despertado —dijo sin rodeos.

Luca no respondió, solo avanzó y yo le seguí sin detenerme a pensar si debía hacerlo o no, porque en ese punto ya no era capaz de quedarme atrás.

Contuve el aliento.

Lo vi en cuanto cruzamos la entrada.

Valentino.

Estaba sentado, esposado, con el rostro marcado por los golpes y la sangre seca que dibujaba líneas oscuras sobre su piel, pero aún así, cuando alzó la cabeza y nos vio, una sonrisa se dibujó en sus labios hinchados.

Fue una mueca torcida, cargada de algo que hizo que se me revolviera incluso el estómago.

—Vaya… —murmuró—. Si es la princesita.

Sentí cómo mi cuerpo reaccionaba antes de que pudiera evitarlo, cómo algo en mi interior se encogía al reconocer ese tono, esa forma de hablar que arrastraba demasiados recuerdos que no quería volver a tocar.

Luca se tensó al instante.

Lo percibí por la forma en la que su respiración cambió, en cómo sus manos se cerraron en puños con una fuerza que no necesitaba ver para saber que estaba a punto de explotar.

No dijo nada, permaneció en silencio, como si las palabras no fuesen suficientes como para poder expresar la rabia que le corría por las venas.

Valentino soltó una risa baja, despreocupada, como si nada de aquello le afectara lo más mínimo, como si le diese igual la paliza que había recibido hacía apenas unas horas.

—Será mejor que te calles —comentó Luca al mismo tiempo que sacaba un cigarro para llevárselo a la boca.

—¿O qué? —Ladeó la cabeza, mirándome sin apartar esa expresión asquerosa—. ¿Vas a defender a tu juguetito?

Un enorme nudo se creó en mi garganta.

No dije nada, no podía.

Mi mente empezaba a jugar en mi contra, una y otra vez, devolviéndome a esa vida en la que había pasado demasiado tiempo.

—No esperaba menos de ti —continuó—. Meter la polla en la puta más cara que ha tenido tu padre en su cama.

El aire desapareció.

Literalmente.

Sentí cómo algo se rompía dentro de mí, cómo el pecho se me encogía y la respiración se volvía pesada, irregular, mientras cada palabra se clavaba en lo más profundo de mi alma, donde más dolía.

Luca dio un paso al frente, pero entonces tiré de él, de su mano, notando la rigidez de cada parte de su ser.

Mi mente iba a mil por hora, pero tan solo cuatro palabras salieron por mi boca sin que pudiera hacer nada por frenarlas.

—¿Para esto querías que viniera? —cuestioné, sintiendo como todo me da vueltas.

Luca se giró hacia mí, como si no pudiese creerse lo que acababa de escuchar. Me observó con el semblante serio, tanto que provocó que un escalofrío me recorriese de pies a cabeza. Se llevó una mano al entrecejo, y lo masajeó, en lo que creí que se armaba de paciencia.

—¿De qué cojones hablas?

—Desátame —le instó Valentino—, voy a enseñarle cómo folla un hijo de Giovanni Moretti.

Luca le fulminó con la mirada, pude verlo en la forma en la que apretaba con fuerza la mandíbula.

—Voy a matarte —masculló, con la voz tan baja que un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, mientras sus dedos se cerraban hasta crujir.

No gritó.

No lo necesitaba, porque en su voz no había amenaza… había la certeza de que no dudaría en apretar el gatillo en cuanto tuviese oportunidad.

Me moví antes de pensarlo, interponiéndome entre ambos, sujetando su brazo con ambas manos, intentando detener algo que sabía que no iba a ser fácil de frenar.

—Luca… —susurré.

No me miró.

Sus ojos continuaban fijos en él.

Oscuros.

Peligrosos.

—Te está provocando —insistí, apretando un poco más—. No le des lo que quiere.

Valentino volvió a reír, esta vez más alto.

—¿Provocando? —escupió con saña—. Pregúntale si no se acuerda.

El estómago se me revolvió con fuerza.

—La mamaba de puta madre —añadió, relamiéndose—. Siempre tan obediente y complaciente.

—¡Cállate! —vociferé sin poder hacer nada por frenar esa simple palabra que me rasgó la garganta.

El silencio que siguió fue aún peor.

Porque ahora tenía su atención.

—Mírala. —Sonrió ladino—. Si hasta le duele recordar.

Noté cómo Luca se movía detrás de mí, cómo su cuerpo temblaba de la maldita rabia contenida, como si estuviera a un solo paso de perder el control por completo.

—Te juro que…

—No. —Me giré hacia él, sujetando su rostro entre mis manos, obligándole a mirarme—. No lo hagas.

Y entonces lo vi, ese punto exacto en el que todo se iba a la mierda.

—Eve… —murmuró, con la voz cargada de algo mucho más peligroso que la rabia—. Apártate.

Negué con un simple movimiento de cabeza, porque a pesar de lo que mi mente me decía —que me había utilizado para provocar a Valentino—, mi corazón quería creer que no era más que esa vocecilla que siempre me hablaba al oído, para contarme una realidad que no existía.

Valentino chasqueó la lengua, divertido.

—Qué escena más bonita —comentó jocoso—. La puta intentando salvarle la vida al monstruo que creó su verdugo.

Y eso fue suficiente. Porque sentí cómo Luca se soltaba de un manotazo, tirándome al suelo de espaldas, y esta vez, supe que ya no había forma de detenerlo, porque cuando Luca cruzaba esa línea, no volvía atrás.

32

Luca

No sabía en qué momento crucé la línea, solo que cuando quise darme cuenta ya estaba sobre él.

Unas simples palabras lo habían detonado todo, permitiendo que la rabia saliese por cada poro de mi piel, derrocando cualquier ápice de control que pudiese quedar dentro de mí, transformándolo en pura necesidad, en ese impulso primario que me empujó a abalanzarme sobre Valentino sin pensar, sin medir, sin siquiera importarme nada más.

Mi puño impactó contra su rostro con una fuerza seca, haciendo que su cabeza se ladease con violencia mientras la silla crujía soportando nuestro peso. Pero no me detuve.

No pude.

Volví a golpearle.

Una.

Dos.

Tres veces.

Hasta que la madera cedió bajo nosotros y ambos caímos al suelo en medio de un estruendo que retumbó por toda la sala.

—Eres un maldito hijo de puta —gruñí entre dientes, sintiendo cómo la sangre me hervía bajo la piel.

Lo sujeté por la camisa, tirando de él hacia arriba lo suficiente como para poder golpearle de nuevo, notando cómo su cuerpo empezaba a responder con menos fuerza, quedándose sin esa resistencia con la que intentaba zafarse de mí.

Pero no fue suficiente.

Nada lo sería.

Me puse de pie, como impedido por un resorte, respirando con dificultad, con el pecho subiendo y bajando de forma irregular

mientras la rabia seguía golpeándome por dentro, como si no tuviera intención de desaparecer.

Lo miré desde arriba.

Estaba completamente ido, y lo peor era que no me importaba.

Valentino tenía el rostro ensangrentado.

Destrozado.

Y, aun así, sonreía.

—Será mejor que empieces a hablar —mascullé, tomándolo con fuerza y colocándolo sobre la silla que había al lado.

Me senté frente a él con una calma que no sentía, armándome de toda la paciencia que pudiese para no acabar con él antes de tiempo.

Mi hermano escupió sangre al suelo antes de alzar la mirada hacia mí, todavía con esa media sonrisa torcida que se dibujaba en sus labios.

—Puedo contarte lo que quieras, hermanito —respondió con sorna.

Me incliné lo justo para quedar a su altura, sosteniéndole la mirada sin siquiera pestañear.

—Vamos al grano —sentencié en voz baja—. ¿Por qué coño quiere Giovanni a Eve?

Por primera vez dudó, no fue evidente, pero pude discernir un pequeño gesto, un segundo en el que vi que no esperaba esa pregunta.

—Vaya… —murmuró—. No pierdes el tiempo.

No lo tenía, cada vez se agotaba más.

—Respóndeme.

Me incorporé despacio, manteniendo la tensión, dejando que el silencio se alargara lo suficiente como para que entendiera que no iba a repetirme.

Valentino dejó escapar una carcajada ronca, a la vez que sacudía la cabeza de un lado a otro, permitiendo que el líquido rubí descendiese por su barbilla.

—¿De verdad crees que voy a contarte lo que Giovanni lleva toda la vida escondiendo? —escupió—. Me mataría en cuanto tuviera oportunidad.

Incliné la cabeza apenas un poco, observándole con dedicación.

—¿Y qué crees que haré yo?

El silencio que siguió fue distinto.

Más pesado, como si se hubiese percatado de lo que era capaz.

—Parece que no quieres colaborar —añadí, pasándome la lengua por los dientes—. Tendré que ser un poco más persuasivo.

Sus ojos se deslizaron entonces hasta Eve, y una asquerosa sonrisa emergió en sus labios, provocándome.

—No sabes cuántas ganas tengo de follármela —murmuró, relamiéndose—. Si te apetece, puedo dejarte mirar.

No vi nada más.

No escuché nada.

Solo sentí cómo algo en mi interior se rompía de forma definitiva.

Me moví deprisa, con el corazón al borde del colapso y con todo el cuerpo ardiendo hasta límites insospechados. Apreté la mandíbula. Lo agarré por el brazo, girándolo con brusquedad hasta estrellarlo contra la mesa, obligándolo a extender la mano sobre la superficie, sin darle tiempo a reaccionar.

Parecía no saber a quién se estaba enfrentando, pero pronto lo averiguaría.

—Luca. —Escuché la voz de Eve a lo lejos.

No la miré, ni siquiera intenté hacerlo.

Abrí el maletín sin apartar la vista de él, sintiendo cómo cada músculo de mi cuerpo se tensaba mientras cogía el hacha con una precisión que no dejaba lugar a dudas.

Valentino intentó forcejear.

—No… espera… —balbuceó, por primera vez sin esa seguridad de mierda tras la que se escondía.

Pero ya era demasiado tarde.

Bajé el brazo.

El golpe fue seco, brutal.

El sonido del hueso al ceder se mezcló con un alarido desgarrado que llenó la sala mientras la sangre empezaba a extenderse sobre la mesa.

Eve dejó ir un grito ahogado.

Me pasé una mano por el rostro, percatándome de los restos de salpicadura que llevaba sobre mi piel.

Poco me importó, ya que me incliné hacia él, acercándome a su cara, mientras él solo podía temblar.

—Que sea la última puta vez que hablas así de mi mujer.

33

Luca

El recuerdo no llegó como algo lejano, ni como una imagen difusa que se cuela sin hacer ruido, sino como un golpe seco en mitad del pecho, de esos que te hacen contener el aliento durante unos segundos. Fue tan real que durante un instante dejé de ver a Valentino frente a mí para volver a aquella casa donde aprendí lo que significaba la disciplina y el miedo, ese que no se siente en la piel, sino en los huesos, donde se queda a vivir aunque pasaran los años.

Durante mucho tiempo sufrí sus golpes, uno tras otro, porque según él, no jugaba lo suficiente con Valentino, porque no le hacía caso al desgraciado del niño de su secretaria, quienes se habían mudado a la ciudad desde Roma. Estaban solos, y por eso me obligaba una y otra vez a permanecer a su lado, como un puto perro.

Podía escucharle.

Siempre podía.

Sus pasos avanzando por el pasillo, lentos, medidos, como si disfrutara del tiempo que tardaba en encontrarme, como si no supiera que cuanto más alargaba ese momento, más profundo se clavaba en mí el terror de saber que no habría escapatoria posible.

Yo me escondía.

Donde fuera.

No importaba.

En un armario, bajo la cama, dentro de aquella maldita rejilla de ventilación donde apenas podía respirar, donde me quedaba quieto, en silencio, rogando que esa vez no me encontrara, que pasara de largo, que por una puta vez se olvidara de mí.

Pero nunca lo hacía.

Porque él siempre hablaba.

Valentino.

Siempre encontraba la forma de salvarse, de ser el niño bendito, el predilecto, dejándome expuesto, solo, esperando a que esa puerta se abriera.

Y cuando lo hacía… no hacía falta que dijera nada más.

Sus manos hablaban por él.

Apreté la mandíbula, notando como ese recuerdo se mezclaba con el presente hasta el punto de no saber discernir dónde terminaba uno y empezaba otro, porque la rabia que me recorría en ese instante no era nueva, no era solo por Eve, ni por lo que acababa de decir… Era algo mucho más antiguo, más podrido, algo que llevaba demasiado tiempo esperando a salir.

Lo miré.

De verdad.

Ensangrentado, roto, atado a esa silla como un animal al que aún no habían sacrificado, y, aun así, tenía esa maldita expresión que siempre había tenido, esa que me decía que no había aprendido nada, que seguía siendo el mismo hijo de puta que me vendía cuando éramos críos.

—¿Qué va a decir tu padre cuando vuelvas así? —murmuré, dejando que las palabras salieran despacio, saboreándolas—. ¿O crees que esta vez tendrás la suerte de acabar en una bolsa de basura? —cuestioné—. Porque ganas no me faltan.

Su respiración era irregular, pesada, pero, aun así, sonrió, y fue ese gesto lo que terminó de encender algo dentro de mí que estaba a punto de estallar.

—Eres un puto bastardo —escupió.

La sangre me salpicó el rostro, cálida, espesa, que comenzó a deslizarse por mi piel sin que me molestara en limpiarla, porque en ese momento lo único que deseaba era continuar viéndolo romperse delante de mí, igual que él lo había hecho conmigo una y otra vez.

Desvié la mirada apenas un segundo.

Eve seguía ahí, inmóvil y tensa.

—Lárgate —le ordené, sin apartar la mirada de él, pero viéndola por el rabillo del ojo—. No tienes por qué presenciar esto.

Negó con la cabeza, sin dudar.

Y ese gesto... joder, ese puto gesto hizo que algo en mí se retorciera, porque no era miedo lo que veía en ella, al menos no del todo, sino algo mucho más peligroso, algo que la anclaba ahí, conmigo, a sabiendas de lo que estaba a punto de hacer.

Volví a centrarme en Valentino, acercándome despacio, dejando que el silencio se asentara entre nosotros lo suficiente como para que entendiera que se le había acabado el margen.

—Dime qué coño quiere Giovanni —murmuré, clavando la mirada en la suya—. Y más te vale no jugar conmigo.

—¡Vale, vale! —vociferó—. Para, joder —exclamó—. Te lo diré.

—¡Dime por qué cojones lo hizo! —le golpeé con firmeza.

Valentino tenía la cabeza ladeada hacia la derecha, apenas podía sostenerse en la silla, aunque por suerte para él no era necesario, ya que una cuerda le sujetaba con firmeza impidiendo que cayese al suelo.

Me escupió a los pies, manchando mis zapatos de un enorme reguero rubí.

—Está bien, te lo diré… —dijo con la boca llena de sangre.

Le di una larga calada al cigarrillo que tenía entre los labios, llenándome los pulmones y buscando algo de calma que no parecía llegar.

—La madre… La madre de Eve murió por una sobredosis —me informó, provocando que una parte de mí se rompiese—. Tu padre fue el culpable, porque era él quien le proveía de cocaína, mientras se la follaba —continuó—. Ahora necesita un recambio en el que poder tener la polla caliente, y parece que tu mujer —hizo hincapié en las dos últimas palabras—, es el mejor de los lugares…

No le dejé terminar.

Apagué el cigarro en su cuello con una lentitud calculada, presionando lo suficiente como para que el sonido de la carne quemándose se mezclara con el alarido que no pudo contener. Aun así, no aparté la mirada, porque necesitaba que entendiera que cada palabra que saliera de su boca iba a tener consecuencias, igual que sus actos.

—Ya que no puede follarse a su madre, tendrá que conformarse con esa. —Señaló a Eve con un movimiento de cabeza.

Y ahí fue cuando todo dejó de importar.

Lo agarré del cuello de la camisa y tiré de él hacia mí con violencia, sintiendo cómo la silla se deslizaba bajo su peso mientras nuestras frentes chocaban, al mismo tiempo que sostenía el hacha en mi mano, y la colocaba contra su cuello.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo… —murmuré con la voz rota por la maldita rabia—. Vas a conocer a un Luca que ha estado mucho tiempo lejos de ti, porque, que te quede claro una cosa, tú no me conoces.

—A lo mejor así veo si eres digno sucesor de nuestro padre.

Sonreí.

Pero no fue una sonrisa afable, sino llena de oscuridad e ira.

—Lo único que voy a hacer es arrasar con todo lo que ha construido —bisbiseé, acercándome lo suficiente como para que pudiese sentir cada palabra—. Su imperio, su nombre… Todo.

—Y eso por una puta.

Dejé ir una carcajada vacía.

—No, no has entendido nada —comenté sin ganas—. Esto no solo lo hago por ella, ni por las mujeres con las que comercia; lo hago por mi hermana, porque ella sí que es parte de mi familia, no como tú —escupí furioso—. Qué pena que no vayas a tener el placer de conocerla.

Reseguí su cuello con el arma como un jodido demente, dispuesto a acabar con la vida del miserable que tenía frente a mí. Iba a derrotar a cada persona que estuviese cerca de mi padre, hasta que acabase quedándose solo. Me daba igual tener que matar a alguien de mi sangre, porque él había sido capaz de poner en juego la vida de mi hermana, y eso no se lo perdonaría jamás.

—Púdrete en el infierno, Valentino.

Solo fue un segundo, uno en el que mi mente no supo si disfrutaba más de verle hecho una mierda o de saber que iba a morir. Alcé el brazo, con el hacha en la mano, dispuesto a acabar con todo, cuando de repente, algo cambió.

—¡Luca, no!

34

Eve

Me lancé sobre él sin pensar, como si mi cuerpo hubiese decidido moverse antes de que la información llegase a mi cabeza. Mis rodillas golpearon el suelo, y la sangre se filtró a través de la tela, empapándome, pero no me importó. Nadie importaba salvo detenerle.

Si cruzaba esa línea, no habría vuelta atrás.

—No te conviertas en uno de ellos —susurré, con la voz quebrada.

Su respuesta no fue una respuesta. Fue un gruñido bajo, cargado de algo que no supe si era rabia o desesperación.

—Sal de aquí, Eve.

Esas simples palabras me atravesaron, no por el tono, sino por lo que escondía tras ellas.

Negué despacio, notando cómo el miedo me subía por la garganta, pero sin permitirme ceder a él. Había visto de lo que era capaz de hacer. Lo había sentido en lo más profundo de mis entrañas, y, aun así, había decidido quedarme.

Porque si me iba, lo perdería.

Sabía que Luca no era ningún angel, pero una parte de mí sabía que en el momento en el que matase a su hermano no se lo perdonaría jamás.

—No —susurré, acercándome más, ignorando el peligro que suponía estar tan cerca de él—. No pienso irme.

Se movió a un lado, apartándome de un golpe seco que me hizo caer hacia atrás. El impacto me dejó sin aire unos segundos, pero el dolor físico era insignificante comparado con el que me latía en el pecho.

Aun así, me levanté.

Siempre lo hacía, y esta vez lo hice con el hacha en la mano. Ni siquiera fui consciente de cuándo se la había quitado. Solo que ahora estaba en mis manos, que no dejaban de temblarme, mientras él me observaba como si no me reconociera.

Como si fuese capaz de romperme.

—Eve… —Mi nombre en su boca se me antojó una advertencia.

—Por favor. —Di un paso atrás, negando con la cabeza—. No lo hagas.

Valentino yacía en el suelo, inconsciente, debido a un golpe, apenas respirando. El silencio que lo rodeaba era espeso, irreal, como la calma antes de algo irreversible.

Luca se pasó una mano por el rostro, manchándose aún más con la sangre de su propio hermano. Su pecho subía y bajaba con violencia. Estaba luchando con sus propios demonios, podía verlo en él, en esa forma en la que me miraba.

Y eso era lo único que me mantenía en pie.

Me acerqué despacio, ignorando el tambor de mis piernas, y apoyé la mano sobre su pecho.

Su corazón latía desbocado.

—Mírame —susurré.

Lo hizo.

Y por un instante, solo uno, dejó de ser ese hombre al borde del abismo.

Me puse de puntillas, y uní mi boca a la suya, lanzando el hacha a la esquina más lejana de la habitación. No fue un beso suave. Fue un intento desesperado de arrancarlo de ahí, de recordarle quién era, o de quién quería ser.

Su respiración chocó contra la mía, y pude verle dudar.

Entonces, cedió. Sus manos me sujetaron con fuerza, como si necesitara anclarse a algo real, como si yo fuese lo único capaz de mantenerle cuerdo.

—Perdóname —murmuró contra mis labios.

Negué sin separarme.

No había nada que perdonar, porque lo entendía, y eso era lo más peligroso de todo.

El sonido de la puerta abriéndose rompió el momento. Los médicos entraron deprisa, seguidos de Dante, cuya mirada recorrió la escena con una mezcla de tensión y reproche.

—Casi lo matas.

—No merece menos —sentenció sin soltarme.

Fue frío, cortante, como si ya hubiese tomado una decisión y, aun así, hubiese decidido retroceder por mí.

—Necesitará una transfusión —comentó—. Grupo B positivo —ordenó sin siquiera mirar a los sanitarios.

Fruncí el ceño, girándome hacia él.

—¿Cómo sabes eso?

Su mirada se clavó en la mía, oscura, impenetrable.

—Te lo dije. —Su voz bajó hasta que se volvió casi un susurro—. Lo sé todo.

No supe si aquello debía tranquilizarme o asustarme más.

Cuando se llevaron a Valentino, el silencio volvió a caer entre ambos, pesado, denso, cargado de todo lo que no nos estábamos diciendo.

Lo tomé de la mano sin pedir permiso, sacándole de la sala que habían habilitado para aquel interrogatorio.

—Ven conmigo.

No protestó, por lo que lo guie por el interior del *palazzo* como si fuese más mío que suyo, llevándolo hacia su habitación.

Cerró la puerta tras nosotros y, durante un segundo, ninguno de los dos se movió. Solo nos miramos. Su rostro seguía empapado en sangre, sus ojos continuaban repletos de rabia, pero también de miedo y de algo más que no supe descifrar.

Me acerqué primero.

Deslicé las manos por su torso, sintiendo la tensión en cada músculo, cómo el control que sostenía sobre sus hombros estaba a punto de romperse otra vez. Él me observaba en silencio, con esa intensidad que me desarmaba más que cualquier palabra.

No quería pensar, ni siquiera recordar.

Solo quería apagar el ruido.

—Ven —susurré.

Lo llevé hasta el baño, cerré la puerta y todo a nuestro alrededor cambió, haciendo que el ambiente se tensase, volviéndose más íntimo y peligroso.

Cogí una toalla, la cual empapé en agua templada. Con cuidado la pasé por su hermoso rostro, llevándome conmigo todo el líquido rubí que aún le cubría.

Luca era el hombre más hermoso y adictivo que había visto jamás.

Tenía los ojos más verdes del mundo, esos que te miraban como si fuese capaz de prender el mundo en llamas si se lo pedías.

Mis dedos temblaron al rozar su piel, al recorrer las líneas de su cuerpo, como si necesitara memorizarlo. Él no se apartó. No dijo nada. Se dejó hacer… hasta que dejó de poder contenerse.

Una de sus manos voló hasta mi cintura, cerrándose sobre ella, firme, posesiva.

—Eve… —masculló.

Mi nombre fue una advertencia en su boca, una rendición.

Le sostuve la mirada, deseando perderme en ella.

—Estoy aquí.

Eso bastó.

Su boca se estampó contra la mía con una urgencia que me hizo perder el aliento, sin suavidad alguna, sin control, solo pura necesidad.

Necesidad de olvidar, de sentir y de no caer.

Me aferré a él con la misma desesperación, dejando que todo lo demás desapareciera. El miedo, la sangre y el pasado.

Solo existíamos los dos, en ese instante suspendido entre el caos en el que estábamos sumidos.

—Te necesito —murmuró contra mis labios.

Y no supe si hablaba de mi cuerpo, como muchos otros habían hecho, o de algo mucho más peligroso.

Pero no me aparté, porque en el fondo, yo también lo ansiaba de la misma manera.

35

Eve

Sus manos me rodearon como si temiera que fuese a desaparecer, y yo no hice nada por detenerle, al contrario, me pegué más a él.

Podía sentir su respiración romperse contra mi cuello, su control resquebrajándose bajo mis dedos, la forma en la que su cuerpo buscaba el mío como si no existiera nada más, como si no quedase nadie más en el mundo.

—Mírame —susurré, rozando su boca.

No obedeció.

Solo estampó sus labios contra los míos, devorándome.

Su beso no fue solo un beso, fue una maldita descarga, una forma de arrastrarme con él hacia ese lugar oscuro que se escondía en lo más profundo de su ser.

Y sí, dejé que lo hiciese, sin ofrecer resistencia.

Mis manos subieron por su espalda, clavándose en su piel, sintiendo cada músculo en tensión, cada latido desbocado mientras nuestros labios no dejaban de moverse uno sobre otro. Porque sí, lo necesitaba así, sin control, sin barreras.

Real.

Me moví contra él, incapaz de contener todo lo que estaba sintiendo, y su respuesta fue inmediata. Un gruñido gutural, bajo, casi animal, que hizo que los cimientos de mi alma se tambalearan para él.

—Eve…

Mi nombre en sus labios no fue una advertencia, sino una rendición.

—Hazlo —susurré contra su piel—. Haz que me olvide de todo.

No necesitó nada más.

Me alzó sin esfuerzo, como si no pesara nada, y mi cuerpo respondió de manera instintiva, haciendo que mis piernas le

rodearan la cintura, aferrándome a él como si fuese lo único firme en el mundo que se desmoronaba.

Y tal vez lo era.

El contacto fue brusco, necesitado, casi violento, pero no me importó. Mordió mi labio inferior tirando de él, arrancándome un jadeo que no pude contener. No había espacio para la suavidad, no después de todo lo que había pasado.

Nos estábamos consumiendo, y lo cierto era que no deseaba estar en otro lugar en el mundo.

Me colocó sobre él a horcajadas, provocando que mi entrada quedase encajada a la perfección con su miembro, que clamaba mi atención, endurecido bajo mi cuerpo, palpitante, dispuesto a darme el placer que tanto deseaba.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con una mezcla de posesión y desesperación, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí, de que era suya, y yo no me aparté.

Porque en ese instante deseé serlo.

Para siempre.

Sus labios se movieron sobre los míos hambrientos, volviendo los besos cada vez más húmedos y llenos de fuego. Enterré mis dedos en su cabello, sujetándolo, permitiéndome el lujo de mantenerlo pegado a mí para que no pudiese escaparse de mí.

—Joder… —Su voz se quebró contra mi piel—. No tienes ni idea lo que haces conmigo, *piccola*…

Lo sabía.

Lo sentía en la forma en la que perdía el control, en cómo su respiración se volvía errática, en cómo cada movimiento suyo me arrastraba con él un poco más.

Me besó como si fuese lo único que lo mantenía en pie.

Y yo le devolví el beso con la misma intensidad, con esa necesidad de querer desaparecer en él, porque eso era lo que estábamos haciendo.

Desaparecer.

En medio del caos.

Encontrándonos en algo que no debería existir, pero que ya se había vuelto imposible de negar.

Sus manos volaron por mi cuerpo, deshaciéndose de la camiseta que llevaba, dejando al aire un *brasier* negro de encaje que habían preparado para mí. Contuve el aliento cuando de un solo movimiento rasgó los *leggins* que vestía, rasgándolos por completo.

Le miré sorprendida, encontrándome con una sonrisa ladina, tan gatuna como peligrosa. Ahogué un gemido cuando uno de sus dedos se coló entre las braguitas y mi piel. Comenzó a acariciarme, arriba y abajo, deslizándose por mi humedad como si le perteneciese.

Y lo hacía.

No me daba miedo admitir que le pertenecía, que amaba la manera en la que me poseía, ver esa obsesión que se había creado entre ambos.

Contuve un jadeo cuando sus dedos se adentraron en mí, provocando que decenas de descargas recorrieran mi cuerpo, volviendo mi respiración aún más desacompasada. Él capturó cada uno de mis gimoteos, cada quejido que salía de mi boca, saboreándolos con gusto.

—Te necesito —murmuró de nuevo contra mis labios.

Cerré los ojos, dejándome llevar, sintiendo cómo todo explotaba dentro de mí, cómo cada sensación me arrastraba a lo más profundo.

—Estoy aquí.

Sin pensarlo, me alzó lo suficiente como para poder bajarse los pantalones que vestía, arrastrando consigo los calzoncillos y dejando a la vista una poderosa erección.

Me relamí.

Y una parte de mí deseó devorarla, darle el placer que él mismo me había proporcionado horas atrás.

Intenté apartarme, pero cuando estaba al borde de sus rodillas, me tomó con fuerza por la cintura y me dejó caer directamente sobre su miembro, ensartándome de una.

Un profundo gemido se escapó entre mis labios, rasgándome la garganta.

Me sujetó con fuerza, guiando cada uno de mis movimientos.

Arriba.

Abajo.

Cada centímetro de su dura erección entraba en mí y salía, provocando que decenas de descargas eléctricas recorrieran mi cuerpo. Luca se apartó de mí, observándome al borde del delirio, con una lujuria que jamás había visto.

Su boca se deslizó por mi clavícula, creando un reguero de besos, al mismo tiempo que con un rápido movimiento se deshacía del sujetador que aún apresaba mis pechos. Me mordí el labio inferior, notando como mi sexo palpitaba, engulléndole por completo.

—Déjame conocerte —supliqué sin dejar de moverme sobre él, sintiendo toda su longitud adentrándose en mí con una facilidad insultante.

Luca gruñó aún con mi pezón en su boca.

—Hay cosas que no sabes —murmuró.

Negué con la cabeza al mismo tiempo que notaba como sus dedos apresaban mis caderas con firmeza, clavándolos en mi piel.

—Me da igual.

Sin darle opción a que dijese nada más, estampé mis labios contra los suyos, callándolo hasta que esos demonios que le atormentaban dejasen de hacerlo.

—Eres mi puta obsesión, Eve.

36

Eve

El silencio que quedó después no tuvo nada de paz, se asentó entre ambos como una losa, espeso, como si todo lo que habíamos intentado apagar con nuestros cuerpos hubiese decidido esperar, agazapado, paciente, al momento exacto para volver a devorarnos desde dentro.

Apoyé la cabeza sobre su pecho, escuchando su respiración aún irregular, el latir de su corazón golpeando con fuerza contra mi oído, y durante unos segundos me permití el lujo de cerrar los ojos, fingiendo que aquello era suficiente para ensordecer al miedo, que tenerle así, conmigo, bastaba para mantener a raya todo lo malo que nos esperaba.

Pero no, nada estaba bien ahí fuera.

Lo notaba en la rigidez de su cuerpo, en la forma en la que no terminaba de rodearme, como si una parte de él siguiese lejos, atrapada en un lugar donde yo no podía alcanzarle.

—Estás en otro lugar —murmuré, sin apartarme.

No respondió, y su silencio pesó más que cualquier palabra.

Levanté la cabeza despacio, buscando su mirada, y cuando por fin la encontré, supe que no iba a gustarme lo que escondía.

—Cuéntamelo.

Su mandíbula se tensó, apenas un gesto, pero lo suficientemente claro para que yo lo pudiese descubrir.

—No quieres saberlo.

Negué, manteniendo la mirada fija en la suya, sin permitirle apartarse.

—Claro que quiero.

Este respondió con una risa baja, en la que no hubo ni pizca de gracia, una de esas que no nacen desde la diversión, sino desde el más puro agotamiento.

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo.

—Por eso mismo, explícamelo —insistí, sin suavizar el tono.

Algo en él cambió, lo sentí en la forma en la que su mirada se enfrió, en cómo sus manos dejaron de recorrer mi cuerpo para quedarse quietas, tensas, como si estuviera conteniendo algo mucho mayor.

Se incorporó ligeramente, obligándome a adaptarme a su nueva posición, pero no me aparté, me quedé sobre él, colocándome a horcajadas, manteniendo esa cercanía como si fuese lo único que pudiera evitar que volviese a cerrarse por completo.

Luca era el hombre de hielo, o al menos lo era con los demás.

—Mi padre… —empezó, con la voz cargada, grave— vendió a mi hermana.

El aire se quedó atrapado en mis pulmones, denso, imposible de soltar.

—¿Qué…?

—La entregó como parte de un trato con *La Mort* —continuó, sin apartar la mirada—, como si fuese mercancía, como si no fuese nada.

Sentí como algo se revolvía dentro de mí, con una violencia que me resultó reconocible. Sabía con exactitud lo que significaba eso, porque yo había sido lo mismo, solo que para otros. A mí no me habían vendido, pero al fin y al cabo habíamos llegado al mismo lugar.

Bajé la vista un segundo, incapaz de sostener los miedos que seguían latiendo en lo más profundo de mi ser.

—Lo siento.

Sonó débil, insuficiente, pero no pude ofrecerle otra palabra de consuelo, no cuando yo lo había vivido.

Su mano subió a mi barbilla, obligándome a mirarle de nuevo.

Había conocido a Elisa, a la dulce y guerrera Elisa. Pero jamás habría imaginado que ese era su pasado, que su propio padre la había condenado a un destino tan oscuro como aquel, uno en el que él era partícipe.

—No lo sientas —gruñó, aunque en sus labios había algo que contradecía cada una de sus palabras.

Se inclinó hacia un lado, alcanzando unos papeles que había dejado sobre la mesilla, y me los tendió sin decir nada más.

Los cogí, notando cómo me temblaban los dedos mientras los desplegaba.

A medida que avanzaba, el mundo pareció encogerse.

Bombardeos.

Rutas.

Tráfico.

Nombres que no conocía y cifras que dolían solo de verlas.

Asesinatos descritos con una frialdad que me revolvió el estómago, provocando que una arcada subiese a mi garganta.

—Esto es lo que hay detrás de mí —murmuró.

Alcé la vista despacio, encontrándome con una calma que daba más miedo que cualquier otra cosa. No encontré orgullo, pero tampoco arrepentimiento, solo aceptación, y eso era lo más peligroso de todo.

Tragué saliva, intentando encajar todo aquello, comprender la magnitud de lo que significaba estar con él, y, aun así, había algo que no conseguía comprender.

—Entonces… ¿por qué yo? —pregunté con la voz estrangulada, casi en un susurro—. ¿Por qué me compraste?

El cambio fue inmediato.

Su cuerpo se tensó bajo el mío, y su mirada se oscureció, volviéndose casi negra.

—No hagas esa pregunta.

—Necesito hacerla —insistí, clavando los ojos en los suyos.

Cerró los dedos alrededor de mi cadera con más fuerza de la necesaria, marcando, reclamando mi cuerpo como lo que era: su propiedad.

—No todo tiene una respuesta que te vaya a gustar.

—Dímela igualmente —le insté, casi a modo de súplica.

Nos quedamos en silencio, midiéndonos, tensando algo que ya estaba demasiado al límite, hasta que apartó la mirada con un gesto brusco.

—Porque ella me lo pidió —respondió.

Fruncí el ceño, negando levemente.

—No es suficiente.

—Al principio solo fue eso —musitó al borde del sincericidio—. Un pago, un encargo para que mi hermana me perdonase, pero luego te convertiste en una obsesión, en un puto virus que se metió en lo más profundo de mi alma para conquistarlo todo a su paso. No podía cerrar los ojos sin verte.

Su tono fue seco, definitivo, pero se fue apagando hasta desaparecer.

Antes de que pudiera responderle, se levantó de golpe, obligándome a soltarle, y empezó a caminar por la habitación con esa energía contenida que ya conocía, la de alguien que está a punto de estallar.

—No debería de haberte metido en todo esto —masculló, pasándose una mano por el pelo—, no sabes lo que he hecho, ni lo que voy a hacer.

—Yo ya llevo en esto mucho tiempo —dije con pesar, más para mí que para él.

Se giró de repente, y lo vi, ese lado suyo, el mismo que me había helado la sangre dentro del interrogatorio.

—¿Sabes? —preguntó sin esperar respuesta—. Voy a matarle —aseguró sin dudar—, no hay otra forma de que tenga su merecido.

Mi pecho se encogió, pero esta vez no me permití ser débil, sino que me acerqué a él, acortando la distancia hasta volver a abrazarle. Rodeé su cuello con los brazos, acercándome lo suficiente como para sentir su respiración contra mi piel.

—Voy a hacer que pague por todo lo que te ha hecho —gruñó—, por lo que le hizo a mi hermana —añadió—. Pienso matarlos.

Y esta vez no intenté detenerle.

Sentí cómo mi propia rabia, esa que creía enterrada, volvió a abrirse paso.

Alcé una mano y acaricié con cuidado su rostro. Este cerró los ojos, dejándose acunar, pero cuando me aparté de él, los volvió a abrir.

—Mátalos a todos —le pedí, con la voz cargada de algo que ya no supe contener.

Su mirada se clavó en la mía, con ojos oscuros, brillantes, peligrosos. Una sonrisa ladina cruzó su rostro, instaurándose en esos labios carnosos que me volvían loca.

—Te lo dije una vez —murmuró, acercándose hasta rozar mis labios—, tú ordenas y yo ejecuto.

37

LUCA

Había evitado bajar a verle durante días, y no por miedo, sino porque sabía que, en el momento en el que lo tuviese delante, iba a resultarme demasiado fácil acabar con él. Aun así, su evolución era evidente: comía, respiraba sin dificultad, las heridas se le cerraban… lo suficiente como para devolverlo al sitio que le correspondía.

El sótano.

Le di una larga calada al cigarrillo antes de entrar, dejando que el humo llenara mis pulmones mientras el guardia se retiraba sin necesidad de que se lo pidiera. No lo necesitaba. No con él.

Valentino alzó el rostro en cuanto crucé la puerta, y una media sonrisa torcida se esbozó en sus labios.

—¿Has venido a ver cómo me pudro?

Solté el humo despacio, observándole con calma, tomándome mi tiempo antes de responder.

—Si no, ¿para qué iba a venir? —repliqué, dejando caer la ceniza al suelo—. ¿O esperabas que te sacara de aquí?

Bufó, dejando ir una risa vacía, apoyando la espalda contra la pared.

—Serías gilipollas si lo hicieras.

Puede.

Pero no tanto como para hacerlo sin recibir algo a cambio.

Me acerqué lo suficiente como para que no pudiera apartar la mirada de mí, y arrastré una silla hasta quedar frente a él, sentándome con una tranquilidad que no sentía.

—No tanto como tú, hermanito —murmuré—, que llevas más de veinte años arrastrándote bajo la sombra de ese cabrón.

Su expresión cambió en apenas un segundo.

Y fue suficiente como para confirmar mis sospechas.

—El mismo que te convirtió en lo que eres —añadí, inclinándome ligeramente hacia delante—. Un puto soldado al que rompieron antes de que aprendiera a ser nada.

Apretó la mandíbula.

—Ni para eso serví —masculló.

Asentí despacio, sin apartar la mirada. Me llevé el cigarro a la boca y le di una larga calada, con calma.

—No, ni siquiera para eso —aseguré.

El silencio que siguió fue tenso, como si ambos estuviéramos midiendo hasta dónde estábamos dispuestos a llegar antes de que uno de los dos reventara.

—Tu madre fue tan víctima como la de Eve —le expliqué—, igual que lo fue la mía antes de enfermarse —continué—, e igual que lo fue mi hermana Elisa.

Mantuvo su mirada fija al frente, como si lo que le estuviese diciendo le entrase por un oído y le saliese por el otro.

—Pero puede que esa sea la única razón por la que sigas respirando —añadí al final—. Porque sé que en ti aún hay algo que su oscuridad no ha conseguido engullir.

Frunció el ceño, sin saber a qué me estaba refiriendo.

—¿Qué cojones quieres? —inquirió.

Sonreí con maldad, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Y tú? —cuestioné—. ¿Qué quieres tú, Valentino?

No respondió.

—Porque dudo mucho que quieras volver arrastrándote entre las piernas de padre —continué, clavando las palabras con intención de joderle—. O sí… a lo mejor es lo único que sabes hacer —comenté sin darle importancia—. Como el puto perro que eres.

El golpe dio donde tenía que dar.

Lo vi en sus ojos, como algo en su interior se revolvía, mostrándome que el Valentino inconformista que una vez conocí continuaba ahí dentro.

—No —murmuró al final.

—Entonces, dímelo —le ordené.

Bajó la mirada a sus manos, llenas de cicatrices, de recuerdos que ninguno de los dos necesitaba explicar. Durante unos segundos

permaneció en silencio, como si le costara admitirlo incluso en voz alta.

—Quiero lo que tú tienes —admitió.

Alcé una ceja.

—Especifica —le pedí, aunque sabía bien a qué se refería.

Levantó la vista despacio, hasta que acabó clavándola en la mía.

—Libertad.

Solté una risa baja, breve, casi imperceptible.

—Claro… —musité.

Me recliné ligeramente en la silla, observándole con más atención, como si intentara descifrar hasta qué punto estaba dispuesto a llegar.

—¿Y por qué te encerraron en esa casa? —pregunté entonces, cambiando el tono—. Porque eso todavía no me cuadra —comenté —. Te sirvieron en bandeja de plata para que te atrapase.

Su expresión se endureció.

—Deberías saberlo.

—Si lo supiera, no te lo estaría preguntando —respondí, recalcando lo que ya era más que obvio.

Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que al fin cedió.

—Porque la cagué —murmuró—. Yo debía encargarme de comprar a tu muchachita.

—Te jodí el plan.

Apretó los labios, creando una fina línea, asintiendo apenas un segundo.

—Y padre no perdona eso.

No.

No lo hacía, ni lo haría jamás.

Le lancé el paquete de tabaco sin decir nada. Lo cogió al vuelo, encendiéndose uno con las manos ligeramente temblorosas, y supe que ya lo tenía donde quería.

—No entiendo qué pretendes —dijo tras una calada larga—. Da igual lo que hagas, vendrá a por ella —dejó ir el humo con parsimonia—. Está obsesionado.

Mi cuerpo se tensó antes incluso de poder evitarlo.

—Puede, pero yo lo estoy más —juré con rudeza, sin darle opción a rebatirme—. No va a acercarse a Eve.

—Lo hará —insistió, mirándome con fijeza—. Y cuando lo haga, os aplastará a todos.

Sonreí, no porque fuese gracioso, sino porque sabía que él creía que eso era real.

—Eso ya lo veremos.

Se acercó despacio, observándome con una mezcla de burla y algo más que no supe identificar.

—No tienes ni idea de en qué te estás metiendo —murmuró—. No entiendes lo que es.

Me levanté sin prisa, acercándome hasta quedar frente a él, lo suficientemente cerca como para sentir su respiración.

—Explícamelo —le insté.

Su sonrisa se ensanchó, torcida, provocadora, casi tanto como lo eran las mías.

—No voy a traicionarle.

Ahí estaba la verdad.

Le observé unos segundos en silencio, permitiéndole sostenerme la mirada, dejando que creyera que tenía el control de la situación.

Error.

No lo hacía.

—Entonces no me sirves.

Lo agarré del cuello de la camiseta en un movimiento rápido, tirando de él contra los barrotes hasta que su respiración se volvió irregular.

—Y yo no mantengo con vida a la puta escoria —aseguré.

La mueca no desapareció de sus labios, pero sí de sus ojos.

—Os va a destruir —bisbiseó.

Apreté un poco más, lo justo.

—Tú no vas a estar aquí para verlo.

38

LUCA

—Eso si Eve te lo permite.

Sus palabras no terminaron de asentarse.

No le di tiempo.

Lo agarré con más fuerza, acercándolo de nuevo, dispuesto a partirle la cara si volvía a pronunciar su nombre, pero entonces el mundo tembló bajo nuestros pies.

El estruendo sacudió todo el complejo, brutal, seco, seguido de un pitido ensordecedor que hizo que las alarmas empezaran a rugir por cada rincón del *palazzo*.

Mis músculos se tensaron al instante.

Ataqué.

No lo pensé.

Lo estampé contra la pared con la fuerza suficiente como para dejarlo fuera de juego, cayendo inconsciente al suelo sin ofrecer resistencia, y salí de allí sin mirar atrás.

Las alarmas retumbaban en mi cabeza mientras subía las escaleras de dos en dos, con la adrenalina disparada, el corazón latiéndome en la garganta y una única idea clavándose en mi mente.

Eve.

Pude haber ido a la sala de control, comprobar las cámaras, los perímetros, rutas de impacto… pero no lo hice. Porque nada de eso importaba si ella no estaba a salvo.

Recorrí el pasillo casi sin sentir el suelo bajo mis pies, frenando en seco frente a la puerta de mi habitación, donde la había dejado. Abrí sin llamar, Eve estaba en la cama, envuelta en la calma que aún no acababa de disiparse.

Y al verla, algo en mi pecho se relajó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, incorporándose.

Cerré la puerta tras de mí de un solo golpe, avanzando hasta ella sin apartarle la mirada, comprobando con mis ojos que estaba bien, que no tenía ni un rasguño, y que parecía que en esta habitación no había ocurrido nada.

—Han atacado el *palazzo*.

Frunció el ceño, pero no se movió.

—¿Y qué haces aquí?

Me acerqué más, lo suficiente como para tocarla, para sentir su piel bajo mis dedos, como si necesitara asegurarme de que seguía siendo real.

—Necesitaba ver que estabas bien —respondí, sin dudar—. Ahora sé que lo estás.

Sus labios se entreabrieron levemente, y por un segundo creí que iba a rebatirme algo de lo que había hecho, pero no lo hizo.

—Quédate aquí, no quiero que te muevas —le ordené—, en el armario hay un chaleco de emergencias y una Glock, quiero que te lo pongas y te escondas ahí dentro, ¿entendido?

Ella negó despacio.

—Ve a salvar el mundo —me instó—, yo estaré bien.

Su forma de decirlo habría sonado normal en cualquier otro momento.

Pero no ahora. No conmigo.

Me incliné lo justo para rozar su boca, sin besarla del todo.

—Mi mundo ya está a salvo.

Sus ojos brillaron, y no supe si fue por miedo o por algo peor, pero no tenía tiempo de averiguarlo. La tomé con firmeza de la cintura y estampé mis labios contra los suyos, devorándola.

Segundos después, me aparté antes de quedarme más de lo necesario, antes de que mi cabeza empezase a tomar decisiones equivocadas, y salí de la habitación cerrando la puerta tras de mí.

Esta vez sí.

Directo a la guerra.

Las alarmas seguían resonando cuando entré en la sala de los ordenadores, donde ya teníamos a Andrei conectado en la distancia y Dante, rodeado de pantallas, códigos y datos que cambiaban demasiado rápido.

—¿Qué cojones ha pasado? —cuestioné.

Dante ni siquiera se giró del todo.

—Impacto en el ala norte —informó Andrei—. Nuestro sistema lo ha interceptado antes de que entrara limpio, pero han estado cerca.

Me acerqué a las pantallas, observando las lecturas, los mapas, las señales distorsionadas.

—¿De dónde ha salido?

—No lo sabemos —respondió, tecleando con rapidez—. La señal ha rebotado en decenas de repetidores antes de autorizar el lanzamiento —continuó el menor de los Romanov—. Está limpio.

Negué con la cabeza, sintiendo como la rabia comenzaba a subirme por la garganta.

—No está limpio.

Dante ladeó la cabeza hacia mí, mirándome confuso.

—¿Qué quieres decir?

Apoyé las manos en la mesa, inclinándome hacia delante.

—Quiero decir que alguien les ha dado la puta localización.

El silencio que siguió fue más denso que el anterior. Ese *palazzo* llevaba en el patrimonio de los Rosetti, mi familia materna, desde hacía cientos de años. Muy poca gente conocía su existencia, ni siquiera estaba localizado en el testamento o en el mapa. Cuando éramos pequeños, mi madre nos contaba una historia de un enorme palacio rodeado junto a un acantilado donde las olas rompían al final del jardín. Decía que el agua del mar bañaba las flores, haciendo que creciese una variedad única de rosa: la Osiria. Se trataba de una rosa blanca moteada de colores rojizos, era como si hubiese sido salpicada con sangre. Durante años crecí creyendo que se trataba solo de un cuento, hasta que en mi adolescencia encontré esa misma rosa preservada en un frasco en el despacho de mi madre.

—Nadie llega hasta aquí sin ayuda —sentencié.

—Revisa llamadas, accesos, cualquier puta anomalía —añadí sin bajar la voz—. Porque alguien ha abierto la puerta.

Escuché como Andrei dejó de teclear durante un segundo.

—¿Estás diciendo que hay un topo?

Dante se giró hacia mí, mirándome con confusión.

—Lo hay.

39

LUCA

No esperé a que Andrei terminase de hablar, salí de la sala aún con la tensión latiéndome bajo la piel, la cabeza funcionando demasiado rápido y una única necesidad empujándome a avanzar, una que siempre terminaba imponiéndose a todo lo demás.

Eve.

Recorrí el pasillo sin fijarme en nada, con la rabia aún presente, mezclándose con un sentimiento aún más oscuro, profundo y peligroso, algo que no sabía contener cuando se trataba de ella, y que en momentos como ese se volvía imposible de ignorar.

Quien nos hubiese atacado tenía un objetivo claro, y no era Valentino. Él no era más que un peón, igual que en algún momento lo fui yo. A mi padre solo le importaba el dinero, los negocios y las putas, o al menos a esa era la conclusión a la que había llegado.

Abrí la puerta sin llamar y la encontré tal y como la había dejado, solo que con la Glock a su lado. Fue como si el mundo no se estuviese viniendo abajo a nuestro alrededor, como si aquel caos no pudiera alcanzarla.

Era un maldito ángel.

La obsesión hecha persona.

Porque a pesar de que había intentado olvidarme de ella, verla como lo que había empezado a ser: un trato, no lo había logrado de ninguna de las maneras. Solo había tenido que verla aparecer una noche, la misma en la que mi hermana me había ofrecido perdonarme.

Alzó la vista al instante, y durante un segundo todo lo demás dejó de importar.

—¿Qué pasa? —preguntó confusa.

Cerré la puerta tras de mí, sin apartar los ojos de ella, avanzando despacio, recorriendo la distancia con una calma que no sentía,

como si necesitara retener cada detalle, cada gesto de aquel instante.

—Alguien ha llamado desde dentro —murmuré, sin desviar la mirada—, Andrei y Dante están revisándolo todo junto con Lorenzo

Su expresión se tensó apenas un instante, lo suficiente como para que entendiera la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

—¿Desde dentro?

Asentí, pero lo cierto fue que ni siquiera le escuché, porque había dejado de oírle para quedarme embobado mirándole. No podía dejar de hacerlo.

Se pasó una mano por el cabello, frunciendo el ceño, intentando encajar la información. Entreabrió los labios como si quisiera decir algo, esos dichosos labios que me gritaban que los besase, devorándolos como llevaba haciendo los últimos días. Sus mejillas se enrojecieron y una mueca vergonzosa se dibujó en su rostro.

—¿Por qué me miras así?

Dejé ir una risa baja, casi un bufido, tan imperceptible que apenas se percató. Acorté la distancia que nos separaba.

—Porque me vuelves completamente loco —admití.

No era una frase bonita, era verdad, una obsesión, una enfermedad que había entrado en mí cual veneno, tomando el control de todo.

Me acerqué hasta quedar frente a ella, lo suficiente como para sentir su respiración chocando con la mía. Mi mano subió hasta su rostro sin pedir permiso. Cerró los ojos, permitiendo que la acunase con delirio y con un cariño que nunca antes había sentido. Bajé a su boca, delineándola, al mismo tiempo que sentía cómo mi miembro se endurecía. Necesitaba recorrer cada centímetro de su piel, como si una parte de mí no se creyese que continuaba allí y tuviera que cerciorarse de que no me la habían arrebatado.

Qué tontería.

—Ahí fuera todo parece estar yéndose a la mierda… —murmuré en voz baja—, y tú sigues aquí, como un maldito tesoro, como si nadie pudiera tocarte.

—Porque tú me proteges —juró—. Te aseguras de que esté bien.

Y eso fue suficiente.

Toda la tensión acumulada desde el ataque se rompió de golpe, arrastrándome con ella, llevándome a ese lugar en el que dejaba de pensar, en el que solo quedaba la necesidad.

La atraje hacia mí con brusquedad, pegando mis labios a los suyos sin suavidad, sin contención, pero sí con un ansia que me mataba por dentro, dejando que todo lo que guardaba saliera de la única forma que sabía hacerlo cuando estaba con ella.

Su respuesta fue inmediata, se aferró a mí con la misma intensidad, devolviéndome el beso con esa urgencia que me hacía perder el control, que me hacía olvidar dónde estaba, qué estaba pasando y quién podía estar vigilándonos.

Mis manos recorrieron su cuerpo sin paciencia, con posesión y esa mezcla de rabia y deseo que me prendía en llamas. Cuando la empujé contra la cama no hubo duda ni resistencia, solo esa necesidad que nos hacía perder cualquier ápice de cordura.

—Luca… —susurró pegada a mi boca, con la respiración agitada.

No respondí, porque no tenía nada que decir, porque en ese instante ya no existían las palabras, solo la forma en la que se aferraba a mí como si fuese lo único que tenía sentido en aquella realidad que estábamos viviendo.

Juntos éramos caos, necesidad y el poder perder el control sabiendo que no deseábamos recuperarlo.

Mis labios descendieron por su piel sin prisa, pero sin pausa, marcando, reclamando cada centímetro de su piel, dejando claro que no había espacio para nada más que no fuésemos nosotros, que no iba a permitir que nada ni nadie la tocara como lo hacía yo.

Tal vez fuese un puto egoísta, pero me importaba una mierda.

—No pares —murmuró, con la voz rota.

Y no lo hice.

No cuando se trataba de ella.

La tomé en volandas, colocándola a horcajadas sobre mí, dispuesto a darle todo lo que deseara. Sería capaz de bajarle la luna si así me lo pedía.

Porque en ese instante no existía nada más allá, ni guerra, ni topo, ni amenazas, solo su cuerpo respondiendo al mío, y esa conexión que cada vez se volvía más adictiva y peligrosa.

Sus manos volaron a mi cabello, enredándose en este, manteniéndome pegado a ella, como si no quisiera que volviese a marcharme de su lado.

—Eres mía, *piccola* —gruñí contra su piel—, jodidamente mía.

No era una promesa.

Era una jodida certeza.

Ella no se apartó, ni se resistió, al contrario, se aferró con más fuerza a mí, como si también lo necesitara de la misma manera enfermiza que lo hacía yo.

El mundo pareció desaparecer durante unos segundos que no supe medir, porque mi mente solo podía centrarse en esa respiración entrecortada que chocaba con la mía, en cómo mi miembro se endurecía dispuesto a darle el placer que merecía, o cómo mi mente sabía que sería capaz de arrancarme el corazón del pecho si hiciese falta.

Hasta que de repente, la puerta se abrió de golpe.

—¡Joder! —vociferé.

—Luca.

Me quedé inmóvil un segundo, con la respiración aún desacompasada, antes de girar la cabeza con lentitud hacia la puerta.

—¿Es que no te puedes esperar dos jodidos minutos? —bramé, sintiendo como volvía esa maldita rabia que había conseguido acallar —. ¿Qué cojones quieres?

Vi como tragaba saliva, tomó aire y alzó los hombros.

—Lo hemos encontrado.

El ambiente cambió.

La calma falsa desapareció.

Me incorporé despacio, sin alejarme del todo de Eve, sintiendo cómo la realidad volvía a engullirlo todo a su paso.

—¿Quién? —cuestioné.

Dante sostuvo mi mirada con una seriedad que no esperaba.

—Te esperan en el sótano.

40

LUCA

El sótano olía a hierro y a humedad. Llevaba cerrado demasiado tiempo, habían pasado tantos años desde que alguien había entrado en ese trastero que apenas se podía respirar con normalidad. El ambiente estaba sumido en una mezcla densa que se te pegaba a la piel y que, lejos de incomodarme, comenzaba a resultarme de lo más familiar.

Dante cerró la puerta tras de sí, dejando a los demás sin necesidad de dar explicaciones, porque no hacía falta, porque todos sabían que aquello no era un interrogatorio, era un maldito ajuste de cuentas.

Adriano estaba de rodillas en el centro de la sala, con las manos atadas a la espalda y el rostro descompuesto, mirando de un lado a otro, como si creyera que alguien iba a entrar a salvarlo.

Nadie lo haría.

Me acerqué despacio, sin prisa, dejando que el sonido de mis pasos marcara el ritmo, que cada segundo pesara más que el anterior, hasta detenerme frente a él. Saqué un cigarro y me lo llevé a la boca, con un ligero movimiento. Dante me lo encendió, por lo que le di una larga calada.

—¿En qué cojones estabas pensando? —pregunté en voz baja.

No respondió de inmediato.

Podía notar el castañeo de sus dientes por el miedo y el frío. Todo él temblaba, hasta su alma podrida.

—Yo… —empezó a decir con la voz estrangulada—. Yo no quería…

Me incliné ligeramente, lo suficiente como para obligarle a mirarme.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Tragó saliva, desesperado.

—Giovanni… —murmuró—. Me prometió que...

No le dejé terminar.

Hice un leve gesto con la mano y, al instante, una de las pantallas que teníamos en la pared se encendió.

Adriano giró la cabeza y lo vi.

El momento exacto en el que su corazón se partió en mil pedazos.

Un niño pequeño jugaba en el suelo, ajeno a todo, hablando con un extraño, un hombre que no debería estar ahí. Mientras, a unos metros, su madre permanecía de pie, rígida, con una pistola apuntándole directamente al pecho.

Lorenzo.

—No… —susurró Adriano, arrastrándose hacia la pantalla—. No, no, no…

Se golpeó contra el suelo, cayendo de bruces, al mismo tiempo que intentaba acercarse más.

—Por favor… —suplicó, roto—. No les hagáis daño… por favor…

Cogí una de las sillas que había al fondo de la sala y me coloqué frente a él, permitiéndole que viese lo que estaba ocurriendo a mis espaldas.

—Creo que ahora sí que estamos hablando el mismo idioma.

Fijó la mirada en mí de golpe, como si su vida dependiera de ello, y en cierto modo así era, y no solo la suya, sino la de toda su familia.

—Por cada respuesta —murmuré, metiendo la mano en el bolsillo —, te ganas un minuto más de vida.

El silencio que siguió fue absoluto, como si no se atreviese a decir nada que no fuese en respuesta a algo que yo mismo preguntase.

—Y si me convences, puede que incluso te permita ser el primero en morir. —Sonreí con maldad, a sabiendas de que iba a hacerle pagar su maldita traición.

Cerró los ojos, tomó una bocanada de aire, intentando calmar su respiración agitada que le rogaba salir corriendo de allí. No le culpaba, había cobardes en todas partes, menos en mis filas, porque en cuanto detectaba uno, acababa desapareciendo.

—¿Quién te contactó?

—Giovanni —respondió de inmediato—. ¿Quién va a ser si no?

Arrugué el entrecejo, y negué con lentitud.

—Un minuto menos —sentencié, al mismo tiempo que le disparaba en la rodilla.

Adriano se desgañitó cuando dejó ir un profundo alarido, lo hizo con tanta fuerza que incluso el eco retumbó por todo el interior de la sala.

—¡Te lo juro! —bramó—. Fue él, me llamó directamente, me dijo que si no cooperaba…

—¿Cómo cojones sabía que estabas con nosotros? —cuestioné.

—Siempre he estado a tu lado, Luca, he trabajado contigo toda mi puta vida… —se explicó—. Joder, Luca, has estado en mi casa decenas de veces —suplicó—. Fue él quien me llamó, me dijo que si no cooperaba…

Su mirada volvió a la pantalla, donde su mujer intentaba mantenerse firme a pesar del miedo.

—¿Qué informe le diste? —Quise saber.

—Me pidió la localización —sollozó—. Solo eso, lo juro. No sabía que iba a atacarnos, no lo sabía.

Le sostuve la mirada, sin apartarme.

—Mientes.

Negó con la cabeza de forma desesperada.

—No, no, te lo juro. —El sudor comenzó a caerle por la frente, muriendo en el suelo sucio.

—¿Qué más?

Se quebró.

Literalmente.

—Los turnos… —murmuró—. Los cambios de guardia, las zonas más débiles…

—¿Ves cómo me mentías? —cuestioné—. Buen chico —añadí al mismo tiempo que pasaba una mano por su cabello, despeinándolo —. Tienes un minuto extra.

Miró mi reloj, como si pudiera aferrarse a esa mentira.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie —juró al instante—. Nadie más.

Le observé unos segundos en silencio, midiendo, rebuscando en lo más profundo de su alma.

—¿Es que acaso no crees que yo os habría dejado ir si me lo hubieras pedido? —inquirí.

—Luca, yo…

Antes de que pudiera decir nada más, chisté, interrumpiéndole.

—Vamos a jugar a un juego —comenté, inclinándome un poco hacia adelante, lo suficiente como para quedar cara a cara con él. Rebusqué en el bolsillo de mi americana y saqué lo que necesitaba —. Vamos a lanzar una moneda al aire, si sale cara, gano yo —sentencié—. Y si sale cruz ganas tú.

—Me salvo —musitó.

Lancé una moneda al aire, sintiendo los nervios en el estómago, igual que lo haría un niño que está a punto de abrir sus regalos de Navidad.

—¡Soy libre! —vociferó al ver cómo caía la moneda y la cruz quedaba hacia arriba.

—No, yo no he dicho eso.

Saqué el arma, y en medio de su euforia, apreté el gatillo.

El disparo resonó en la sala como un eco seco, haciendo que su cuerpo cayese de lado, sin vida, llenando el suelo sucio de su sangre carmesí.

Lo observé, y cuando el líquido estuvo a punto de tocar mis zapatos, me puse en pie, apartándome.

—No hago pactos con traidores —aseguré.

Giré sobre mis talones, y miré hacia la pantalla de nuevo. Saqué el teléfono y marqué su número.

—Lorenzo.

Una breve interferencia me anunció que estaba al otro lado del pinganillo, y así me lo hizo saber.

—Dime.

—Déjalos, ellos no tienen culpa de que Adriano haya sido un puto traidor —sentencié.

—Así lo haré —respondió.

Colgué sin añadir nada más.

El sótano volvió a quedarse en silencio, ya no había vuelta atrás.

41

Eve

Alessia hablaba, pero no la estaba siquiera escuchando, o al menos no del todo.

Había algo en el ambiente que no terminaba de gustarme, una presión invisible que se colaba entre las paredes del *palazzo*, como si todo lo ocurrido hubiese dejado una grieta imposible de cerrar. Mi mente solo podía pensar en Luca, en la forma en la que había salido de la habitación con esa mirada que conocía demasiado bien.

Llevaba demasiado tiempo conteniendo una carga que no era suya.

La puerta se abrió de golpe, interrumpiendo cualquier intento de normalidad, y no hizo falta que me girase para saber que era él.

Podía percibirlo en el aire, y en cómo Alessia se había tensado al verlo, incluso en cómo mi cuerpo había reaccionado antes de verle.

Luca cruzó la estancia sin mirarnos, con el rostro ensombrecido, la mandíbula tensa y esa energía contenida que siempre precedía a la tormenta. Contuve el aliento al ver cómo lanzaba el cigarrillo contra una de las paredes mientras caminaba en dirección al despacho.

—Luca… —empecé, levantándome.

No respondió, ni siquiera me miró.

Continuó avanzando como si no estuviera allí, como si todo lo demás hubiese dejado de existir y solo se pudiese centrar en la batalla que se libraba en su mente.

Cogí una bocanada de aire, y lo dejé ir a modo de suspiro, intentando calmarme.

—¿Qué ha pasado?

Nada.

Ni una respuesta, ni un gesto… Solo silencio.

Apreté los dientes, notando cómo la frustración empezaba a mezclarse con el miedo, uno que conocía demasiado bien y que era capaz de estremecer mis entrañas.

—Luca —insistí, alargando la mano para detenerle.

Error.

Me tomó por el brazo con fuerza, demasiada, clavando los dedos en mi piel hasta hacerme daño, obligándome a quedarme quieta frente a él.

Su mirada bajó hasta la mía y lo vi, ese punto exacto que me decía que estaba a punto de perder el control.

—No te metas —masculló.

El dolor me atravesó el brazo, pero no me aparté.

Tampoco podía.

—Déjame ayudarte… —Mi voz se deshizo como si jamás hubiese estado ahí.

Vi como sus fosas nasales se hinchaban debido a la rabia que aún le corroía, no era contra mí, pero en cierto modo yo estaba siendo la válvula por la que escapaba. Luca no me soltó de inmediato, pero su atención cambió, desviándose hacia el móvil que vibraba en su bolsillo, y tras un segundo que se me antojó eterno, me liberó con brusquedad para contestar mientras se dirigía hacia el despacho.

Le seguí sin pensarlo.

No dijo nada al descolgar, ni una sola palabra, solo hubo silencio.

Fruncí el ceño, observándole, viendo cómo su expresión se endurecía aún más, si eso era posible, hasta que, sin previo aviso, activó el altavoz, y entonces lo escuché.

—Pensaba que tardarías más en contestar.

La cabeza comenzó a darme vueltas, el suelo pareció moverse bajo mis pies y una poderosa arcada subió a mi garganta. La voz que sonó fue grave, aterciopelada, cargada de una seguridad que conocía demasiado bien.

Giovanni Moretti.

Luca no tardó en reaccionar.

—¿Qué cojones quieres?

Giovanni no contestó.

Padre e hijo separados por una sola llamada.

—No me toques la polla —escupió mi hombre—. Eres un hijo de la gran puta.

Una risa baja, desagradable, se filtró al otro lado de la llamada.

—Vaya… —murmuró—. ¿Dónde ha quedado todo lo que te enseñé? ¿Y tus modales?

Contuve el aliento al ver cómo Luca cerraba sus manos en puños, y apretaba la mandíbula con fuerza.

—Enterrados —respondió Luca—, como haré contigo cuando te mate.

Hubo un silencio breve.

Demasiado.

—No —corrigió Giovanni con calma—. No está enterrado… sigue dentro de ti.

Mi estómago se encogió cuando su voz cambió un poco, volviéndose más interesada, mostrando esa parte de él que había visto en decenas de ocasiones.

Me llevé una mano a la boca, intentando frenar las ganas de vomitar que subieron a mi garganta.

—¿Está ahí? —cuestionó.

Luca no respondió, pero no hizo falta.

—Claro que está —continuó, casi divertido—. Siempre te gustaron las cosas que no te pertenecían.

—Ella no te pertenece —sentenció.

Tragué saliva, sintiendo cómo algo frío se deslizaba por mi espalda.

—Eve —pronunció.

Pero no fue mi nombre lo que me heló la sangre, fue cómo lo dijo, como si no fuese mío.

—¿Sabes qué es lo mejor? —le preguntó a Luca esta vez—. Que ahora la veo en todas partes…

Me abracé a mí misma, sintiéndome tan desprotegida que era como tenerlo en aquella misma habitación.

—Cada noche pienso en ella —continuó, recreándose en cada palabra—. En cómo se mueve, en cómo respira, en cómo sería tenerla debajo de mí… —añadió con lujuria—. Su madre tenía

mejor gusto para elegir con quién se juntaba, supongo que no lo ha heredado.

Tuve que sentarme al notar como las piernas me cimbreaban mientras el corazón me latía frenético en el pecho.

—Y a veces —remató—, me follo a otras imaginando que es ella. —El tono que usó fue tan asqueroso que no pude evitar darme la vuelta, como si al girarme dejase de escucharle—. Debes de tener la polla bien resguardada en ese puto agujero —apuntó con maldad—. ¿Has probado de hacérselo por detrás? —Quiso saber—. Dice que no le gusta, pero cuando la penetras gime como una puta de categoría —Le dio una calada a un cigarrillo—, lo que es.

Entonces, todo estalló. Pude verlo en la mirada de Luca, en cómo dio un paso adelante, con todo el cuerpo tenso, como si en ese instante hubiese cruzado la línea de no retorno.

—Te voy a matar —gruñó de manera gutural, helándome la sangre—. Juro por mi puta vida que voy a encontrarte, te arrancaré el corazón del pecho y me lo comeré delante de ti.

La risa al otro lado fue inmediata, provocadora.

—Entonces ven —le instó—, te estaré esperando.

El silencio se hizo absoluto.

—Te espero en el Belvedere di Capo Vaticano —añadió con calma —. Siempre te gustaron las vistas, ¿recuerdas?

Negué con la cabeza al instante, acercándome a él.

—No —susurré—. Ni se te ocurra.

—Oh, ¿a quién tenemos aquí? —preguntó.

Luca ni siquiera me miró, ni un solo segundo.

—Prepárate, *pappà* —escupió, con una frialdad que me recorrió de pies a cabeza—, porque mañana será el último amanecer que veas.

Se soltó de mi agarre sin esfuerzo.

—Luca… —intenté interferir de nuevo.

—No te metas.

Fue seco, definitivo, y provocó que al otro lado de la línea Giovanni guardase silencio durante un segundo.

—Por fin te has puesto los huevos que no tenías —añadió, satisfecho.

La llamada se cortó, y esta vez el silencio que quedó fue peor que cualquier amenaza.

42

Luca

No había pasado ni un minuto desde que colgué cuando ya tenía claro lo que iba a hacer. No necesitaba pensarlo, porque sabía tan bien lo que iba a ocurrir que lo único que debía hacer era prepararme.

Había cruzado demasiadas líneas como para empezar a cuestionarme si aquella era una más. Porque no. Nada me frenaría.

El corazón me latía en las sienes con tanta fuerza que apenas podía oír mis propios pensamientos. Un enorme nudo se había creado en mi garganta y las ganas de reventarlo todo aún me gritaban al oído que lo hiciese.

Salí del despacho sin mirar atrás, con la decisión clavada en el pecho y la rabia aún hirviéndome en las venas. Recorrí el pasillo con pasos firmes, sin detenerme, sin escuchar nada más que el eco de su voz repitiéndose a mi cabeza.

Eve.

Giovanni.

El Belvedre.

Todo se mezclaba hasta volverse insoportable.

Bajé directo al sótano, ignorando cualquier intento de detenerme, porque no había nada que pudieran decirme que fuese a cambiar lo que ya había decidido, y cuando crucé la última puerta, lo encontré exactamente donde lo había dejado.

Valentino.

Seguía en el suelo, aunque consciente, apoyado contra la pared, con el rostro pálido y los ojos clavados en mí en cuanto entré.

—Vaya… —murmuré—. No esperaba verte tan pronto.

No respondí.

No estaba ahí para eso.

—Levántate.

Frunció el ceño, pero no se movió.

—¿Para qué?

Antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió a mi espalda.

Dante.

—Ni se te ocurra —sentenció.

Cerré los ojos un segundo, dejando que el aire entrara despacio en mis pulmones antes de girarme hacia él.

—No es tu problema.

—Lo es en el momento en el que decides ponerte en peligro —respondió sin titubear—. Eve me lo ha contado todo.

Apreté la mandíbula con fuerza, tanta que sentí cómo me crujía hasta el cráneo.

—No tenía por qué hacerlo.

—Lo ha hecho porque alguien tiene que pararte —aseguró.

Negué con la cabeza, perdiendo la poca paciencia que me quedaba. Cerré las manos en puños, no porque quisiera golpearle, sino porque no había forma de controlar esa rabia que me consumía.

—Hablaré contigo cuando termine esto.

—No —me cortó—. Lo harás ahora.

Le sostuve la mirada unos segundos, midiendo, decidiendo si merecía la pena seguir con aquello, o simplemente apartarlo del camino, pero no tenía tiempo como para entretenerme con él.

—Cuando acabe con Valentino estaré contigo.

No esperé a que me rebatiese nada, porque lo haría si le daba la oportunidad.

Volví a girarme.

—Levántate —repetí.

Esta vez obedeció, aunque despacio y con dificultad, apoyándose contra la pared para mantenerse en pie.

—¿Qué coño quieres ahora? —cuestionó.

Di un paso hacia a él.

—Giovanni ha llamado.

Su reacción fue inmediata, ni siquiera tuvo que decir nada para mostrar la incredulidad que ya cruzaba su rostro.

—Eso es imposible.

—No lo es —respondí con una calma que no tenía, al mismo tiempo que sacaba un paquete de cigarros del bolsillo interior de mi americana—. Y lo más curioso de todo…

Hice una pausa, lo suficientemente larga como para que me mirara, para que quisiera saber lo que estaba a punto de decirle.

—… es que ni siquiera ha preguntado por ti.

Sonreí ladino, viendo como el silencio se instauraba entre ambos, volviéndose incómodo.

Valentino frunció el ceño.

—¿Qué?

—Ni una sola vez —añadí, sin apartarle la mirada, llevándome un cigarro a la boca—. Ni tu nombre, ni ha querido saber dónde estás ni si sigues vivo.

Vi cómo algo en su expresión se tensaba, y entonces supe que le había dado donde más le dolía.

—Solo quería hablar conmigo —continué—, quería joderme con Eve, retarme…

Di un paso adelante, invadiendo su espacio.

—Para él no eres más que un daño colateral.

Negó con la cabeza, aunque ya no con la misma seguridad que de costumbre.

—No… no puede ser —añadió—. No tiene sentido.

—Claro que lo tiene —murmuré—. Siempre lo ha tenido.

Se quedó en silencio, procesándolo, y pude ver cómo se rompía poco a poco.

—Te encerró —añadí—, te utilizó, te dejó tirado. —Incliné la cabeza lo suficiente como para colarme en su campo de visión—. Y ahora ni siquiera se preocupa por ti.

Sellé mis labios formando una línea, como si aquello ni siquiera me afectara, aunque en cierto modo no lo hacía.

—Ni se ha molestado en comprobar si sigues respirando.

Mi hermano apretó la mandíbula.

La duda ya estaba ahí.

—¿Y sabes qué es lo mejor? —añadí, bajado aún más la voz—. Que, aun así, sigues defendiéndolo porque no eres más que su perrito faldero.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Cállate.

Sonreí ladino.

—Te duele, ¿verdad? —cuestioné, a sabiendas de la respuesta.

—He dicho que te calles.

—Porque en el fondo lo sabes —rematé—. Nunca le has importado.

El silencio que le siguió fue denso, y entonces todo cambió.

—Eres un necio —escupió al final.

Alcé una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Por creer que esto cambia algo —continuó—. Por creer que puedes hacerte el salvador en medio de toda esta mierda.

No respondí.

—Y lo peor —añadió— es que lo haces por ella.

Supe por dónde iba, y, aun así, mantuve la tranquilidad.

—Por una mujer usada.

Eso sí que no lo esperaba. Así que di un paso hacia él, acercándome de manera peligrosa, dejando claro que estaba a un segundo de partirle la cara otra vez.

—Vuelve a decir eso.

Sonrió provocador.

—Una mujer que ha pasado por las manos de otros —remató—. ¿De verdad crees que eso no la marca?

Una pausa, el mismo silencio tenso que antes, solo que esta vez destensé mis hombros, que se habían cargado de esa tensión que me asfixiaba por dentro.

—No tienes ni idea —comenté en voz baja—, ni de ella… ni de mí.

Me giré sin añadir nada más, no necesitaba continuar escuchándolo, ya había conseguido lo que quería: sacarle de quicio y hacerle ver que no era más que un peón en un tablero en el que ni siquiera jugaba.

Al salir me encontré con Dante, quien aguardaba con los brazos cruzados sobre su pecho, apoyado contra la pared.

—Esto es una locura —anunció.

—Es posible.

—No vas a salir con vida.

—¿Tan mal van las apuestas a mi favor? —pregunté con sorna.

No le gustó un pelo lo que acababa de decirle, pude verlo en la forma en la que apretaba la mandíbula.

—Coge todos tus ahorros y espera.

Subí las escaleras sin mirar atrás, sintiendo cómo todo se cerraba a mi alrededor, cómo cada paso me acercaba más a algo que sabía que no tenía vuelta atrás.

Eve me esperaba, lo supe antes incluso de verla. Estaba en mitad del pasillo, con la mirada fija en mí, como si ya conociera la respuesta antes de hacer la pregunta.

—No lo hagas.

Negué con la cabeza, al mismo tiempo que acaba de entrar en la habitación.

—Ya no hay vuelta atrás —sentencié con firmeza.

Se acercó rápido, tomándome por la mano.

—Claro que la hay.

—No, Eve.

—Luca… —comenzó a decir.

—No —repetí, más firme, cortándole—. Esto no es negociable.

Sus ojos brillaron y eso fue peor que cualquier grito. Eve no era una persona violenta, sino más bien emocional, capaz de desgarrarse la garganta llorando que por vociferar.

Se lanzó a mis brazos, escondiendo su rostro contra mi pecho. Pude notar las amargas lágrimas empapando la camisa, traspasando mi piel.

—Vas a morir —susurró.

—Eso no puedes saberlo —aseguré.

—Ni tú.

El silencio entre ambos se volvió insoportable, tanto que solo podía escucharla llorar pegada a mí.

—No me dejes —murmuró al final, rompiéndose del todo.

Cerré los ojos un segundo.

Solo uno.

—Ojalá todo fuese distinto.

43

Luca

El volante temblaba bajo mis manos, de manera constante igual que rugía el motor, agresivo, como si también sintiera la urgencia que me recorría el cuerpo, como si entendiera que aquello no era un simple trayecto sino una maldita sentencia. No había vuelta atrás, esas cuatro palabras se repetían en mi mente como un maldito mantra a sabiendas de lo que había dejado atrás.

El paisaje pasaba a toda velocidad a ambos lados de la carretera, difuso, irrelevante, porque mi mente no estaba allí, no estaba en el coche, ni en el camino, ni siquiera en el puto mirador al que me dirigía.

Estaba en otra parte.

En Eve.

Apreté el volante con más fuerza de la necesaria, notando cómo los nudillos se me tensaban, cómo la presión subía por mis brazos hasta instalarse en el pecho, haciéndome respirar más rápido de lo que me gustaría admitir.

—Vas demasiado rápido —comentó Dante desde el asiento del copiloto, sin apartar la vista de la carretera.

No le respondí, no podía, porque si abría la boca, no sabía que podía salir de ella.

Había accedido a que me acompañase, no sé muy bien por qué, tal vez una parte de mí sabía que podía morir intentando matar a mi padre, y necesitaba alguien que se ocupase de mi cuerpo, o puede que fuese al revés, que necesitase ayuda con el de mi padre.

—¿Has hablado con ella?

La pregunta cayó sobre mí como un golpe seco.

Negué con la cabeza, manteniendo la mirada al frente.

—No.

Silencio.

—¿Por qué?

Solté una risa breve, sin humor.

—Porque hemos discutido.

Dante se giró hacia mí, evaluándome. Lo cierto es que se había liado más de lo que me gustaría admitir, porque Eve no merecía un hombre como yo, que estuviese siempre engañándola, poniéndola en riesgo…

—Eres gilipollas.

No me molesté en discutirlo.

—Puede.

—No, no puede —insistió cabreado—. Lo eres.

Apreté la mandíbula. Estaba en lo cierto, tanto que incluso lo más profundo de mi ser también me lo gritaba.

—Has dejado a la mujer de tu vida —añadió—, y te estás yendo a jugar el cuello sin siquiera despedirte.

El ambiente se volvió más pesado, podría haberse cortado con un cuchillo y por un momento agradecí al hombre que tenía junto a mí. No había alguien más leal y sincero que él, el único capaz de decirme las cosas a la cara sin temer las represalias.

—No hacía falta.

—Claro que hacía falta —respondió con rudeza—. No seas tan cobarde, cabrón.

El golpe fue directo, y acertó.

No dije nada, no porque no tuviera una respuesta, sino porque no quería escucharla.

El silencio volvió a instalarse entre ambos, roto solo por el sonido del motor y el asfalto bajo las ruedas, hasta que, sin pensarlo demasiado, solté una mano del volante y cogí el móvil.

Busqué su nombre.

Eve.

El corazón me latía más rápido mientras marcaba.

Un tono.

Dos.

Tres.

Nada.

Fruncí el ceño, apretando los labios.

—Vamos… —murmuré, volviendo a intentarlo.

Colgué y volví a marcar, esta vez más rápido, más nervioso y consiguiendo el mismo puto resultado. Nada.

El pecho se me cerró de golpe, como si alguien hubiera decidido aplastarlo desde dentro, como si el aire hubiese dejado de ser suficiente.

—No lo coge —dije, más para mí que para Dante.

—Igual no quiere hablar con un imbécil como tú —respondió con calma—, yo tampoco querría.

Eso me dolió más de lo que debería.

Volví a intentarlo una vez más. Nada.

Y entonces lo hice, lancé el teléfono contra el primer árbol que apareció a mi lado, sin reducir la velocidad, viendo de reojo cómo se hacía añicos al impactar.

—¡Joder! —vociferé, pasándome una mano por el cabello.

El silencio volvió, solo que esta vez no fue el mismo, era mucho peor.

—No voy a volver a verla —murmuré, con la voz más baja de lo que esperaba.

No sonó como un comentario, sino como una codena.

Dante no respondió de inmediato, se tomó su tiempo.

—Entonces da la vuelta.

Giré la cabeza hacia él, mirándole como si hubiese dicho la barbaridad más grande del mundo.

—¿Qué? —cuestioné.

—Que des la puta vuelta —repitió, mirándome directamente—. Porque aún estás a tiempo.

El volante tembló bajo mis manos, o tal vez fueron estas las que cimbreaban.

—Si sigues adelante —añadió—, no hay garantías de que vuelvas.

Lo sabía. Mi ego me decía que no lo hiciera, pero en lo más profundo de mi ser sabía que Dante tenía más razón que un santo.

—Si vuelves ahora… —continuó—, por lo menos podrás verla una vez más.

Volví la vista al frente, la carretera seguía, recta, implacable, como todo lo demás, y por primera vez desde que había arrancado

el coche… Dudé.

44

Luca

No recuerdo en qué momento giré el volante.

Solo sé que lo hice.

Que el coche derrapó lo suficiente como para que Dante soltara un improperio a mi lado, que las ruedas chirriaron contra el asfalto y que durante unos segundos se volvió ruido, velocidad y una única necesidad atravesándome el pecho.

Verla de nuevo.

Apreté el acelerador sin medir, sin pensar, dejando que el motor rugiera hasta el límite mientras deshacía el camino a una velocidad que habría hecho saltar cualquier maldito radar.

No podía llegar tarde.

No esta vez.

No después de haberla dejado atrás.

El *palazzo* apareció delante de mí, demasiado lejos para lo rápido que me latía el corazón, como si la distancia se hubiese alargado solo para joderme, solo para darme más tiempo para pensar en la mierda que había hecho.

En lo que podía haber perdido.

Frené en seco frente a la entrada, bajándome del coche sin siquiera apagar el motor, con la respiración desacompasada y la adrenalina todavía corriéndome por las venas.

—¡Eve! —bramé nada más cruzar la puerta.

Mi voz rebotó contra las paredes.

Silencio.

Demasiado silencio.

—¿Dónde está? —pregunté al primero que se cruzó en mi camino, agarrándolo por la camiseta sin ningún tipo de cuidado.

El hombre palideció.

—N-no lo sé… —balbuceó.

—¿Cómo que no lo sabes? —Apreté más fuerte, sintiendo cómo la paciencia se me escapaba entre los dedos—. ¿Quién estaba con ella?

—No… no la he visto.

Lo solté de golpe, apartándolo lejos de mí como si no fuese más que un estorbo, avanzando por el pasillo con pasos rápidos, abriendo puertas sin mirar, sin hacer distintivos, recorriendo cada rincón con una urgencia que empezaba a convertirse en algo más.

Algo mucho peor.

Cerré las manos en puños, sintiendo como un enorme nudo se creaba en mi estómago y comenzaba a subir poco a poco.

—¡Eve! —volví a llamar, con más fuerza.

Nada.

Subí las escaleras de dos en dos, entrando en la habitación que había dejado de ser mía para ser nuestra, deteniéndome en seco al ver la cama deshecha, el espacio vacío y el aire frío. No estaba el fuego encendido.

Llevaba horas fuera, regodeándome en mi propia mierda, pensando en cómo aquello sería un antes y un después. Deseaba arrancarle la cabeza del sitio, vengar a mi hermana, a Eve, hacerle pagar por su maldita traición, porque a la sangre no se le hacía eso, nos lo había inculcado desde pequeños, y ahora era todo mentira.

—Joder… —mascullé, pasando una mano por el pelo.

No podía haber desaparecido así, no sin decir nada.

Pero ¿acaso no había hecho yo lo mismo?

Le quité el móvil a uno de los hombres que pasaba por allí por pura inercia, marcando su número a pesar de que sabía que no iba a responder, escuchando el tono una y otra vez hasta que la llamada se cortó.

Nada.

—¿Dónde está Eve? —pregunté al salir al pasillo, encontrándome con Alessia.

Ella negó despacio, visiblemente tensa.

—¿Está con Janeth? —Quise saber.

—No, no está con ella.

El estómago se me encogió.

—¿Cuándo la viste por última vez? —inquirí.

—Anoche —admitió.

Demasiadas horas.

—Revisad toda la casa —ordené, alzando la voz—. Cada puto rincón.

Dante apareció a mi lado en ese momento, con la expresión seria, midiendo cada uno de mis movimientos. Contuve el aliento, y por un instante solo podía escuchar el latir de mi corazón en lo más profundo de mi cerebro.

—Andrei ya está revisando las cámaras —me informó—. Enzo también está entrando en el sistema.

Asentí, aunque en realidad no lo estaba escuchando de manera activa, porque mi mente ya había empezado a ir más rápido de lo que podía controlar, encajando piezas que no quería ver.

No podía haber desaparecido.

No sin ayuda.

No sin dejar rastro.

Recorrí el *palazzo* de arriba abajo, abriendo cada puerta, revisando cada habitación como si fuese un jodido demente, como si fuese capaz de aparecer de la nada, y aquello no fuese más que un error.

Pero no lo era.

El tiempo empezó a volverse extraño, elástico, imposible de medir, hasta que la voz de Andrei interrumpió mis pensamientos por el comunicador, cortando el silencio como una cuchilla.

—Luca —me llamó.

Me detuve en seco en medio del pasillo.

—Habla.

Hubo un segundo de silencio, uno que se me antojó eterno.

—Se marchó.

El aire se me quedó atrapado en los pulmones y por un momento dejé de respirar.

—¿Qué?

—Anoche —continuó—. Salió sola.

Apreté los dientes, notando como algo dentro de mí comenzaba a romperse en mil pedazos. Él continuó hablando, al mismo tiempo

que yo caminaba sin rumbo, pasándome una mano por el rostro sin poder creer lo que estaba escuchando. Se había largado.

45

Eve

El trayecto se me hizo eterno.

No por la distancia, sino por todo lo que llevaba dentro, por ese nudo que no terminaba de deshacerse en mi pecho. Tenía la sensación constante de estar caminando hacia algo de lo que no iba a poder volver, aunque una parte de mí siguiese repitiendo que aquello era lo correcto.

Quería hacer lo único que podía hacer.

Salvarle.

O al menos aplacar la furia de Giovanni.

Apreté los dedos contra la pequeña bolsa que llevaba conmigo, notando el dinero robado en su interior como si me quemara, como si cada billete fuese un recordatorio de la traición que estaba cometiendo, de lo que había dejado atrás sin mirar.

Luca.

Cerré los ojos un segundo dentro del taxi, dejando que su nombre se repitiera en mi mente como un maldito mantra, sin ser capaz de pronunciarlo en voz alta, porque si lo hacía, si me permitía sentirlo de verdad, sabía que no iba a ser capaz de continuar.

No podía fallar, no cuando ahora todo dependía de mí.

El coche se detuvo finalmente frente a una de las propiedades que controlaba Giovanni, y durante unos segundos no fui capaz de moverme. Fijé la mirada en la entrada, en ese lugar que reconocía demasiado bien, que olía a un pasado lleno de miedo, a todo de lo que había intentado escapar.

—Hemos llegado.

Respiré hondo, una vez más, y bajé.

Cada paso que di hacia la puerta pesó más que el anterior, como si el suelo intentara retenerme, como si mi propio cuerpo supiera que aquello era un error y estuviese intentando detenerme.

Demasiado tarde.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar y ahí estaba él.

Su presencia lo llenó todo, igual que siempre, con esa calma inquietante, y una sonrisa que nunca llegaba a los ojos, que me hizo retroceder un paso por puro impulso. Escuché como alguien se posicionaba a mi espalda.

—Pensaba que tardarías más —murmuró, recorriéndome de pies a cabeza.

Tragué saliva, obligándome a sostenerle la mirada.

—Si Luca hubiese aparecido —añadí, intentando mantener la voz firme—, ya estaría muerto.

Una sombra de satisfacción cruzó su rostro.

Quise responderle que eso ya lo veríamos, pero un enorme nudo se creó en mi garganta, impidiéndome incluso respirar con normalidad. Dio un paso hacia mí, acortando la distancia, invadiendo mi espacio, tomándolo como si le perteneciera.

Giovanni me observó ido, con la lujuria en sus ojos, devorándome en silencio, a sabiendas de que tenía el poder absoluto sobre mí y mi libertad. Ya no había vuelta atrás.

—Bienvenida a casa, Eve.

Antes de que pudiera reaccionar, su mano subió hasta mi rostro y tiró de mí hacia él, estampando sus labios contra los míos con un gesto que no fue un beso, sino una imposición.

Permanecí rígida un segundo.

Dos.

Y entonces cedí lo justo para no provocar algo peor, para no darle una excusa, sintiendo como el asco me subía por la garganta hasta el punto de provocar que una arcada me sacudiese.

Cuando me soltó, mi respiración ya no era la misma.

—Sigues siendo igual de obediente que siempre —comentó, con una media sonrisa.

No respondí, no podía.

Me llevaron a una de las habitaciones, una que estaba amueblada de la misma exacta manera que la que tenía en casa de *La Mort*, la misma que llevaba persiguiéndome durante años.

Una lágrima descendió por mi rostro al encontrarse una camita rosa con cojines blancos, con esas paredes crema y la cajonera con tiradores en forma de fresa. Ahí estaba esa ventana falsa que daba a un mural en el que aparecía un fondo de un paisaje verde con un cielo azul. El olor a vainilla inundó mis fosas nasales y el estómago se me revolvió.

Me llevé una mano al rostro, limpiando la pequeña gota de terror que había empapado mi mejilla.

Alguien carraspeó a mi espalda, consiguiendo que diera un bote sobre mí misma, tensándome al instante.

—Mi dulce y deliciosa Eve.

Lo escuché antes siquiera de verlo. Sentí como el aire a mi alrededor se volvía aún más denso, más pesado, más peligroso.

—Quítate el vestido —me ordenó.

Aquellas tres simples palabras cayeron sobre mí como un golpe. Negué despacio, notando cómo el pánico empezaba a apoderarse de todo.

—No…

—No me hagas repetirlo —me instó.

Mi cuerpo tembló, incapaz de responder, atrapado entre el miedo y la necesidad de no romperme delante de todos ellos.

Las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos sin que pudiera evitarlo.

«Perdóname».

La palabra se formó en mi mente sin sonido.

«Perdóname, Luca».

Como si pudiese oírme, como si estuviera ahí.

Las manos de Arseni llegaron antes de que pudiera reaccionar, sujetándome con firmeza, demasiado fuerte, obligándome a mantenerme en el sitio mientras su aliento ya rozaba la piel de mi espalda.

—Cuánto tiempo… —murmuró contra mi cuello.

Intenté apartarme, dar un paso al lado, pero su agarre se volvió más firme, clavándome en el sitio, recordándome exactamente dónde estaba.

—He tenido que conformarme con otras —añadió, deslizando la voz con un deje que me heló la sangre—. Eso se acaba hoy.

Cerré los ojos, sintiendo cómo el miedo se mezclaba con la impotencia, cómo todo dentro de mí gritaba que saliera de allí, que corriera, que hiciera algo. Ahora sabía lo que era la libertad, solo podía pensar en ella.

Pero no podía marcharme, no todavía, no cuando tenía un propósito.

Una de sus manos comenzó a recorrer mi cuerpo con delirio, sobándome los pechos, masajeándolos de una manera obscena. El corazón comenzó a latirme tan deprisa que apenas podía escuchar nada más, ni siquiera la respiración que ya chocaba contra mi oído.

Los ojos se me llenaron de amargas lágrimas que comenzaron a recorrer mi piel.

—Suéltame… —susurré, sin fuerza.

—No.

Su respuesta fue inmediata, definitiva, y entonces el mundo pareció dejar de girar.

—Déjala.

46

Luca

El hierro se clavaba en mi piel, y por un instante sentí como iba desgarrándome lentamente.

Las cadenas tensaban mis brazos por encima de la cabeza, obligándome a mantenerme en una posición que ya no distinguía entre castigo y tortura, mientras la sangre descendía lenta por mis sienes, mezclándose con el sudor y el sabor metálico que no abandonaba mi boca.

Pero el dolor ya no importaba, nada lo hacía.

Nada salvo ella.

—¡No la toques! —rugí, desgañitándome, sintiendo como la voz me salía cada vez más rota y áspera—. Maldito hijo de puta… ni se te ocurra tocarla.

Forcejeé contra las cadenas con una violencia que hizo crujir el metal, sintiendo cómo me abría aún más la piel, cómo la sangre empezaba a resbalar por mis brazos, pero no aflojé.

No iba a hacerlo.

No mientras él estuviese respirando.

Me habían golpeado, cortado, azotado, llevado al límite, y, aun así, seguía en pie, sosteniéndome por una única razón.

—¿Dónde ha quedado ese amor y admiración que me tenías, hijo?

—Desapareció en el momento en el que vendiste a tu propia hija —sentencié, escupiéndole a la cara con rabia.

Se acercó con esa calma enferma que siempre lo rodeaba, como si todo aquello no fuese más que un espectáculo creado para su propio disfrute.

—Es hermosa, ¿verdad?

Me impulsé hacia delante, tensando las cadenas al máximo, hasta que el metal se quejó bajo la presión, hasta que nuestras frentes

quedaron a apenas unos centímetros.

—Aléjate de ella —bisbiseé entre dientes, cargada de una amenaza que no necesitaba elevarse—. Porque juro que voy a arrancarte la puta polla y haré que te la tragues antes de matarte.

Mi pecho subía y bajaba con violencia, descontrolado, y por primera vez en mucho tiempo, estuve peligrosamente cerca de perder la cabeza por completo.

No por mí, sino por ella.

Sonrió, y eso fue peor que cualquier golpe.

—Ah, ¿sí? —murmuró, ladeando la cabeza con burla—. ¿Y quién te dice que no me la he follado ya?

Algo en mí explotó. Lo sentí.

El hierro crujió cuando tiré de las cadenas con una fuerza que no sabía que tenía, la vena de mi sien palpitó con tanta intensidad que parecía a punto de estallar.

—¿Crees que te tengo miedo, Luca?

Su puño impactó contra mi boca antes de que pudiera responder. Volteé la cara de inmediato, y la sangre volvió a llenar mi boca.

Sonreí, el dolor ya no era nada.

—Como vuelvas a tocarla… —gruñí, alzando la cabeza lentamente para mirarle de nuevo—, te mataré.

Mi padre negó con la cabeza,

—Aunque me arranquéis la piel a tiras… —añadí—. Bajaré al puto infierno si hace falta para encontrarte.

El silencio se tensó, y entonces dijo:

—¿Sabes lo más interesante de todo esto?

Fruncí el ceño, observándole.

—Que sigue siendo igual de obediente que siempre.

***

Unas horas antes, trayecto hacia la casona de Giovanni.

El coche avanzaba por la carretera a toda velocidad, el motor rugiendo bajo mis manos mientras Dante permanecía en silencio a mi lado, con esa tensión contenida que solo aparecía cuando sabía que algo no encajaba.

—Vamos a llegar tarde —murmuró.

No respondí, porque ya lo sabía, porque llevaba sintiéndolo desde hacía kilómetros.

Desvié la mirada un segundo hacia él, lo justo para comprobar que seguía alerta y volví a la carretera mientras metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Tranquilo —murmuré— Llegaremos.

Miré la dirección GPS, quedaban quince minutos para llegar, Eve llevaba más de veinticuatro horas desaparecida.

Apreté el volante entre mis dedos con tanta fuerza que noté cómo mis nudillos se emblanquecían.

—Vamos a llegar —repetí, y entonces, dejé que la aguja se adentrase en su cuello antes de que pudiera reaccionar.

Su cuerpo se tensó.

Un segundo.

Dos.

—¿Qué coj…?

No terminó la frase, se desplomó en el asiento del copiloto, y el silencio llenó el coche.

—Lo siento —susurré, sin apartar la vista de la carretera.

Reduje la velocidad hasta detener el vehículo a un lado, inclinándome para comprobar su pulso. Estable, respiraba, y eso era suficiente.

Me incorporé despacio, apoyando la cabeza contra el respaldo durante un segundo, dejando que el peso de lo que acababa de hacer se asentara en mi mente. No quería ni siquiera imaginarme lo que diría en el momento en el que despertase.

Encendí el intercomunicador, llevándome una mano al oído.

—¿Va todo bien? —Oí como me preguntaba Andrei.

—Mantente alerta.

Me quité el pinganillo, y lo lancé a los pies de Dante.

Abrí la puerta.

—¿Preparado?

La voz llegó desde la oscuridad y no necesité girarme para saber quién era.

Cerré los ojos un instante y asentí.

No había marcha atrás.

47

Eve

Tenía las manos cerradas en puños y no fue hasta que Arseni se marchó de la habitación que hablé.

—Eres un puto traidor.

Las palabras salieron antes de que pudiera frenarlas, cargadas de una rabia que me quemaba por dentro desde el mismo instante en el que lo vi aparecer.

No pensé.

No medí.

Lo único que hice fue lanzarme a por él, empujándolo con todas mis fuerzas, golpeándole el pecho, los hombros, intentando hacerle daño aunque supiera que no sería suficiente, aunque supiera que no iba a romper nada de lo que ya estaba más que podrido en su interior.

—¡Nos has vendido! —bramé, sintiendo cómo la voz se me quebraba—. ¡A él, a mí y a todos!

Valentino ni siquiera intentó detenerme al principio, dejó que descargara cada golpe, cada empujón, como si los mereciera, o como si necesitara que lo hiciera.

Hasta que me sujetó, con firmeza, sin brusquedad, pero sin darme opción a que me separase de él.

Mi mente iba tan rápido que no era capaz de procesar lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo había podido escapar Valentino del *palazzo*? Había intentado protegerle de Luca, que no lo hiriese más, y, aun así, cuando su padre lo había dejado tirado como un perro, volvía a casa para continuar haciendo lo que mejor se le daba: ser su maldita sombra.

—Escúchame.

—Ni se te ocurra —escupí, intentando zafarme—. No tienes derecho a hablarme, no después de traicionar a tu hermano cuando

él solo quería que abrieras los ojos.

—¿A base de palizas?

—Es la única forma que conoces —sentencié.

Me empujó, lo justo para apartarme y lo suficiente como para hacerme perder el equilibrio. Caí de rodillas, y el impacto me sacudió el cuerpo completo. Alcé la mirada, clavándola en la suya, con el odio hirviéndome en las venas.

—Eres igual que él —murmuré—. Igual de asqueroso.

Algo en su expresión se tensó, pero no respondió como esperaba.

Me tomó por el brazo, volviéndome a poner en pie, frente a él.

—Pégame —me ordenó.

Fruncí el ceño, sin entender.

—¿Qué?

—Que me pegues, *piccola*.

El aire se me quedó atascado en los pulmones.

Ese nombre.

Ese tono.

Por un segundo dejé de ver a Valentino y vi a Luca, y eso fue peor.

—No me llames así —bisbiseé, sintiendo cómo algo dentro de mí se resquebrajaba.

—Hazlo —insistió, acercándose un paso más—. Descarga todo lo que tengas.

Negué, pero la rabia ya estaba ahí bajo mi piel, gritándome que lo hiciera, que le golpease por todo el mal que había provocado en mi vida y en la de su hermano por haber sido la mano ejecutora de su padre.

Le golpeé, lo hice con toda la rabia del mundo.

Una vez.

Otra.

Hasta que el dolor en los nudillos fue lo suficientemente fuerte como para frenarme. Mi respiración se había vuelto agitada, el pecho me subía y bajaba de forma descontrolada.

Valentino no se movió, ni siquiera alzó las manos para protegerse.

—¿Ya? —murmuró.

—¿Cómo has salido del *palazzo* y has venido? —pregunté, ignorando lo que acababa de decirme, con la voz aún temblorosa.

—No he salido —me corrigió con calma—, me han dejado salir.

Parpadeé sin comprender nada, sintiendo cómo el aire dejaba de entrar en mis pulmones. Todo el mundo comenzó a dar vueltas al recordar lo que me había dicho Giovanni.

—He venido con Luca —añadió.

—¿Q-que…? —balbuceé.

—Está aquí —añadió, bajando la voz—. Y si todo sale bien nos vamos mañana por la noche.

Mi estómago se encogió de golpe.

—Eso es imposible —negué—. Tu padre…

—Lo sé —me cortó—. Por eso tienes que hacer exactamente lo que te diga.

El miedo se hizo más real y más fuerte.

—¿Está bien? —Quise saber, sin poder evitarlo.

Valentino sostuvo mi mirada unos segundos.

—Sigue vivo.

No era la respuesta que necesitaba, pero fue la única que obtuve.

Se acercó a mí, despacio, vigilando de reojo la puerta, midiendo cada segundo como si el tiempo se estuviera acabando. Pude ver las intenciones en su mirada.

—Necesito que confíes en mí —murmuró.

Solté una risa amarga.

—¿Después de todo esto?

—No tienes otra opción —aseguró.

Y no, no la tenía. Lo único que podía mantener a Luca con vida era él, así que una vez más me iba a tocar callar.

Se metió la mano en el interior de su chaqueta, y sacó un pequeño dispositivo. Por suerte, él quedaba de espaldas a la cámara, por lo que intenté no parecer sorprendida ante lo que me enseñaba.

—Esto es un transmisor —explicó en voz baja—. Cámara, micro y localizador.

Mi piel se erizó en el instante en el que una de sus manos se alzó para acariciarme el rostro, fingiendo un delirio que no sentía.

—Andrei y el equipo están al mando —añadió.

Tragué saliva, intentando procesarlo todo, pero era demasiada información como para conseguirlo.

—¿Qué tengo que hacer? —cuestioné.

Sus ojos se endurecieron lo suficiente como para saber que lo que iba a decirme no me gustaría un pelo.

—Resistirte —sentenció.

—¿Qué?

Antes de que pudiera decir nada más, Valentino se lanzó a mi boca, pude notar sus manos volando sobre mi cuerpo, y entonces, un susurro.

—Oponte —insistió—. Lucha, grita… que parezca real.

Forcejeé con toda la fuerza que pude, y lo sentí. El frío del metal. Un collar colocándose alrededor de mi cuello.

Mi respiración se aceleró al instante.

Le agarré de los hombros intentando apartarle. Una lágrima descendió por mi mejilla, porque a mi mente solo vinieron las decenas de veces en las que Arseni se había colado en mi habitación, en las que me había resistido para que no me violase.

—Es la única forma —susurró—, estarás bien.

Asentí, aunque no estaba lista, a pesar de que una parte de mí moría cada vez que un recuerdo acudía a mi mente.

Sin que me lo esperase, Valentino me tomó en volandas, colocándome sobre la cama, provocando que un grito de sorpresa se me escapara. Mis ojos se llenaron de lágrimas, empapando mi rostro.

—Por favor… —supliqué.

—Tranquila.

No lo estaba. ¿Cómo iba a confiar en un hombre que se había pasado toda la vida a la sombra de alguien tan despreciable como Giovanni? Ahogué un quejido cuando sentí cómo sus manos se deslizaban por mis piernas.

—Un punzón —me explicó—, te lo estoy colocando en la liga.

Asentí sin siquiera poder pensar con claridad.

—Tienes que estar preparada.

Las dudas comenzaron a agolparse, el miedo, la incertidumbre, todo volvió de golpe, haciéndome tambalear por dentro. ¿Y si fallábamos? ¿Y si Luca…?

—Va a ir todo bien.

Entonces, alguien golpeó la puerta, haciéndome dar un respingo.

—Tengo que irme —musitó.

48

Eve

No había salido de la cama en todo el día, ni siquiera en el momento en el que llamaron a la puerta, cuando alguien entró sin permiso y dejó algo sobre la silla, ni cuando escuché cómo se cerraba de nuevo.

Me limité a quedarme allí, hecha un ovillo, con el cuerpo tenso y la mente atrapada en un bucle del que no conseguía salir, como si todo lo que había ocurrido se repitiera una y otra vez sin darme tregua.

Luca.

Su nombre era lo único que se repetía en mi mente como un jodido mantra.

Me dolía en el alma por lo mucho que me importaba. Valentino no había vuelto a decirme si seguía vivo, si había podido escapar o si algo mucho peor le había acontecido. Esa incertidumbre era peor que cualquier golpe.

Me incorporé, sintiendo cómo el silencio se volvía insoportable, arrastrándome hasta el borde de la cama, como si cada movimiento me pesara el doble y mi cuerpo se resistiera a seguir adelante.

Debía hacerlo por él, no por mí.

Entonces lo vi.

Ahí estaba el vestido, blanco, impecable, con la espalda completamente descubierta, cayendo en una tela ligera que parecía demasiado limpia para el lugar en el que se encontraba.

Me levanté despacio, acercándome a él como si tocarlo fuese a hacer real todo lo que llevaba horas intentando olvidar. Contuve el aliento y alargué la mano, lo rocé, y el estómago se me revolvió.

Corrí al baño sin pensarlo, apoyándome en el lavabo justo a tiempo antes de vomitar, dejando que todo lo que llevaba dentro, que era poco, saliera de golpe.

Todo mi cuerpo temblaba cuando alcé la cabeza. El reflejo que me devolvió el espejo no era el mío, al menos no del todo, no la Eve que había permanecido tanto tiempo en el exterior. Había algo roto en mis ojos, algo que ya no podía esconder.

—Tienes media hora.

La voz llegó desde la puerta, seca, sin ganas, como si no fuera más que un objeto al que preparar. Obviamente, no respondí, no podía. Me limité a asentir, aunque ni siquiera sabía si me había visto.

La puerta se cerró y el tiempo empezó a correr.

Cada segundo pesaba más que el anterior, como si me empujara hacia algo inevitable, hacia un final que no sabía cómo enfrentar.

Estaba aterrada. Porque no ver a Valentino significaba que no había margen de error, tampoco sabía si le habían descubierto a él, solo que ahora estaba sola.

Me vestí despacio.

Demasiado.

Como si alargar el momento pudiera retrasar lo que venía después, como si cada segundo más fuera una tregua que no merecía. La tela se deslizó por mi piel con una suavidad que me repugnó, ajustándose a mi cuerpo como si hubiese sido hecho a medida para mí, como si ya supiera lo que iba a pasar.

Cerré los ojos un instante.

Respiré.

No iba a romperme, no allí, no ahora.

Cuando la puerta volvió a abrirse, ya estaba preparada, o eso quería creer, porque lo cierto era que jamás lo estaría.

El hombre que había al otro lado me instó a salir junto a él, y cuando lo hice, sentí su mano en la parte baja de mi espalda, la manera en la que me acompañaba para que no pudiera echarme atrás. En cierto modo, tampoco podía.

Caminamos por un largo pasillo, y por un momento creí que me dirigía a mi condena, a la silla eléctrica o a saber dónde. Porque en ese instante yo ya estaba muerta, y tan solo obedecía las mismas órdenes que ya conocía.

Nos detuvimos frente a dos grandes puertas. El hombre las golpeó, y pude escuchar como alguien nos hacía pasar. Cerré los

ojos, sintiendo el latir de mi corazón, cómo intentaba acallar las voces que me atormentaban, mi voz. Una pequeña lágrima se me escapó de los ojos, descendiendo por mi mejilla.

—Pasa.

Antes de que pudiera siquiera pensar, me empujó hacia el interior, y volvió a cerrar las puertas. Nos encontrábamos en un enorme salón de paredes de caoba, alumbradas por una enorme lámpara de araña y la luz que emanaba de la lumbre que había al final. Frente a mí, una enorme mesa con diez sillas se erguía repleta de bebida y comida.

Y allí estaba él.

Junto a la chimenea, apoyado sobre el marco de la misma, observando el fuego y con algo en la mano que no supe identificar. Una arcada subió a mi garganta en el instante en el que se giró hacia mí.

—Acércate —me ordenó.

Avancé poco a poco, sintiendo como cada paso que daba me acercaba cada vez más a la muerte. Las piernas me cimbrearon cuando llegué a él, y en vez de continuar con lo suyo, me tomó por la cintura y estampó sus labios contra los míos. Me besó con delirio, posesión y rudeza, mientras yo solo podía hacer que permanecer quieta.

—Te he traído un regalo —me informó.

El estómago se me encogió, conocía la brutalidad del líder de los Moretti, hasta dónde era capaz de llegar.

No respondí, no podía.

Dejó caer unas fotografías sobre la mesa, y una parte de mí no quiso mirarlas, pero lo hice, y desearía no haberlo hecho.

El mundo dejó de girar al mismo tiempo que el aire se me atascaba en los pulmones.

Mi madre.

Tirada sobre una cama.

Con la piel marcada, expuesta, convertida en algo que ya no parecía humano, sino una sombra de lo que en algún momento fue.

Sentí como algo dentro de mí se rompía, porque a pesar de no haber sido la mejor madre del mundo, aún la amaba por todo lo que

sí había podido darme.

—Eres su viva imagen —murmuró, acercándose un poco más y pasando una de sus manos por mi rostro—. Una versión aún más perfecta.

No me moví, no respiré, ni siquiera reaccioné.

—Y voy a hacer contigo lo que con ella no pude acabar, mi dulce Eve —susurró contra mi oído.

El asco me subió por la garganta, pero no le aparté la mirada, no iba a darle el gusto.

Entonces, de algún lugar, sacó una rosa, pero no una común, sino una Osiria, una rosa única, la misma que nacía en los jardines junto a mi casa. El blanco reluciente contrastaba con el rojo moteado que había sobre sus pétalos.

La cabeza comenzó a darme vueltas, dejándome sin defensas, arrancándome cualquier posibilidad de mantenerme entera. Las amargas lágrimas volvieron a acudir a mis ojos, pero me negaba a dejarlas escapar. No permitiría que ese hombre me viese llorar.

Apreté las muelas, tanto que noté el crujir en lo más profundo de mi cabeza.

El latir de mi corazón se volvió frenético en el instante en el que la voz de Luca volvió a mi mente, pidiéndome que resistiera. Cerré los ojos, viéndole, recordando esa forma que tenía de observarme. Solo él me había mirado más allá de lo que era, había encontrado a la pequeña Eve a la que arrancaron de su hogar y le había dado uno, uno en el que sentirse libre y a salvo.

Una pequeña gota descendió por mi rostro.

—Oh, no llores, mi amor —me pidió Giovanni con dramatismo al mismo tiempo que recogía la lágrima.

—No estoy triste —aseguré con toda la firmeza del mundo—. Yo también te he traído un regalo. —Mi voz no tembló, y eso fue lo único que me sostuvo.

Comencé a alzar el vestido, escuchando como un gruñido salía de lo más profundo de su ser, y entonces, sin que se lo pudiera esperar, deslicé la mano con lentitud hasta la liga.

Sentí el metal.

Frío.

Real.

El punzón.

Y por primera vez desde que había cruzado esa puerta, sonreí.

Con un rápido movimiento, agarré el arma y, sin que pudiese esperarlo, se lo clavé en el cuello, empapándome de su propia sangre.

—Púdrete en el infierno, Giovanni.

49

Luca

Abrir los ojos fue como arrastrar el infierno conmigo.

La luz me golpeó de frente, atravesando la sangre que se había secado en mis pestañas, obligándome a entrecerrarlos mientras intentaba enfocar algo que no terminaba de encajar en mi cabeza.

El dolor llegó después.

Pesado y profundo.

Instalándose en mis huesos, en cada músculo, como si mi cuerpo entero hubiese sido machacado hasta el punto de que no podía reconocerlo como propio.

Respiré hondo.

Error.

El aire me quemó los pulmones, arrastrando consigo el sabor metálico que ya se había vuelto permanente en mi boca.

Parpadeé, una y otra vez, y entonces lo vi.

Cinco cuerpos.

Tirados en el suelo, desordenados, rígidos, con la sangre extendiéndose bajo ellos como una mancha oscura que lo cubría todo.

El silencio era espeso, casi antinatural, como el previo a una tormenta.

Un gruñido se me escapó en el momento en el que las cadenas rozaron de mis muñecas enrojecidas.

Mi mente tardó un segundo más en procesarlo.

Tal vez dos, hasta que una figura se movió frente a mí.

Valentino. Estaba de pie y cubierto de una sangre que no era suya, con la respiración entrecortada, pero entero.

Antes de que pudiera decir nada, una fuerte arcada subió hasta mi garganta y acabé vomitando frente a él, salpicándole los zapatos.

—Vaya forma de despertar —murmuró, sin rastro de humor.

Fruncí el ceño, intentando mantenerme en pie, pero mi cuerpo no respondió como debería.

—¿Qué cojones…? —La voz me salió rota, irreconocible.

Valentino no se acercó de inmediato, se tomó su tiempo, como si necesitara asegurarse de que realmente estaba consciente, de que podía seguir el ritmo de lo que estaba a punto de decirme.

El disparo rompió el silencio con un chasquido seco, y en el mismo instante sentí cómo la presión desaparecía de golpe.

Las cadenas dejaron de sujetarme, y mi cuerpo cayó de bruces al suelo con un golpe sordo que me arrancó el aire de los pulmones. Durante unos segundos solo podía respirar, o mejor dicho, intentarlo, ya que el pecho me ardía con cada bocanada, como si tuviera cristales clavados por dentro.

—¿Dónde está? —pregunté con la voz rota, sin levantar la mirada.

—He conseguido burlar la seguridad —respondió Valentino, firme, controlado—. He entrado en su habitación y he hecho todo lo que me pediste.

El corazón me golpeó con fuerza contra las costillas.

Eve.

Seguía en juego, y eso era lo único que me importaba.

Intenté ponerme en pie, pero las piernas me fallaron al instante, obligándome a apoyarme contra la pared más cercana mientras el mundo volvía a tambalearse bajo mis pies.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero si algo tenía claro era que no iba a permitir que aquello hubiese sido en vano.

Alcé la vista hacia el reloj que colgaba torcido en la pared, entornando los ojos para poder enfocar las agujas.

Habían pasado más de diez horas, y Dante ya estaba despierto, Andrei tendría que estar moviendo las fichas y eso significaba que no estábamos del todo solos, que existía un margen para salir de allí.

Valentino se acercó, tendiéndome la mano sin decir nada, consciente de que en ese estado no iba a poder llegar ni a la puerta por mí mismo.

La cabeza me dio vueltas al incorporarme, y sentí la sangre seca tirando de mi piel al tensarse, recordándome cada golpe, cada corte

y cada segundo que había pasado colgado como un animal.

—¿Cuántos hay? —pregunté, apoyando el peso en él mientras avanzábamos.

—Unos diez —respondió sin dudar.

Antes de que pudiera contestar, escuché como unos pasos lentos descendían por las escaleras con ese rechinar de la madera vieja.

Le hice un gesto rápido.

Silencio.

Un segundo después, Valentino disparó.

El cuerpo cayó rodando por los escalones, golpeando cada peldaño hasta quedar inmóvil a nuestros pies.

—Tenemos que movernos —me instó.

Se agachó junto al cadáver, y rebuscó en su chaqueta con rapidez, sacando una pistola con silenciador idéntica a la suya, limpia y lista para usar.

Me acerqué como pude, obligándome a agacharme a pesar del maldito dolor que me atravesó las costillas. El aire se me escapó de golpe.

Apoyé una mano contra la pared, cerrando los ojos un instante mientras contenía el alarido que me subía por la garganta. No podía permitirme gritar, no con ella ahí dentro.

Me pasé una mano por el pelo, apartando la sangre que se había secado en mi frente mientras intentaba concentrarme, ordenar los pensamientos que se me escapaban en todas direcciones.

¿Cómo demonios iba a sacarla de allí así? ¿Cómo iba a llegar hasta ella si apenas podía mantenerme en pie?

Bufé, frustrado.

Y entonces lo sentí. Un maldito pinchazo.

—¡Joder! —bramé, girándome de golpe.

Valentino retiró la jeringa con una calma que no me gustó un pelo.

—Relájate —me instó al mismo tiempo que se llevaba un dedo a los labios—. Es una ayuda.

—¿Qué puta ayuda? —gruñí, notando cómo algo empezaba a activarse dentro de mí.

No tardé en reconocerlo.

El corazón se me aceleró, y la sangre empezó a correr más rápido en mis venas. El dolor se disipó lo justo para no ser incapacitante, y mi mente se despejó de golpe, como si alguien hubiese abierto un ventanal en mitad del caos.

Epinefrina, o algo muy parecido.

—No durará mucho —añadió—. Así que más te vale aprovecharlo.

Asentí, no había espacio para dudas.

—¿Se han tragado que estás con ellos? —pregunté mientras avanzábamos hacia las escaleras.

—De momento, sí.

Sin previo aviso, me agarró del cuello con brusquedad, empujándome hacia adelante con violencia.

—Camina —espetó en voz alta y de mala manera—. No hagas que te arrastre.

Apreté la mandíbula.

—Suéltame o te vuelo los huevos —bisbiseé entre dientes.

No me hizo ni caso, subimos los primeros escalones y entonces los vi. Cuatro hombres, dos en la entrada y dos más vigilando la subida.

—Decías diez —murmuré por lo bajo.

—Sorpresa —respondió.

Llevé las manos a la espalda con naturalidad, localizando el cuchillo que Valentino me acababa de colocar en la cinturilla.

Mi hermano volvió a empujar, esta vez haciéndome caer de rodillas frente a ellos. El golpe me sacudió entero.

—Una más —gruñí— y te mato.

Los guardias se tensaron al instante, intercambiando miradas.

—En su sitio —ordenó Valentino con frialdad, y ellos obedecieron.

Error.

Subimos otro par de escalones, y entonces, sin necesidad de decir nada más, mi cuchillo se hundió en la garganta del primero, antes de que pudiera reaccionar, mientras Valentino se encargaba del otro con un disparo limpio.

Los dos de la entrada apenas tuvieron tiempo de alzar las armas.

Disparamos a la vez, dos cuerpos más.

Silencio.

Recogí munición sin perder tiempo, guardándola con movimientos rápidos, metódicos, sintiendo cómo la adrenalina comenzaba a mezclarse con la urgencia de encontrarla.

Cada segundo contaba, y el tiempo jugaba a nuestra contra.

50

Luca

Podía notar cómo mis manos temblaban sin control, cómo el corazón me golpeaba el pecho con una fuerza ensordecedora, tanto que durante unos segundos fui incapaz de escuchar nada más allá de ese latido salvaje que mantenía en pie. La epinefrina continuaba corriendo por mis venas, empujándome hacia delante, manteniéndome en ese límite peligroso entre el control y la locura.

Estaba ansioso, y por primera vez en mucho tiempo, también aterrado.

Sobre todo porque no sabía lo que iba a encontrar al otro lado de esa puerta.

—Uno a las cinco, otro a las siete —murmuró Valentino, antes de empezar a subir las escaleras.

Asentí, cogiendo aire con dificultad mientras le seguía, dejando que el cuerpo reaccionara por puro instinto. No hizo falta decir nada más. Giramos al mismo tiempo, sincronizados como si lo hubiésemos hecho mil veces, y dos disparos silenciados acabaron con los hombres que custodiaban la entrada antes de que pudieran reaccionar.

Silencio.

Un tercero apareció por el pasillo, y no lo dudé. Me escondí lo justo, esperando el momento exacto, y cuando sus pasos quedaron a mi altura, salí como impedido por un resorte, golpeándole la garganta con tal fuerza que el aire dejó de entrar en sus pulmones. Se dobló sobre sí mismo, intentando respirar, desesperado, y algo dentro de mí… disfrutó.

Sonreí ladino.

Le propiné una patada en el pecho que lo lanzó contra el suelo, y antes de que pudiera reaccionar de ninguna de las maneras, ya estaba sobre él, golpeándole con los puños sin control, golpe tras

golpe, sintiendo cómo la sangre me salpicaba, cómo su cara dejaba de ser un rostro para convertirse en una masa irreconocible.

No podía parar.

No quería.

—Luca.

Mi nombre llegó a mí como un eco lejano. Una mano se posó sobre mi hombro.

Valentino. Entonces volví a la realidad. Bajé la mirada, el cuerpo ya no se movía, no respiraba, tenía las manos y el rostro cubiertos de sangre.

Respiré hondo, notando cómo algo dentro de mí se tensaba, cómo ese borde al que me estaba asomando cada vez era más fácil de cruzar.

—Vámonos —murmuró.

Asentí, pasándome una mano por el cabello, dejando un rastro oscuro en mi frente.

Había perdido el control.

Otra vez.

Y eso me acercaba demasiado a él, a mi padre.

—Tenemos que darnos prisa —añadí, obligándome a avanzar.

El tiempo se agotaba, y el efecto de la droga no duraría mucho más, y necesitaba llegar hasta Eve antes de que todo se fuera a la mierda.

Bajaron cuatro más, disparamos sin pensar, ellos también, y entonces… Un dolor penetrante me atrapó.

Un disparo me alcanzó en el hombro, haciéndome gruñir mientras el cuerpo se me tensaba en un acto reflejo. El dolor estaba ahí, pero amortiguado, lejano, como si no fuese del todo real.

Apreté la herida con fuerza, notando cómo la sangre empezaba a deslizarse por mi brazo, caliente, espesa.

—¿Estás bien? —preguntó Valentino, agachándose a mi lado.

Asentí.

Obviamente había mentido, pero eso no importaba.

Me asomé lo justo, y devolví el disparo, metiéndole una bala entre ceja y ceja al cabrón que acababa de herirme.

—A tomar por culo —mascullé.

—Ocúpate del otro —indicó.

No respondí, porque ya me estaba moviendo.

Cubriéndome con la columna más cercana, notando cómo la adrenalina me empujaba hacia delante como si el cuerpo no tuviera límites.

—Intrusos en la casa. —Escuché por el *walkie*.

Sonreí.

Llegaban tarde.

—Dos más en la entrada norte —le indiqué a Valentino.

Asintió y lanzó una bomba de humo sin perder tiempo, desapareciendo entre la niebla para limpiar la zona lo más rápido posible.

Éramos dos contra el mundo, y, aun así, iba a entrar ahí.

Cambié el cargador, asegurando el arma, y le hice un gesto. Él me lo devolvió, indicándome que estaba preparado.

Entonces lo escuché.

Un grito.

Eve.

El mundo se detuvo. El corazón se me disparó hasta hacerme daño, el aire dejó de entrar con normalidad y todo dentro de mí gritó una sola cosa: corre.

—Solo queda uno —dijo Valentino.

Asentí, señalando la puerta.

Un paso tras otro, solo tenía que dar diez más, pero la sangre no dejaba de resbalar por mi pecho, descendiendo por la tela de mis pantalones. Las piernas me fallaron, un traspié, un error… El guardia restante reaccionó antes de lo que debería.

Disparó.

El impacto me atravesó el abdomen como un hierro al rojo vivo. El grito me salió solo, desgarrándome la garganta mientras el cuerpo se me doblaba.

—¡Joder! —escupí.

Valentino me sostuvo, pasando un brazo por debajo del mío, arrastrándome hacia la puerta mientras la sangre empezaba a empapar toda la ropa, cayendo en cascada.

—Aguanta —ordenó.

No tenía elección, ya no había vuelta atrás.

La puerta cedió de un golpe. Entramos y la busqué desesperado, pero no la vi.

El corazón me dio un latigazo brutal, tan fuerte que por un instante pensé que se me pararía allí mismo.

—¡Le han herido! —rugió Valentino, cerrando como pudo.

Mis piernas ya no respondían, el cuerpo comenzaba a rendirse, apenas podía distinguir nada, cuando de repente… La vi.

Ella.

Eve.

Corriendo hacia mí.

El mundo volvió a encajarse para mí.

Una sonrisa rota se dibujó en mis labios mientras el cuerpo cedía por completo, haciendo que cayese al suelo como un maldito peso muerto.

Ya no podía sostenerme, no podía luchar más, pero daba igual. Ella estaba bien, y era lo único que necesitaba saber.

Sentí sus manos, su voz… Temblaba.

—¿Qué… qué le ha pasado? —balbuceó, rota.

—He ido a por él… —empezó a decir Valentino.

No lo escuché terminar la frase, mis ojos se cerraban, la oscuridad tiraba de mí hacia abajo, pero aún la sentía cerca.

—Luca… mírame —suplicó, sosteniendo mi rostro—. Por favor…

No podía mirarle, pero sí sentía sus lágrimas cayendo sobre mi piel.

—Presiona la herida —le ordenó Eve a Valentino, y sentí el orgullo latir en mi pecho—. ¡Presiónala! —vociferó.

Noté la fuerza en mi abdomen, el dolor atravesándome de pies a cabeza, arrancándome un alarido que retumbó en toda la estancia.

—Luca… —lloriqueó—. Mírame… por favor…

Hice un esfuerzo, el último que me quedaba.

—Siempre… —susurré, sin aire—, la única vas a ser tú, toda mi puta vida.

El mundo tembló bajo nuestros pies, una fuerte explosión, estalló la pared en mil pedazos.

Nos habíamos quedado sin tiempo.

51

Eve

El suelo dejó de ser firme bajo mis pies en el instante en el que la explosión lo sacudió todo, y por un momento mi único instinto fue intentar cubrir a Luca, como si aquello pudiera protegerle de algo que ya hacía mucho que le mataba.

Todo se vino abajo.

El estruendo me atravesó por dentro, dejándome aturdida, sin aire, con un pitido constante clavándose en mis oídos mientras la casona se convertía en humo, escombros y polvo.

Cuando me alcé, noté la humedad en el vestido, la forma en la que se pegaba a mi vientre, y luego esa mancha roja. El corazón se me detuvo cuando me percaté de que Luca apenas era capaz de mantener los ojos abiertos.

—Luca… —balbuceé, posando mis manos a ambos lados de su rostro.

La sangre no dejaba de emanar, a pesar de que Valentino ya se había quitado su camiseta y no dejaba de apretar. El corazón me latía con tanta velocidad que apenas podía pensar con claridad, solo podía mirar la ropa empapada, la forma en la que su sangre se extendía por mi vestido.

—Luca… mírame —supliqué mediante un hilo de voz, sintiendo cómo iba rompiéndome poco a poco mientras las lágrimas caían sin control sobre su piel—. Mi ángel de la guarda —susurré, sintiendo cómo apenas podía escucharme a mí misma.

—*Piccola* —musitó con los labios manchados.

—No te vayas —lloriqueé contra su pecho.

Su corazón latía tan despacio que apenas podía oírlo.

El pánico me devoró por dentro.

El pitido continuaba sonando, impidiéndome escuchar nada más, hasta que unas sombras comenzaron a moverse dentro del humo,

figuras armadas atravesando el agujero que había dejado la explosión.

Un equipo.

Quince personas perfectamente coordinadas, tomando posiciones en cuestión de segundos, y entre ellos, Dante y Alessia.

Los reconocí al instante, incluso bajo el casco, rodeada de caos.

Ella se abalanzó sobre mí sin dudarlo, agachándose a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó, recorriéndome con la mirada, evaluando daños.

Negué de inmediato, señalando a Luca.

—Él… —La voz me falló—. Él…

No hizo falta que terminase la frase, porque cuatro personas más ya estaban junto a él, presionando sus heridas y evaluando su estado mientras Valentino no se apartaba ni un solo segundo de su hermano, cubierto de sangre y con la mirada perdida.

—Sácalo de aquí —ordenó Dante con voz firme, mientras los Romanov se ocupaban de vigilar el perímetro.

Todo se movía demasiado rápido, tanto que apenas podía procesar todo lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor.

Alessia volvió a mirarme, esta vez con más intensidad.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó, desviando un segundo la mirada hacia Valentino.

Negué con fuerza, sintiendo cómo algo dentro de mí se tensaba.

—No —respondí, sin dudar—. Gracias a él seguimos vivos.

El silencio que siguió fue breve, pero suficiente como para ver que estaba asimilando lo que acababa de decirle.

—Tenemos que salir —ordenó alguien a nuestra espalda.

Unas manos firmes me sujetaron por los hombros, obligándome a ponerme en pie mientras el mundo seguía en guerra, tambaleándose bajo mis pies.

—Póntelo —me indicó Alessia, colocándome un chaleco antibalas, sin darme opción a negarme.

La tela áspera se ajustó sobre el vestido blanco, manchándolo todo aún más, como si la pureza que había intentado aparentar ya no tuviera ningún sentido. Y en cierto modo, no lo tenía.

Mis ojos volvieron a buscarle. Lo colocaron sobre una camilla improvisada, y le pusieron una mascarilla de oxígeno mientras no dejaban de presionar su herida.

Una parte de mí quiso ir con él, desaparecer, pero aún no podía.

Giré la cabeza y lo vi.

Giovanni.

Tendido en el suelo, con la sangre empapando todo a su alrededor, intentando mantenerse consciente, aferrándose a la vida como lo había hecho siempre: con uñas y dientes.

Di un paso hacia él, y nadie me detuvo, porque entendieron que aquello no había terminado. Me arrodillé a su lado, ignorando el caos a nuestro alrededor, ignorando las voces, los pasos, las órdenes.

Solo estábamos él y yo.

Otra vez.

Incliné ligeramente la cabeza, observándole mientras su respiración se volvía irregular, rota.

—Mírate… —murmuré, dejando que una mueca se dibujara en mis labios—. Tan poderoso… y, aun así, acabas en el suelo.

Intentó hablar, pero no pudo.

La sangre le llenó la boca, y me acerqué un poco más, lo suficiente como para que solo él pudiera escucharme.

—No te voy a dejar morir —susurré, con una calma que no sentía —. No así.

Sus ojos se clavaron en los míos, y por primera vez, vi algo. No era miedo, era algo mucho peor: comprensión.

—No te has ganado una muerte rápida —continué, rozando su oído con mis labios—. Lo que tú mereces es algo mucho más agonizante, pero no seré yo quien lo decida —Hice una pausa—, hay alguien a quien le debes mucho.

Me incorporé despacio, limpiándome las manos en el vestido, sin apartar la mirada de él.

—Que se lo lleven —ordené con firmeza.

El silencio que siguió fue distinto, pesado y decisivo. Porque ya no era una víctima.

Ya no.

—Lo quiero con vida —sentencié.

52

Eve

Todo ocurría demasiado deprisa.

El mundo a mi alrededor se había convertido en ruido, fuego y cuerpos moviéndose sin control, como si alguien hubiese roto la realidad en mil pedazos y yo fuese incapaz de recoger ninguno.

—Se acerca un puto ejército —anunció uno de los hombres de Dante.

El aviso cayó como una sentencia, pero no reaccioné, no podía.

Mi cuerpo seguía allí, pero mi mente no.

—No les servirá de nada. —Escuché a lo lejos.

Las explosiones, las órdenes, los pasos… todo empezó a sonar amortiguado, lejano, como si estuviese bajo el agua.

—¡Vamos! —La voz de Alessia me atravesó—. No hay tiempo que perder.

Noté su mano agarrándome del brazo con fuerza, pero no me moví, no podía. El aire dejó de entrar en mis pulmones, el pecho se me cerró de golpe, como si algo invisible me lo aplastara desde dentro, y por más que intentase respirar… no lo conseguía.

—Mírame —ordenó Alessia, colocándose frente a mí—. Mírame, joder.

No la veía, en realidad no veía absolutamente nada.

Solo escuchaba el latir de mi propio corazón, que me golpeaba desbocado por dentro hasta hacerme daño.

—¡O te mueves o te pego un tiro aquí mismo! —rugió ella.

El mundo volvió de golpe, y el aire me entró a trompicones.

Uno.

Dos.

Y entonces, mis piernas reaccionaron, cimbreantes, inestables, como si no me pertenecieran.

No recuerdo en qué momento Dante me agarró, solo sentí cómo mi cuerpo se elevaba del suelo sin esfuerzo, como si no pesara nada, mientras todo seguía ardiendo a nuestro alrededor.

Salimos de la casa.

El impacto del aire frío me golpeó de lleno, pero no fue suficiente para despejarme de todo. Me dejó junto a la camioneta, y durante unos segundos solo pude inclinarme hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas mientras intentaba calmarme.

Caminé un poco, alejándome del agujero, queriendo despejarme. El aire entraba, pero no se quedaba. Me apoyé en uno de los árboles más cercanos a mí, y cerré los ojos.

—Vaya, vaya… —dijo alguien delante de mí.

La voz me atravesó como un cuchillo. Alcé la cabeza despacio y entones lo vi, uno de los hombres de Giovanni. Me observó como si me reconociera, como si me hubiera visto en cientos de ocasiones, y entonces sonrió.

—La putita del jefe…

El mundo se detuvo, el aire volvió a desaparecer y algo se tensó en mi interior.

—¿Ahora juegas a ser la mala? —añadió, avanzando un paso—. No te pega…

En un acto reflejo, agarré con fuerza la pistola que llevaba colgada al chaleco, y apunté al hombre que había frente a mí.

Las manos me temblaban, ni siquiera era capaz de aguantar el arma con firmeza. Pero no permitiría que ese desgraciado se pasase conmigo.

—Podría enseñarte otra vez cuál es tu sitio —continuó, con esa voz asquerosa que me arrastraba directamente al pasado—. Seguro que sigues siendo igual de obediente.

No.

No otra vez.

No iba a volver ahí.

No iba a dejar que nadie volviera a tocarme.

Noté cómo algo dentro de mí se rompía, solo que esta vez fue distinto, más frío y oscuro.

—Que te jodan —escupí con rabia.

Y apreté el gatillo.

El disparo retumbó en el aire.

Uno.

Dos.

Tres.

No me detuve.

Seguí disparando, una y otra vez, viendo cómo su cuerpo retrocedía, cómo la sangre salpicaba, cómo se caía… pero no fue suficiente.

No lo era.

Me acerqué.

Disparé más, hasta que el cargador quedó vacío, y de repente, el silencio llegó de golpe, pesado, irreal.

El cuerpo yacía en el suelo, destrozado, irreconocible, y entonces lo sentí, el temblor y la respiración descontrolada tomando el control de mi ser, pero no solo eso el vacío lo asoló todo.

—¡Eve! —La voz de Dante rompió el momento.

No reaccioné, no podía. Lo único que me permitía mi estado de *shock* era observar lo que acababa de hacer.

—Joder… —murmuró al llegar a mi lado.

Me quitó el arma de las manos, pero yo ni siquiera opuse resistencia, porque ya no quedaba nada.

—Ya está —añadió.

Tiró de mi mano para cobijarme entre sus brazos, pegándome a su pecho. Las amargas lágrimas volvieron a hacer acto de presencia, inundando mis ojos. Un fuerte hipido se escapó de entre mis labios, quería ser fuerte, de verdad que lo deseaba… pero aquello era tan duro que no era capaz de soportarle. Dejé ir un profundo alarido que me desgarró la garganta sin que pudiese hacer nada por evitarlo, siendo consciente de lo que acababa de pasar.

—Está todo bien —aseguró, acariciando mi cabello.

Lloré desconsolada, sintiéndome la peor persona del mundo. Sabía que lo que acababa de hacer no estaba bien, pero me negaba a claudicar, a permitir que me arrastrasen de nuevo. Se había convertido en una cuestión de morir o matar, y no iba a dejar que nadie me pusiera las manos encima.

—Y-yo… —balbuceé, cuando me aparté de su pecho, percatándome de que le había empapado la ropa.

—No te preocupes, *piccola* —respondió, dibujando una dulce y compasiva mueca en sus labios, utilizando ese apelativo cariñoso con el que solo me llamaba Luca—, te juro por mi vida que saldremos de esta, ¿vale? —Asentí, notando como las gotas apenas me dejaban ver—. Vas a estar bien, no permitiré que nadie te toque.

Aquellas últimas palabras se me antojaron una promesa, y cuando alcé la mirada, supe que iba en serio y que sería para siempre.

53

Eve

No recuerdo haber llegado, solo que mis piernas no se detuvieron hasta plantarme frente a la enfermería, con el corazón golpeándome el pecho con una violencia que dolía más que cualquier herida.

—Déjame pasar —exigí.

Mi voz no sonó fuerte, pero tampoco tembló, como si esa Eve que había apretado el gatillo continuase ahí, con el escudo alzado.

El hombre que custodiaba la puerta negó sin siquiera mirarme a los ojos.

—No es posible —me informó—. Está inestable.

Inestable.

La palabra se clavó en lo más profundo de mi pecho, arrastrándose por mi interior como si estuviera anunciando lo inevitable.

—He dicho que me dejes pasar —insistí, esta vez más cerca, invadiendo su espacio.

No se movió.

—Los médicos están trabajando, si alguien entra…

—Se muere —le corté.

El silencio que siguió fue breve, pero suficiente como para que entendiera que no iba a ceder. Apreté los dientes, no iba a suplicarle, no allí, no delante de nadie.

Retrocedí un paso, y luego otro. Porque si entraba, si lo veía… y no respiraba, no iba a salir de allí siendo la misma. Nunca más.

Me giré sin decir nada, recorriendo el pasillo con una rigidez que no era mía, notando cómo todo dentro de mí se sostenía por puro instinto.

Entonces, me encontré al doctor de confianza de Luca, el mismo que vino a verme al apartamento seguro. Lo tomé por el brazo, sujetándolo para que no avanzase.

—Quiero que lo mantengáis con vida —le ordené—. A Giovanni.

Asintió en silencio.

—Obviamente no tengo que decirte que quiero lo mismo para Luca —añadí, fijando la mirada en la suya—, cueste lo que cueste.

—Lo haré.

Continué caminando, porque si me detenía, si pensaba un solo segundo más en lo que había hecho me rompería allí mismo.

El *palazzo* no era el mismo que de costumbre, no después de lo que había pasado.

Había hombres en cada esquina, en cada pasillo y punto ciego que antes ni siquiera sabía que existía. Armas preparadas, comunicaciones activas, miradas tensas… Dante lo había cubierto todo.

La entrada, la salida y cada posible agujero por el que pudiera colarse el enemigo era una fortaleza, y en el centro de todo estaba él, el maldito italiano que me había hecho perder la cordura.

Respiré hondo.

Error.

El aire se me atascó igual que antes, como si mi propio cuerpo rechazara seguir funcionando con normalidad sin él.

—Ve a dormir.

La voz llegó desde atrás, y no me hizo falta girarme para saber quién era, pero, aun así, lo hice. Valentino estaba apoyado contra la pared, con el hombro vendado, la camiseta manchada de sangre seca y la mirada… distinta.

Más limpia y más cansada.

—No puedo —respondí.

Ni siquiera lo intenté.

—Sí puedes —replicó, poniéndose de pie—. No vas a servirle de nada así.

Negué despacio.

—No voy a dejarle solo —aseguré.

—No lo está.

Sus palabras fueron firmes.

—Nunca lo ha estado —añadió, bajando la voz—. Ni siquiera cuando tú no estabas.

Eso me dolió, porque era verdad, porque yo había llegado tarde, y porque siempre parecía hacerlo. Bajé la mirada, notando cómo algo dentro de mí se tensaba de nuevo, esta vez de una manera más profunda y agonizante.

—Has sido valiente —dijo entonces.

Solté una risa sin gracia.

—No sabes de lo que hablas.

—Claro que lo sé —replicó—. Te he visto muchas veces, Eve —aseguró—. Llevo toda mi vida rodeado de monstruos como mi padre, queriendo ser como ellos por puro ego.

Alcé la mirada.

—Y hoy… —continuó—. Tú has sido como ellos, pero lo has hecho por necesidad, no por gusto.

—No era eso lo que quería ser —murmuré.

—Nadie lo quiere —respondió—. Pero a veces es lo único que te mantiene con vida.

Silencio.

El pasado volvía, incómodo, pero más real que nunca.

—El pasado no cambia —añadió después—. Pero lo que hagas con él… eso sí importa.

Le observé unos segundos más, intentando encontrar algo, cualquier cosa, algo que me dijera que no era tan mala persona como ellos.

Pero no lo encontré.

—Vete a dormir, Eve —insistió—. Mañana lo vas a necesitar.

No respondí, pero esta vez, asentí.

Porque sabía que, si me quedaba un minuto más en ese pasillo, iba a derrumbarme delante de todos, y no iba a permitirlo.

Entré en la habitación sin mirar atrás, cerrando la puerta a mi espalda, y por un momento me quedé quieta, sintiendo cómo el silencio caía sobre mí como una losa.

Me di una ducha, y al salir, por primera vez desde que habíamos llegado al búnker, me vi reflejada en el espejo del baño. Estaba paralizada, observándome, sintiendo como si una sombra negra saliese por mi espalda para engullirme despacio, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Tragué saliva, enfrentándome a la imagen de mí misma, esa en la que no lograba identificarme.

¿Y si no volvía a ser la Eve de siempre?

Mis manos estaban manchadas de sangre, igual que las de todos los malnacidos a los que tanto odiaba. Me había vuelto como ellos, era una necia, una hipócrita que no merecía perdón.

Un nudo se creó en mi garganta, haciendo que apenas pudiera respirar. El estómago se me revolvió y unas incipientes náuseas me sacudieron, provocando que me doblase sobre mi propio cuerpo de la angustia.

Caí de rodillas frente al váter, dejando que todo saliera de golpe, con violencia, con esa desesperación que me carcomía por dentro, como si mi propio cuerpo intentara expulsar algo que no tenía forma de sacar de mí.

Respiré a trompicones, sintiendo un profundo dolor en el pecho.

Me incorporé como pude, apoyándome en el lavabo, con las manos temblando, el pecho subiendo y bajando sin control, y el corazón retumbando en mis oídos.

Me llevé la mano a la boca, intentando limpiar lo poco que quedaba en ella. Pero de nada sirvió, ya que esa sensación no desaparecía.

Cerré los ojos y a mi mente vino Giovanni, tirado en el suelo, observándome con esos ojos vacíos, mientras se desangraba lentamente. Negué con la cabeza, intentando alejar esos pensamientos.

El pecho se me cerró con más presión, como si alguien estuviera apretando desde dentro, arrancándome cada bocanada a la fuerza.

—¿Qué has hecho, Eve? —susurré.

Mi voz se rompió antes de terminar.

Las lágrimas llegaron después, al principio lentas, pero después imparables. Me cubrí el rostro, aunque no sirvió de nada, porque no podía esconderme de mí misma.

Esta vez… no había salida.

54

Eve

Volví a meterme en la ducha.

El agua caía sobre mi cuerpo, arrastrando la sangre que ya no existía pero que continuaba pegada a mi piel como una segunda capa que era imposible de quitar.

Me apoyé en la pared de la ducha, dejando que me golpease sin piedad, con la respiración aún inestable, como si mi propio cuerpo no terminara de decidir si quería continuar adelante.

Corté el agua y salí sin pensar demasiado, envolviéndome en la primera toalla que encontré.

No había pasado más que unas horas dentro de la casona de Giovanni, pero las suficientes como para que cientos de recuerdos acudieran a mi mente para sacudirme los cimientos.

Durante años había visto caer a cientos de mujeres en las manos de *La Mort*, las habían usado como simples juguetes sexuales, sodomizado, vendido, maltratado, abusado e incluso asesinado, haciéndolas creer que no valían nada. A mi mente vino aquel osito de peluche que colgaba del tirador de las puertas de las más pequeñas. Eran niñas, ángeles diminutos encerrados en un infierno del que jamás lograrían salir.

En las subastas de *La Mort* se juntaban los hombres más poderosos del mundo, políticos, famosos de alto nivel, empresarios, y obviamente lo mejor de cada mafia. Hacían lo que les daba la gana, porque sabían que allí la libertad estaba a la orden del día. Negociaban, follaban como animales y se drogaban hasta perder el conocimiento.

Allí conocí a Giovanni.

Una de esas malditas fiestas fue mi condena, porque cuando me vio, todo cambió.

Al principio me trataba como si fuese un tesoro, la rosa dentro de la vitrina de *La bella y la bestia*, algo tan preciado que ni siquiera se atrevía a tocarme.

Pronto cambió su actitud al ver que sus recuerdos podían ser mejorados, al principio no supe por qué, pensé que simplemente era un loco ególatra más. Lo que no sabía era cuántos problemas nos iba a traer.

Me vestí rápido, casi a ciegas, como si cada segundo que pasaba lejos de él fuera un error que no podía permitirme.

Fue entonces cuando lo vi.

El papel.

Doblado sobre la cama, medio oculto bajo el cojín, como si hubiera estado esperando a que lo encontrara.

El corazón me dio un vuelco, porque una parte de mí no quería tocarlo, pero lo hice, lo abrí, y el mundo volvió a detenerse como si jamás hubiese girado bajo mis pies.

***

Eve,

Si estás leyendo esto, es porque todo ha salido como esperaba… o porque ya no estoy.

No te pido que lo entiendas, ni siquiera que me perdones.

Lo único que te pido es que te vayas.

En el armario hay una maleta llena de dinero, cógelo, márchate lejos, lo más lejos posible de este lugar, de mí y de todo lo que te haya hecho daño.

No vuelvas la vista atrás.

No te mereces esta vida, no mereces cargar con mis demonios, ni con la guerra que llevo dentro desde antes de conocerte.

Yo elegí esto. Tú no.

Y, aun así… te arrastré conmigo.

Te amo más de lo que debería, más de lo que es justo, y por eso hago este último gesto de amor.

Por eso te dejo ir.

Y si me amas como yo te amo a ti, si alguna vez sentiste algo por mí… no vuelvas.

Vive.

Sé libre.

Aunque eso signifique hacerlo sin mí.
Siempre tuyo.
Luca Moretti.

***

No me di cuenta de cuándo empezaron a caer las lágrimas, no hasta que me percaté de que ya no podía ver.

Apreté el papel entre mis manos, arrugándolo sin querer, como si eso pudiera cambiar lo que acababa de leer, o como si me pudiese traer de vuelta al Luca que conocía.

—Eres un maldito imbécil… —susurré con la voz estrangulada, completamente rota.

Lo era.

Porque seguía creyendo que podía decidir por mí, pensando que mi vida existía sin tenerle a él conmigo. Negué con la cabeza, llevándome la mano a la boca para contener el sollozo que ya me estaba rompiendo por dentro.

No, no iba a irme, no ahora. En realidad, no me marcharía nunca.

Doblé la carta con cuidado esta vez, como si fuese algo frágil, como si dentro de ese papel estuviese su corazón, y todo lo que quedaba de él.

Y salí.

Porque solo había un lugar en el que quería esta.

Los pasillos parecían más largos que antes, más fríos y silenciosos. Aquello había dejado de ser un hogar para convertirse en un edificio cualquiera. Había perdido toda esa calidez, incluso era como si las flores de la entrada se hubiesen marchitado por su falta en un tiempo récord.

Cuando llegué, nadie me detuvo. Tal vez porque vieron mi cara y entendieron que no podían hacerlo.

Empujé la puerta y lo vi. El aire se me quedó atrapado en los pulmones. Allí estaba, habían trasladado un equipo de élite al *palazzo* con todas las máquinas que necesitaban para mantenerlo con vida. Tenía la piel pálida, y su respiración era demasiado pausada.

—Luca…

Mi voz no fue más que un susurro estrangulado.

Me acerqué despacio, como si temiera que desapareciera si lo hacía demasiado rápido, y cuando llegué a su lado… me derrumbé.

Tomé su mano con cuidado, como si pudiera romperse, y las lágrimas comenzaron a emanar de mis ojos, llenas de un dolor que ni siquiera podía describir.

—No me pienso ir —murmuré, inclinándome hacia adelante—. ¿Me oyes? No voy a irme a ningún sitio.

Las pequeñas gotas comenzaron a caer sobre su piel, bañándolo con mi pesar, el mismo que me tenía rota por dentro.

—Así que más te vale abrir los ojos —añadí, apretando su mano —. Porque no pienso dejar que decidas esto por mí.

55

Eve

Un carraspeo suave sonó a mi espalda, fue contenido casi inaudible, pero suficiente como para arrancarme de ese estado en el que llevaba demasiado tiempo sumergida.

Me limpié las lágrimas con la manga sin girarme del todo al principio, como si retrasar ese gesto pudiera darme unos segundos más junto a él, ya que en mi corazón aún brillaba la idea de que despertase al escucharme, aunque sabía que eso no era más que una ilusión que no iba a cambiar nada.

Cuando lo hice, la encontré allí.

Alessia.

Apoyada contra el marco de la puerta, observándome con calma, no con indiferencia ni mucho menos, sino con algo más profundo… algo que era capaz de reconocer demasiado bien.

—¿Puedo? —preguntó, señalando la silla de mi lado.

Negué despacio, desviando la mirada hacia Luca antes de responder.

—Mejor salgamos de aquí —murmuré—, me mata verle así.

No insistió, se limitó a asentir con un leve gesto y se apartó para dejarme espacio.

Me incliné una última vez hacia él, rozando su mejilla con mis labios, deteniéndome apenas un segundo más de lo necesario, como si ese contacto pudiera anclarle a mí de una forma absurda.

—Vuelvo enseguida —susurré, aunque sabía que no podía oírme.

Salimos al pasillo, y el cambio fue inmediato. El silencio de la improvisada enfermería se transformó en un murmullo constante de pasos, órdenes y tensión contenida. Todo el *palazzo* estaba en alerta, vibrando con una energía que ya podía sentir bajo la piel.

Caminamos sin decir nada, hasta alcanzar una de las salidas laterales. El aire frío me golpeó en cuanto crucé el umbral,

obligándome a cerrar los ojos un instante mientras intentaba recomponerme.

Pero no lo conseguí.

No del todo.

Estábamos en la entrada del *palazzo*, y frente a nosotras se erguía una enorme entrada rodeada de flores blancas que daban paso a un gran campo de olivos que custodiaba el terreno. Parecía mentira que pudiese existir un lugar como aquel en medio del caos que estábamos viviendo.

Me senté en el muro de la entrada, al mismo tiempo que me apoyaba contra la pared, dejando caer la cabeza hacia atrás, como si aquel gesto pudiese darme algo de claridad.

—Estoy muy perdida, Alessia —admití al fin, mediante un hilo de voz—. No sé qué estoy haciendo… ni en quién me estoy convirtiendo por el camino.

El silencio que siguió no fue incómodo, sino necesario.

Se acercó a mí, pero no me tocó. Se colocó a mi lado, respetando esa distancia que, en ese momento, era lo único que me mantenía en pie.

—Eso significa que sigues siendo tú —respondió al cabo de unos segundos—. Los que se pierden del todo no se cuestionan nada.

Solté una risa vacía, más cercana a un suspiro roto que a cualquier otra cosa.

—No lo parece.

Bajé la mirada hacia mis manos, aún incapaz de olvidar lo que habían hecho.

—¿Cómo llegaste tú aquí? —pregunté entonces, sin levantar la vista—. A todo esto… a esta vida.

Noté cómo su respiración cambiaba, fue apenas perceptible, pero suficiente como para entender que había tocado una parte de ella que no solía mostrar con facilidad.

—No fue una decisión bonita —dijo al fin—, ni heroica.

Giré la cabeza hacia ella, observándola con más atención.

—Nunca lo son.

Se apoyó también contra la pared, cruzando los brazos en un gesto automático, como si necesitara sostenerse de alguna manera

mientras hablaba.

—Crecí en un sitio donde sobrevivir ya era suficiente —continuó, con la voz agrietada por el dolor—. Mi padre no duró mucho… y mi madre hacía lo que podía para mantenernos a flote.

Fruncí el ceño.

—¿Nos?

Asintió una sola vez.

—Tenía un hermano —añadió, haciendo una pausa, tan pesada como profunda—. Era dos años menor que yo —prosiguió—. Siempre iba detrás de mí, como si yo pudiera protegerle de todo.

Su mirada se perdió en algún punto frente a nosotras, lejos de aquel lugar.

—Pero hay cosas de las que no puedes salvar a nadie por mucho que lo intentes.

Sentí cómo algo se tensaba en mi pecho.

—¿Qué pasó? —pregunté.

No respondió de inmediato, tampoco supe si lo haría ya que era una pregunta complicada y tampoco teníamos una relación tan estrecha como para responder.

Pero entonces, me sorprendió, tragó saliva y cuando habló, ya no encontré esa firmeza en su voz que había apreciado antes.

—La droga llegó antes que cualquier otra cosa —murmuró—. Antes que las oportunidades, antes que una salida…

Cerré los ojos un instante, imaginándolo sin querer hacerlo.

—Intenté sacarle de ahí mil veces —continuó—. Lo tenía encerrado en casa, no quería que saliera porque creía que si lo mantenía así sería capaz de salvarle. —Su mandíbula se tensó—. Por un momento le odié. —Su mirada descendió hacia sus manos, como si quisiera evitar que las lágrimas que ya brillaban en sus ojos empapasen sus mejillas—. Todo lo que hice no fue suficiente. —Hizo una pausa—. Murió por una sobredosis —confesó al final, sin adornos—. Lo encontré yo.

El aire se me atascó en los pulmones, y no pude evitar deslizar mi mano hacia la suya, ofreciéndole un consuelo que nunca llegaría.

—Estaba tirado en la calle, como si no fuese nadie —añadió, y ahí sí, su voz se quebró—. Y lo peor de todo no fue verle así. —Negó

despacio, con los ojos encharcados en lágrimas—. Fue darme cuenta de que vivíamos en un puto mundo donde nadie más había intentado ayudarle. —Una lágrima recorrió su hermoso rostro tostado—. Era un crío, Eve…

Tiré de ella un poco, lo suficiente como para abrazarla, y a pesar de que sabía que el contacto físico no era su fuerte, me recibió gustosa. Un fuerte hipido se escapó de su interior cuando enterró su rostro en el cuello de mi chaqueta.

—Lo siento —musité.

—No quiero que sientas pena —respondió—. Solo que entiendas que todos los que estamos venimos de un sitio roto, como tú.

Alcé la mirada hacia ella.

—Y, aun así, sigues en pie —murmuré.

—A duras penas —replicó con una sonrisa triste—, pero sigo.

—¿Y cómo conociste a Dante?

Una risa apagada llegó a los labios de Alessia.

—Estábamos en pleno centro de Roma, él estaba realizando algunos encargos para los Moretti —me explicó—. En aquel entonces no era más que un crío, igual que Luca —añadió—. Giovanni los había enviado a gestionar varios asuntos, entre los cuales estaba el recoger el dinero de un pago por una protección —continuó contándome—, antes de ser Giovanni Moretti, se dedicaban a la protección de empresarios y comercios, los vandalizaban, agredían y posteriormente les ofrecían cuidar de ellos. —Hizo una breve pausa—. Y ahí es donde entro yo. —Una mueca de tristeza se dibujó en los labios—. Empecé a robar cuando tenía quince años para intentar pagarle un centro de rehabilitación a Vincenzo, al principio él era la excusa fácil para hacerlo, hasta que comenzó a ser una forma de vida.

Apreté su mano un poco más.

—Le robé a la familia equivocada —sentenció al mismo tiempo que una mueca triste se dibujaba en sus ojos, alzó la manga de su camiseta y me mostró un estandarte de una M—. Y así es como acabé siendo parte de todo esto.

—Gracias por contármelo.

Me observó durante unos segundos, evaluándome como si decidiera si confiar o no en lo que acababa de compartir.

—No se lo cuentes a nadie —añadió después, señalándose el pecho—. Prefiero que sigan pensando que no hay nada aquí dentro.

Asentí sin dudar.

—Será nuestro secreto.

56

Eve

El frío terminó de calar en mis huesos cuando el silencio volvió a instalarse entre nosotras, aunque esta vez no fue incómodo, sino pesado, estaba cargado de todo lo que acabábamos de compartir, porque, aunque no nos conociéramos demasiado, supe aquello marcaría un antes y un después.

Apreté un poco más el abrigo, intentando contener ese temblor que no sabía si venía del frío o de todo lo que llevaba dentro guardado.

—¿Qué hay de Giovanni? —pregunté al fin, sin rodeos.

Nombrarlo continuaba siendo una tortura, era como si esa maldad o su jodida sombra se adhiriese a mi piel como un fantasma del que no podía huir.

Alessia no dudó.

—Está en una de las habitaciones medicalizadas —respondió—. Lo mantienen sedado para que no despierte.

Asentí despacio, procesándolo.

—No pueden tenerlo así para siempre —murmuré, más para mí que para el—. Acabará pasándole factura.

—¿Y eso a quién le importa? —replicó con frialdad.

Alcé la mirada.

—A Luca —respondí—. Y a mí.

Porque no, no iba a permitir que ese hombre muriese sin pagar.

No después de todo.

Una fuerte presión se instauró en mi pecho, pero no fue por miedo, sino por esa rabia que brillaba en mi interior dispuesta a acabar con todo.

—Se merece algo peor que morirse dormido, sin enterarse de nada —añadí en voz baja—. Cualquier final que no duela… sería injusto.

Mi compañera asintió en silencio, como si aún estuviese dándole vueltas a algo que no me había contado.

—He estado dentro, Eve.

Parpadeé, y tuve que girarme hacia ella para mirarla.

—¿A qué te refieres?

—En las fiestas de *La Mort* —aclaró—. Antes de sacarte de allí.

El mundo se tensó a mi alrededor, igual que lo hizo todo mi cuerpo.

—¿Qué…?

—Luca y yo —continuó—. Nos infiltramos para encontrarte.

Sentí como algo se descolocaba dentro de mí, y por un momento, mi cabeza comenzó a reconstruir recuerdos, fragmentos, miradas… cosas que en su momento no entendí, pero que ahora llegaban a trompicones.

***

Meses atrás, fiesta de Giovanni Moretti con mercancía de La Mort.

El aire me faltaba.

No era una sensación, era una realidad que me aplastaba el pecho mientras avanzaba sin saber muy bien hacia dónde, con pasos torpes, desacompasados, como si el suelo se moviese bajo mis pies.

Solo quería salir.

Huir del allí, del ruido, de las miradas, de las manos que aún sentía sobrevolar mi piel aunque no me estuvieran tocando.

Me escabullí entre la gente, esquivando cuerpos, voces, risas que me perforaban los oídos, hasta alcanzar el pasillo que llevaba al jardín trasero.

Si conseguía llegar y respirar, aunque fuera unos segundos, ya nada importaría.

Ni el castigo.

Ni las consecuencias.

Nada…

No llegué, porque antes de que pudiera cruzar el umbral de la puerta, una mano me sujetó con violencia del brazo, clavándose en mi piel hasta marcarse.

—Me estás haciendo daño… —murmuré, intentando zafarme.

—¿Dónde te crees que vas? —La voz de Arseni sonó baja, cargada de algo que me heló la sangre.

—Necesito aire —respondí casi sin voz.

Era verdad, lo necesitaba, porque sentía que me ahogaba en ese mar de personas que me rodeaba.

—Tienes clientes esperando.

El estómago se me revolvió al escucharle y una arcada subió hasta mi boca, haciendo que tuviese que tapármela para no vomitar.

—Ahora no, por favor… —le pedí, aunque se me antojó más una súplica que cualquier otra cosa.

Ni siquiera sabía de dónde había sacado las fuerzas para rogarle, pero lo hice, y ese fue el peor de los errores, porque su agarre se volvió más duro y cruel.

—Tú no tienes poder de decisión —susurró junto a mi oído.

Y entonces tiró de mí, arrastrándome de nuevo al centro de todo, a mi infierno personal, ese en el que llevaba demasiado tiempo rodeada de demonios.

El sonido se apagó de golpe cuando detuvo la música, y ese silencio lleno de chismorreos fue aún peor, porque provocó que todas las miradas se clavaran en mí. Sentí cómo el mundo se reducía a ese círculo cerrado del que no podía escapar.

Una mujer me observó con pena, pero pronto volvió a girar sobre sus talones para desaparecer entre la muchedumbre que ya vitoreaba al maldito de Arseni.

Me empujó hasta la mesa central, obligándome a subir sin darme opción, como si no fuese más que parte del espectáculo, y yo accedí, lo hice con el cuerpo temblando, a sabiendas de lo que ocurriría si no obedecía.

El vestido se deslizó bajo sus manos sin delicadeza, sin respeto, dejándome expuesta bajo la luz que ahora parecía demasiado intensa.

Quise desaparecer, dejar de existir en ese preciso instante, pero no podía, no porque no quisiera, sino porque no me lo permitían.

El murmullo creció a mi alrededor, cargado de deseo, de algo sucio que parecía impregnarse en mi piel, ensuciándome sin siquiera tener que tocarme.

Una lágrima cayó sin que pudiera evitarlo, solo una, porque incluso llorar allí era peligroso.

Cerré los ojos, no para protegerme, sino porque era lo único que podía decidir.

***

El recuerdo me golpeó con tanta fuerza que tuve que cerrar los ojos un instante, igual que en ese momento.

El aire entró a trompicones en mis pulmones, como si hubiese estado conteniendo el aliento durante todo ese tiempo.

—Eve. —La voz de Alessia me sostuvo, firme, devolviéndome al presente poco a poco.

Estaba allí.

No en ese lugar, sino mucho más lejos, a salvo.

Tragué saliva, notando el sabor amargo que siempre dejaban esos recuerdos, intentando deshacer el nudo que se había creado en mi garganta.

—Tú estabas allí… —murmuré, mirándola como si necesitara confirmarlo.

No la culpé, tampoco a Luca, ¿qué iban a hacer en esa situación? ¿Irrumpir frente a Arseni para declararle la guerra a *La Mort*? Obviamente no.

Alessia asintió con pesar.

—Lo siento.

Negué con la cabeza, porque sí, ese podía ser mi pasado, pero jamás continuaría siendo mi historia.

57

Eve

Algo cambió.

No supe decir qué fue exactamente, si el silencio que se volvió demasiado denso o la forma en la que el aire dejó de moverse entre los olivos, pero mi cuerpo sintió antes de que mi mente pudiera comprenderlo.

Me quedé quieta.

Alessia también.

No hizo falta mirarnos para saber lo que lo había percibido.

—¿Va todo bien? —Escuché como decía Dante por el *walkie talkie*.

—Sí, de momento —respondió ella.

Achiqué los ojos, ya que por un momento creí haber visto una tela tirada en el suelo, una bolsa… Algo que no debía estar allí.

Alcé la vista hacia el camino que conducía a la salida, ese pasillo natural flanqueado por hileras de olivos que minutos antes me había parecido casi hermoso y que ahora se me antojaba como una trampa.

Entonces lo vi.

Una sombra, demasiado inmóvil para ser natural.

—Detrás de mí —ordenó Alessia, colocándose delante sin dudarlo, el cuerpo en tensión, la mano ya cerca del arma.

No me moví.

No podía.

Algo dentro de mí tiraba hacia adelante con una fuerza que no tenía sentido, como si necesitara ver, confirmar, enfrentarme a lo que allí había.

—Eve —insistió, más firme esta vez—. Vuelve dentro —sentenció —. Ahora.

Negué despacio y avancé.

Cada paso se me clavaba en el pecho, lento, pesado, mientras el mundo se estrechaba a ese punto fijo al final del camino.

Alessia soltó un improperio en voz baja, pero no intentó detenerme, sino que me acompañó, cubriéndome, arma en mano, vigilando cada ángulo.

Cuando llegué, entendí qué era lo que estaba ocurriendo.

El cuerpo yacía en el suelo, boca arriba, con los ojos abiertos, vacíos, y la sangre se extendía bajo él como una mancha oscura que se filtraba en la tierra.

El olor metálico me golpeó de lleno.

Tragué saliva.

—¿Lo conoces? —pregunté, sin apartar la mirada.

Alessia no respondió con palabras, sino que se limitó a asentir, una sola vez.

—Volvemos dentro —dijo entonces, girándose, ya preparada—. Ahora.

No llegamos a movernos cuando un disparo rompió el aire.

Seco. Brutal.

—¡Corre! —vociferó.

No lo pensé.

El cuerpo reaccionó antes de que la cabeza lo hiciera, giré sobre mis talones y eché a correr junto a ella mientras otro disparo silbaba demasiado cerca.

El mundo se convirtió en ruido.

Pasos. Voces. Disparos.

El suelo parecía moverse bajo nuestros pies, los pulmones comenzaron a arderme, como si cada bocanada de aire fuese insuficiente.

No llegaba.

Comencé a sentir el sabor metálico en la boca, cómo iba ahogándome poco a poco, mientras el latir de mi corazón se volvía cada vez más ensordecedor, tanto que apenas podía escuchar mi propia respiración.

—¡Las puertas! —rugió la voz de Dante por el *walkie*.

—¡Ábrelas ya! —ordenó Alessia, sin frenar, tirando de mí cuando mi ritmo comenzó a fallar.

La vista se me nubló, las piernas me pesaban, pero, aun así, continué, porque parar significaba morir.

El rugido de un motor irrumpió en el caos.

Un cuatro por cuatro apareció al final del camino, avanzando a toda velocidad, levantando tierra a su paso, directo hacia la entrada del *palazzo*.

—¡Dentro! —bramó Alessia.

Las puertas se abrieron lo justo.

Nos colamos en el último momento. El vehículo se acercaba a una velocidad irreal. Dante ordenó alzar las defensas, y un golpe seco retumbó en toda la casa.

Tras eso, silencio.

Uno breve. Irreal, y entonces… La alarma.

Un sonido agudo, constante, desgarrador, y esta vez no provenía del exterior, sino de la enfermería.

—Es Alexander.

58

Eve

La alarma no dejó de sonar en ningún momento.

Atravesaba los pasillos, rebotaba contra las paredes, se metía bajo la piel como si quisiera romperme desde dentro, marcando cada segundo con una urgencia que no me dejaba ni pensar.

Corrí.

No supe en qué momento empecé a hacerlo, solo que mis piernas se movían solas, descontroladas, mientras el aire volvía a faltarme igual que antes, igual que siempre que todo se venía abajo.

La sala medicalizada.

Solo existía ese punto.

Empujé a quien se cruzó en mi camino, esquivé cuerpos, voces, manos que intentaban detenerme, pero no lo conseguían. Nada iba a hacerlo.

Hasta que llegó él y lo hizo.

Valentino.

Apareció frente a mí como un muro, y así lo sentí ya que acabé chocando de bruces contra su pecho. Su mano se cerró sobre mi muñeca, firme, inamovible, obligándome a detenerme.

—Suéltame —exigí con una fuerza que ni siquiera supe reconocer mi propia voz.

No lo hizo.

Ni siquiera parpadeó.

—Fuera —ordenó, sin mirarme a mí, sino al resto—. Todo el mundo a lo suyo. Ahora.

Su tono no admitió réplica.

Uno a uno, los hombres comenzaron a dispersarse, no sin antes lanzar miradas tensas hacia la puerta cerrada.

El pasillo se vació, quedándonos solos.

—Valentino… —supliqué, con la voz estrangulada, tirando del brazo—. Déjame pasar.

Negó despacio.

—No.

La respuesta fue seca, definitiva.

Noté cómo algo dentro de mí se quebraba.

—Por favor… —insistí, más bajo esta vez, sintiendo cómo la desesperación emanaba de cada poro de mi piel—. Necesito verle.

Cerró los ojos un segundo, como si esa petición le pesara más de lo que estaba dispuesto a admitir, y cuando volvió a mirarme, su expresión fue distinta. Más dura.

—Es mejor que no le veas así.

Las incipientes lágrimas que habían inundado mis ojos comenzaron a desbordarse como dos cascadas.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté, notando cómo el pánico volvía a treparme por la garganta, creando un enorme nudo.

—Ha tenido un *shock* reactivo —respondió—, debido a unos fármacos.

Parpadeé.

No era suficiente.

Todo estaba pasando demasiado rápido, y eso no me gustaba ni un pelo. Primero el cuerpo en el camino; luego el ataque; y posteriormente la alarma.

Mi estómago se revolvió.

—¿De verdad puedo confiar en tí? —solté, sin poder frenar esas palabras que no dejaban de repetirse en mi mente como un jodido mantra.

Sus dedos se tensaron alrededor de mi muñeca, no con violencia, sino con algo mucho peor.

Decepción.

—¿Tienes alguna otra opción? —replicó en voz baja.

Me quedé sin aliento, porque su respuesta no fue precisamente clara, sino que provocaba que el batiburrillo de pensamientos que aún gritaban en mi mente se liase aún más.

—Mírame —ordenó.

Me soltó despacio, pero no se apartó.

Le hice caso, y sus ojos no vacilaron.

—Estoy aquí —continuó—, y eso ya debería decirte suficiente.

Tragué saliva, porque en su mirada había verdad, una que dolía en lo más profundo de mi alma.

—Confía en mí, Eve —añadió—. Porque ahora mismo… es lo único que tienes.

Cerré los ojos un segundo.

Asentí, no porque estuviera convencida, sino porque no podía permitirme romperme ahí.

El silencio volvió, pero esta vez cargado de algo distinto: determinación.

—Tenemos que matar a Giovanni —sentencié—, y acceder a *La Mort* mediante ti.

—¿Qué quieres decir?

Se llevó una mano al rostro, arrastrando el cansancio como si pesara más que cualquier herida.

—Si acabamos con él, y llegamos a *La Mort* presentándote como su heredero, podríamos atacar y salvar a todas esas mujeres que tiene encerradas.

—Yo no soy la cara visible de Giovanni, Eve —explicó—. Nunca lo he sido.

El mundo volvió a tensarse, porque cada idea que tenía acababa desmoronándose como un castillo de naipes sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Entonces… ¿quién?

Suspiró, sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca, dándole una larga calada.

—Tiene a alguien —dijo al fin—. Alguien que mueve los hilos cuando él no está.

Sentí como todo su cuerpo se tensaba, igual que lo hacía el mío. Tener que pensar en ello estaba suponiendo un esfuerzo para Valentino, y se lo agradecí mentalmente, porque él era la pieza clave para que todo saliera bien.

—¿Quien? —Quise saber.

Por un momento permaneció en silencio, como si no se atreviese a mentarlo.

—Il Corvo.

59

Eve

—¿Quién es *Il Corvo*? —pregunté, clavando la mirada en Valentino, sin permitirle apartarse ni un segundo, porque ese nombre no solo era una pieza más, era algo que llevaba demasiado tiempo oculto, y que era momento de contar.

Valentino expulsó el humo con lentitud, observándolo disiparse como si necesitara ganar unos segundos antes de responder, y cuando lo hizo, su voz sonó baja, contenida, pero al mismo tiempo firme.

—Nadie lo sabe.

Fruncí el ceño, sintiendo cómo la tensión volvía a instalarse en mi pecho, porque aquella respuesta no era suficiente, no después de todo lo que estaba ocurriendo.

—Eso no me sirve —repliqué, dando un paso hacia él, acortando la distancia—. Tiene que haber algo más, siempre lo hay.

Su mandíbula se tensó apenas un segundo, lo suficiente como para que me percatase, como si estuviera calibrando hasta qué punto podía seguir ocultando lo que sabía, pero al final, negó con la cabeza, sin apartar los ojos de los míos.

—No tiene rostro, no tiene nombre, y nadie lo ha visto entrar o salir —explicó—. Se reúne con Giovanni en privado, siempre en su despacho, sin testigos, es como si no existiera para nadie más.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, lento, incómodo, porque aquello no sonaba a alguien mundano, sino a algo más espiritual, a un fantasma, a una sombra que llevaba demasiado tiempo moviéndose entre nosotros sin que nadie hubiera sido capaz de identificarle.

—Eso es imposible —murmuré, más para mí que para él, aunque en el fondo sabía que no lo era.

—En el círculo de *La Mort* y mi padre nada lo es —respondió con calma, sin que hubiese un ápice de nervios—. Y menos cuando se trata de alguien que se ha asegurado de no dejar rastro.

Apreté los labios, formando una línea, sintiendo cómo mi mente empezaba a girar con más rapidez, encajando piezas que hasta ese momento no había sido capaz de ver.

—¿Y Vanko? —insistí—. ¿Podría ser él?

Valentino negó de nuevo, esta vez con más convicción, casi con desprecio.

—Vanko es demasiado evidente, demasiado ruidoso… Necesita demostrar constantemente quién es, y Giovanni no confiaría algo así a alguien que no sabe moverse en la sombra.

La frustración empezó a crecer dentro de mí, mezclándose con esa ansiedad que llevaba horas acumulando, porque cada respuesta abría más preguntas, y ninguna me acercaba realmente a la verdad.

—Entonces piensa —exigí, elevando ligeramente la voz—. Has estado dentro, has visto cosas que otros no… no puede ser que no recuerdes nada útil.

Valentino me sostuvo la mirada sin vacilar, pero esta vez su expresión se endureció, como si también él estuviera empezando a sentir el peso de la situación.

—Lo estoy haciendo —respondió—. Tú también has estado dentro.

—Pues tiene que haberlo —insistí, haciendo caso omiso a lo que me había dicho—. Siempre hay alguien que observa sin ser visto, alguien que está lo suficientemente cerca como para saberlo todo.

Mi voz se fue apagando poco a poco, no porque quisiera callar, sino porque algo dentro de mí comenzó a moverse, una sensación que se aferraba en lo más profundo de mis entrañas.

Cerré los ojos durante un instante, intentando ordenar el caos que se abría paso en mi mente.

—Eve…

***

Tiempo atrás, fiestas de Giovanni en colaboración con «La Mort».

La música se filtraba por cada rincón del caserío en el que nos encontrábamos, mezclándose con el murmullo constante de conversaciones que nunca terminaban de escucharse con claridad, como si todo estuviera diseñado para confundir.

Caminaba entre cuerpos que no miraba, con la cabeza ligeramente inclinada, sintiendo cómo cada paso me arrastraba más hacia ese infierno que ya conocía demasiado bien, donde nadie era quien decía ser y, al mismo tiempo, todos sabían exactamente cuál era su papel.

Las máscaras lo cubrían todo.

Rostros inexistentes, identidades diluidas, hombres que se movían con una seguridad que solo podía nacer de esa falsa impunidad que creían tener.

Noté como alguien me agarraba del brazo, y entonces, me encontré de bruces con Vanko, quien se acercaba su rostro de tal manera que podía notar su aliento asqueroso chocando con el mío. Olía a una mezcla de cava rancio y tabaco.

—Giovanni te precisa en media hora —me informó, aún sujetándome con firmeza por el brazo.

Tragué saliva, sintiendo cómo el dolor comenzaba a subirme hacia el hombro.

—Suéltame —le insté.

—De eso nada —aseguró—, porque en cuanto te suelte Giovanni, pienso rellenarte como un bollo de crema —susurró contra mi oído, para segundos después lamerme el lóbulo—, ni siquiera quiero que te limpies los restos del jefe.

—Eres asqueroso —bisbiseé.

Sonrió con maldad, provocando que la cicatriz de su labio se estirase. Por suerte, otro de sus hombres se acercó antes de que pudiese decir nada.

—*Il Corvo* ha llegado.

La frase no fue pronunciada en alto, no con intención de que alguien más la oyera, pero estaba tan cerca, que atravesó el ruido, colándose entre los sonidos.

***

Abrí los ojos de repente, como si hubiese regresado de golpe a la realidad.

El pasillo volvió a tomar forma a mi alrededor, la luz cálida, el silencio tenso, y Valentino frente a mí, observándome con una atención que no había estado ahí antes.

—Lo he oído —murmuré, aún atrapada en ese recuerdo que se resistía a desaparecer—. Ese nombre… ya lo había oído antes.

Su expresión cambió, lo justo para hacerme saber que aquello era importante.

—¿Dónde?

Tragué saliva, sintiendo cómo cada pieza empezaba a encajar de una forma que no me gustaba en absoluto.

—En una de las fiestas —respondí—. Estaba hablando con Vanko cuando uno de sus hombres vino a informarle de que había llegado.

Bajé la mirada un instante, intentando ordenar lo que acababa de recordar, pero cuanto más claro lo hacía, más claro se volvía.

60

Eve

—Eve.

La voz de Dante me sacó del bucle en el que estaba metida desde que mi mente recordó su nombre: *Il Corvo.*

Giré la cabeza hacia él, todavía con el eco del miedo retumbándome en el pecho, como si no fuera solo un nombre, sino una advertencia.

—¿Va todo bien? —preguntó con seriedad, mirando a Valentino.

—Sí, todo bien —aseguré, a sabiendas de que no acababa de confiar en el hombre que tenía a mi lado—. ¿Qué ocurre?

—El equipo está listo —respondió, señalando con un movimiento de su cabeza el pasillo que daba al *parking*—. Vamos a salir a comprobar el vehículo.

Asentí despacio, notando cómo algo dentro de mí se tensaba.

—Después del impacto no debería de haber sobrevivido nadie —añadió, aunque su tono no transmitía esa seguridad que acostumbraba a portar, sino más bien la necesidad de convencerse a sí mismo.

Eso fue lo que me hizo dudar, porque si algo tenía claro era que *Il Corvo* no era un hombre torpe que pudiese cometer esa clase de errores. No se estrellaría como un imbécil en unas protecciones como aquellas.

Apreté los labios, conteniendo el impulso de decirlo en voz alta. Aún no era el momento.

—Voy con vosotros —dije al final.

Dante me observó un segundo más de lo necesario, como si estuviese valorando hasta qué punto iba a ser un problema.

—Está bien —aceptó—. Pero te mantienes detrás de mí en todo momento.

No respondí, porque tenía bien claro que no iba a hacerlo.

Nos pusimos en marcha, y el sonido de nuestras pisadas se mezcló con el leve murmullo de los *walkies*, creando esa atmósfera tensa que precede a algo que aún no ha llegado a pasar, pero que sabes que va a hacerlo.

Al girar el último tramo de pasillo los vi, Alessia ya estaba allí, apoyada sobre el *jeep* de Luca, con dos chalecos antibalas colgando de una mano y el gesto tenso, aunque su mirada se suavizó apenas un instante cuando vio a Dante.

—¿Has tardado o te estabas peinando? —soltó, sin apartar los ojos de su compañero.

Dante sonrió ladino, con ese gesto arrogante que parecía automático en él.

—No me mires mucho, que aún te enamoras —le respondió, guiñándole un ojo.

Ella bufó, apartándose para darle el chaleco con un golpe seco en el pecho.

—Céntrate, idiota.

—Estoy muy centrado —respondió él, inclinándose apenas lo suficiente hacia ella—. Sobre todo cuando estás cerca.

Alessia negó con la cabeza, pero no retrocedió.

—Como te maten ahí fuera, no pienso llorarte.

—Lo harás —replicó Dante con calma—. Mucho.

Durante un segundo, el ambiente cambió, no fue tensión lo que se respiraba, sino que cientos de chispas saltaban entre los dos.

—¿Podemos dejar la telenovela para otro momento? —intervine, ajustándome el chaleco—. Porque fuera hay alguien que ha decidido estrellarse contra nosotros, y no creo que haya sido por accidente.

Ambos mantuvieron sus miradas fijas, hasta que di dos palmas, sacándolos de ese desafío.

Alessia me tendió el casco sin decir nada más, y cuando me lo coloqué, el mundo se redujo a mi respiración, latidos y ese zumbido constante que nunca terminaba de desaparecer y que llevaba sintiendo desde la explosión en la casona de Giovanni.

Las puertas comenzaron a abrirse lentas y pesadas, y cuando el aire exterior volvió a golpearnos, supe que algo no encajaba.

Los chicos salieron antes, avanzando en formación, con las armas listas, y movimientos coordinados dignos de un ejército.

Nosotros fuimos detrás, paso a paso, sin prisa y sin margen de error.

El coche estaba ahí, destrozado, hundido sobre sí mismo como si lo hubiesen aplastado desde fuera, con el metal retorcido y la carrocería convertida en un amasijo de hierros imposible de desliar.

Nadie podría haber sobrevivido a eso.

—Limpio —anunció uno de los hombres al acercarse.

Fruncí el ceño.

—¿Limpio?

Algo no cuadraba.

Aceleré el paso, ignorando la orden implícita de mantener la posición y cuando llegué al vehículo, lo vi.

O mejor dicho, no lo vi.

—No hay nadie… —murmuré, sintiendo cómo un frío distinto me recorría la espalda.

Las puertas estaban deformadas, el interior era un caos de cristales y hierro, pero no había sangre suficiente, ni cuerpo, no había rastro.

—Eso es imposible —dijo Alessia a mi lado, bajando ligeramente el arma sin dejar de escanear el entorno.

Me agaché un poco, observando el suelo, buscando alguna señal, pisadas, un arrastre… cualquier cosa que indicase que ahí había alguien, pero no había nada, todo estaba demasiado limpio.

Levanté la cabeza despacio, sintiendo como todo el aire se volvía más denso y pesado.

El corazón comenzó a latirme en las orejas con tanta fuerza que ni siquiera podía escuchar. Comencé a respirar a trompicones, el aire no entraba en mis pulmones. Con las manos torpes comencé a buscar el cierre del casco, necesitaba quitármelo, me estaba ahogando.

Caminé alejándome del coche, oyendo de fondo como Alessia me llamaba.

Conseguí quitármelo, y lo lancé lejos, al mismo tiempo que apoyaba las manos en las rodillas, buscando algo de estabilidad.

—Todo ha sido un error —comencé a decir, angustiada.

Dante vino a donde me encontraba.

—¿Qué dices?

—Esto… —Señalé el coche—. No era para entrar.

Hice una pausa, sintiendo cómo la idea terminaba de formarse en mi mente.

—Era para distraernos.

61

Eve

Durante unos segundos permanecí completamente inmóvil frente al coche, siendo incapaz de procesar lo que tenía delante.

Todo gritaba muerte, salvo el hecho de que allí no había nadie.

El silencio pesaba más que el propio accidente, porque a pesar de que había intentado evitarlo, mi mente no dejaba de trabajar sin descanso a una velocidad de vértigo.

No era capaz de comprender cómo alguien podía haberse colado en el recinto, estaba todo vallado, y además, ¿para qué? Si nos querían distraer, ¿qué demonios querían conseguir? Eran tantas las preguntas que ni siquiera era capaz de detenerme en una, mi mente iba a mil, tanto que apenas escuchaba lo que ocurría a mi alrededor.

—Hay algo que no me cuadra —musité.

Dante no dejaba de caminar de un lado a otro, como si intentase aclararse, igual que lo intentaba yo. Nada tenía sentido, y mucho menos cuando Giovanni estaba siendo custodiado por cuatro hombres, además del doctor y su ayudante. No podrían entrar de ninguna de las maneras.

—Joder… —escupió Dante, y esta vez no fue una palabra, fue un golpe.

Su puño impactó contra la carrocería con tanta fuerza que el sonido reverberó en el aire, violento, arrancándome un leve temblor que me recorrió de pies a cabeza.

Me tensé, y no por el ruido, sino por él, porque Dante no acostumbraba a perder el control, y mucho menos de aquella manera.

Se pasó una mano por la cabeza, respirando hondo, conteniéndose por pura fuerza de voluntad, mientras sus ojos recorrían el coche como si quisieran encontrar algo que no estaba allí.

—Quiero que saquéis huellas, restos, sangre, lo que cojones sea, como si es un puto pelo, pero quiero que reviséis cada maldito centímetro de este vehículo.

Los hombres se movieron al instante.

—Andrei —añadió, llevándose la mano al oído para hablar con este por el pinganillo—. En cuanto tengas algo, lo quiero en la pantalla, hackea cualquier dispositivo que haya dentro del coche.

Asentí para mí misma, observando el interior destrozado mientras mi mente continuaba girando sin control. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido, ¿cómo iba a ir un coche a esa velocidad sin tener un conductor? Y en el caso de que lo tuviera, ¿por qué no quedaba ni rastro?

—¿En serio creéis que alguien querría salvar a ese malnacido? —cuestionó Alessia, pasando al otro lado del coche.

Cogí aire y lo dejé ir a modo de suspiro, Alessia no conocía a Giovanni, y mucho menos a *La Mort*, no comprendía hasta dónde podía llegar su poder, y eso hacía que infravalorasen a lo que nos estábamos enfrentando.

—Obviamente —respondí.

—Si Giovanni no vuelve… —La voz de Valentino sonó a mi espalda, esta vez más baja—, esto va a convertirse en una carnicería.

Giré la cabeza hacia él.

—¿A qué te refieres?

Se acercó despacio, sin prisa, con esa calma que empezaba a inquietarme más que cualquier estallido de violencia.

—A que el equilibrio que mantiene todo esto en pie es más frágil de lo que crees —explicó—. Sin él, no hay jerarquía… Solo hambre.

Una pausa.

—Y cuando eso pasa, todos quieren el trono.

—Será mejor que hablemos dentro —apuntó Dante.

—Un momento.

Valentino se acercó al vehículo de nuevo, agachándose en el asiento del piloto, hurgó un poco la parte inferior del volante y de este sacó un almacenamiento USB. Lo alzó, mirándome con una

sonrisa victoriosa en los labios, hasta que Dante se acercó para arrebatárselo.

—Pasad —ordenó.

Accedimos, mientras escuchaba como Dante coordinaba al resto del equipo.

Sentí cómo el estómago se me encogía, porque no hablaba solo de una guerra, sino de algo peor, de algo oscuro.

—Ese coche… —continuó, señalando el amasijo de hierro—. No es uno cualquiera.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Valentino pasó la mirada por el vehículo, como si estuviera viendo más allá de lo evidente.

—Solo existen cinco ejemplares de este modelo —informó—. Cuatro de ellos están blindados y fueron entregados a los hombres más fieles de Giovanni.

Se agachó ligeramente, observando la estructura con atención.

—Son rápidos, ligeros… y prácticamente indestructibles.

Alcé la vista hacia él.

El pequeño de los Moretti sacó una caja de cigarrillos y se llevó uno a la boca, dándole una larga calada nada más encenderlo. Por un instante permanecí observándole, encontrándole más de un rasgo similar a los de Luca. Obviamente no era tan guapo como él, pero debía admitir que ambos tenían ese porte especial que llamaba la atención tan solo con una mirada. Además, los ojos de Valentino eran azules, como los de Giovanni, mientras que los de Luca eran los más especiales que hubiese visto jamás.

—¿Y quién los tiene?

Valentino no respondió de inmediato. Es más, se levantó cogiendo un fajo de fotografías entre las cuales fue buscando hasta encontrar las adecuadas.

—Vanko Moguilevich —dijo, dejando caer la primera.

La imagen golpeó en la mesa al mismo tiempo que caía boca arriba.

—Dara Smirnov.

La segunda cayó justo al lado, y el corazón me dio un vuelco. Ese nombre… Lo conocía, pero antes de que tuviera tiempo a decir nada, Valentino lanzó la tercera.

—*Il Corvo* —añadió, con un tono distinto.

62

Eve

—No solo ellos forman parte de ese círculo —continuó Valentino—. Los que tenían acceso a este tipo de recursos no eran simples hombres de confianza de mi padre… eran piezas clave dentro de la estructura.

Alessia giró ligeramente la cabeza hacia él, observándolo con más atención de la que había mostrado hasta el momento.

—¿Y tú? —preguntó sin rodeos.

Valentino esbozó una sonrisa tenue, amarga, de esas que no nacen de algo bonito, sino de una verdad que ya no duele porque se ha asumido tiempo atrás.

—Yo no —respondió con calma—. Nunca tuve esos coches, ni siquiera beneficios.

No añadió nada más, pero no hizo falta.

Lo entendí en el instante en el que sus palabras se asentaron en el aire, en ese silencio breve que siguió porque no hablaba solo del vehículo de beneficios, como él lo había llamado, hablaba de la importancia que su padre le había dado en su vida.

Y por primera vez desde que le conocí, sentí pena por él.

No lo suficiente como para olvidar quién era, ni todo lo que había hecho a escondidas de Luca, pero sí lo bastante como para ver la grieta que se había hecho en esa coraza que siempre llevaba alzada.

Aparté la mirada antes de que se diera cuenta.

—Entonces *Il Corvo…* —murmuré, retomando el hilo, porque no podía permitirme quedarme ahí— también forma parte ese círculo.

Valentino alzó la cabeza, y esta vez no hubo duda en su respuesta.

—*Il Corvo* es mucho más —afirmó—. No está dentro del sistema… él lo alimenta, lo sostiene.

El peso de sus palabras cayó entre nosotros con una contundencia que hizo que Dante se detuviera en seco.

—¿*Il Corvo?* —repitió, girándose hacia nosotros con el ceño fruncido—. ¿De qué cojones estáis hablando?

Intercambié una breve mirada con Valentino antes de responder, consciente de que aquello cambiaba el tablero por completo.

—De alguien que no existe —expliqué—. Alguien a quien no hemos visto, pero que se mueve entre Giovanni y *La Mort* sin dejar rastro, es una pieza clave en la vida de patriarca de los Moretti.

Dante permaneció en silencio unos segundos, procesándolo, y su expresión fue endureciéndose poco a poco, como si cada pieza que encajaba le gustase menos que la anterior.

—¿Y no se os había ocurrido mencionarlo antes? —inquirió, con una calma que no sentía.

—No teníamos nada —intervino Valentino—. Solo teorías.

—Pues ahora lo tenemos —replicó Dante—. Y eso lo cambia todo.

Se pasó una mano por el rostro, respirando hondo, como si estuviera reorganizando cada movimiento a partir de ese nuevo dato, y cuando volvió a hablar, ya no quedaba rastro de esa calma que quería aparentar.

Sacó el teléfono, marcó rápido, puso el altavoz y nada más descolgar al otro lado ordenó:

—Quiero que busques cualquier mención a *Il Corvo*, me da igual de dónde salga, bases de datos, archivos, grabaciones… Lo que sea.

—Es muy complicado encontrar algo así—respondió Andrei al otro lado del teléfono—. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Si hay alguien que pueda encontrarlo eres tú.

—Gracias por la confianza. —Rio el pequeño de los Romanov al otro lado del teléfono.

—Luego hablamos.

Colgó, y vi como su mirada se desviaba hasta posarse en la mujer de mi lado.

—Alessia, revisa cámaras, perímetro completo —continuó—. Quiero saber si ese coche llegó solo o alguien lo trajo aquí, haz una revisión de todas las cámaras de seguridad a las que Andrei pueda conectarte.

—Hecho.

—Valentino —añadió, clavando los ojos en él con desconfianza—. Tú vendrás después conmigo.

Vi como el Moretti apretaba la mandíbula, y le rogué al universo que no decidiera contestarle de mala manera. Podía sentir la tensión que nos rodeaba cuando Dante y él estaban cerca, y no era precisamente de la buena.

Valentino se limitó a asentir en silencio, obviando lo que yo ya había notado. Se lo agradecí con una caída de ojos, porque lo último que necesitábamos eran más enfrentamientos y más mierda que gestionar.

Dante se puso en pie y dio un par de palmas al aire, secas y firmes.

—Cada uno a lo suyo, no se os ha perdido nada aquí.

El grupo comenzó a dispersarse casi de inmediato, cada uno ocupando su lugar dentro de aquel engranaje que empezaba a girar con una velocidad inquietante, como si todo hubiese entrado en una fase distinta de la que ya no habría vuelta atrás.

Yo también me moví, aún con la sensación de que había algo que no encajaba de esa forma tan perfecta con la que esperaba que lo hiciera, de que *Il Corvo* no era solo una pieza más, sino el eje alrededor del cual giraba todo lo demás.

—Eve.

La voz de Dante me detuvo antes de que pudiera atravesar la puerta de salida del gran salón.

Me giré sobre mis talones, despacio, y cuando lo hice me encontré con una mirada distinta, llena de una intensidad contenida, pero más personal, algo que jamás creí que vería en sus ojos.

—¿Podemos hablar?

63

Eve

—¿Hay algún problema? —pregunté, sosteniendo la mirada a Dante. aunque por dentro todo en mí se tensaba, como si mi propio cuerpo ya supiera que la respuesta no iba a gustarme.

No contestó de inmediato, permitió que todo el mundo saliera, tomándose su tiempo. Me observó con esa calma suya que no era para nada real, como si estuviera midiendo cada palabra antes de soltarla. Cuando por fin habló, lo hizo, me dejó claro que no era una simple duda.

—Sí —anunció—. No me fío de Valentino.

El golpe fue seco y directo.

Parpadeé despacio, procesándolo, porque no era algo que no hubiera pensado antes, pero escucharlo en voz alta, en la boca de Dante, le daba otro peso y significado.

—¿Ha hecho algo? —pregunté, intentando mantener el tono estable, aunque una parte de mí ya estaba en alerta.

Dante negó con la cabeza, pero su expresión no se suavizó.

—No necesito que haga algo —respondió—. Es cómo se mueve, cómo observa… como si siempre estuviera buscando la salida. No me gusta.

Bajé la mirada un segundo, dejando que esas palabras se asentaran en mi interior, porque no podía decirle que estaba equivocado, pero tampoco podía darle la razón sin más.

—No creo que nos tengamos que preocupar —murmuré al final, volviendo a alzar la mirada hacia él—. No puedo asegurarte nada, solo que una parte de mí quiere pensar que si se puso en peligro por su hermano, es por algo.

Dante no dijo nada.

El silencio duró más de lo que creí que lo haría, porque ambos sabíamos que estábamos pisando un terreno un poco complicado.

—Luca confió en él —añadí entonces, con más firmeza—. No lo haría a la ligera.

Su mandíbula se tensó apenas un segundo.

—Luca también comete errores —replicó.

—Todos los cometemos —contraataqué—. Pero si hay una mínima posibilidad de que Valentino esté de nuestro lado, tenemos que darle una oportunidad.

Dante me sostuvo la mirada durante unos segundos más, evaluando cada palabra, cada gesto, como si intentara leer más allá de lo que estaba diciendo, y al final, dejó escapar un suspiro.

—Una —sentenció—. Pero no voy a apartar los ojos de él.

Asentí.

No podía pedirle que confiase en él cuando ni siquiera yo misma sería capaz de poner la mano en el fuego por él, no cuando Valentino había formado parte de un pasado oscuro que solo deseaba olvidar.

No añadí nada más.

Me di la vuelta y salí de la sala con el pulso aún acelerado, dejando atrás esa tensión que parecía pegarse a la piel como una segunda capa, y me obligué a avanzar sin detenerme, porque si me quedaba quieta, iba a empezar a dudar de todo, y era algo que no podía permitirme.

No ahora.

Recorrí los pasillos sin rumbo alguno, dejándome guiar más por la intuición que por otra cosa, hasta que algo me empujó en una dirección concreta.

La enfermería.

No sabía si iba a encontrarle allí, pero cuando llegué y le vi, supe que no me había equivocado.

Valentino estaba de pie en la puerta, inmóvil, con la mirada fija donde Giovanni permanecía sedado, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo fuera.

Durante unos segundos no dije nada.

Me quedé observándole desde la distancia, fijándome en la rigidez de su postura, en la forma en la que sostenía el cigarrillo entre los dedos como si fuese lo único que le mantenía anclado a la realidad.

Había algo en él, algo que no encajaba con la imagen que siempre proyectaba, algo más roto.

Cerré la puerta del pasillo con suavidad y me acerqué despacio, hasta quedarme a su lado, lo suficientemente cerca como para sentir su presencia, pero sin invadir ese espacio que parecía necesitar.

—¿Cómo estás? —pregunté en voz baja.

No me miró.

—¿Sabes lo curioso? —murmuró tras unos segundos, expulsando el humo con lentitud—. Que no siento nada.

Fruncí el ceño, sin entender del todo a qué se refería, pero antes de que pudiera preguntar, continuó.

—Ni rabia, ni odio —añadió—. Nada.

Su voz no tembló.

Eso fue lo peor.

Giró ligeramente la cabeza hacia mí, lo justo para que pudiera ver la oscuridad en sus ojos, esa que no tenía fondo, como un vacío que llevaba demasiado tiempo creciendo sin que nadie lo detuviera.

—Cuando éramos pequeños… —empezó, y su tono cambió lo suficiente como para que supiera que estaba entrando en un terreno que no solía pisar—. Giovanni tenía problemas de ira.

El aire se me quedó atascado en el pecho.

—A Luca y a mí nos apalizaba —continuó, sin adornos, sin dramatismo—. Cada vez que algo no salía como él esperaba… Yo solo quería que él fuese mi padre de verdad. —Su voz sonó diferente, incluso estrangulada—. Todas las noches le preguntaba a mi madre si algún día podríamos vivir todos juntos, ella se limitaba a besar mi frente con ternura al mismo tiempo que esbozaba una mueca triste en sus labios. —Se giró hacia mí, y me miró con pesar —-. Pobrecita… Se había enamorado de un capullo.

Sentí pena por ella, porque algo me decía que esa mujer no se había enamorado de Giovanni, sino que había sido una más en su larga lista, por lo que decidí mantenerme en silencio.

—Elisa aún no había nacido.

Sentí cómo algo se me encogía por dentro, un nudo que se formó sin pedir permiso y que no supe cómo deshacer.

—Durante muchos años creí que ese era el precio real por ser el hijo que siempre había querido ser. —Suspiró para segundos después llevarse el cigarro a la boca y darle una larga calada que lo consumió casi por completo—. Porque a pesar de todo, lo único que deseaba era estar a su lado, que me tratase como lo que era: sangre de su sangre.

Bajé la mirada, siendo incapaz de sostener la suya, porque lo que estaba diciendo no era solo el pasado, era la raíz de todo lo que eran en la actualidad.

—Mi madre murió cuando no tenía más de diez años —me explicó, abriéndose por completo—. Desde entonces estuve metido en un internado, al que venía a verme una vez al mes —continuó—. Cuando tenía quince me sacó de allí para instruirme, comenzó a enseñarme lo que era el mundo de la mafia… —Una lágrima se le escapó—. Me alejó de todo, de lo único que conocía.

Luca. Hasta de él lo había escondido.

—Y ahora… —murmuró—. Ni siquiera sé qué se supone que debería sentir al verle así.

El silencio volvió a instaurarse entre ambos, más pesado que antes, cargado de todo lo que no me atrevía a decirle.

Abrí la boca para responder, para decirle algo que no sonara vacío, pero no me dio tiempo, ya que unos golpes secos en la puerta nos sacaron de ese momento. Ambos nos giramos a la vez.

Uno de los hombres de Luca apareció en el umbral, con el gesto tenso.

Un nudo de nervios se creó en mi estómago y subió hasta mi garganta.

—Tenemos visita.

64

Eve

Los pasos resonaron más rápido de lo que mi cabeza era capaz de procesar, como si algo dentro de mí hubiese reaccionado antes de entender realmente qué estaba ocurriendo.

Visita.

Esa palabra continuaba retumbando en mi cabeza como un mantra cuando crucé el pasillo casi corriendo, esquivando a todo aquel con el que me cruzaba, ignorando las voces que intentaban detenerme, porque algo en mi pecho había cambiado. Tenía un presentimiento, algo que me hacía sentir más viva.

No era miedo.

Llegué al final del ventanal sin frenar, apoyando las manos contra el cristal, buscando fuera aquello que había provocado todo aquel movimiento, y entonces los vi.

El aire se me quedó atrapado en los pulmones.

—No puede ser… —susurré.

Allí estaban.

Andrei y Marlene.

El mundo se detuvo un segundo, el suficiente como para que todo lo demás dejase de importar, y en cuanto las puertas comenzaron a abrirse, no esperé a que nadie me dijera nada. Corrí. No lo pensé, no medí ni calculé.

Solo corrí hacia ellos como si mi cuerpo hubiera recordado algo que mi mente aún no terminaba de alcanzar, y cuando estuve lo suficientemente cerca, fue automático.

Me lancé.

Los brazos rodearon a Marlene antes de que pudiera decir una sola palabra, y en cuanto sentí su cuerpo contra el mío… me rompí.

Las lágrimas llegaron sin permiso, calientes, incontrolables, desbordando todo lo que había estado conteniendo hasta ese

momento.

—Te he echado de menos —murmuré contra su hombro, con la voz completamente rota.

Ella me sostuvo con fuerza, sin dudarlo, como si nunca se hubiese ido, como si nada de lo que había pasado entre medias importara en ese instante.

—Eve… —susurró, apretándome más—. Mírame…

Negué con la cabeza un segundo antes de separarme, limpiándome las lágrimas con torpeza, aunque sabía que no serviría de nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, incapaz de apartar la mirada de ella—. ¿Cómo…?

Mi vista saltó a Andrei, como si necesitara confirmarlo, como si aún no terminase de creerme que estaban allí, en ese *palazzo*, en medio de todo aquello.

—No puede ser —repetí, más bajo esta vez.

Andrei esbozó una ligera sonrisa, contenida, pero cargada de algo más profundo que no supe identificar al instante.

—Nosotros también nos alegramos de verte —respondió con calma.

Negué despacio, todavía procesando lo que veían mis ojos.

—No… no lo entendéis —insistí—. Esto… —Miré a mi alrededor, como si el propio *palazzo* fuese a darme una explicación—. No tiene sentido que estéis aquí.

Marlene tomó mi rostro entre sus manos, obligándome a centrarme en ella.

—Estamos aquí —dijo con firmeza—. Y eso es lo único que importa ahora.

Tragué saliva, sintiendo cómo mi respiración aún seguía agitada por todo lo que estaba viviendo, como si aún no terminara de asumir que aquello era real. Había pasado tanto tiempo sola en la cabaña de la montaña, alejada de todo el mundo, y luego en aquel *palazzo* lleno de desconocidos, que tenerle conmigo era como un bálsamo para mi corazón.

—Han pasado tantas cosas… —murmuré con pesar.

Cogió mis manos con cariño, apretándolas lo suficiente como para hacerme sentir su presión en ellas.

—Lo sé —respondió ella con cariño, sin apartar los ojos de los míos—. Pero ahora estamos aquí, contigo.

Asentí, aunque una parte de mí sabía que nada era tan sencillo.

Nunca lo era.

El murmullo a nuestro alrededor seguía, contenido, tenso, como si todo el mundo aguardase por algo que aún no había ocurrido.

—Te he echado tanto de menos…

Marlene besó mi mejilla, y por primera vez después de mucho tiempo sentí que podía pertenecer a algún lugar, y ese estaba a su lado.

Antes de que pudiera decir nada más, la alarma volvió a sonar.

Aguda, brutal, atravesando el aire como un maldito disparo. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, el latir de mi corazón se revolucionó y la respiración se me cortó al segundo. Miré a mi alrededor, esperando que alguien actuase, notando cómo la adrenalina comenzaba a correr a una velocidad sobrenatural por mis venas.

Marlene me miró confundida, y entonces, algo en lo más profundo de mis entrañas me dijo que él estaba en peligro.

—Luca.

65

Eve

Corrí antes siquiera de ser consciente de haber empezado a hacerlo.

El nombre seguía golpeándome por dentro, en mi cabeza, como un mantra imposible de ignorar mientras atravesaba los pasillos sin ver realmente lo que tenía delante, respirando a trompicones, con el corazón desbocado y una única idea clavada en mi mente.

Luca.

No llegué sola.

El sonido de los pasos a mi alrededor, las voces, el caos… todo se mezclaba en un murmullo confuso mientras nos acercábamos a la enfermería, donde el movimiento ya era más que evidente.

Gente entrando y saliendo.

Órdenes.

Tensión.

Y cuando intenté cruzar la puerta, una mano firme se interpuso en mi camino, obligándome a detenerme en seco.

—¿Quién demonios te crees que eres? —vociferé al principio, sintiendo como todo se revolvía en mi interior.

—No puedes pasar —me dijeron, sin dureza, pero sin margen de discusión.

—Déjame —exigí, intentando apartarlo, aunque apenas tenía fuerza—. Déjame verlo.

—Está consciente, pero no estable —añadió—. Necesitan espacio.

El mundo se detuvo un segundo.

Consciente.

La palabra se clavó en mi pecho con una intensidad que me dejó sin aire.

—Está despierto… —murmuré, más para mí que para ellos.

No insistí más.

Porque sabía que no iba a servir de nada.

Retrocedí un paso y luego otro, hasta que encontré el cristal que nos separaba.

Mis manos se apoyaron en este casi sin darme cuenta, buscando a través de esa barrera absurda lo único que me importaba en ese momento. Tenía el corazón latiéndome en la garganta, y los ojos repletos de lágrimas de algo que no supe descifrar, ¿alivio?

Contuve el aliento, cuando mi mirada lo encontró.

El mundo pareció detenerse bajo mis pies, y por un instante creí que me desmoronaría. Ahí estaba Luca, pálido, débil, conectado a varias máquinas que marcaban cada segundo de su vida.

Pero ahí estaba.

Tenía los ojos entreabiertos, su respiración era lenta, pesada, como si cada movimiento le costara más de lo que debería.

Tragué saliva, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a nacer sin permiso.

—Luca… —susurré.

No me importó.

Alcé una mano, apoyándola contra el cristal, como si pudiera alcanzarle de alguna forma, como si ese gesto pudiera romper la distancia que nos separaba.

Durante un segundo, su mirada se desvió, desorientada, y se acabó posando en mi dirección.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que incluso llegó a dolerme.

—Estoy aquí… —murmuré con la voz rota, intentando esbozar una sonrisa en mis labios a pesar de que todo en mí temblaba—. Estoy aquí…

Esperé un gesto, una reacción, algo que me dijera que realmente su mal no había llegado a algo peor, ya que después de una paliza como la que le habían dado y de recibir el disparo, podía tener muchas complicaciones.

Pero no.

No llegó.

El estómago se me encogió, al mismo tiempo que mis brazos se cruzaban sobre mi pecho, intentando calmarme.

Sentí como algo dentro de mí se hundía despacio, como si la esperanza que acababa de encenderse se apagara en el mismo instante en el que había nacido.

Bajé la mirada, incapaz de sostener ese vacío, notando cómo las lágrimas comenzaban a caer sin control.

No hice ruido, no me derrumbé… Solo me quedé ahí.

Lloré en silencio, como si apartar la vista fuera una forma de perderle de nuevo.

No supe cuánto tiempo pasó, solo que, en algún momento, una mano se posó sobre mi brazo con suavidad y firmeza. Cabeceé en su dirección, encontrándome a mi amiga: Marlene.

—Eve —susurró—. Ve conmigo.

Negué despacio, sin apartar la mirada de él.

—No quiero irme.

—No te estoy pidiendo que te vayas —respondió con calma—. Solo que descanses un poco mientras lo estabilizan, y cuando puedas entrar, lo hagas tranquila.

Sus palabras no fueron insistentes, no me empujaron a marcharme de allí, sino que me envolvieron, sosteniéndome con cuidado.

Respiré hondo, aunque el aire apenas entraba en mis pulmones, y al final asentí con un leve movimiento de cabeza.

Porque sabía que tenía razón, y porque, si me quedaba un segundo más, iba a romperme delante de todos.

Me separé del cristal con lentitud, como si hacerlo doliera más en el plano físico que mental, y antes de darme la vuelta, lo miré una vez más.

—No te vayas —susurré, sin que apenas me pudieran escuchar.

Luego me fui.

El camino hasta la habitación fue difuso, como si caminara dentro de algo espeso, sin pensar realmente en cada paso que daba, dejándome guiar por Marlene hasta que la puerta se cerró a mi espalda y el silencio volvió a caer sobre mí como un bálsamo.

—Luego vengo a por ti —me informó para segundos después depositar un dulce beso sobre mi mejilla derecha.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza.

Caminé hacia el interior, hasta que entonces algo me llamó la atención bajo la cama, un destello que no comprendía qué hacía ahí.

Me agaché con cuidado. Contuve la respiración mientras me inclinaba un poco más, alargando el brazo con un esfuerzo que me tensó hasta el último músculo, como si aquel gesto fuera mucho más que eso.

Cuando mis dedos lo rozaron, supe que ya era tarde para echarme atrás.

Lo saqué despacio, y el corazón se me detuvo.

—Un anillo… —susurré, sin reconocer del todo mi propia voz.

Me quedé allí, en el suelo, sentada sobre la alfombra, con la joya entre mis dedos, siendo incapaz de moverme, de pensar, o de hacer cualquier cosa que no fuera mirarlo.

Era de oro blanco.

Sencillo, elegante… perfecto.

El diamante en el centro capturaba la luz y la devolvía con una intensidad casi hiriente, como si brillara con vida propia, como si guardara algo dentro que no podía ignorar.

Mis manos comenzaron a temblar.

No fue un temblor suave, sino uno profundo, incontrolable, que me recorrió entera mientras la realidad empezaba a asentarse poco a poco, abriéndose paso con una lentitud cruel.

Tragué saliva, sintiendo cómo la garganta se me cerraba. Abrí el primer cajón de la mesita de noche, dispuesta a guardarlo, y entonces encontré una carta.

La desdoblé con cuidado, demasiado, como si temiera romper algo que iba más allá del papel.

Querida Eve:

El aire se me quedó atrapado en el pecho.

Ahora mismo, aunque te sorprenda, me aterra todo. No quiero imaginar una mañana sin ti, ni contemplar la posibilidad de que algo salga mal cuando me enfrente a lo que nos espera.

Pero si salgo de esta, si consigo matar a mi padre… Pienso casarme contigo.

Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, sin importar el precio, sin importar el mundo que tengamos que destruir para conseguirlo.

Un sollozo se me escapó sin permiso. Apreté los labios, intentando contenerlo, pero fue inútil.

Las palabras comenzaron a desdibujarse ante mis ojos, no porque no pudiera leerlas, sino porque el dolor las volvía demasiado reales.

Cada vez que pienso en lo que hicieron, siento como algo arde dentro de mí con una fuerza que no sé controlar.

Quiero matarlos, a todos.

Pero antes tengo que acabar con mi padre, no solo por ti, sino por mi hermana. No lo hago porque tú lo necesites o lo haga ella, sino porque no puedo vivir en un mundo en el que ellos siguen respirando el mismo aire que vosotras.

Cerré los ojos un instante, notando cómo las lágrimas comenzaban a caer sobre el papel, manchando la tinta, llevándose parte consigo.

Puede que no haya gestionado esto de la mejor manera, ni siquiera sé si lo haré en algún momento, pero lo que tengo claro es que no pienso permitir que sigan viviendo. No cuando ha condenado tantas vidas, no cuando lo han hecho contigo.

Cuando supe lo que estaba haciendo, me separé de todo, incluso de mi propia hermana. No porque ella hubiera hecho algo malo, sino porque no había sido suficiente buen hermano como para percatarme de todo lo que ella había estado sufriendo hasta que fue demasiado tarde.

Tal vez me hayas hecho perder la poca cordura que me queda, o puede que seas lo único que me mantiene en pie.

No lo sé.

Lo único que tengo claro es que quiero una vida a tu lado, en cualquier lado, lejos de todo esto…

Aunque ahora mismo parezca imposible.

Mi respiración se rompió por completo.

Te dije que ojalá te hubiese encontrado en otra vida… Y ahora sé que sería capaz de encontrarte en cualquiera, porque mi corazón y mi alma siempre serán tuyos.

66

Eve

Necesitaba respuestas.

Algo a lo que aferrarme que no fuese el sonido constante de las máquinas o de la imagen de Luca detrás de ese cristal, inmóvil, distante, como si aún estuviera a medio camino entre quedarse o desaparecer.

Por eso fui a buscar a Dante.

Recorrí los pasillos con un propósito claro, dejando atrás el peso que me oprimía el pecho, obligándome a centrarme en otra cosa, en algo que me mantuviera en pie.

Cuando llegué a la puerta, no llamé.

Entré.

—Te vas a volver loco ahí d… —empecé a decir, pero las palabras se quedaron a medio camino cuando mis ojos se percataron de lo que de verdad estaba viendo.

Alessia salía del baño, tranquilamente mientras Dante continuaba sumergido en sus documentos con la camisa a medio cerrar y el pelo revuelto.

Frené en seco, había algo en su sonrisa, en la forma en la que se recolocaba el cabello, en cómo evitó mirarme directamente a los ojos, que me dejó clavada en el sitio durante un segundo demasiado largo. Mi amiga, sí, la misma que tenía una mueca socarrona en los labios se acercó y me dijo:

—Luego te cuento. —Pasó por mi lado, rozándome apenas, como si aquello fuese un secreto que no estaba dispuesta a compartir, al menos por el momento.

Parpadeé confusa, intentando procesarlo, mientras la puerta se cerraba tras mi espalda.

Entonces, miré a Dante.

—No pienso decir nada al respecto —se adelantó, apoyándose contra la mesa con esa tranquilidad que siempre intentaba aparentar.

Achiqué los ojos, analizándole, pero no insistí. No era por eso por lo que había ido, en realidad era por todo lo que había leído en los papeles que Luca tenía sobre su escritorio. Sí, tal vez no debería haber mirado ahí, pero lo cierto era que ya me estaba cansando un poco de tener que mantenerme al margen y limitarme a ser la princesa en apuros.

—¿Quiénes son los Costa? —pregunté sin rodeos.

Su expresión cambió. No fue algo evidente, pero sí lo suficiente como para que supiera que había tocado la tecla adecuada.

—Vaya… —murmuró, ladeando la cabeza—. Directa.

No respondí.

—¿Dónde está la Eve que conocí? —añadió, observándome con detenimiento, como si estuviera intentando encontrarla en algún rincón de mí.

—No está.

—Ah, ¿no? —cuestionó sorprendido por mi pregunta.

—No, está muerta —sentencié con calma, sin rastro de duda.

Y no fue una frase vacía, era la verdad.

Algo en su gesto se tensó, sonrió ladino, pero no dijo nada al respecto.

—¿De dónde has sacado tú ese nombre? —preguntó finalmente.

—De los documentos de Luca —respondí—. No deja nada al azar… y yo tampoco pienso hacerlo.

Se pasó una mano por la barba, pensativo, evaluando hasta qué punto debía hablar.

—Digamos que tenemos algunos tratos con ellos —dijo al fin.

No fue suficiente, no cuando quería ser una parte activa de todo lo que estaba sucediendo.

—¿Qué tipo de tratos? —cuestioné, avanzando un paso, sin darle espacio para esquivar la pregunta.

Dante dejó escapar un suspiro, volteando la mesa y volviéndose a sentar, como si hubiese aceptado que no iba a ser tan sencillo escaparse de mí.

—Antes de ir a por Giovanni… —empezó, midiendo cada palabra —. Nos encargábamos de otras cosas.

Esperé.

—Movíamos mercancía —continuó—. Cocaína, principalmente, y nos dedicábamos a la protección.

Fruncí el ceño.

—¿Protección?

—A familias, negocios, gente con dinero que prefería pagar por tranquilidad antes que enfrentarse a lo que hay ahí fuera —aclaró—. Nosotros nos encargábamos de que nadie tocara lo que no debía.

Y entonces la pieza encajó.

No solo habían sido parte del equipo de Giovanni, por cosas obvias, sino que además también eran parte de ese sistema podrido.

Claro que lo eran, ¿en qué momento pude haber pensado que no eran como Giovanni?

—¿Y los Costa?

—Son uno de esos contactos —respondió—. Importantes. Más de lo que parece a simple vista.

Asentí despacio, dejando que la información se asentara, pero no me desvié.

—Quiero que me lo cuentes todo —dije entonces, con firmeza—. Sin filtros. Sin protegerme.

Dante me observó en silencio.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí lo sé —repliqué—. Y, aun así, lo quiero.

Me acerqué un poco más.

—Háblame tú de *Il Corvo* —añadió, bajando la voz—. Quiero saberlo todo sobre él.

Apreté la mandíbula.

—Trato hecho —sentencié al mismo tiempo que le tendía la mano.

Mi respuesta le sorprendió.

—Eve…

—No —le corté—. No voy a quedarme al margen otra vez, no después de todo.

El silencio que se instauró entre ambos se volvió denso, cargado de todas esas dudas que no estaba expresando, y lo cierto es que

poco me importó. Había tomado una decisión e iba a ser inamovible.

Dante me sostuvo la mirada durante unos segundos que se me antojaron eternos, como si estuviera tomando una decisión que iba más allá que aquella conversación.

—Está bien —murmuró.

Se incorporó un poco, acercándose lo justo.

—Te lo contaré todo.

67

Eve

Dante no habló de inmediato, sino que se tomó su tiempo, como si cada palabra que iba a decir tuviera un peso que no podía permitirse soltar a la ligera. Y cuando por fin lo hizo, su tono cambió lo suficiente como para que pudiera entender que estaba entrando en un terreno que no solían compartir con nadie.

—Los Costa no son cualquier familia —empezó, al mismo tiempo que quitaba la ceniza de su cigarrillo y se lo llevaba a la boca—. Son una de las familias más poderosas de toda Sicilia.

No dije nada.

—Durante años estuvieron a la altura de los Moretti —continuó—. Existía una rivalidad abierta y constante. Sangre, traiciones, negocios que acababan por los aires —añadió, como si aquello fuera lo más normal del mundo—. Nadie daba un duro por una tregua entre ambas familias.

—Pero la hubo —murmuré, anticipándome.

Asintió despacio.

—Cuando el abuelo de Luca murió, y Giovanni tomó el poder, cambió las reglas del juego —explicó—. No porque quisiera la paz, sino porque entendió que una guerra abierta con los Costa solo iba a debilitarlo.

Sus palabras se asentaron en mí, dándome una claridad incómoda.

No era nobleza, o bondad, era estrategia.

—Les ofreció un pacto —prosiguió—. Un equilibrio. Ellos mantenían su territorio, nosotros el nuestro, y todos ganaban lo suficiente como para no matarse entre ellos.

—¿Y lo han respetado? —pregunté sorprendida.

—Más de veinte años —respondió sin dudar—. Lo cual, en nuestro mundo es una eternidad.

Bajé la mirada un segundo, procesándolo todo, intentando encajar esa información con todo lo que ya sabía.

—Matteo Costa —dije entonces.

Dante asintió.

—El *capu* actual —confirmó—. Su padre, Vincezo, murió hace unos años de cáncer.

Algo en su forma de decirlo me hizo fruncir el ceño, porque no hubo un ápice de emoción, sino solo hechos.

—Y desde entonces, Matteo ha mantenido el pacto —continuó—. No solo eso… lo reforzó.

—¿Cómo?

Dante se incorporó ligeramente, acercándose lo justo como para que no perdiera ningún detalle de lo que estaba diciendo.

—Ofreció a algunos de sus hombres para trabajar con Luca —explicó—. Como muestra de lealtad, y como apuesta de futuro.

Sentí cómo algo se tensaba dentro de mí.

—¿Apuesta?

—Matteo no es idiota —añadió—. Sabe perfectamente que Giovanni no es eterno, y que cuando caiga, alguien tendrá que ocupar su lugar.

Una pausa.

—Y ese alguien es Luca.

El aire se me quedó atascado en el pecho, porque no, no era solo una guerra, era un tablero entero moviéndose bajo nuestros pies.

—¿Y qué gana Matteo con todo esto? —cuestioné, sin apartarle la mirada.

Dante esbozó una sonrisa ladina.

—Asegurarse de estar en el bando correcto de la historia cuando todo esto estalle por los aires.

Silencio.

Denso.

Pesado.

—Pero hay algo más —añadió entonces, y su tono cambió—. Pero hay algo que no encaja del todo.

—¿El qué?

—Tiene problemas dentro de su propia familia, o eso nos ha contado nuestro informante —respondió—. Una hermana.

Mi cabeza iba a mil por hora, en todas las familias había problemas, pero algo me decía que los que tenía Matteo iban a hacer estallar una maldita guerra.

Fruncí el ceño.

—¿Qué clase de problemas?

Dante negó despacio.

—No lo sé con exactitud —aseguró al mismo tiempo que le daba otra calada al cigarrillo—. Pero lo suficiente como para que Matteo no pueda controlarlo todo desde dentro, y eso —añadió, clavando sus ojos en los míos— en nuestro mundo es peligroso.

Asentí, sintiendo cómo toda esa información iba tomando su lugar, mostrándome un mapa que no acababa de gustarme.

—Así que tenemos una familia poderosa, un pacto que lleva años en pie, y grietas internas —murmuré.

—Exacto.

—Perfecto —añadí con sorna—. Justo lo que necesitábamos.

—¿Qué hay de *La Mort*? —cuestionó.

Una sonrisa pilla se esbozó en mis labios.

—En realidad no tenemos demasiado, solo conjeturas, y aún tenemos que hilar cabos —le respondí al mismo tiempo que me ponía en pie—. Gracias por la info.

Le guiñé un ojo y salí de allí, escuchando cómo maldecía para sus adentros.

Me encaminé hacia la cocina, y entré sin siquiera encender las luces, dejándome envolver por esa penumbra suave que apenas era capaz de romper la oscuridad de la tarde. Me apoyé en la encimera mientras ponía la cafetera en marcha, escuchando el sonido del agua calentándose, intentando centrarme en algo tan simple como aquello. Pero no lo conseguí, mi mente seguía girando.

Luca.

Dante.

Il Corvo.

La Mort.

Los Costa.

Eran demasiados.

Apoyé las manos sobre el mármol, inclinándome ligeramente hacia adelante, cerrando los ojos un segundo, intentando respirar con normalidad.

Fue entonces cuando lo sentí.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, fue como si notase una presencia tras de mí.

Abrí los ojos despacio, sin moverme, notando cómo el corazón comenzaba a latirme con más fuerza, cómo la sangre se aceleraba bajo mi piel sin que pudiera hacer nada por frenarlo.

Giré apenas la cabeza, lo suficiente como para verlo. Una silueta, de pie, a mi espalda, y el pulso se me desbocó.

Me volteé del todo, dando un paso atrás sin darme cuenta, con el cuerpo en tensión, y preparado para reaccionar, aunque no supiera cómo.

—¿Quién cojones eres?

68

Eve

—Responde.

No fue un grito, pero fue algo mucho peor.

Mi voz salió baja, con una fuerza que ni siquiera sabía que tenía, porque al final, sí era verdad que esa Eve desprotegida ya no estaba, aunque sentía que una parte de mí aún se resistía a soltar el control.

No contestó.

Ni hizo un simple gesto o un chasqueo.

Nada. Solo ese silencio lento y provocador que ya nos envolvía.

Se llevó un dedo a los labios, pidiéndome silencio, como si tuviera derecho a decidir, como si aquello no fuera una invasión, como si no hubiese irrumpido en nuestra casa sin pedir permiso.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que sentí cómo me latía el corazón en las sienes.

—¿Te crees muy gracioso?

El cuchillo tembló en mi mano, no por debilidad, sino por toda la rabia que estaba conteniendo.

Dio un paso hacia mí, solo uno, y fue suficiente como para que mi espalda chocara contra la encimera.

El aire se me quedó atrapado en los pulmones, y entonces, como si de un *flash* de luz se tratara, una imagen vino a mí: el coche estrellado.

—Eres tú… —murmuré, con un hilo de voz que se rompió al salir —. El del bosque.

Ladeó la cabeza, despacio, y aunque el casco ocultaba su rostro, sentí la sonrisa. Esa maldita sonrisa de satisfacción.

Se acercó un poco más, invadiendo mi espacio sin prisa, como si supiera exactamente hasta dónde podía tensar la cuerda antes de romperla.

Mi pulso se desbocó.

—¡Contesta, joder!

Nada.

Ni una palabra.

Solo ese silencio que me empujaba al límite.

Entonces lo hizo, alargó el brazo y dejó algo sobre la encimera.

Una bala.

El metal brilló bajo la tenue luz de la cocina, captando mi atención de inmediato, y sentí cómo un escalofrío me recorría de arriba abajo.

Aquello no era un ataque improvisado, era un mensaje y antes de que pudiera procesarlo, el aire cambió.

La cocina comenzó a llenarse de un humo denso y espeso con una rapidez que apenas me permitió actuar, invadiéndolo todo en cuestión de segundos. Los ojos comenzaron a escocerme, obligándome a cerrarlos, a intentar apartarlo con las manos, pero solo conseguí empeorar la situación.

—Mierda…

Tosí, notando cómo los pulmones me ardían, y cómo el oxígeno desaparecía poco a poco. Intenté mantenerme en pie, bajar el cuerpo, buscar el aire donde apenas quedaba, pero en ese instante lo perdí.

Lo perdí a él, y ese fue mi error.

Cuando volví a reaccionar, ya lo tenía encima, demasiado cerca, tanto que gruñí, dejando de pensar.

Alcé el cuchillo antes de que cualquier idea pudiese cruzar mi mente, por puro instinto, clavándoselo en el muslo. El alarido amortiguado que soltó a través del casco me erizó la piel, confirmándome que, al menos, podía hacerle daño.

Me agarró del pelo.

Fuerte.

Demasiado.

El tirón me arrancó un quejido, y durante un segundo todo se desdibujó, arrastrándome a otro lugar, a otro momento, a otras manos que no quería recordar.

Negué con la cabeza como pude, intentando deshacerme de esos malditos recuerdos que me atormentaban.

Tiré de su ropa con las uñas, desgarrándola con una necesidad casi desesperada, y la tela cedió lo suficiente como para dejar a la luz su piel. Y entonces lo vi. Una marca, pero no como un tatuaje, sino como un sello de fuego, profundo, oscuro, y que lo volvía imposible de ignorar.

El mundo se detuvo un instante, el suficiente como para entender que aquello no era casualidad.

No era un simple infiltrado.

Era *Il Corvo.*

Antes de que pudiera decir nada más, vi como, con un rápido movimiento, sacaba su arma. Durante un segundo que se me antojó eterno, creí que iba a dispararme, pero no lo hizo, sino que giró la pistola y me golpeó en la sien, apagándolo todo.

Todo me daba vueltas, era como si alguien me hubiese arrastrado a un lugar oscuro del que no podía salir.

El dolor fue lo primero que sentí.

Un latigazo en la cabeza me hizo apretar los dientes incluso antes de abrir los ojos. Una fuerte arcada subió hasta mi garganta, avisándome de que algo no iba del todo bien. Me llevé una mano a la boca, intentando deshacerme de ese nudo que se había creado.

—Eve…

Esa voz.

Parpadeé varias veces hasta que su rostro tomó forma frente a mí.

Marlene.

—¿Estoy... soñando?

Mi voz salió estrangulada, débil y tan desorientada como lo estaba yo, como si no acabara de pertenecerme.

Negó al instante.

—No.

Tragué saliva, y el recuerdo llegó después, golpeándome con la misma fuerza que lo hizo *Il Corvo*.

Me incorporé de golpe, ignorando el mareo que atravesó mi cuerpo.

—La cocina…

—Tranquila —intentó calmarme—. No había nadie cuando llegamos.

Negué de inmediato, llevándome la mano a la cabeza.

—No… estaba ahí.

La miré con fijeza, sintiendo cómo el pulso volvía a acelerarse.

—La alarma…

El silencio que siguió fue denso, cargado de una comprensión que no necesitó palabras. De alguna manera, la alarma había comenzado a sonar, y eso significaba que *Il Corvo* había salido disparado de allí para que no le pillaran.

—Ha entrado… —murmuré, sintiendo cómo el frío me recorría de pies a cabeza—. Y ha salido sin que nadie lo vea —añadí, sintiendo como las piezas comenzaban a colocarse cada una en su lugar—. Tenemos que descubrir cómo.

69

Eve

No pasó mucho tiempo antes de que volviera.

Lo noté en la forma en la que el ambiente cambió. No podía dejar de rememorar lo ocurrido, buscando alguna pista que me dijese algo más sobre el individuo al que me había enfrentado en la cocina. Teníamos el cuchillo, tal vez podríamos sacar algo de él, algún resto de sangre, biológico… Algo que nos dijese quién se escondía tras ese casco.

—Eve.

Alcé la mirada.

Dante estaba apoyado en el marco de la puerta, con ese porte que solo él tenía. Dos metros de italiano enfundado en un traje gris y camisa blanca que llevaba arremangada hasta los codos. Tragué saliva. Sintiéndome observada de esa manera, con esa seriedad distinta, más contenida, como si ya supiera que lo que iba a escuchar no le iba a gustar.

Marlene apretó suavemente el brazo antes de soltarme.

—Luego hablamos —murmuró, dedicándome una última mirada cargada de preocupación antes de salir.

La puerta se cerró tras ella, dejándonos solos.

El silencio que quedó entre nosotros se tornó denso, incluso incómodo, cargado de todo lo que ninguno de los dos estaba diciendo todavía.

Dante avanzó un par de pasos, lo justo para reducir la distancia.

—Tenemos que hablar.

Asentí.

No porque quisiera, sino porque ya no había forma de evitarlo. Tomé aire, intentando ordenar todo lo que seguía latiendo dentro de mí, y cuando hablé, lo hice sin rodeos.

—Ha sido *Il Corvo*.

Sus ojos no vacilaron, pero su cuerpo sí reaccionó, fue un leve cambio, algo imperceptible que delató que aquello no se lo esperaba.

—Explícate.

—No sé, la verdad… —musité—. Hay algo que me dice que es él.

Me incorporé un poco más, ignorando el dolor que seguía latiendo en mi cabeza, y lo miré directamente.

—No tiene sentido que alguien se infiltre aquí dentro con un equipo como el vuestro activo —continué—. No si su objetivo fuera rescatar a alguien o atacar a alguien de forma directa.

Hice una breve pausa, dejando que esa idea se asentara.

—Esto ha sido otra cosa.

Dante frunció el ceño.

—¿Qué viste? —Quiso saber.

Tragué saliva, notando cómo el recuerdo volvía con una claridad incómoda, demasiado viva, como si aún continuase en ese instante.

Le describí toda la escena, cómo nada más salir de su habitación me había dirigido a la cocina dispuesta a hacerme un café, la manera en la que le vi por el rabillo del ojo sin ni siquiera tener que voltearme.

—Le clavé un cuchillo —respondí—. En el muslo.

Sus cejas se alzaron, mostrando asombro.

—¿Y, aun así, escapó?

Asentí.

—Lo escuché gritar, pero eso fue todo —añadí—. Reaccionó, sí, pero no perdió el control en ningún momento, era como si no tuviera nada.

Dante, pensativo, volvió a fijar la mirada en mí, como si aún hubiese algo rondando mi mente.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco —le aseguré—. No vino a matarme —comenté, porque esa era la única teoría que empezaba a formarse en mi cabeza—. Pudo hacerlo.

Sacó un cigarrillo del bolsillo de su traje y se lo llevó a la boca para segundos después tendérmelo, ofreciéndome una calada. Lo rechacé.

—No lo hizo —apuntó pensativo.

Negué con la cabeza, yo tampoco comprendía hasta qué punto estaba dispuesto a llegar, ni qué era lo que quería.

—Era como si hubiese entrado para desafiarnos, para medirnos y descubrir a dónde podía entrar sin que nadie lo detuviera. —Suspiré, porque mi cabeza iba a mil por hora y no era capaz de detenerme en un solo pensamiento—. Él… Fue a por mí.

—¿Estás diciendo que te conocía? —preguntó al fin.

Le sostuve la mirada, esta vez sí, con fijeza.

—Estoy diciendo que no era la primera vez que me veía, si no, ¿cómo demonios dio conmigo? ¿Por qué aparecer frente a mí y no frente Alessia? ¿O Marlene?

Dante dejó escapar el aire poco a poco, como si aquello encajara demasiado bien con algo que ya sospechaba.

—¿Algo más?

Asentí.

—Cuando forcejeamos, le rasgué la ropa. —Todo mi cuerpo se tensó al recordarlo, y sentí como una arcada subí hasta mi garganta —. Tenía una marca horrible en la pierna.

Aquello pareció llamar su atención lo suficiente como para que se recostara sobre sus piernas, acercándose un poco más a mí.

—¿Qué tipo de marca?

Cerré los ojos un segundo, trayendo la imagen de vuelta, obligándome a recordarla con precisión.

—No era un tatuaje —murmuré—. Era algo peor, tenía la piel quemada… como si la hubieran sellado con fuego.

Volví a mirarle.

—Un rosetón —resumí—. Uno de seis corazones entrelazados —apunté al mismo tiempo que me pasaba una mano por el cabello—. Parecía un marcaje, como si no fuera un símbolo cualquiera.

Le dio una larga calada al cigarrillo y acabó chafándolo contra el fondo de la taza que había en la mesita de noche.

—Como si fuera un puto animal —masculló en voz baja.

Las palabras salieron de él sin necesidad de empujarlas, era más como un pensamiento que cualquier otra cosa.

Asentí.

Dante sabía algo que yo no conocía, algo que sería clave. Se pasó una mano por la mandíbula, pensativo, y durante unos segundos no dijo nada, como si estuviera encajando piezas que llevaban demasiado tiempo esperando para colocarse en su lugar.

—Solo hay una persona capaz de hacer algo así…

70

Eve

Cuatro días habían pasado desde el ataque, pero la sensación del miedo no había desaparecido, seguía ahí, pegada a mi piel, como si fuese una segunda capa que no podía arrancarme por mucho que lo intentara.

Todo avanzaba, sí, Luca estaba mejor, el *palazzo* empezaba a volver poco a poco a su calma, pero yo no terminaba de creerme nada, porque en el fondo sabía que aquello no había acabado.

Caminaba por el pasillo con la mente centrada en demasiadas cosas, en una vorágine de pensamientos, en *Il Corvo*, en la marca, en la forma en la que había entrado y salido sin dejar rastro, cuando la voz de Alessia me obligó a frenar.

—Eve.

Giré sobre mis talones, encontrándola apoyada contra la pared, con los brazos cruzados, y con una expresión que no supe encajar del todo, porque no era despreocupación, pero tampoco alarma.

—¿Has visto a Dante?

Negué despacio, observándola con más atención.

—No desde hace cuatro días —respondí—. ¿Pasa algo?

Cogió aire y lo dejó ir en modo suspiro.

—Está insoportable —murmuró, apartándose de la pared—. Más de lo normal, quiero decir.

Fruncí el ceño, sintiendo como algo en mi interior se encendía. No le veía desde el ataque.

—¿Qué le ocurre?

Alessia se encogió de hombros, aunque su gesto no acompañó ese intento de restarle importancia.

—No lo sé, pero desde que entraron está raro. Más huraño, más obsesivo… Apenas duerme, no para quieto y como alguien le

pregunte algo de más… —Negó con la cabeza—. Es como si no fuese él.

El pulso se me aceleró, pero me obligué a mantener la expresión neutra, sin dejar que nada de lo que realmente sabía se filtrara.

—¿Te ha dicho algo?

La pregunta quedó suspendida entre nosotras, cargada de una intención que Alessia no se molestó en esconder. Le sostuve la mirada un segundo, el suficiente para decidir qué parte de la verdad quería mostrarle.

—No —respondí al final—. Solo hablamos de lo que pasó, pero no me dijo nada más.

En cierto modo así era, lo que no le había confesado a mi compañera era que teníamos sospechas de que había sido *Il Corvo* el culpable del ataque.

Alessia me observó en silencio, como si intentara ver más allá de mis palabras, como si sospechara que había algo que no le estaba contando, pero no insistió, cosa que agradecí.

—Pues algo hay —añadió finalmente—, porque Dante no se pone así sin ningún motivo.

Hice una mueca, y entonces se me ocurrió algo:

—Oye… —comencé a decir, y esta enarcó las cejas—. ¿Qué hay entre vosotros?

—Digamos que… nos sacamos de quicio.

Antes de que dijera nada más, Alessia se acercó a mí, colocó una de sus manos sobre mi brazo y lo apretó con cariño.

—Será mejor que vayas a ver a Luca, creo que estaba deseando verte.

Asentí, al mismo tiempo que me despedía de ella.

Me encaminé hacia el ala en el que se encontraba Luca, y es que el *palazzo* era tan grande que podías tardar al menos cinco minutos de una punta a otra. En ocasiones no te encontrabas a nadie, porque existían ciertas zonas a las que se accedía de manera privada y por donde no transitaban el resto.

Entré en la habitación con una calma que no sentía del todo, cerrando la puerta a mi espalda. Mi mirada se clavó en él, como si

todo lo demás dejara de importar en el mismo instante en el que lo tuve delante.

Estaba incorporado, más consciente, más presente que días atrás, aunque aún había algo en su expresión que no terminaba de encajar, una sombra que no se iba, como si una parte de él continuase en guerra consigo mismo.

Se giró hacia mí casi al instante, como si hubiera notado mi presencia antes de siquiera verme. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada, tampoco hacía falta.

Le observé, deleitándome con esa mirada verdosa que me volvía loca, fijándome en esa nariz perfectamente delineada, en su mandíbula marcada, sus labios o la forma en la que se le perfilaban los pómulos cuando apretaba los dientes. Deseé perderme en él, en esa forma que tenía de amarme sin límites, en la devoción que me profesaba sin miedo, sin pensar en las consecuencias.

Di un par de pasos hacia él, deteniéndome a una distancia que no era suficiente, sintiendo como algo se removía con más fuerza de lo que esperaba.

Entonces su mirada descendió.

Despacio, hasta detenerse en mi cuello.

En la cadena, en ese anillo que él me había guardado.

—Lo encontraste… —murmuró.

No fue una pregunta, y eso fue lo que más me desarmó.

Tragué saliva, llevando la mano hasta el collar, tomando el anillo, dejando que la luz lo alcanzara y que brillara entre ambos.

—Sí —musité con la voz estrangulada—. Pero aún tienes que pedírmelo —añadí, al mismo tiempo que me acercaba a donde se encontraba.

Algo cambió en su expresión, suavizándose, pero al mismo tiempo mostrándome una oscuridad que conocía demasiado bien.

—Lo haré.

No hubo duda, ni siquiera un simple matiz. Mi corazón se descompasó, golpeándome con fuerza.

—Luca, yo… —murmuré, avanzando un poco más—. Tenía tanto miedo… creía que te perdía.

Las palabras salieron de mi interior sin adornos, con una claridad que me sorprendió.

—Una parte de mí llegó a pensar en qué ocurriría conmigo si morías… —admití con pesar.

—¿Y qué pensaste?

—En que moriría contigo si hacía falta.

Luca negó despacio, al mismo tiempo que estiraba una de sus manos para rozar las mías. Un cosquilleo me atravesó, bajé la vista a esta, y sentí cómo nuestros dedos se entrelazaban.

—Te quiero, Luca —confesé.

—Precisamente por eso tenemos que ir con cuidado —aseguró con frialdad.

¿Qué esperaba? ¿Que ese Luca que me había dejado una carta, desesperado, volviese a mí con tanta facilidad? Contuve el aliento. Una lágrima traicionera asomó por mi ojo derecho y descendió lentamente por mi mejilla, humedeciéndolo todo a su paso, para acabar muriendo en la tela de mi sudadera.

—¿Qué ocurre?

Le dije que no con la cabeza, a sabiendas de que las palabras no saldrían como quería, porque lo cierto era que mi fuerza había desaparecido.

—No es nada. —Me contuve, sintiendo cómo las incipientes ganas de llorar comenzaban a tomar forma, interponiéndose entre mi control y yo—. Será mejor que me vaya.

Antes de irme, y con todo el dolor de mi corazón, tomé la cadena entre mis manos y le di un tirón, dejándola sobre la cama.

—Lo siento.

71

Eve

Salí de la habitación con el corazón en un puño, sin mirar atrás, sintiendo que cada paso que daba me pesaba más de lo que debería, como si dejarlo allí hubiera arrancado algo en mí que no sabía si podría recuperar.

El pasillo se me hizo largo, demasiado silencioso, era como si no se estuviera librando una guerra entre todas esas paredes, como si no tuviéramos encerrado en el sótano al mayor traidor.

Una fuerte presión se había instaurado en mi pecho hacía demasiado tiempo, porque no solo era Luca lo que me preocupaba, sino todo.

Il Corvo. La marca. La forma en la que con total impunidad había entrado y salido de la casa. El hecho de que nos estuviera observando, moviendo piezas mientras nosotros solo hacíamos que intentar entender a qué nos enfrentábamos.

Y entonces lo tuve claro.

Giré en seco, cambiando de dirección sin pensarlo demasiado.

Giovanni.

Si había alguien que sabía algo era él. Si alguien era capaz de poner nombre a lo que se nos estaba escapando entre los dedos era ese malnacido al que todos temían incluso estando postrado en una cama.

Mis pasos aceleraron.

No pensaba quedarme quieta.

Estaba a punto de girar en el último pasillo cuando una mano firme se interpuso en mi camino, obligándome a detenerme en seco.

—Ni se te ocurra —sentenció.

Alcé la mirada.

Valentino.

Su expresión no dejó lugar a dudas, no era una advertencia, era una maldita orden que esperaba que cumpliese.

—Apártate —le rebatí sin rodeos, intentando esquivarlo.

No se movió.

—No vas a bajar ahí —repitió, con una calma que me encendió por dentro.

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo la rabia empezaba a hervirme en las venas.

—No eres tú quien decide eso —repliqué, avanzando un paso más.

Valentino me sostuvo la mirada sin vacilar, bloqueándome el paso con el cuerpo, obligándome a quedarme donde estaba.

—Sí lo soy si lo que estás a punto de hacer es meterte en la boca del lobo sin pensar.

Dejé ir una risa seca, porque a pesar de que sabía que tenía razón, no iba a dársela.

—¿De verdad? —murmuré sin ganas—. ¿Crees que ese hombre que está atado puede hacerme algo?

—No sabes de lo que es capaz.

—Parece que te olvidas de quién soy —le contradije con pesar, porque si alguien había sufrido en sus manos era yo.

—Me importa lo más mínimo quién seas o dejes de ser, Eve —sentenció.

El silencio entre nosotros se volvió tenso al instante, como si ambos estuviéramos esperando a que el otro cediera.

No lo hice.

—Aparta —repetí, esta vez con menos paciencia.

Antes de que pudiera reaccionar, otra voz irrumpió en el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí?

Marlene.

Maldije para mis adentros, y giré sobre mis talones, encontrándome a mi amiga de brazos cruzados. Su mirada pasó de mí a Valentino en cuestión de segundos, evaluando la situación con rapidez, con ese gesto suyo que no dejaba espacio para tonterías.

—Díselo tú —le insté, apartando la mirada con fastidio, a sabiendas de lo que me esperaba.

Valentino suspiró, pasándose una mano por la nuca.

—Iba a bajar a ver a Giovanni —explicó sin rodeos—. Sola.

El silencio que le siguió fue breve, pero lo suficientemente largo como para que se me antojara una eternidad, anticipando lo que venía.

—Estás de broma, ¿no? —cuestionó.

—No —respondí sin ganas, quitándole importancia—. Necesito respuestas —añadí—. Necesitamos —acabé corrigiéndome.

—¿Y crees que la mejor forma de conseguirlas es meterte ahí abajo con ese psicópata? —replicó, alzando la voz.

—No puede hacerme nada —insistí—. Está débil, vigilando, no representa un peligro.

Marlene negó despacio, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Eve… —murmuró, y esta vez su tono cambió, volviéndose más serio—. Ese hombre ha destruido vidas enteras sin moverse de una silla. —Hizo una pausa—. ¿De verdad crees que necesitas que esté en pie para ser peligroso?

Tragué saliva, pero no retrocedí.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras todo se nos escapa —repliqué—. *Il Corvo* ha entrado, ha salido cuando ha querido y nosotros seguimos sin saber quién es.

—Y bajar ahí no va a cambiar eso —intervino Valentino—. Solo va a ponerte en riesgo.

—No me estoy poniendo en riesgo —espeté.

—Sí lo estás —cortó Marlene, con más firmeza—. Y lo sabes.

Contuve las palabras que se agolpaban en mi garganta, porque había demasiado que no quería decir.

Apreté los labios, creando una fina línea, notando cómo la frustración se acumulaba, cómo todo dentro de mí pedía avanzar, hacer algo, cualquier cosa que no fuera quedarme siendo la mujer florero que había sido demasiado tiempo.

Tomé una bocanada de aire y suspiré, a sabiendas de que mi oportunidad de conseguir algo de claridad había desaparecido, desvaneciéndose en el aire como si jamás hubiese estado ahí.

Valentino no se movió, ni siquiera Marlene a mi espalda.

—No vas a bajar —sentenció el italiano, esta vez con la voz más baja, pero igual de firme—. Fin de la película.

72

Luca

—No pienso quedarme aquí ni un segundo más.

Mi voz salió más fuerte de lo que pretendía, cargada de una rabia que llevaba demasiados días acumulando, mientras ese maldito pitido no hacía más que grabarse en mi mente como un jodido mantra. Apreté la mandíbula, me sentía inútil, atrapado, y como si me hubieran reducido a alguien que dependía de todos los demás hasta para respirar con normalidad.

El médico ni siquiera se inmutó.

—No es algo que puedas decidir —respondió con calma—. Recibiste demasiados golpes, además del disparo. Tu cuerpo necesita reposo y tranquilidad, Luca.

Solté una risa seca, amarga, al mismo tiempo que me pasaba una mano por el rostro.

—Por suerte o por desgracia, nunca ha habido de eso en mi vida —aseguré—. Mi cuerpo está de puta madre.

—No lo está —me cortó—. Y si sigues forzándolo todo, lo único que vas a conseguir es empeorar. —Hizo una breve pausa—. Tienes que permanecer en observación.

Observación.

Como si fuera un puto experimento.

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo la frustración me subía por el pecho hasta crear un nudo en mi garganta. No era el dolor lo que me estaba matando, era la sensación de no tener el control, de estar tumbado mientras todo se movía a mi alrededor sin que pudiese hacer nada por interponerme.

—He dicho que ya es suficiente.

No esperé respuesta.

Arranqué una de las vías que llevaba sin cuidado, notando el tirón en la piel, y cómo la sangre comenzaba a deslizarse por mi brazo,

caliente y pegajosa, pero ni siquiera así me detuve. La otra la quité después, junto con cualquier cosa que me mantuviera atado a esa cama.

—¡Luca! —protestó don Vinizzi, el médico que había cuidado a mi madre hasta que murió.

No le escuché, o no quise hacerlo.

Me incorporé con más brusquedad de la que debía, notando cómo el cuerpo se quejaba al instante, tensando cada músculo, pero, aun así, avancé. Paso a paso, ignorando el dolor.

Necesitaba salir de ahí.

Necesitaba volver a ser yo.

Salir al pasillo fue como tomar una bocanada de aire fresco después de días encerrado, aunque cada paso arrastraba el cansancio que mi cuerpo se empeñaba en recordarme. No me detuve hasta llegar a mi habitación, empujando la puerta sin cuidado.

Y entonces la vi.

Eve.

El mundo pareció dejar de girar durante un segundo, el suficiente como para que todo lo demás dejara de importar, incluso el dolor que me atravesaba.

Su mirada se fijó en mí, bajando desde mi rostro hasta los brazos, donde la sangre comenzaba a manchar ya la tela blanca de la camiseta.

—¿Qué demonios has hecho? —exigió, acercándose sin dudarlo.

No respondí.

No porque no pudiera, sino porque no quería romper ese instante en el que la tenía delante, en el que todo lo demás desaparecía.

Frunció el ceño, claramente molesta, y antes de que pudiera apartarme, me empujó con firmeza hasta la cama.

—Siéntate.

Obedecí.

No por debilidad, sino porque era ella.

—No te muevas —añadió, ya dándose la vuelta.

La observé marcharse, fijándome en cada detalle, en la forma en la que se movía, en la tensión de sus hombros, en ese gesto

decidido que tenía incluso cuando estaba enfadada.

Algo se encogió en mi interior.

No era dolor.

Era algo mucho peor.

Cuando volvió, lo hizo con el ceño fruncido y las manos ocupadas. Antes de que pudiera decir nada, ya estaba frente a mí, arrodillada, limpiando la sangre con movimientos firmes, concentrada.

¿Qué demonios había hecho yo para merecer algo así?

Para tenerla.

Eve no solo era una mujer, era mi maldita debilidad.

Mi condena y mi salvación al mismo tiempo.

Sabía, con una certeza que me resultaba casi violenta, que sería capaz de prender el mundo en llamas si ella me lo pidiera, de reducirlo a cenizas sin mirar atrás, incluso de arrancarme el corazón del pecho con mis propias manos para entregárselo.

No había lógica, ni nunca lo habría.

No habló, ni hizo falta.

El silencio entre ambos no era incómodo, solo denso, cargado de todo lo que ambos callábamos.

—Eres un imbécil —murmuró al final, sin alzar la vista.

Una leve sonrisa se esbozó en mis labios.

—Lo sé.

Sus dedos rozaron mi piel con más cuidado del que pretendía mostrar, y ese simple gesto fue suficiente para tensarme por dentro, para recordarme que la tenía demasiado cerca y, al mismo tiempo, demasiado lejos.

Estaba completamente obsesionado con ella, y no tenía miedo a admitirlo.

Cuando terminó, dejó las vendas en su sitio y se apartó unos centímetros. Alzó la mirada, fijándola en la mía, y supe que aquel tesoro, a pesar de que no lo merecía, siempre sería mío.

Me puse en pie, acercándome al armario que había junto al gran ventanal que daba al acantilado, y saqué una caja negra que llevaba guardando demasiados meses.

Volví a donde se encontraba, la sostuve con cuidado para sentarme frente a ella de nuevo y tendérsela.

Su mirada cambió.

—¿Qué es eso?

—Ábrelo —le insté.

No añadí nada más.

Me limité a observarla mientras la tomaba, fijándome en cómo sus dedos dudaban un instante antes de levantar la tapa, la manera en la que los nervios se apoderaban de ella. Y cuando lo hizo, todo cambió.

Apartó con cuidado el papel de seda blanco, dejando a la vista algo que no esperaba: unas puntas de ballet rojas.

Intactas.

Demasiado vivas para todo lo que habían sobrevivido.

Supe, en el mismo instante en el que las vio, que había acertado, porque no era un simple objeto, era una parte de ella que habían intentado arrebatarle, y que yo había traído de vuelta para recordarle que era mucho más que la mujer a la que habían usado.

Era una jodida diosa a la que debía venerar hasta el fin de mis días.

73

Luca

Sus dedos temblaron cuando sostuvo las puntas, como si aquel simple objeto pesara más que cualquier arma que hubiera tenido entre las manos en toda su vida.

No aparté la mirada de ella, ni un solo segundo, porque sabía que ese momento no iba solo de lo que le estaba devolviendo, sino de todo lo que le habían quitado.

Alzó los ojos hacia mí, vidriosos, cargados de algo que me estrujó el pecho de una forma que no supe procesar.

—¿Cómo… cómo has sabido lo de las puntas? —preguntó, con la voz estrangulada.

—Marlene —respondí sin rodeos—. Ella me lo contó todo.

Vi cómo tragaba saliva, cómo intentaba recomponerse sin conseguirlo del todo, así que continué, sin suavizarlo, porque Eve no necesitaba más mentiras bonitas, sino la más cruda realidad.

—También encontramos archivos en casa de *La Mort* —añadí—. Fotos tuyas de cuando eras pequeña.

El golpe fue visible, su respiración se quebró y su mirada volvió a las puntas, aferrándose a ellas como si fueran lo único que la mantenían en pie.

—Cuando te compré… —continué, esta vez en voz baja—. Le entregaron a Dante una caja con algunas de tus pertenencias.

No dijo nada, permaneció en silencio, con los ojos empañados en lágrimas.

Y entonces se rompió.

Se abalanzó sobre mí sin avisar, escondiendo el rostro contra mi pecho, y la sentí temblar no como alguien que llora sin más, sino como quien lleva demasiado tiempo aguantando.

La rodeé con los brazos de manera instintiva, sin pensar, apretándola contra mí con una firmeza que no tenía nada de

delicado.

—Eh... —murmuré, apoyando la barbilla contra su cabeza—. Ya está.

Pero no lo estaba, y lo sabía.

Sus lágrimas comenzaron a empapar la tela de mi camiseta, calientes, reales, y algo dentro de mí se tensó de una forma peligrosa, porque cada una de ellas me empujaba más cerca de ese límite en el que dejaba de pensar y empezaba a destruirlo todo.

—Luca… —susurró contra mi piel.

Se apartó lo justo para mirarme, y sin pensarlo, lo hizo.

Me besó.

No fue un gesto contenido, ni tímido, ni siquiera medido. Fue directo, cargado de todo lo que llevaba dentro, de ese dolor que aún no había terminado de soltar y que la desgarraba por dentro mientras ella permanecía en silencio.

Respondí al instante.

Mis manos subieron por su espalda, atrayéndola más a mí, sintiendo su cuerpo encajando contra el mío como si no hubiera espacio suficiente entre nosotros. Al mismo tiempo que mis labios no dejaban de moverse sobre los suyos.

—Tú no lo ves… —murmuró apenas sin separarse de mí—. Eres el hombre que merezco.

Apreté la mandíbula con fuerza, al mismo tiempo que negaba despacio.

—No digas eso —gruñí en voz baja.

No se apartó, al contrario. Se movió sobre mí, acomodándose a horcajadas, obligándome a inclinar ligeramente la cabeza hacia atrás mientras su boca volvía a buscar la mía, esta vez con más lentitud y profundidad.

El mundo desapareció.

Mis manos descendieron sin permiso, recorriendo su cintura, su espalda, sintiendo cada reacción de su cuerpo contra el mío, como su respiración se volvía entrecortada a la vez que se mezclaba con la mía.

No había prisa.

Pero tampoco existía el control.

—No necesito ver nada más —susurró—. Solo te necesito a ti.

La miré.

Y joder…

No había forma de salir del embrujo en el que me había metido.

Deslicé la mano hasta su nuca, atrayéndola de nuevo hacia mí, besándola con una ansiedad que ya no podía contener, perdiendo cualquier intento de mantener la distancia.

Todo en ella me arrastraba al más profundo abismo, y lo cierto era que deseaba tirarme al vacío con tal de satisfacer cada una de sus necesidades.

—Te he echado tanto de menos… —gruñí contra su cuello.

Mi miembro se endureció cuando un gemido se escapó de entre sus labios.

—Y yo a ti —aseguró—. Más de lo que te imaginas.

Colé mis dedos entre la cinturilla de sus pantalones y su cintura, permitiendo que el calor me atrapase. Fui bajándolos con cuidado, hasta que acabé sacándolos con cuidado por sus pies. Besé sus tobillos, subiendo lentamente hacia sus rodillas, posando mi boca en cada centímetro de ella, venerándola como merecía. Durante demasiado tiempo la habían tratado como a una cualquiera, cuando en realidad era una jodida diosa.

Me deshice de sus braguitas, exponiéndola por completo a mí. Sonreí ladino al ver cómo sus mejillas volvían a enrojecerse, como siempre pasaba cuando estábamos juntos. Apreté la mandíbula, cuando colé uno de mis dedos entre sus pliegues, sintiendo la humedad que había en ella.

Ahogó un gemido cuando mi boca se posó sobre su abultado botón y comencé a lamerlo, como si se tratase del mejor de los helados. Pasé mis brazos por debajo de sus muslos, aferrándome a ella, dándole el placer que se le había negado durante años.

La devoré como si se tratase de un helado de nata derritiéndose en mis labios, al mismo tiempo que adentraba uno de mis dedos en ella, con cuidado. Sentí su sexo engulléndome poco a poco, y mi miembro palpitó ansioso, a sabiendas de que ese lugar le pertenecía.

—Ven aquí —me ordenó con la voz estrangulada.

Dios, estaba loco por ella.

La observé con delirio, deleitándome con ese gesto que ponía cuando tomaba el control, siendo quien lo controlaba todo.

En ese momento supe que sería capaz de entregarle el mundo entero con tal de que me permitiese venerarla un poco más.

Subí lentamente por sus caderas, besando cada centímetro de piel que recorría, primero en su vientre, su obligo, sus pechos, hasta que llegué a sus clavículas, donde tiró de mí para estampar su boca contra la mía.

—Hazme tuya —suplicó.

—Has sido mía desde el instante en el que te vi, *piccola*.

No tuve que decir nada más para que alzase las caderas, instándome a que volviese a perderme en ella una vez más. De una sola estocada me hundí en su interior, provocando que un quejido saliese arrancado de mi garganta.

—Eres el mejor regalo y la mejor condena que podría haberme dado la vida —le confesé al oído, mientras mis acometidas no frenaban.

Eve hundió sus dedos en mi cabello, manteniéndome pegado a él, mientras su boca quedaba a la altura de mi oído, regalándome cientos de gemidos que quise capturar.

Sentí como pequeñas gotas comenzaron a empapar mi rostro, igual que lo hacían con el suyo, por lo que me separé y me encontré esos ojos verdes llenos de algo que no supe identificar. ¿Dolor? ¿Dicha?

Poco me importó, porque si algo tenía claro era que no permitiría que nunca más volviese a sufrir, sería el hombre que necesitaba a su lado, haría justicia tanto por ella como por Elisa, y acabaría con quien hiciese falta.

No dejé de moverme sobre ella, embistiéndole con lentitud, permitiendo que sintiese cada centímetro de mí al llenarla, llegando hasta lo más profundo de su ser, arrancándole esos quejidos que tan loco me volvían.

—Córrete para mí, *piccola* —le ordené, aunque se me antojó más un ruego que cualquier otra cosa.

Colé una de mis manos entre ambos, masajeando con maldad su abultado clítoris mientras notaba como su respiración se volvía cada vez más agitada, y su cuerpo se tensaba bajo el mío.

—Luca…

—Vamos, mi amor —susurré contra su oído.

Un gemido profundo y rasgado se escapó aún con su boca pegada a la mía, arrastrándome consigo, llevándose la poca cordura que me quedaba para hacernos estallar en mil pedazos. Apreté la mandíbula, conteniendo cada gruñido que acudía a mi garganta.

Nos deshicimos el uno en el otro, perdiéndonos en cada quejido amortiguado, en cada suspiro capturado, y en esa forma de amarnos que solo teníamos nosotros.

—Te amo —musitó Eve.

—Y yo a ti —juré, completamente perdido en ella—. Podría entregarte hasta mi vida si me lo pidieras.

—Creo que no será necesario —respondió con una sonrisa tímida que besé para capturarla para siempre.

Un golpe seco en la puerta lo rompió todo.

—Joder… —mascullé—. Ni un minuto de tranquilidad hay en esta puta casa.

Gruñí, separándome de ella.

Me levanté a regañadientes, cabreado, dispuesto a golpear a quien estuviese al otro lado y abrí la puerta sin miramiento alguno.

Dante.

Su mirada bajó un segundo, y volvió a subir con una mueca entre sorprendido y divertido.

—Hostia… —murmuró—. ¿Te importa taparte o…?

—Habla —sentencié—. ¿O te apetece comerme la polla?

Se pasó una mano por la cara, riendo. Solo él podía tomarse así una situación como en la que nos encontrábamos.

—Hemos detectado movimiento cerca del perímetro —informó—. Algo no cuadra.

—¿Qué cojones?

—Sí, cojones, eso mismo —replicó al mismo tiempo que hacía una caída de ojos—. Pero en serio, tápate antes de salir a matar a nadie.

74

Luca

Me coloqué unos pantalones cortos deportivos, una camiseta limpia y deposité un casto beso en los labios de Eve antes de salir.

Nada más hacerlo me encontré con Dante, con esa mirada suya que me hablaba antes siquiera de que hubiera abierto la boca. Porque le conocía demasiado bien, tanto que ya sabía que lo que iba a decir no tenía arreglo, y no porque no existiera solución, sino porque ya había tomado decisiones sin mí.

—Habla —le exigí con firmeza, sintiendo cómo comenzaba a mosquearme.

No respondió de inmediato. Inspiró despacio, como si el aire le pesara en los pulmones, y ese gesto, tan impropio de alguien como él, hizo que la tensión se instaurara en mi pecho, avisándome de que el asunto era más serio de lo que creía.

—Hay algo que no te he dicho —dijo al final.

Solté una risa seca, sin gracia, al mismo tiempo que ladeaba la cabeza mientras daba un paso hacia él, reduciendo la distancia hasta obligarlo a enfrentarse a mí sin darle más vueltas.

—Dime algo que no sepa.

Su mandíbula se tensó, y ese simple gesto fue suficiente como para que algo dentro de mí empezara a encajar.

—Quiero a ese hijo de puta —añadí, marcando cada una de las palabras—. Y lo quiero ya.

Dante negó con la cabeza, desviando la mirada apenas un segundo, lo justo para confirmarme que aquello iba peor de lo que esperaba.

—No es tan sencillo.

Podía oler el sentimiento de culpa que le corroía.

Cerré los ojos y cogí aire, para dejarlo ir a modo de suspiro, creyendo que así podría calmar los nervios que comenzaban a tomar

el control de todo a mi alrededor.

—Explícamelo—dije, acercándome un poco más, lo suficiente para que notara que no estaba pidiéndoselo sino ordenándole que lo hiciera.

Dudó.

Y ese fue su error.

—Dante… —mascullé.

—*Il Corvo*… —empezó a decir.

Achiqué los ojos, porque en aquel momento dejé de reconocer a mi amigo, a mi hermano, a mi confidente, para encontrarme con un maldito cobarde.

—¿Quién cojones es *Il Corvo*?

Se pasó una mano por la cara, al mismo tiempo que me hizo un movimiento con la cabeza, instándome a que le acompañase.

—Aún no lo sabemos —aseguró—, pero según hemos podido averiguar gracias a Valentino, se trata de alguien de máxima confianza de tu padre.

—Continúa.

Tragó saliva, y esa imagen se clavó en mi retina.

—*Dai, parla* —sentencié, insistiéndole para que hablara.

—*Il Corvo* atacó a Eve.

El mundo dejó de girar. El impacto no fue inmediato, no hasta que mi mente hiló todo, y por un instante fue como si el mundo se abriese bajo mis pies.

—¿Qué… has dicho? —pregunté.

—Tú estabas inconsciente, yo intentaba ocuparme de todo y apagar todos los fuegos —se apresuró a justificar—. Estaba jodido y…

—¿Qué hizo?

No quería excusas, no en ese momento porque estaba a punto de saltarle a la yugular para arrancarle la nuez.

—La acorraló en la cocina —confesó sin rodeos—, quería asustarla, que supiéramos que podía entrar en cualquier momento.

Sentí cómo algo dentro de mí se contraía, porque una parte de mi ser sabía que si yo hubiese estado consciente eso no habría ocurrido. Di un paso atrás, más por control que por necesidad, a

sabiendas de que estamparía mi puño en su mandíbula si su siguiente respuesta no me gustaba.

—¿Y tú dónde estabas? —pregunté, sin siquiera mirarlo.

El silencio que le siguió fue más elocuente que cualquier respuesta.

—Pedí a Andrei y Marlene que vinieran, justo antes del ataque —aseguró—. Pero no había más opciones para….

Solté una carcajada breve, provocando que se callase.

—Siempre hay opciones —repliqué, girándome hacia él con lentitud.

Nuestros ojos se encontraron, y esta vez no hizo falta que hablara para entender lo que había pasado.

—He tenido que mover ficha —añadió, esta vez más tenso—. Alguien más aparte de los Romanov.

Esa frase no me gustó un pelo.

—¿Con quién?

No contestó.

Y ahí sí, algo dentro de mí hizo saltar todas las alarmas. Avancé sin pensar, agarrándolo del cuello de la camisa y empujándolo contra la pared con la fuerza suficiente para hacerle perder el aire.

—Tío… Suéltame.

—¿Con quién cojones has hablado, Dante?

—Era la única forma de evitar que se llevaran a Giovanni —soltó, rápido, como si eso pudiera justificado todo.

Me quedé quieto durante un segundo, lo justo para que esa información se asentara y lo empeorase todo.

—¿Qué has hecho? —inquirí, con un tono aún mucho más bajo que el anterior.

—Lo que tenía que hacer.

Apreté más el agarre, acercando mi rostro al suyo, sintiendo incluso su respiración. Joder…

—Tú no decides eso sin mí —murmuré.

—No había tiempo.

—Siempre lo hay —insistí, clavándole la mirada—. Lo que no hay es margen para cagarla.

Lo solté a desgana al mismo tiempo que me apartaba de él, sacando la cajetilla de cigarros para llevarme uno a la boca.

—Joder, Dante…

—Se supone que confías en mí —me lo echó en cara.

—No cuando todo el puto plan está en peligro.

Me llevé una mano al rostro, para acto seguido darle una larga calada al cigarrillo, llenándome los pulmones de ese maldito veneno.

—Luca. —Escuché como me llamaba Andrei.

Me giré despacio, y fijé mi vista en él, quien acababa de entrar en la sala, pálido, y con la respiración descompuesta.

No necesitaba que hablase para saber que algo no iba como debería.

—¿Qué pasa? —cuestioné, notando como la sangre me hervía bajo la piel.

El silencio se volvió más denso, casi irrespirable.

Me coloqué frente al pequeño de los Romanov, y con un ligero movimiento de cabeza le insté a que hablase.

—Lo teníamos controlado, te lo juro, no sé cómo cojones lo ha hecho, pero… —Su voz se desvaneció como si jamás hubiera estado allí—. Lo hemos perdido. *Il Corvo* ha desaparecido.

75

Luca

La mandíbula me dolía de tanto apretarla.

Llevábamos horas revisándolo todo, absolutamente todo, y, aun así, seguíamos sin una puta respuesta clara. Las cámaras no mostraban nada útil, las entradas parecían limpias, pese a eso, *Il Corvo* había vuelto a entrar en el *palazzo* como si fuese su casa.

Y eso era lo que más me jodía, no el hecho de que hubiera aparecido de nuevo, sino que nos hubiese vacilado de esa manera.

Apreté los dedos alrededor del vaso de whisky a punto de estallarlo entre mis dedos mientras observaba las pantallas frente a mí. Dante permanecía apoyado contra la pared, fumando en silencio, a la vez que Andrei tecleaba sin descanso desde el otro extremo de la mesa, dispuesto a encontrar una cámara que diera con *Il Corvo.*

—No lo entiendo… —mascullé al final, incapaz de contenerme más—. ¿Cómo cojones hemos podido perderlo?

Nadie respondió, porque no había una respuesta correcta.

Solté una risa seca, cargada de pura frustración, mientras me pasaba una mano por el rostro. Saqué un cigarro y me lo llevé a la boca. Rebusqué en los bolsillos, intentando encontrar un encendedor hasta que vi como Dante me acercaba el suyo ya encendido.

—Estamos hablando de un solo hombre —continué—. Uno. Y, aun así, entra aquí, se pasea delante de nuestras putas narices, arrincona a Eve y desaparece sin dejar rastro.

La simple idea hizo que algo oscuro me atravesase de pies a cabeza.

Eve.

Mi cuerpo volvió a tensarse al recordar lo que Dante me había contado, porque a pesar de que fue algo inevitable, jamás me perdonaría no haber estado ahí para ella. Imaginarla siendo arrinconada por ese hijo de puta me rasgaba le alma.

—No actúa como un mercenario cualquiera —murmuró Andrei, sin apartar la vista del ordenador.

Lo miré.

—Porque no lo es —respondió Dante, al mismo tiempo que expulsaba el humo poco a poco.

—Está obsesionado con algo —añadió—. O con alguien.

Sentí la sangre hervirme bajo la piel, porque aquella historia ya la conocía demasiado bien, porque mi padre estaba obsesionado con Eve, y parecía que ese *Corvo* lo estaba como ese demonio.

—Mi padre —gruñí—. Todo gira alrededor de él.

Y cuanto más pensaba en ello, menos sentido encontraba. ¿Qué clase de vínculo enfermizo tenía alguien así con Giovanni como para arriesgarse de esa manera? Porque aquello no era una lealtad normal, no era por dinero, ni siquiera por poder.

Era algo mucho peor.

Devoción.

Como si Giovanni hubiera creado un monstruo incapaz de distinguir dónde terminaba una orden y empezaba su propia voluntad.

¿Cómo no había podido darme cuenta durante todos estos años? Había tenido una vida paralela, lejos de su familia, de nosotros, y ni siquiera había sido capaz de enterarme.

Me levanté de golpe, incapaz de permanecer quieto un segundo más.

—Quiero saber quién cojones es —sentencié—. Y quiero encontrarlo antes de que vuelva a acercarse a esta puta casa.

Andrei dejó de escribir y alzó la mirada hacia mí.

—Solo hay una persona capaz de darnos respuestas.

Dante soltó el humo por la nariz, fumando como un desquiciado.

—Valentino no sabe nada.

—No me refería a Valentino —replicó con clama.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire apenas unos segundos, pero fue suficiente para que entendiese a quién se refería.

Una sonrisa amarga se dibujó en mis labios.

La única persona que podía conocer la identidad real de *Il Corvo* era él.

Mi padre.

El mismo hijo de puta que llevaba días sedado mientras nosotros intentábamos recomponer el caos que había dejado atrás.

Me giré hacia Dante poco a poco.

—Tiene razón.

Dante frunció el ceño.

—Luca…

—Ya hemos perdido demasiado tiempo —le interrumpí.

Saqué el teléfono del bolsillo y marqué el número de Elisa sin apartar la mirada de ninguno de ellos.

Diez segundos más tarde, respondió.

—¿Luca?

Escuchar su voz hizo que algo en mi interior se contrajese. Mi hermana ya no era esa niña débil a la que siempre había visto, era una mujer fuerte que había decidido su camino, una a la que habían traicionado, a la que su propio padre le había vendido con tal de salvarse.

Llevaba tiempo alejada de los Moretti, permaneciendo junto a su recién estrenado marido Alexei Romanov, le hermano mediano de Andrei.

—Necesito que vengas la *palazzo* de la *mamma* —dije sin rodeos.

El silencio al otro lado duró un instante más de lo necesario.

—¿Ha pasado algo?

Contuve el aliento, no había querido tenerla al tanto de todo, no porque no quisiera contárselo, sino porque no quería arrastrarla de nuevo junto al desgraciado al que manteníamos dormido.

Miré las pantallas una última vez, sintiendo cómo la rabia volvía a subir poco a poco por mi garganta.

—Sí —respondí con frialdad—. Y quiero que estés aquí cuando hablemos con él.

—Allí estaré.

—Perfecto —sentencié—. Nos vemos en un rato.

Colgué antes de que pudiera seguir preguntando. Después, volví a girarme hacia Dante y Andrei.

—Id preparándolo todo —les pedí.

Dante entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro de todo esto?

No, no lo estaba, pero necesitaba comenzar a cortar hilos, y el primero de todos iba a ser ese pajarraco que no dejaba de rondar mis terrenos.

Saqué el *walkie talkie*, y me lo llevé a la boca.

—Despertadlo.

76

Luca

Cinco horas.

Cinco malditas horas llevaba esperando en el porche de la entrada, esperando a que se despertara mientras el humo del tabaco me llenaba los pulmones una y otra vez sin conseguir calmar nada de lo que hervía dentro de mí. El *palazzo* entero estaba en silencio, uno denso, extraño, como si las paredes supieran que algo estaba a punto de ocurrir.

Escuché pasos acercándose por el recibidor del caserío, así que ladeé la cabeza lo suficiente como para poder ver como Dante aparecía a mi lado.

—Llega Elisa —me informó.

Asentí despacio, viendo como en la lejanía, sobre el camino de tierra, unas luces comenzaban a brillar.

Terminé el cigarro y lo lancé al suelo, aplastándolo contra los adoquines de la entrada.

Mi hermana.

No sabía si aquello era lo correcto, pero tenía claro que ya no había otra opción. Todo había llegado demasiado lejos como para echarme atrás, y si había alguien sobre la faz de la tierra que mereciese confrontarle, además de Eve, era ella.

Me encaminé hacia el gran salón sin prisas, notando cómo el cuerpo aún protestaba por los golpes que me habían dado, aunque aquello ya me importaba una mierda. El dolor físico era lo único que lograba mantenerme centrado.

Serví una copa de whisky mientras la esperaba y me la bebí de un solo trago.

Cerré los ojos. Estábamos de mierda hasta el cuello, con mi padre en una enfermería improvisada, sedado, lo habían llevado a las celdas donde lo interrogaríamos, pero no solo eso… También estaba

Valentino. ¿Cómo cojones iba a explicarle a mi hermana que teníamos un medio hermano y que lo sabía desde antes de que ella naciese?

Apreté mi entrecejo con dos dedos.

Los problemas se me acumulaban, y por primera vez en mucho tiempo me sentí como Alicia cayendo en el agujero del conejo. No podía parar de caer y caer, encontrando impedimentos a cada paso que daba.

Primero: mi padre vendiendo a mi hermana y a cientos de mujeres.

Segundo: la pelea por Eve.

Tercero: la compra y pacto con la mujer por la que me arrancaría el corazón.

Cuarto: la casona, Eve entregándose y yo siendo molido a palos.

Eché la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Necesitaba un puto milagro para salir de allí sin volverme loco.

—Luca… —Escuché como me llamaba mi hermana tras de mí.

Sus ojos recorrieron mi rostro, deteniéndose en cada golpe que aún permanecía marcado en mi piel como una sombra oscura.

—*Carusa* —la saludé al mismo tiempo que me acercaba a ella.

Deposité un beso en su mejilla, y ella se lanzó a mis brazos como hacía años que no lo hacía. La recibí gustoso, sintiendo como su diminuto cuerpo se fundía en el mío. Elisa era ocho años menor que yo, por lo que siempre iba a considerarla mi pequeña.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con preocupación.

Solté una risa seca.

—He estado mejor.

Negó despacio, afectada.

—¿Y tu maridín? —Quise saber.

—Se ha quedado con Andrei y Dante —me explicó con calma—, han pensado que sería mejor darnos espacio —añadió.

—Tenían razón.

Mi mente volaba de un lado a otro, porque a pesar de que sabía cuál era mi siguiente paso, había algo a lo que no deseaba enfrentarme, al menos no todavía, pero no existía otro momento, ni siquiera teníamos tiempo como para decidir apartarlo.

Volví al mueble en el que había dejado la botella de whisky y me serví otra copa, al mismo tiempo que me giraba hacia ella y la alzaba, ofreciéndole.

—No, gracias —respondió al mismo tiempo que se llevaba una mano a la tripa.

Durante unos segundos el mundo pareció dejar de girar. Me quedé paralizado. Pensé en que tal vez estaba enferma y no podía tomar nada que no fuese apropiado, hasta que una idea explotó en mi cabeza: estaba embarazada.

—*Cara*… —murmuré—. *Mi stai dicendo che divento zio?*

Los ojos de mi hermana se llenaron de lágrimas.

—Sí, *caruso* —respondió—. Vas a ser tío de un hermoso niño llamado Damiano.

Me lancé a por ella, tomándola en volandas, sintiendo como ahora eran mis ojos los que se humedecían de la emoción.

Por fin una puta buena noticia entre toda la mierda en la que estábamos envueltos, un rayo de luz en esa oscuridad que ya me oprimía incluso el alma.

—No me lo puedo creer… —susurré abrazándola.

—Pues créetelo —lloriqueó contra mi pecho.

Por alguna razón que no comprendí, tuve una enorme certeza que comenzó a brillar en mi pecho. Algo me decía que todo el mal que nos arrollaba acabaría antes de lo que creíamos, y que ese pequeño Damiano sería el heredero de un reino que ya le pertenecía. Lo mejor de los dos mundos: la bratva y la 'Ndrangheta.

Cuando nos separamos la observé, estaba radiante, y ni siquiera había sido capaz de darme cuenta cuando la vi entrar. Posé mis manos en su vientre, acariciándolo, sintiéndolo ya hinchado, lleno de una vida que venía para bendecirnos como el regalo que era.

Entonces, pensé en nuestra madre, en lo mucho que habría amado convertirse en abuela, en lo que habría disfrutado de ver corretear al pequeño Diamano por el *palazzo*, entre los olivos, o acompañándola a recoger las rosas de su pequeño rincón.

La tristeza lo asoló todo, no porque desease que mi madre estuviera con nosotros, sino porque había sido el puto desgraciado que estaba en el sótano el que continuaba vivo, y no ella.

Tomé aire y lo dejé ir a modo de suspiro.

—Yo también tengo algo que contarte… —le dije, tras aclararme la garganta—. Pero creo que es mejor que te sientes.

Elisa me miró con una mezcla de sorpresa y de confusión que me resultó incluso graciosa. Cogí el vaso de whisky que me había servido y lo bebí de un solo trago para acto seguido, decir su nombre:

—Valentino.

77

Luca

Elisa me observó en silencio después de escuchar aquel nombre.

Valentino.

La confusión cruzó su rostro tan rápido que casi pude ver cómo intentaba rebuscar entre sus propios recuerdos algo que conectara con él.

—¿Quién es? —preguntó al final.

Cogí aire despacio antes de responder, porque ni siquiera sabía por dónde empezar aquella mierda.

—Antes de que nacieras… —murmuré esta vez sirviéndome un vaso de agua—. Siempre estaba con nosotros.

Le tendí el vaso, y lo bebió con gusto.

Me apoyé contra el mueble bar y cerré los ojos apenas un instante antes de continuar, como si tuviese que rebuscar en lo más profundo de mi mente para traer al presente esos recuerdos que tanto me dolían.

—Su madre trabajaba para papá —expliqué—. Giovanni se empeñó en que Valentino y yo pasáramos tiempo juntos.

—¿Erais amigos?

Solté una risa amarga.

—No lo sé —admití—. Éramos niños.

Y los niños no entendían ciertas cosas, no comprendían por qué un adulto descargaba toda su rabia en ellos, ni por qué asociaban el dolor a determinadas personas.

—Al principio no lo entendí.

Carraspeé sintiendo como un enorme nudo se había creado en mi garganta.

—Cada vez que le decía que no quería ver a Valentino me golpeaba, cruzándome la cara —añadí—. A veces incluso me pegaba

con el cinturón, alegando que tenía que portarme bien con ese niño al que no conocía de nada.

—No comprendo…

Sentí compasión con ella porque me vi a mí mismo años atrás, cuando todo comenzó a cobrar sentido.

—Siempre que nos encontrábamos era en uno de los parques a las afueras de la ciudad —continué—. Los guardias de papá lo blindaban para que nadie pudiera acceder al perímetro, pero él sí que entraba. —Cerré los ojos, recordándolo—. Él y su madre, Mariela.

—Es hijo de Giovanni —musitó.

Asentí un par de veces, confirmando sus sospechas. Sabía perfectamente cómo era nuestro padre y hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Durante mucho tiempo me hizo sentir culpable por no querer a Valentino, por no darle el espacio que él creía que merecía —proseguí, sintiendo como el odio volvía a brillar en mi pecho, engulléndolo todo—. Hasta que un día desapareció. —Hice una pausa, visualizando ese día en mi mente, la forma en la que mi padre vino hecho una furia, en cómo me lanzó al suelo nada más verme—. Y sin más, dejé de verlo.

El silencio cayó entre ambos.

—¿Y nunca preguntaste por él? —murmuró ella.

Negué despacio.

—Mi mente relacionaba a Valentino con el dolor, con la furia… —confesé con sinceridad—. Era un crío, Elisa, y para mí él siempre parecía antes de que papá me destrozara a golpes.

Aquello continuaba revolviéndome por dentro, incluso en la actualidad, porque una parte de mí sabía que Valentino tampoco había tenido la culpa de nada.

Solo éramos dos niños atrapados bajo el yugo del mismo monstruo, solo que yo tenía que soportarlo todos los días de la semana.

La puerta del salón se abrió en ese instante y el tiempo pareció ralentizarse apenas un segundo.

Valentino entró despacio, vestido completamente de negro, con esa expresión hermética que llevaba pegada a la piel como una segunda cara. Sus ojos se clavaron con atención en Elisa y noté como mi hermana se tensaba.

Ella también lo observó con desconfianza, como no podía ser de otro modo.

Me aparté un poco de ambos, dejándoles espacio, porque aquello ya no me pertenecía. Elisa dio un paso lento hacia él, estudiándolo, y lo más probable era que también intentando encontrar algo familiar entre todos esos años perdidos.

Y joder… Sí lo había.

Sus ojos.

La forma de tensar la mandíbula, incluso esa manera silenciosa de estudiarse.

Valentino tenía lo mejor de los dos mundos, el físico de los Moretti, y la parte humana que le había dado su madre. Solo que lo que ella no esperaba era que el hijo de puta con el que se acostó lo doblegaría tanto que acabaría perdiendo hasta su esencia.

—Supongo que tú debes ser Elisa —murmuró Valentino.

Ella tragó saliva, y durante un segundo creí que se marcharía.

Pero no lo hizo.

Se lanzó a abrazarlo.

Vi cómo Valentino se quedaba inmóvil al principio, sin saber cómo reaccionar a algo tan simple como que alguien quisiera tocarlo sin miedo, hasta que al final, terminó rodeándola con los brazos.

—Lo siento… —susurró Elisa contra su pecho.

Valentino cerró los ojos apenas un instante.

—No pasa nada —respondió con una calma que me resultó gratificante.

Pero, aun así, ninguno de los dos se soltó enseguida, y por primera vez desde que había aparecido en nuestras vidas, Valentino pareció un poco menos roto.

—Estás más emocional que nunca, *carusa* —comenté, dándole un toque de humor.

—Será el embarazó —añadió ella con gracia.

Dante apareció poco después junto con Andrei y Alexei, rompiendo el momento antes de que se volviera todo más incómodo. Valentino se separó de Elisa y terminó acercándose al resto mientras yo sacaba otro cigarro y me encaminaba hacia el exterior.

Necesitaba un minuto.

Solo uno.

El aire frío de la noche me golpeó mientras lo encendía. Di una larga calda, observando cómo la oscuridad rodeaba el *palazzo* mientras el humo se escapaba poco a poco de mis pulmones.

Todo había cambiado demasiado rápido.

Mi hermana estaba embarazada.

Valentino y ella se habían conocido.

Il Corvo seguía ahí fuera.

Y Giovanni… continuaba respirando.

78

Luca

Valentino permaneció en el salón junto a Dante y los Romanov, mientras yo terminaba el cigarro en el exterior.

Nadie dijo nada cuando me alejé, no hacía falta.

Todos sabían a dónde iba.

Observé la oscuridad que rodeaba el *palazzo*, el mismo lugar donde había crecido creyendo que algún día heredaría un imperio construido para mí, cuando en realidad solo había sido una jaula mucho más elegante que los demás.

Bajé la vista al cigarro consumiéndose entre mis dedos.

Mi padre siempre decía que un hombre debía vestir bien incluso para matar.

Que la elegancia imponía más que cualquier arma.

Que un Moretti jamás debía parecer desesperado, aunque estuviera hundiéndose en el infierno.

Por eso me había puesto un traje negro impecable.

A medida.

Italiano, como todo lo bueno.

Perfecto.

Pero el traje no era lo importante, era la camisa. Deslicé la mano por la seda roja oscura que cubría mi pecho, notando el tacto suave bajo los dedos mientras una sonrisa amarga tiraba de mi boca. Seda china. Una de las rutas que él mismo protegía para el contrabando de diamantes.

Esa ruta que precisamente no usaba la seda como mercancía, sino joyas y mujeres.

Esa era una de las tantas mierdas con las que había levantado su reino podrido.

Me la había guardado para una ocasión especial.

Y por fin había llegado el momento de usarla.

Di una última calada antes de dejar caer el cigarro al suelo y aplastarlo con la punta del zapato. Después entré de nuevo en el *palazzo*, recorriendo los pasillos con calma, sintiendo cómo el silencio se volvía más pesado a cada paso que daba.

Dos hombres vigilaban la puerta del sótano.

Se apartaron nada más verme.

Abrí la puerta sin detenerme.

El olor a humedad y sangre vieja me golpeó de inmediato. Recordé el día en el que casi maté a Valentino a golpes, cómo su sangre estucaba las paredes del calabozo en el que estaba metido. Bajé los escalones despacio, escuchando solo el eco de mis propios pasos mientras la oscuridad me tragaba poco a poco.

Y entonces lo vi.

Giovanni permanecía atado a una silla metálica en mitad de la habitación, inmóvil, todavía a medio sedar, con la cabeza ligeramente ladeada y la boca cubierta por una cinta negra.

Una parte de mí quiso sentir pena. Mi padre. El hombre que me había criado y moldeado a su gusto y semejanza, el que me había enseñado todo lo que sabía, pero que también me había inculcado unos valores que ahora veía traicionados.

Parecía viejo.

Mucho más de lo que recordaba.

Me acerqué lentamente hasta quedar frente al interruptor de la pared. Durante unos segundos me limité a observarlo en silencio, disfrutando de aquel instante mucho más de lo que debería.

Después encendí todas las luces de golpe.

El fluorescente se encendió sobre él con violencia, arrancándolo del estado en el que estaba atrapado. Giovanni se removió al instante, gruñendo algo ininteligible detrás de la cinta mientras entrecerraba los ojos, desorientado.

No me moví.

Me quedé ahí, observándolo despertar igual que un depredador contempla a un animal herid antes de decidir si arrancarle la garganta o dejarlo sufrir un poco más.

Sus ojos terminaron encontrándose con los míos.

Y joder…

Ahí estaba otra vez.

Ese odio.

Ese orgullo enfermo.

Esa sensación de superioridad que jamás había desaparecido del todo.

Solté una risa baja mientras aflojaba los gemelos de la camisa.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto? —murmuré, acercándome despacio—. Que pasaste toda la puta vida intentando convertirme en un monstruo.

Me detuve justo frente a él.

—Y lo conseguiste.

Vi cómo algo se removía en su mirada al escucharme.

Incliné la cabeza un poco, estudiándolo.

—La diferencia —continué en voz baja— es que ahora vas a conocer a ese monstruo teniéndolo en tu contra.

Giovanni tensó la mandíbula bajo la cinta, intentando incorporarse pese a las correas que le sujetaban.

Sonreí.

Una sonrisa fría.

Vacía.

Peligrosa.

Después me desabroché lentamente la chaqueta de traje y tomé asiento frente a él, cruzando una pierna sobre otra, con una calma que contrastaba demasiado con toda la rabia que me hervía bajo la piel.

—Bonita camisa, ¿verdad? —pregunté mirando la seda roja—. La guardaba para tu funeral.

Sus ojos descendieron hacia ella un instante antes de volver a mí.

—Es de seda china —apunté—. Creo que debe sonarte algo de ciertas rutas…

Dijo algo bajo la cinta, pero apenas pude entenderle, por lo que lo ignoré por completo, continuando con mi monólogo.

Lo observé, a sabiendas de que hacerlo solo provocaba esa parte oscura que había en mí, esa que me gritaba que lo ahogase con mis propias manos, pero eso no ocurriría, no sería tan fácil.

—Pero he decidido estrenarla hoy

El silencio volvió a llenar la habitación, esta vez volviéndose denso e irrespirable.

Me incliné hacia adelante poco a poco hasta quedar a escasos centímetros de su rostro, con la mirada fija en la suya.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento.

79

Luca

Lo observé en silencio durante varios segundos más, dejando que el peso de todo lo que había descubierto terminara de asentarse entre nosotros como una sentencia imposible de ignorar.

Tenía los ojos clavados en los míos como si aún creyera conservar algún tipo de autoridad sobre mí, o sobre nuestra familia, pero ya no quedaba nada de eso.

Solo era un hombre acabado.

Uno que había confundido poder con impunidad durante demasiado tiempo.

Me recosté lentamente sobre el respaldo de la silla, sosteniéndole la mirada mientras una sonrisa amarga tiraba de la comisura de mis labios.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —pregunté en voz baja—. Que crecí admirándote.

Vi cómo algo se tensaba en su expresión.

Solté una risa seca.

—Sí, joder… —murmuré—. Lo hice. Quería ser como tú —añadí, sintiendo como la rabia comenzaba a subir por mi garganta—. Pensaba que todo esto tenía un propósito, que todo lo que nos enseñabas era para convertirnos en hombres fuertes —continué—. Te amaba con mi todo mi corazón, papá, a pesar de las putas palizas.

Me incliné un poco más hacia adelante.

—Pero no creaste hombres fuertes, sino monstruos.

Soltó algo que lo logré entender, pero lo ignoré.

—Tráfico de diamantes —enumeré despacio—. Mujeres. Trata. Fiestas privadas mientras mamá moría creyendo que aún quedaba humano dentro de ti.

Noté cómo el corazón se me aceleraba, mientras la sangre me hervía en las venas.

—¿Y Valentino? —cuestioné—. ¿Qué cojones fue eso? ¿Otro de tus juegos? ¿Otro bastardo escondido mientras destruías todo lo que tocabas?

Sus ojos se endurecieron, y eso me hizo sonreír todavía más, porque había acertado.

Me puse en pie, comenzando a caminar alrededor de él como un depredador que disfruta antes de atacar.

—Nos enseñaste todo sobre la lealtad, la familia y el honor. —Negué con la cabeza—. Nos llenaste la cabeza con códigos y respeto mientras tú hacías exactamente lo contrario a nuestras espaldas.

Mi voz empezó a endurecerse.

—Vendiste a tu propia hija —mascullé entre dientes, sintiendo como hasta la saliva se me escapaba.

El silencio se volvió brutal.

Denso y asfixiante.

Giovanni forcejeó contra las correas al escuchar aquello, como si quisiera hablar de una vez.

—¿Sabes lo que es más enfermizo? —le cuestioné—. Que ni siquiera lo hiciste por necesidad. Lo hiciste porque podías, porque te creías el puto dios capaz de decidir quién vivía, quién moría y quién merecía ser sacrificado.

Negué con la cabeza, al mismo tiempo que cerraba las manos en puños.

—¡Hasta a tu puta hija, joder! —bramé ido—. La entregaste a esa escoria de *La Mort*, ¡podría haber muerto en vida, cabrón!

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que sentí incluso el crujir de mis muelas.

—Tienes que pagar por todo el mal que has hecho. —Me detuve frente a él—. Aunque ni en mil vidas sería suficiente.

Giovanni soltó un gruñido furioso detrás de la cinta y se movió con violencia, y entonces perdí el control.

Lo hice al imaginarlo con Eve, al pensar en cómo la habría sobado cada noche que tuvo oportunidad cuando su mujer permanecía en una cama de hospital.

—¡¿Por qué, eh?! —rugí, sintiendo cómo toda la rabia me explotaba dentro del pecho—. ¡¿Qué coño te faltaba?! ¡Lo tenías todo!

Forcejeó conmigo de manera brutal, moviendo la cabeza hasta conseguir arrancarse parcialmente la cinta de la boca.

Y entonces habló.

—Porque tú nunca lo habrías entendido.

Su voz sonó rota.

Ronca.

Pero seguía teniendo esa maldita soberbia que me daban ganas de arrancarle la garganta.

—Siempre fuiste mi favorito.

El mundo pareció detenerse un segundo. Lo miré permaneciendo quieto, sintiendo cómo algo oscuro me atravesaba por dentro.

Favorito.

Como si aquello justificara algo. Como si los golpes, el control o toda la violencia hubieran sido una forma de amor.

—Estás enfermo —murmuré al mismo tiempo que lo agarraba de la garganta.

La puerta se abrió de golpe antes de que pudiera seguir hablando.

—¡Basta!

Elisa.

Entró respirando de forma agitada, con los ojos inundados en lágrimas mientras nos observaba desde el umbral.

Giovanni giró la cabeza hacia ella al instante.

Y por primera vez vi algo parecido a la humanidad cruzar de manera fugaz su mirada.

—No la mires. —La voz me salió fría. Mortal.

Pero Elisa ya había avanzado.

—¿Cómo pudiste? —preguntó directamente a nuestro padre con la voz quebrada—. ¿Cómo coño pudiste hacernos esto?

Giovanni abrió la boca para hablar, pero ella no le dejó.

—¡Mamá murió queriéndote! —gritó, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a caerle sin control—. ¡Murió creyendo que aún eras un

hombre decente mientras tú vendías mujeres como si fueran mercancía!

El silencio de nuestro padre fue aún peor que cualquier respuesta. Elisa negó varias veces con la cabeza, rota.

—¿Y yo? —sollozó—. ¿Cuánto te pagó *La Mort* por mí? —cuestionó al borde del colapso.

Noté cómo me hervía la sangre al verla así. Porque el hombre que teníamos frente a nosotros no solo había destruido nuestra familia, sino a la única persona buena que quedaba dentro de ella.

—Mírate… —susurró Elisa con una mezcla de rabia y dolor que me aplastó el pecho—. Das asco.

Giovanni intentó decir algo más, pero antes de que pudiera hacerlo, Elisa volvió a colocarle la cinta para que no pudiera hacerlo.

Lloraba y temblaba, estaba destruida.

Salió de la habitación antes de derrumbarse allí dentro, y yo fui detrás de ella, encontrándomela apenas unos pasos más allá, cubierta entre lágrimas, intentando respirar mientras todo su ser se tambaleaba.

—*Carusa*… —susurré, atrapándola entre mis brazos.

Se rompió al instante.

La sujeté fuerte contra mi pecho, acariciándole el cabello mientras notaba cómo se aferraba a mí igual que cuando era pequeña y tenía miedo de las tormentas.

—Ya está… —susurré, cerrando los ojos con fuerza—. Ya pasó…

Pero era mentira, porque aquello no iba a pasar jamás. Ese maldito recuerdo permanecería en lo más profundo de su memoria para siempre.

Escuché pasos acercándose poco después.

Alexei.

Mi cuñado llegó rápido hasta nosotros, y en cuanto Elisa lo vio, se lanzó a sus brazos para que él la sostuviera con esa firmeza que solo él podía proporcionarle mientras le murmuraba algo en ruso.

Me aparté despacio, observándolos un instante antes de volver la vista hacia la puerta de los calabozos.

Regresé dentro, sin decir una palabra, dispuesto a sentenciar al hombre que me había criado. Me acerqué con tranquilidad hasta

quedar frente a él otra vez.

—¿Sabes qué eres en realidad? —pregunté en voz baja.

Sus ojos se clavaron en mí.

—Un pobre diablo —sentencié—. Un desgraciado —añadí—. Lo tenías absolutamente todo —continué—. Poder. Dinero. Una mujer que te amaba. Hijos que habrían muerto por ti. —Me coloqué frente a él—. Y, aun así, decidiste destruir lo único que aún te hacía humano —dije con todo el rencor del mundo—. Tu familia.

80

Luca

Cuando salí de los calabozos noté cómo algo en mí no era igual que cuando entré, no solo por haberme enfrentado a mi padre, sino por haber visto a mi hermana de aquella manera, gritándole tan visceral, con ese dolor en los ojos.

Me pasé una mano por el rostro, intentando ordenar el caos que me hervía aún por dentro, a pesar de que sabía que era imposible. Había cosas que no podían recolocarse una vez se rompían, y mi familia llevaba rota demasiado tiempo.

Dante permanecía apoyado contra la pared frente a la puerta, fumando en silencio, con esa expresión suya completamente vacía que siempre aparecía cuando estaba a punto de decir algo que no iba a gustarme.

Alzó la mirada hacia mí nada más verme salir.

—Deberías matarlo ya.

No hubo duda en su voz, ni siquiera una simple vacilación, solo una sentencia fría.

Me detuve frente a él, sosteniéndole la mirada mientras me aflojaba poco a poco el cuello de la camisa. Sentía la seda pegada a la piel, caliente, incómoda, como si incluso aquella prenda estuviera impregnada de toda la mierda que rodeaba a Giovanni.

—¿Y darle una muerte rápida? —cuestioné con una mueca llena de amargura—. No merece algo tan simple.

Dante expulsó el humo despacio.

—No merece tu compasión tampoco.

Solté una risa baja, completamente vacía.

Compasión.

Si supiera lo poco de eso que quedaba dentro de mí. En realidad, pensándolo bien, jamás la había tenido.

Negué sin ganas con la cabeza antes de acercarme un poco más a él.

—No existe compasión alguna, Dante —murmuré—. Solo sufrimiento.

Y lo decía en serio.

Porque por primera vez en toda mi vida no quería matarlo rápido. No deseaba pegarle un disparo limpio, ni darle una ejecución digna. Quería que entendiera exactamente lo que había destruido, arrancarle el control poco a poco, igual que él nos lo había arrancado a nosotros durante años.

El silencio se volvió denso entre ambos hasta que unos pasos rompieron con todo.

—Necesito una copa —comenté al mismo tiempo que me encaminaba hacia el pasillo.

Dante asintió sin demasiadas ganas, y cuando creí que me seguiría, vi como por el rabillo del ojo, aparecía Alessia para hablar con él de algo que no pude escuchar.

Tenía la mente en mil lugares y en ninguno en concreto. Deseaba meterme en la cama, descansar junto a Eve, perderme en ella, que me hiciese olvidar todo en lo que estábamos metidos.

Debería estar acostumbrado a esa mierda, porque mi vida siempre había sido igual de oscura, salpicada de sangre y teñida de un dolor que nunca desaparecía. Pero esta vez era muy diferente. Nunca se trataba de mí, sino de las familias a las que protegíamos, a las que extorsionábamos, incluso con los que acabábamos sin miramientos con tal de cobrarnos una deuda.

Entré en el gran salón, donde la chimenea chisporroteaba con fuerza. Miré el reloj que guardaba en el bolsillo de mi americana y vi que eran pasadas las once y media de la noche. Supuse que por eso mismo no me había cruzado a nadie en el pasillo.

Me llevé la mano al entrecejo, masajeándolo, sintiendo como un incipiente dolor de cabeza comenzaba a tomarlo todo.

—¿Cómo lo llevas? —Oí como me preguntaba Andrei a mi espalda.

Giré, encontrándome con el pequeño de los Romanov junto a la mesa del salón.

—¿Bebes?

Asintió en un ligero movimiento, mientras dejaba sobre la mesa la tableta con la que siempre iba en las manos. Era un obsesionado de su trabajo, sobre todo cuando tenía un propósito, y es que al mismo tiempo que nos ayudaba a dar con mi padre y a proteger a Eve, él continuaba con algo mucho mayor.

Durante el rescate de Marlene, y con la ayuda del padre de ella, consiguió dar con un listado de hombres de poder, empresarios, magnates, políticos y de todo tipo de calaña involucrados como lo estaba mi padre con *La Mort*.

Yo no era un santo, ni siquiera sus hermanos lo eran. Nos movíamos en un mundo donde la oscuridad se lo llevaba todo. El contrabando, la protección y las extorsiones estaban a la orden del día, pero si había algo que me negaba a hacer era mercadear con vidas, igual que lo habían hecho con Eve, Marlene e incluso Elisa.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté.

—Me encantaría poder decirte que de puta madre —respondió con pesar—. Pero lo cierto es que no.

Dejé el vaso con whisky sobre la mesa, empujándolo ligeramente para que se deslizase hasta donde se encontraba Andrei, que no era mucho más lejos de lo que estaba yo.

Con un movimiento de cabeza le insté a que continuase hablando, y a pesar de que era un hombre de pocas palabras, lo hizo.

—Cuando saltó a la luz todo —continuó—, conseguimos colarnos en las noticias de todo el mundo, obviamente hackeando los programas y emitiendo en remoto, ya que intentar que este escándalo saliese a la luz era casi imposible.

—¿Por qué? —Quise saber.

—Hay demasiados peces gordos involucrados —resumió, tomando con cuidado el vaso y llevándosela a la boca.

Saqué un cigarro, el enésimo del día, porque desde que saqué a Eve de casa de *La Mort*, no había hecho más que fumar. Era eso o dejar que la rabia me consumiese por completo y acabase perdiendo los nervios.

—Solo un suicida se atrevería a emitir el contenido de esa lista.

En cierto modo la respuesta era más que obvia, nadie pondría en juego su vida y su carrera para destapar algo tan grande como lo que tenía Andrei entre manos.

Porque no solo había conseguido esa información, el hijo de puta era capaz de encontrar una aguja en un pajar sin siquiera despeinarse ese tupé rubio que siempre llevaba, ahora despeinado. Era un maldito genio, y por suerte lo teníamos de nuestra parte. A pesar de que sabía que no dudaría en entregarnos si algo traspasaba sus líneas rojas.

—¿Pudiste revisar los documentos que te entregué? —preguntó con interés.

Cuando accedí a ayudarlo a sacar a Marlene de las garras de *La Mort*, infiltrándome para así conseguir acercarnos a ella, me ofreció información. Durante semanas la tuve escondida en un cajón del despacho, sin ser capaz de leer lo que se escondía entre sus páginas. No porque quisiera mirar hacia otro lado, sino porque lo que había en ellas iba a hacer que mi vida estallase en mil pedazos.

Evidentemente, acabé mirando.

Un nombre relucía en la portada de la carpeta con letra manuscrita: Giovanni Moretti.

Al principio pensé que todo lo ocurrido con mi hermana no había sido más que una trampa, que le habían obligado a entregarla, que le habían amenazado… Durante mucho tiempo me mentí, creyendo que mi padre jamás sería capaz de algo así.

Cuánto me equivocaba.

Él había sido el artífice de todo, vendiendo a mi hermana con tal de salvarse el culo. Porque al final, sí leí la documentación. Mi padre había estado envuelto en la mayor masacre de toda Sierra Leona.

Casualmente, una milicia de rebeldes atacó Kondara, que apenas aparecía en los mapas. Era una aldea perdida en el norte de Koidu, rodeada de selva húmeda y caminos de barro, uno de esos lugares donde los diamantes valían más que las personas.

Él ordenó violar a decenas de mujeres y niñas, arrancarlas de sus hogares para cargarlas en camiones, mientras los hombres eran asesinados a sangre fría para limpiar una zona de alto paso para traficantes.

Los Moretti no comerciábamos con vidas, al menos eso era lo que siempre había dicho él, y ahora había descubierto que en realidad lo único que quería era seguir haciéndolo él bajo la impunidad de un gobierno al que podía pagar con cuatro cristales.

Apagué el cigarrillo en el cenicero, aplastándolo igual que quería hacerlo con mi padre. No se merecía continuar con vida, no cuando él había jugado con la de tanta gente.

—Por tu expresión entiendo que sí —musitó.

Asentí poco a poco.

—Continuemos con lo de la lista —respondí, aclarándome la garganta.

—No hay nada más —aseguró—. No podemos demostrar la implicación directa de muchos de ellos —explicó—. Hay pagos, conexiones, nombres… pero no pruebas suficientes como para vincular a decenas de hombres de manera oficial.

—No hay pruebas o los jueces no quieren verlas.

—Eso es —suspiró Andrei—. Necesitamos alguien dentro del poder judicial que tenga cojones suficientes como para enfrentarse a toda esta calaña.

Me acabé de un solo sorbo el líquido ambarino que aún quedaba en mi vaso y lo dejé en la mesa con un golpe seco.

—Y si la justicia no hace su trabajo… habrá que cazarlos.

81

Luca

Había pasado una hora desde que subí, dejando a Giovanni solo, una en la que había intentado calmarme, sacarme todo ese dolor que seguía latiendo en mi pecho.

No podía dejar de pensar en mi hermana, en la forma en la que le había gritado a nuestro padre, desgañitándose. Podía notar aún su pena pegada a las paredes del sótano, a mí. Esa decepción que no se iría en años.

Bajé los escalones acompañado de Valentino, mientras el eco de nuestros pasos resonaba como una banda sonora, una que predecía un final abrupto.

Giovanni continuaba atado a la silla metálica en mitad de la habitación, aunque ya no permanecía medio sedado. Esta vez tenía la cabeza alzada, los ojos abiertos y esa expresión arrogante que siempre había llevado adherida a la piel como si creyera que aún controlaba absolutamente todo.

Lo primero que hizo al vernos fue fijarse en Valentino.

Ahí estaba otra vez, esa mirada enfermiza. No era de sorpresa, pero tampoco miedo, sino algo mucho peor. Devoción. Orgullo. Como si incluso después de toda esa mierda que había salido a la luz continuase viendo en él algo suyo.

Apreté la mandíbula mientras me acercaba con calma hasta la mesa de metal donde descansaban varias herramientas. Lo habían dejado todo preparado antes de bajar, porque aquello no iba a ser una conversación tranquila, y mucho menos pacífica.

Saqué una cajetilla de cigarros del bolsillo interior de la americana y extraje uno para tendérselo a Valentino. Él lo sostuvo entre los dedos, sin apartar la vista de Giovnani, y fui yo quien terminó encendiéndoselo. El humo comenzó a elevarse entre ambos mientras el silencio se espesaba.

—Hemos estado teniendo visitas inesperadas —murmuré con clama, apoyándome en la mesa.

Valentino dio una larga calada antes de responder.

—*Il Corvo*.

El nombre cayó sobre la habitación como una sentencia.

Vi cómo algo se tensaba en el rostro de nuestro padre, fue apenas un movimiento en la mandíbula, pero suficiente como para saber que habíamos acertado. Sonreí despacio, sintiendo cómo la rabia comenzaba a hervirme en las venas.

—Así que sí existe…

Giovanni soltó una carcajada ronca, completamente rota por los golpes anteriores, y aquello consiguió que las ganas de arrancarle la piel a tiras aumentaran todavía más.

Me acerqué despacio hasta quedar frente a él, observándolo desde arriba mientras él me sostenía la mirada con ese orgullo podrido que jamás había desaparecido del todo.

Le quité la cinta, provocando que apretase sus ojos del dolor, y tomé unas tenazas metálicas. Las hice girar entre mis dedos, dejando que el sonido del hierro chocando resonase por toda la estancia.

—¿Sabes qué es lo más fascinante de ti? —cuestioné, inclinándome hacia él—. Que incluso ahora sigues creyéndote el hombre más listo de la habitación.

No respondió.

La violencia se rebate con inteligencia. Esa maldita frase me había perseguido toda mi vida, y a pesar de que no dejaba de repetirse en mi mente como un mantra, no permitiría que me frenase.

Le agarré la mano izquierda de golpe, y estampé sus dados contra la mesa metálica antes de aprisionar la uña del índice entre las tenazas.

—Dime quién es *Il Corvo*.

Silencio.

Tiré sin avisar.

El sonido húmedo de la uña desprendiéndose de la carne se mezcló con el gruñido ahogado que se escapó por su garganta mientras intentaba amortiguarlo. La sangre comenzó a deslizarse por

sus dedos, goteando sobre el suelo de cemento mientras su respiración se volvía mucho más pesada.

Y, aun así… sonrió.

Aquello me enfermó.

—De nuevo —bisbiseé casi ido.

Sujeté otro dedo mientras Valentino permanecía inmóvil a mi lado, observando la escena con esa calma peligrosa que solo él tenía. El humo del cigarro seguía escapando entre sus labios, mientras Giovanni apenas se movía frente a ambos.

—¿Quién cojones es? —volví a preguntar, remarcando cada una de las palabras.

Giovanni escupió sangre directamente al suelo antes de alzar la vista hacia mí.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —gruñó con desprecio.

—Sabes que puedo ser mucho peor, *papà* —siseé.

Le estampé un puño contra la cara con tanta fuerza que las patas de la silla chirriaron con violencia contra el suelo. Su cabeza se giró de golpe y escuché el crujido seco de algo rompiéndose. Volví a golpearlo antes siquiera de que pudiera recomponerse, sintiendo cómo mi propia piel se rasgaba.

—¡Habla! —rugí, agarrándolo del cuello de la camisa.

No lo hizo.

Sonreí ladino. Y entonces, saqué mi navaja de mariposa del bolsillo interior de mi americana, la misma que él me había regalado años atrás. La dejé sobre la mesa, al mismo tiempo que me deshacía de la chaqueta y la dejaba bien doblada sobre la silla que quedaba en la esquina de la sala. Me arremangué con cuidado, subiendo la camisa hasta la altura de los codos.

Mi padre.

Estaba a punto de rajarle la maldita cara al hombre que me había dado la vida, y no lo haría por mí. No.

Lo haría por mi madre.

La mujer que le amó sobre todas las cosas, y a la que engañó como si no mereciese nada en el mundo cuando debería haberle entregado su propio corazón cuando solo le ofreció traición.

Llevé el filo de la hoja contra su piel, paseándola poco a poco, hasta que la llevé a su mejilla derecha, la misma en la que mi madre depositaba un beso de noche cada vez que se iba a dormir.

El corazón se me encogió al recordarla, pero volvió a latir con más fuerza por la rabia que me invadió.

Rasgué su piel, al mismo tiempo que sentía cómo apretaba la mandíbula con fuerza, intentando soportar el dolor que le atravesaba. Lo que no sabía era que pensaba encargarme personalmente de que sufriese como el hijo de puta que era.

—Nunca supiste cuándo parar —murmuró mi hermano en voz baja a mi espalda.

Giovanni lo observó con fijeza.

—Nos arruinaste la vida a todos… —añadió—. ¿Alguna vez le contaste a Luca dónde acabo mi madre? —cuestionó con todo el pesar del mundo—. ¡En una puta zanja! —bramó.

Acto seguido, hundió la hoja de un cuchillo en su hombro.

No apartó la mirada de él ni un solo segundo mientras la sangre se abría bajo el filo y la comenzaba a empapar la camiseta gris que vestía. El sonido húmedo del cuchillo atravesándolo consiguió revolverme el estómago incluso a mí, pero Giovanni aguantó. El muy hijo de puta seguía aguantándose.

Valentino giró lentamente la hoja dentro de la herida, arrancándole un gruñido mucho más grave que el anterior.

—¿Quién es *Il Corvo*? —preguntó, esta vez con una frialdad absoluta.

Giovanni levantó apenas la cabeza y soltó una carcajada rota.

Aquello fue peor que cualquier respuesta.

Me acerqué hasta quedar casi pegado a él, respirando el mismo aire cargado de olor a sangre mientras sentía como algo completamente salvaje terminaba de consumir la poca cordura que quedaba dentro de mí.

—Te estoy dando la oportunidad de terminar esto rápido.

Sus ojos brillaron con una oscuridad que supe identificar. Estaba enfermo.

—Voy a salir de aquí antes de lo que crees… —aseguró con rabia.

Valentino apretó con más fuerza en su herida.

—Ah, ¿sí?

Sonrió, mostrándome los dientes llenos de sangre.

—Y cuando lo haga… encontraré a Eve —juró—. Pienso encontrar a esa puta.

El mundo se congeló bajo mis pies.

Noté cómo el corazón comenzaba a latirme con tanta fuerza que dejé de escuchar a Valentino llamarme.

—La abriré en canal —continuó en un susurro cargado de lascivia —. La desangraré igual que a un cerdo.

No recuerdo moverme.

Solo el sonido de la silla cayendo al suelo cuando me abalancé sobre él, fuera de mí. Mis puños impactaron contra su rostro una y otra vez mientras la sangre me salpicaba la cara y los brazos, y Valentino intentaba apartarme sin éxito.

—¡Luca! —Oí de lejos.

Pero yo ya no podía ver nada.

Solo a él

A Eve.

Su cuerpo abierto y cubierto de sangre.

Le agarré del cuello con ambas manos y acerqué mi rostro al suyo, respirando de forma entrecortada mientras sentía como algo animal terminaba de abrirse paso en mí.

—Te arrancaré el corazón —gruñí, ido—. Y me lo comeré crudo delante de ti antes de que puedas siquiera acercarte a ella.

82

Luca

Eran las cuatro de la madrugada y seguía sin poder dormir.

Lo habían hecho a la fuerza. Dante, Alexei, Andrei y Valentino tuvieron que arrancarme literalmente de encima de Giovanni antes de que terminara matándolo allí mismo con las manos desnudas. Aún podía sentir el sabor metálico de su sangre en mi boca, el crujido de sus huesos bajo mis puños y esa voz enfermiza amenazando a Eve como si todavía tuviera derecho siquiera a pronunciar su nombre.

Me había duchado dos veces.

Dos.

Y, aun así, seguía sintiendo la sangre de mi propio padre pegada a la piel.

El agua caliente había resbalado por mi cuerpo durante casi media hora mientras apoyaba las manos contra la pared de mármol, intentando recuperar algo parecido al control, pero era inútil. Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver a Giovanni sonriendo después de amenazarla.

Abrí la puerta del baño con lentitud. Eve dormía sobre la cama, ajena al caos que seguía creciendo bajo ese techo. La tenue luz de la madrugada apenas iluminaba su rostro, sin embargo, me bastó para notar cómo algo dentro de mí se calmaba apenas un poco.

Solo un poco.

Me acerqué despacio hasta sentarme en el borde del sillón que había junto al ventanal, sin apartar la mirada de ella ni un solo segundo. Tenía el cabello extendido sobre la almohada, los labios entreabiertos y esa expresión tranquila que pocas veces conseguía mantener cuando estaba despierta.

Joder…

Parecía imposible que alguien tan pequeña hubiera terminado convirtiéndose en lo único capaz de sostenerme todavía cuerdo.

Tomé el cuaderno que descansaba sobre la mesa auxiliar y lo abrí con cuidado. Hacía años que no dibujaba con calma, probablemente desde que mi madre murió, pero con Eve era distinto. Todo en ella me empujaba a inmortalizarla de alguna manera, como si mi cabeza necesitara asegurarse de que era real.

Deslicé el lápiz sobre el papel con lentitud, trazando primero el contorno de su rostro, después la curva de su delicada nariz, la suavidad de sus labios. La observaba unos segundos y volvía al dibujo, perdido en ella por completo mientras el silencio nos envolvía.

Había dibujado a muchas mujeres antes, paisajes, rostros vacíos, cuerpos perfectos… Pero jamás había dibujado a alguien como la dibujaba a ella.

Porque Eve no era belleza.

Era mi puta obsesión.

Cada línea que hacía sobre el papel solo conseguía recordarme todavía más hasta qué punto me pertenecía ya todo lo que quedaba dentro del pecho.

El sonido de la alarma rompió el silencio de golpe.

Todo mi cuerpo se tensó al instante.

Eve abrió los ojos sobresaltada mientras yo ya me había puesto en pie antes siquiera de pensar. El sonido comenzó a retumbar por todo el *palazzo* igual que una maldita sentencia, haciendo que toda la calma de los últimos minutos desapareciera.

—Luca… —murmuró todavía medio dormida.

Me acerqué hasta ella y sujeté su rostro entre mis manos.

—Quédate aquí —ordené con firmeza—. No abras a nadie.

Vi cómo el miedo cruzaba sus ojos apenas un instante.

—¿Qué ocurre?

—Aún no lo sé —respondí, agarrando la pistola que tenía sobre la cómoda—. Pero no dejes que nadie que no seamos Dante, Valentino o yo entre, ¿entendido?

Esta asintió despacio.

Deposité un beso rápido sobre su frente antes de salir de la habitación dando un golpe. Los pasillos ya comenzaban a llenarse de movimiento, hombres armados cruzando de un lado a otro mientras las luces del *palazzo* terminaban a encenderse por completo.

Me dirigí directamente hacia la habitación de Dante.

La puerta se abrió antes de que pudiera golpearla siquiera.

Y entonces la vi.

Alessia estaba dentro, envuelta apenas en una de las camisetas negras de Dante, con el cabello revuelto y la respiración entrecortada. Sus ojos se clavaron en mí durante un segundo demasiado incómodo antes de que Dante apareciera detrás de ella terminándose de colocar los pantalones.

—No puedes explicarme esto ahora mismo, ¿verdad? —mascullé con una sonrisa amarga.

—Ni de coña —gruñó él, agarrando una pistola de la mesa.

Su expresión cambió un segundo después. La tensión volvió a instaurarse en su rostro mientras se acercaba a mí.

—Han encontrado un cuerpo cerca del perímetro norte.

Sentí como algo se tensaba dentro de mí.

—¿Quién?

Dante sostuvo mi mirada apenas un instante.

—Ricardo.

El nombre cayó como una losa sobre mí.

Fruncí el ceño automáticamente, intentando encajar la información mientras mi cabeza comenzaba a funcionar demasiado rápido.

Ricardo, uno de los hombres de Matteo Costa.

Quien lo hubiera matado sabía lo que estaba haciendo, porque aquello no era una muerte al azar, sino un inicio de algo mucho peor.

83

Luca

El cuerpo de Ricardo seguía tirado en el suelo húmero cuando llegué al perímetro norte. La lluvia fina que había empezado a caer durante la madrugada le empapaba la ropa mientras la sangre se mezclaba con el barro, formando un charco oscuro alrededor de su cabeza.

Tenía la garganta abierta.

Limpia.

Un solo corte.

Me agaché frente a él, sintiendo cómo algo dentro de mí se revolvía. No era rabia, o al menos no todavía, sino algo mucho peor: esa frialdad que aparecía justo antes de que perdiese el control por completo.

Ricardo no era solo uno de mis hombres, era uno de los entregados en el pacto con Matteo Costa, y eso significaba una cosa: problemas.

Problemas muy serios.

—Joder… —masculló Dante detrás de mí mientras observaba el cadáver.

No respondí, porque ambos sabíamos con exactitud lo que implicaba aquello.

Matteo iba a enterarse.

Toda la maldita región se enteraría.

Y cuando un hombre como Matteo Costa descubría que uno de los suyos había aparecido dentro del territorio de otro, las explicaciones importaban una mierda.

Solo importaba la sangre.

Me puse en pie poco a poco, mientras los hombres de alrededor continuaban revisando el perímetro, armados hasta los dientes. Todo el equipo estaba en pie, dispuesto a encontrar a ese hijo de puta. Porque sí, el ambiente olía a tensión, a miedo contenido y a pólvora

húmeda. *Il Corvo*, ese maldito pajarraco había vuelto a adentrarse en nuestro territorio como si nada.

—Llevad el cuerpo dentro —ordené sin apartar la vista de Ricardo —. Y que nadie toque una puta mierda hasta que Andrei lo revise todo.

Dos hombres asintieron enseguida.

Me giré hacia Dante.

—¿Qué cojones hacía aquí fuera solo?

Dante negó despacio, al mismo tiempo que se colocaba junto a mí.

—No iba solo.

Fruncí el ceño, sin comprender lo que acababa de decirme.

—Entonces, ¿dónde está el otro? —cuestioné.

El silencio fue suficiente respuesta.

Perfecto.

Todo iba de puta madre.

Entramos de nuevo en el *palazzo* mientras la alarma seguía resonando de fondo y sentía el cansancio aplastándome hasta los huesos. Andrei estaba en su sitio frente a las cámaras del sistema, revisando imágenes a toda velocidad mientras Alexei hablaba por teléfono en ruso desde el otro extremo de la sala.

Me acerqué directamente a las pantallas.

—Ponme la cámara norte.

Las imágenes comenzaron a avanzar delante de nosotros.

La lluvia, la oscuridad, un movimiento borroso entre los árboles. Se veía a Ricardo caminar con la linterna, de un lado a otro, y luego, todo cambiaba.

—Han manipulado otra vez las cámaras —gruñó Andrei, tecleando con rapidez—. Hay interferencias durante siete minutos.

Siete minutos.

El tiempo suficiente para entrar, matar y desaparecer.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que sentí hasta dolor de cabeza.

—Ese hijo de puta nos está vacilando —comenté.

Me pasé una mano por el rostro, agotado, cansado y al mismo tiempo al borde del colapso sin ser capaz de pensar con claridad.

—Luca… —empezó a decir Dante.

Lo miré y supe al instante que algo iba mal.

Mucho peor.

—¿Qué cojones ha pasado ahora?

Vaciló apenas un segundo.

—Se han llevado a Giovanni —anunció.

Cerré los ojos, cogí una bocanada de aire y suspiré. Negué con la cabeza, me apreté el entrecejo intentando pensar.

—¿Cómo que se lo han llevado?

—Los hombres del sótano están muertos —respondió con la voz tensa—. Cuando bajaron los de relevo, ya no estaba.

Sentí cómo todo comenzaba a darme vueltas.

—No puede haber salido del *palazzo* sin que nadie lo vea. —Negué con la cabeza—. Es que me niego a creer que haya salido él solo después de la paliza.

—Tiene un localizador —anunció Andrei—. Lo colocamos hace dos días por si algo así ocurría.

Eso consiguió que recuperara una mínima parte del control.

Me acerqué de golpe hasta él.

—Encuéntralo.

Andrei asintió de inmediato y empezó a trabajar todavía más rápido mientras múltiples mapas aparecían sobre la pantalla.

Me giré de nuevo hacia Dante y entonces recordé algo, algo que llevaba horas dándome vueltas en la cabeza.

—Has vuelto a hablar con Matteo —anuncié—, a mis espaldas, poniendo en riesgo nuestro pacto.

Dante soltó el aire despacio.

—¿Qué cojones esperabas que hiciera? —replicó sin paciencia—. Han matado a uno de sus hombres dentro de nuestro territorio.

Di un paso hacia él.

—Te dije que no movieras ficha sin mí —le eché en cara.

—¿Qué demonios querías que hiciera? —cuestionó—. Estabas inconsciente, después de que te hubieran dado una paliza y te hubieran pegado un disparo.

Negué.

—A ver ahora cómo cojones le contamos que su primo ha muerto —sentencié.

La cabeza me iba a estallar de todo lo que estaba ocurriendo mientras todo saltaba por los aires demasiado rápido.

La muerte de Ricardo.

Giovanni desaparecido.

Il Corvo entrando y saliendo cuando quería.

Y entonces, algo vino a mi mente: mi hermano.

Cogí la radio y lo llamé:

—Valentino.

Silencio.

Dante me miró extrañado mientras alzaba una ceja.

—Valentino, responde.

Nada.

El pecho se me encogió, me giré hacia Andrei, luego hacia Dante, y él también lo entendió.

—Joder… —masculló.

Volví a intentarlo.

—¡Valentino! —Alcé la voz.

Solo estática.

Me iba a volver loco entre una cosa y otra.

Salí corriendo de la sala, atravesando los pasillos del *palazzo* a toda velocidad mientras sentía a Dante pisándome los talones. El corazón me golpeaba con una fuerza brutal dentro del pecho, porque no, no podía permitirme perderlo otra vez.

No él.

Subí directamente hacia el ala donde se alojaba Valentino. El silencio era extraño, demasiado. Reduje el paso apenas unos metros antes de llegar y entonces la vi, su puerta estaba abierta.

84

Luca

Empujé la puerta de la habitación de Valentino con tanta fuerza que golpeó en la pared de atrás.

El silencio que encontré dentro fue incluso peor que cualquier disparo. Miré a Dante a mi espalda, alcé el arma y comencé a adentrarme en la oscuridad.

La cama estaba completamente deshecha, las sábanas arrancadas a medias y tiradas por el suelo como si hubiese habido un forcejeo. Uno de los cajones del escritorio estaba abierto y volcado, con documentos esparcidos por toda la habitación, mientras el armario estaba abierto de par en par y revuelto de arriba abajo.

El estómago se me encogió. El corazón comenzó a latirme con tanta fuerza que dejé de escuchar el sonido de la alarma.

—Joder… —masculló Dante detrás de mí.

No respondí.

Avancé despacio, observándolo todo con atención mientras intentaba encontrar algo que tuviera sentido dentro de todo aquel caos.

Pero no lo había, solo desastre.

Era como si alguien hubiera entrado buscando algo concreto, o a alguien.

Mi respiración comenzó a volverse más pesada a cada paso que daba.

—Valentino —lo llamé, alzando la voz por encima del ruido.

Nada.

Dante empezó a revisar el escritorio mientras yo avanzaba hacia el interior de la habitación, apartando la ropa y papeles tirados del suelo hasta que algo llamó mi atención.

Una mano.

El mundo se congeló a mis pies durante un segundo.

—¡Joder!

Corrí hacia él.

Valentino estaba tirado junto al lateral de la cama, medio oculto entre el caos, inmóvil, con el rostro lleno de sangre seca y un corte feo atravesándole la sien.

Me arrodillé a su lado como más rápido pude.

—¡Valentino, joder!

Le agarré el rostro con fuerza mientras intentaba despertarlo, pero no reaccionó. Apreté la mandíbula, intentando contener las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Porque sí, a pesar de todo, ese hijo de puta era mi hermano y no estaba dispuesto a perderlo también.

No se movió.

Sentí como el pulso empezaba a golpearme con violencia en las sienes.

—Respira —dijo Dante, agachándose junto a nosotros mientras comprobaba su cuello—. Tiene pulso.

Eso no consiguió tranquilizarme una mierda.

Dante sacó el teléfono de inmediato mientras yo incorporaba poco a poco el cuerpo de Valentino, notando el peso muerto sobre mis brazos.

Tenía marcas en el cuello.

Moratones.

Como si hubieran intentado inmovilizarlo, o mejor dicho ahogarlo.

La rabia volvió a abrirse paso dentro de mí de manera instantánea.

—Vamos, *fratello*… —gruñí, dándole varias palmadas suaves en la cara—. Despierta.

Nada.

Dante empezó a hablar por teléfono apenas unos pasos detrás de nosotros, y puso el altavoz cuando escuchó como descolgaban al otro lado.

—Necesitamos que venga ahora mismo.

La voz del médico se escuchó desde donde estaba.

—¿Sabe qué hora es?

Cerré los ojos un segundo al escucharlo.

Error.

Le quité el teléfono a Dante de entre las manos.

—Sí, lo sé perfectamente —espeté al borde del colapso—. Son las cinco de la mañana y si no vienes ahora mismo, mandaré un par de mis hombres a tu casa para que seas tú quien no vea el reloj marcar las seis, ¿entendido?

Silencio.

Pasos.

—Voy para allá —respondió al final.

Colgué sin añadir nada más y tiré el teléfono sobre la cama.

Volví a colocarme junto a mi hermano, harto de toda la situación.

—Necesitamos despertarlo.

Le di varios golpes suaves en la mejilla mientras Dante le mojaba ligeramente con una toalla empapada de agua fresca.

Nada.

Ni siquiera un maldito gesto.

—¿Qué cojones te han hecho? —murmuré, sintiendo como la rabia me ardía en el pecho.

La puerta se abrió de golpe detrás de nosotros.

—¿Luca?

Eve.

Giré la cabeza hacia ella.

Llevaba puesta una de mis camisetas, quedando demasiado grande para su cuerpo, con el cabello revuelto y los ojos llenos de miedo después de escuchar los gritos.

Su mirada recorrió la habitación entera hasta detenerse en Valentino tirado en el suelo, y palideció. Pude ver el momento exacto en el que su corazón se rompía.

—Dios mío…

Se acercó hacia donde nos encontrábamos con una rapidez que no esperaba, arrodillándose a mi lado sin importarle la sangre ni el caos que nos rodeaba.

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber, tan asustada como lo estaba yo.

—No lo sé.

Y eso era precisamente lo peor.

Porque empezaba a sentir que ya no entendíamos nada en absoluto de lo que estaba ocurriendo dentro de nuestro propio territorio.

Eve llevó la mano hasta el rostro de Valentino, intentando comprobar si reaccionaba mientras Dante permanecía rígido detrás de nosotros, pensando, como si probase a encajar piezas en su mente, y entonces alcé la vista hacia él.

Lo entendí.

Eran demasiadas cosas como para no ser una estrategia de desgaste, como para ser un ataque aislado.

Primero, Ricardo muerto.

Segundo, Giovanni desaparecido.

Y ahora Valentino inconsciente, todo había pasado la misma noche.

—Llama a Matteo.

85

Eve

La media hora que tardó el médico en llegar se me hizo eterna.

Nadie hablaba demasiado dentro de aquella habitación, era como si todos temiéramos que cualquier palabra pudiera terminar rompiendo el poco control que aún quedaba en pie. Valentino seguía inconsciente sobre la cama mientras aún Luca permanecía sentado junto a él, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos entrelazadas frente a su boca.

No se había movido desde que lo habían encontrado, y aquello me preocupaba más que cualquiera de sus explosiones.

Porque Luca en silencio era mucho más peligroso.

El médico apareció acompañado por uno de los hombres de seguridad de Luca, todavía medio dormido, con el cabello desordenado y una expresión de absoluto cabreo que desapareció en el instante en el que vio el estado de Valentino.

—Apartaos.

Dejó el maletín sobre la cama y empezó a revisarlo con rapidez mientras todos permanecíamos alrededor, observando en silencio.

Le abrió un párpado.

Otro.

Comprobó el pulso.

La respiración.

El cuello.

Y entonces frunció el ceño.

—¿Qué? —cuestionó Luca al instante.

El médico movió ligeramente la cabeza de Valentino hacia un lado, dejando visible una pequeña marca rojiza cerca de la yugular.

—Le han inyectado algo aquí.

Sentí cómo el estómago se me encogía.

Luca se puso en pie de inmediato.

—¿Qué cojones significa eso?

—Que lo más probable es que el desmayo no se debía solo al golpe —explicó mientras sacaba una jeringuilla de su maletín—. Tiene una conmoción leve, sí, pero esto… —Señaló la marca—. Esto es otra cosa.

Observé a Dante por el rabillo del ojo. Estaba rígido contra la pared, fumando sin parar mientras seguía cada movimiento del médico con una atención enfermiza.

—¿Va a despertarse? —pregunté sin apartar la vista de Valentino.

El médico asintió.

—Sí. —Preparó la aguja para inyectarle algo en el brazo—. Lo que le hayan administrado parece un sedante fuerte o algún derivado parecido. Necesito analizar la sangre para asegurarme de ello.

Luca apretó la mandíbula.

—¿Está en peligro?

—De momento, creo que no —respondió—. Pero quiero que lo vigiléis durante las próximas horas. Si empeora, si deja de responder o empieza con convulsiones, me llamáis enseguida.

El médico extrajo varios viables de sangre mientras el silencio volvía a llenar la habitación.

Miré a Valentino de nuevo.

—Voy a llevar esto al laboratorio —continuó guardando las muestras dentro de su maletín—. Y en cuanto tenga los resultados os llamo.

Luca apenas asintió, parecía agotado y al límite.

El médico terminó de recoger sus cosas justo cuando Dante recibió una llamada de teléfono. Lo vi apartarse unos pasos mientras escuchaba en silencio, y algo en su expresión cambió al instante.

Se tensó.

Mucho.

Colgó y, acto seguido, posó su mirada en nosotros.

—Ha llegado.

Luca alzó la vista y le dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—¿Quién? —Quise saber sin entender a quién se referían.

—Matteo Costa.

Entonces entendí la magnitud de lo que nos rodeaba. Si los Costa se habían metido en esto era porque de verdad lo que venía era serio.

—Quiere ver el cuerpo de Ricardo —añadió Dante—. Y obviamente, hablar contigo.

Por supuesto que quería hablar.

Uno de sus hombres había aparecido muerto, o al menos eso me había explicado Andrei en el momento en el que me colé en la sala de cámaras cuando aguardábamos al médico.

Luca se puso en pie.

—Voy contigo —dije antes siquiera de pensarlo.

Sus ojos se clavaron en mí al instante.

—Eve…

—No pienso quedarme aquí esperando sin saber qué está pasando —sentencié, sin dejar opción a ningún reproche.

Vi como dudaba apenas un segundo, y después asintió. No porque estuviera convencido, sino porque sabía que la única forma de que me quedara tranquila era acompañándole.

Salimos de la habitación mientras Dante permanecía allí con Valentino. Bajamos las escaleras del *palazzo* envueltos en un silencio extraño y pesado. Le tomé la mano, porque cuanto más nos acercábamos al gran salón, más sentía la tensión enraizándose en mi pecho.

Matteo Costa ya estaba dentro cuando entramos.

Y joder… Entendí de inmediato por qué todos hablaban de él de aquella forma o con esa seriedad.

Era alto, elegante. Podía verlo en su mirada, era la misma que había visto decenas de veces en hombres que querían aparentar ser lo que Costa era. Alguien peligroso de verdad.

Vestía de negro, con un abrigo ajustado a la perfección y esa clase de presencia que no necesitaba alzar la voz para dominar la habitación entera. Tras él había varios hombres, inmóviles, aguardando órdenes.

Matteo alzó la mirada hacia Luca primero; y luego la fijó en mí. Hubo un cambio mínimo, casi imperceptible, pero suficiente como para que pudiera notarlo.

Sus ojos se clavaron de forma directa en mi rostro mientras el silencio se volvía todavía más denso.

—Interesante… —musitó despacio, sin apartar la vista de mí.

86

Eve

El silencio que se instauró en el salón después de aquel «interesante» fue tan denso que hasta el aire pareció volverse más pesado e irrespirable.

Matteo Costa no apartó la vista de mí ni un solo segundo.

No era una mirada vulgar, ni descarada, era peor. La clase de atención que daba alguien acostumbrado a observar antes de atacar, como si estuviera intentando encajarme dentro de una pieza mucho más grande que yo todavía no podía ver.

Luca se tensó a mi lado de inmediato.

Lo sentí incluso antes de tener que mirarlo.

—Matteo —saludó con una frialdad que no quiso disimular.

El italiano dejó que una media sonrisa se dibujase en sus labios antes de avanzar un par de pasos hacia nosotros.

—Luca —le correspondió con una caída de ojos.

Y después volvió a mirarme a mí, de nuevo con ese tinte misterioso.

—Eve.

Me tendió la mano con elegancia.

Dudé apenas un instante antes de aceptar su saludo, más por educación que por confianza, pero el momento en el que nuestros dedos se tocaron, sentí como Matteo tiraba suavemente de mí.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Tanto que apenas pude discernir el momento en el que su mano libre se posaba directamente sobre mi cintura, acercándome apenas unos centímetros más hacia él, mientras esa sonrisa peligrosa seguía instalada en su boca.

Sentí a Luca moverse antes siquiera de tener que verlo aparecer por el rabillo del ojo.

—Vuelve a tocarla así —gruñó de manera gutural, provocando que todo el vello de mi cuerpo se erizase—, y te arrancaré la nuez de un puto mordisco.

Los hombres detrás de Costa reaccionaron al instante, pero él ni se inmutó.

Al contrario, pareció divertirse.

Matteo dejó ir una carcajada seca, y dejó que su mueca se ensanchase.

—Tranquilo, Moretti —murmuró con calma—. Solo estaba saludando a tu mujer.

Luca dijo un paso hacia adelante.

—Y yo te estoy avisando —sentenció.

Dios.

La tensión entre ambos era tan brutal que podía sentirla en todo mi cuerpo. Pero no solo eso, sino que ver la posesividad con la que me había tratado Luca hizo que mi sexo se humedeciese.

Matteo le sostuvo la mirada varios segundos más antes de dejar escapar una risa baja que llenó el ambiente.

Después giró ligeramente la cabeza.

—Será mejor que no sentemos.

Los hombres de Matteo se colocaron junto a la pared más cercana a la salida, armados y en el silencio más absoluto.

Uno de ellos se acercó a la mesa, donde ya estábamos sentándonos.

Domenico Falcone.

No necesitó presentarse para que entendiera quién era.

Había leído sobre él en los papeles de Luca, pero, aun así, tenía esa clase de presencia fría y controlada que solo poseían cierta clase de hombres, esos que estaban acostumbrados a matar sin necesidad de ensuciarse las manos.

Caminó hasta colocarse detrás de Matteo, ocupando su lugar como si de una sombra silenciosa se tratase.

Su mano derecha.

Luca tampoco apartó la vista de él.

—Bonita forma de venir a una reunión —comentó mi italiano—. ¿Esperabas una emboscada?

—Después de encontrar a Ricardo abierto en canal dentro de tu casa… —Matteo ladeó apenas la cabeza, frunciendo los labios—. Digamos que preferí ser precavido.

La temperatura del salón pareció bajar dos grados.

Dante apareció entonces desde el pasillo lateral, todavía con el cigarro entre los dedos y esa expresión agotada que llevaba encima desde hacía días.

Matteo lo observó un instante.

—Tu perro faldero me llamó —comentó mirando a Dante—. Y no, antes de que preguntes, no me dio ninguna información útil.

Luca soltó una risa seca.

—Claro que no —aseguró—. Porque si algo tienes, es olfato —añadió dañino—, pareces un puto perro oliendo la sangre.

Los ojos de Matteo brillaron, y esa mueca ladina volvió a esbozarse en su boca.

—He escuchado rumores —continuó, ignorando la pulla—. Cosas extrañas alrededor de los Moretti, de su líder… Desapariciones, tráfico de chicas… bueno, ya sabes.

Se recostó sobre la silla.

—Y ahora Ricardo.

Tomé la mano de Luca bajo la mesa, y percibí cómo se tensaba.

—No eres más que un puto perro carroñero que espera a ver quién cae primero.

Matteo sonrió, pero esta vez no hubo humor en ello.

—Ten cuidado cómo me hablas.

—¿O qué? —replicó Luca, acercándose también—. ¿Vas a venir a llorarme por un hombre muerto cuando tú y yo sabemos a la perfección en qué clase de mundo vivimos?

Domenico se acercó, igual que lo hizo Dante.

Todo era cuestión de segundos.

La habitación entera estaba en la más pura tensión, llena de armas a punto de ser disparadas, y la respiración de dos capos que se medían frente a frente como si estuvieran a un paso de desatar una guerra.

Entonces lo vi.

El anillo.

Mis piernas cimbrearon.

La mano de Matteo descansaba sobre el respaldo de uno de los sillones, y el sello plateado que llevaba brilló bajo la luz del salón apenas un segundo.

Pero fue suficiente, porque conocía ese maldito símbolo.

Era él.

87

Eve

El mundo pareció quedarse suspendido alrededor de aquel anillo.

No podía apartar la vista de él, del sello plateado, de ese maldito rosetón de seis corazones entrelazados que llevaba días persiguiéndome incluso en sueños.

Sentí cómo el aire empezó a faltarme poco a poco.

Luca seguía rígido a mi lado, preparado para saltarle encima a Matteo al más mínimo movimiento extraño, pero yo apenas podía escuchar nada más allá que no fuera el latido desbocado de mi propio corazón.

Porque conocía ese símbolo, lo había visto y no precisamente en un anillo.

Tragué saliva.

—¿Puedo verlo? —pregunté al final, alzando la vista hacia la de Matteo.

Este arqueó apenas una ceja, claramente sorprendido por mi petición, y durante unos segundos no respondió. Era como si estuviera valorando algo que el resto desconocíamos, hasta que al final extendió poco a poco la mano hacia mí.

Luca reaccionó al instante.

—Eve… —gruñó a mi lado.

Posé una mano sobre su brazo, intentando calmar la tensión brutal que sentía emanar de él.

—Solo un segundo.

No le gustó nada, lo vi en su mandíbula tensa, en esa oscuridad peligrosa que cruzaba su mirada mientras observaba cómo tomaba la mano de Matteo entre las mías.

El metal estaba frío en la parte superior mientras que la inferior se mantenía caliente debido al contacto con la piel. Giré ligeramente

el sello bajo la luz del salón, observándolo con atención a la vez que mi mente reconstruía la imagen una y otra vez.

Il Corvo.

El pulso comenzó a martillearme en las sienes.

—Es imposible… —murmuré casi para mí misma.

Matteo frunció el ceño y entonces reaccioné.

Me separé de golpe, buscando entre los papeles que llevaba doblados dentro de la carpeta que Dante había traído hasta encontrar los bocetos que había hecho de memoria después del ataque.

Mis dedos temblaron al extenderlos sobre la mesa. El dibujo del rosetón apareció frente a todos, y el silencio que cayó después fue brutal.

Costa dejó de moverse, de manera literal. Sus ojos se clavaron sobre el papel mientras toda expresión desaparecía de su rostro, y ahí lo supe.

Él sabía algo.

Luca también lo entendió, solo que él fue demasiado rápido.

—Tú. —Su voz salió helada mientras se levantaba de golpe—. Tú eres ese hijo de puta.

Todo explotó.

Luca agarró a Matteo de la camisa con violencia, haciéndolo levantarse de la silla al tiempo que esta caía hacia atrás con un estruendo seco. Los hombres de Costa reaccionaron al instante, cargando sus armas y quitando los seguros.

Domenico dio un paso al frente, apuntando directamente a Luca, mientras Dante se colocaba entre ambos antes de que aquello terminase en una masacre.

—¡Parad! —rugió Dante—. ¡Que nadie dispare!

La tensión era insoportable.

Notaba cómo el corazón me golpeaba tan fuerte en la boca del estómago que apenas podía respirar con normalidad.

—¡¿Qué cojones estás haciendo?! —bramó Luca sin soltar a Matteo—. ¡Habla!

Matteo no apartó la vista del dibujo, parecía afectado. No asustado ni enfadado, sino algo mucho peor.

Era como si hubiese visto un fantasma.

—Luca, suéltalo —intervine, acercándome despacio.

—Ni de puta coña.

—Por favor, suéltalo.

Vi cómo dudaba apenas un segundo, antes de empujarlo hacia atrás.

Dejé ir un suspiro del aire que había estado conteniendo todo ese tiempo mientras veía cómo Matteo se recolocaba la camisa. Domenico seguía apuntando a todo el mundo como si estuviera esperando una orden que no llegaba.

—Bajad las armas —le instó Costa—. Ese símbolo… —empezó a decir, todavía con la vista fija en el dibujo—. Solo dos personas lo tienen.

El salón quedó en silencio.

Fruncí el ceño, al mismo tiempo que veía cómo se desabrochaba el botón de la manga y se remangó hasta llegar al antebrazo.

Entonces lo mostró.

El mismo rosetón.

Estaba perfectamente tatuado sobre la piel en la parte inferior del brazo. Sentí un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza.

—Mi hermana mayor también lo lleva —continuó con la voz mucho más baja.

Negué de inmediato.

—No… —Tragué saliva—. No era así.

Luca me miró confundido.

—¿Qué quieres decir?

El aire comenzó a volverse cada vez más pesado.

—Lo que vi en la cocina no era un tatuaje —murmuré, sintiendo cómo todo mi ser se tensaba.

—Era una marca de fuego —añadió Dante, leyéndome la mente, por lo que ambos nos miramos.

El color desapareció del rostro de Matteo, sus ojos bajaron de nuevo hasta el dibujo y entonces habló.

—No puede ser.

88

Luca

El silencio que quedó en el salón después de aquel «no puede ser» empezó a pudrirlo todo.

Apreté la mandíbula con fuerza, sintiendo cómo la presión comenzaba a tironear de mis sienes.

La cabeza me iba a dos mil por hora. ¿Había roto nuestro pacto? A pesar de la presencia de mi padre, Matteo y yo teníamos nuestros propios acuerdos, esos que prevalecerían sobre los que había hecho con mi padre.

No dejé de observar a Matteo como si estuviese dispuesto a arrancarle la cabeza allí mismo. Porque si todo aquello apuntaba hacia él, me daba exactamente igual quién cojones fuese, y si desataba una guerra.

Lo mataría.

—Sentaos —nos ordenó Eve.

Sonreí ladino, cómo me ponía verla mandar de aquella manera.

Hicimos lo que nos pidió, no aparté la mirada de él, y decidí sentarme en el lugar que siempre ocupaba en todas las reuniones.

—¿Quién es? —cuestioné al final, rompiendo el silencio.

Matteo seguía mirando el dibujo sobre la mesa.

—Francesca Costa.

Negué despacio.

A Francesca la tenía localizada, al menos de oída, por lo que no me importaba demasiado.

—No es a tu hermana a quien me refiero —le corregí.

Eso consiguió que alzara la vista hacia mí y por primera vez desde que había llegado al *palazzo* vi algo extraño cruzándole el rostro.

La duda.

La desconfianza.

Como si acabara de entender exactamente hacia dónde se dirigía aquella conversación y no le gustara una mierda.

—Entonces di directamente lo que quieres decir, Moretti —gruñó Domenico detrás de él.

Lo ignoré por completo, no sabía si debía acabar de confiar en la mano derecha de Matteo, aunque supuse que era su trabajo, dar por culo igual que lo hacía Dante a mi lado.

—No es tu hermana la que estuvo aquí, ¿verdad?

Matteo negó con la cabeza.

No me gustaba un pelo tener que estar tirándole de la lengua. Una parte de él continuaba resistiéndose a hablar como lo necesitaba.

—Se llama Ruby.

Domenico soltó una carcajada seca cargada de desprecio.

—¿Y Ruby es…?

—Un grano en el culo —respondió la mano derecha de Costa.

—Rebecca Santoro —musitó en voz baja—. Ruby es muchas cosas —murmuró con calma—. Pero desde luego no alguien fácil de olvidar.

Tenía la mirada perdida y la mandíbula apretada con tanta fuerza que creí que se saltaría las muelas en cualquier momento, así que decidí ponerme en pie bajo la atenta mirada de Eve y servir unas copas de whisky, porque algo me decía que íbamos a necesitarlo.

—¿Qué tiene que ver Ruby en todo esto? —preguntó al final.

Puse los ojos en blanco, al mismo tiempo que dejaba las copas sobre la mesa, invitándole a bebérselo. Le di un trago al mío, dejando que el líquido quemase mi garganta hasta descender a mi estómago.

—Tú sabrás qué cojones tiene que ver esa con nosotros y con toda esta puta mierda —respondí cabreado.

Me bebí el líquido ámbar de un solo trago, igual que lo hizo Matteo.

—Hace años trabajó para mí —explicó sin apartar la vista de Eve —. Era buena. Demasiado. —Negó apenas una vez—. Hasta que decidió traicionarme.

—¿Cómo te traicionó? —Quiso saber Eve.

Costa le observó con mala cara, y supe que no quiso responder a esa pregunta, no por privacidad, sino porque le dolía en lo más profundo de su ser, en su maldito ego. Porque sí… al fin y al cabo, Matteo y yo no éramos tan distintos.

—Continua —le insté.

Matteo sacó un cigarro y se lo llevó a la boca, dándole una larga calada para terminar apagándolo sobre el cenicero de cristal que había sobre la mesa.

—Cuéntales la verdad.

Domenico desvió la mirada apenas un segundo, y eso fue suficiente, porque entendí que no había sido una simple ayudante, sino algo que iba mucho más allá.

Volvió a apretar la mandíbula, y segundos después habló.

—Me engañó, y a pesar de todo ella intentó justificarse, y al principio la creí —continuó Marco con la voz helada—. Me había traicionado después de estar toda una vida juntos —añadió con rabia—. Rebecca, mi Ruby… —Pude notar el rencor, la obsesión, esa oscuridad que había llenado su mirada—. Ella me había vendido, y yo decidí que no iba a permitir que jamás olvidase lo que había hecho —aseguró—. Le di mi apellido, la protección de mi familia y hasta mi sangre, así que era el momento de que ella me devolviese todo eso, por lo que la marqué como debía.

—¿Q… qué? —preguntó Eve.

Me tomó la mano, con nerviosismo, la sentí temblar a mi lado, cómo los pensamientos no dejaban de atormentarla, porque no… Ella no pertenecía a este mundo y lo más seguro era que lo que acababa de confesar Matteo le pareciese atroz, pero así era como se pagaban las traiciones en la ‘ndrangheta.

—La marqué a fuego para que nunca se olvidase de a quién pertenecía —sentenció con rudeza—. Ruby era mi mujer.

Sentí como Eve se removía en el asiento, tensa.

—Mi exmujer —corrigió, esta vez mucho más despacio—. Y hasta donde yo sé, está muerta.

89

Luca

La tormenta no daba tregua.

La lluvia golpeaba los enormes ventanales del *palazzo* con una violencia enfermiza, como si el cielo entero estuviera intentando arrancar los cimientos de aquella casa piedra a piedra.

Los truenos retumbaban sobre los acantilados mientras el viento sacudía los olivos del exterior haciéndolos crujir. Y, aun así, el caos dentro de mi casa era mucho peor.

Me serví otra copa de whisky mientras observaba cómo varios de mis hombres ya reforzaban las entradas principales. Después de lo ocurrido con Giovanni y Valentino, ya no me fiaba ni de mi propia sombra.

—La carretera principal está bloqueada —informó uno de los hombres, acercándose a nosotros—. Ha habido un desprendimiento cerca de la curva del acantilado.

Matteo soltó una risa seca desde el sillón que había junto a la chimenea.

—Parece que el universo quiere que me quede un poco más.

Lo miré por encima del vaso antes de darle un trago.

—Considera esto como hospitalidad calabresa.

—Pensaba que los Moretti recibíais a los invitados a tiros —apuntó jocoso.

—Solo a los que me caen mal.

Domenico bufó algo por lo bajo, seguramente insultándome en siciliano, pero lo ignoré por completo.

No tenía paciencia para aguantar a nadie, mucho menos después de todo lo que llevaba a las espaldas.

Pasé gran parte del resto del día encerrado junto a Andrei, revisando movimientos bancarios, llamadas intervenidas,

propiedades y cámaras mientras intentábamos encontrar el rastro de Giovanni. Pero era como perseguir humo.

Y lo peor era que empezaba a comprender que aquello llevaba preparándose desde hacía mucho más tiempo del que creíamos.

—Nada otra vez —gruñó Andrei desde el ordenador—. Los teléfonos están limpios, no hay ni rastro de esa tal Rebecca.

Apreté el entrecejo con dos dedos.

Me dolía la cabeza sobremanera, y lo único que hacía era no dejar de beber y fumar durante todo el maldito día como si eso pudiese ayudarme a estar mejor.

—Tiene que haber algo.

El silencio volvió a instaurarse en la estancia hasta que Alexei apareció con una tableta en sus manos.

—Hemos encontrado algo sobre Rebecca Santoro.

Noté como Matteo se tensaba de inmediato, solo fue un movimiento, un ligero reajuste, pero lo vi. Conocía demasiado bien esa clase de reacciones.

La obsesión reconocía a la obsesión, y yo estaba jodidamente enfermo, igual que lo estaba él.

Alexei dejó varios documentos sobre la mesa junto a la tableta y yo mismo terminé cogiéndolos. Pasando una hoja tras otra, encontrándome únicamente con calles vacías, empresas cerradas y nombres falsos.

Nada útil.

Nada real.

Solo putas pistas que no llevaban a ningún lado.

Hasta que llegué al final, y entonces me encontré con una esquela. Pequeña, simple e incluso fría.

«Que Dios acoja tu alma, porque el demonio ya marcó tu carne».

Rebecca Santoro. 1994-2024

Firmada por únicamente dos iniciales: L.M.

Fruncí el ceño.

—¿LM?

—No hemos conseguido averiguar quién pagó esa esquela —respondió.

Apenas lo escuché, porque mi atención estaba puesta en Matteo, quien parecía haberse quedado sin respiración.

Tenía la vista fija en el papel mientras la mandíbula comenzaba a tensársele, igual que si estuviera conteniendo algo que no deseaba decir.

Y entonces lo entendí.

Ese hombre jamás había creído que la muerte de Ruby fuese real, ni siquiera por un solo segundo. Lo supe por cómo agarró el vaso, por cómo evitaba pestañear, y la manera enfermiza que tenía de mirar el nombre de Rebecca como si le estuvieran arrancando algo del pecho.

Aparté la vista porque por primera vez desde que había llegado al *palazzo* dejé de ver a Matteo Costa como un simple capo.

La tormenta empeoró entrada la noche. El desprendimiento había terminado bloqueando el acceso principal, así que los Costa no podían abandonar Calabria aunque quisieran.

No me molestaba.

De hecho, empezaba a creer que necesitaba a Matteo más cerca de lo que me convenía admitir.

Pasada medianoche, bajé al salón, incapaz de dormir. Eve continuaba descansando arriba, agotada después de todo lo ocurrido, mientras yo llevaba horas sintiendo que el cerebro iba a estallarme en cualquier momento.

Me encontré a Matteo solo frente a la chimenea.

Con una botella a los pies y una copa en la mano.

Pensando.

Destruyéndose en silencio.

Me serví otra copa, como llevaba haciendo todo el maldito día, y tomé asiento junto a él, sin pedir permiso.

—Tienes cara de querer matar a alguien —comenté, intentando quitarle hierro al asunto.

Soltó una carcajada amarga.

—Eso implicaría tener que elegir solo a uno.

El fuego crepitó frente a nosotros.

Le di un trago al whisky antes de hablar.

—¿Qué coño está pasando realmente en Sicilia? —cuestioné.

Matteo permaneció callado unos segundos demasiado largos, para después dejar el vaso sobre la mesa central.

—Todo mi imperio se está yendo a la mierda.

Alcé una ceja.

—Alguien está matando a mis aliados. —Su voz se tornó fría y rasgada—. Han destrozado dos rutas en menos de un mes, interceptado cargamentos enteros y hace tres días quemaron uno de mis laboratorios cerca de Palermo.

Lo observé en silencio, recibiendo esa información.

—También están jodiendo mis envíos de hachís —continuó—. Y lo peor es que quien lo hace conoce mis movimientos antes que mis propios hombres.

Negué con la cabeza, al mismo tiempo que apoyaba la espalda contra el sillón mientras una sonrisa amarga tiraba de la comisura de mis labios.

—Por eso apareciste aquí.

Matteo alzó la mirada.

—¿Perdón?

—No viniste solo por Ricardo —sentencié—. Viniste porque oliste sangre alrededor de los Moretti y querías ver qué podías carroñear antes de que todo saltara por los aires.

El silencio se volvió más espeso, pero me sorprendió el hecho de que Matteo no se ofendiese. Ambos sabíamos que tenía razón.

—Necesitaba respuestas —admitió al final—. Y ahora estoy empezando a pensar que todo apunta al mismo sitio.

Rebecca.

Il Corvo.

La misma maldita persona.

Apreté la mandíbula al escuchar su nombre rondando mi cabeza.

Me acabé el whisky de un solo trago y lo observé con fijeza.

—Hagamos un trato.

Matteo no apartó la mirada de mí.

—Tú me ayudas a solucionar toda la mierda que ha dejado mi padre —murmuré—. Y yo te ayudo a encontrar a esa hija de puta que está metiendo las narices en tu imperio.

90

Luca

La tormenta continuaba golpeando Calabria como si quisiera arrancarla del mapa. El viento silbaba al vibrar contra los ventanales del *palazzo* mientras la lluvia azotaba los acantilados con una violencia enfermiza, y, aun así, nada conseguía opacar el ruido que llevaba dentro de la cabeza desde que mi padre había desaparecido.

Había dormido una mierda.

Me encontraba en el despacho revisando por enésima vez los informes que Andrei había conseguido saca robre Rebecca Santoro cuando el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa.

Dante.

Descolgué al instante.

—¿Tanto te pesan los cojones que no puedes venir hasta aquí?

Dejó ir un bufido que hizo que una sonrisa se esbozase en mi boca.

—¿Qué pasa? —cuestioné yendo al grano, viendo que ni siquiera había una pizca de humor en él.

—Lo hemos localizado.

Todo el cuerpo se me tensó.

Me puse en pie tan rápido de la silla que chirrió contra el suelo.

—¿Dónde? —Quise saber.

—Una casona a las afueras de Reggio —respondió—. Cerca de los acantilados del sur. Parece abandonada, pero tenemos movimiento térmico dentro.

Apreté la mandíbula con fuerza.

Giovanni.

Después de horas persiguiéndolo, intentando localizar el maldito rastreador que llevaba, se habían confiado, y el inhibidor había dejado de funcionar.

Por fin había aparecido, o se había dejado encontrar.

Y eso último no me gustaba una mierda.

Cogí la pistola de la mesa, al mismo tiempo que salía del despacho.

—Quiero a todo el mundo listo en cinco minutos —ordené.

—Ya están en ello.

Colgué sin decir nada más.

El *palazzo* entero comenzó a moverse en cuanto di la orden. Hombres armados comenzaron a cruzar los pasillos cargando munición, radios y chalecos mientras el eco de las botas golpeando el mármol retumbaba por toda la casa.

Andrei apareció el primero.

—Estoy rastreando la zona —informó, sosteniendo la tableta entre las manos—. Hay interferencias alrededor de la finca.

—Perfecto —respondí—, eso significa que está ahí, pero que hay algo que no les está funcionando como debería.

Alexei empezó a repartir armas a varios de los hombres mientas Valentino descendía las escaleras todavía con el rostro marcado por los golpes de la noche anterior.

—Tú te quedas —sentencié nada más verlo.

Valentino ni siquiera redujo el paso.

—Ni de puta coña —me rebatió.

Iba a responderle cuando otra voz habló a mis espaldas.

—Supongo que la fiesta ha empezado.

Matteo.

Apareció junto a Domenico y sus hombres, todos vestidos de negro, como si llevasen toda la vida preparados para enterrar cadáveres.

—Vienes con nosotros —le impuse.

Una sonrisa ladina asomó en su boca.

—Pensaba hacerlo de igual modo.

El ambiente olía a guerra, y lo peor era que una parte de mí llevaba esperando ese momento desde hacía meses. Subí las escaleras dispuesto a buscar mi chaqueta cuando escuché su voz.

—Luca.

Me detuve, giré sobre mis talones y me encontré a Eve, quien me observaba desde el final del pasillo.

Llevaba una sudadera larga que le cubría casi todo el cuerpo, tenía el cabello revuelto y esos ojos verdes clavados en mí como si pudiera ver exactamente todo lo que me ocurría por dentro.

—Necesito hablar contigo.

La tensión en su voz bastó para que algo dentro de mí se encogiese. Asentí despacio y la seguí hasta nuestra habitación mientras el caos continuaba desarrollándose al otro lado de la puerta.

Cuando entramos, Eve cerró, dejando que el silencio nos envolviese.

Me acerqué despacio a ella.

—¿Qué ocurre, ángel? —pregunté.

Vi como tragaba saliva, estaba más nerviosa de lo que quería admitir, todo su cuerpo temblaba, y la forma en la que sus dedos se retorcían me dijeron que algo no andaba como debería. Evitaba mirarme, y entonces sentí miedo. Un miedo demasiado real y peor que cualquier bala.

—Eve… —murmuré, acercándome más a ella, colocando uno de mis dedos bajo su barbilla—. ¿Qué pasa?

Sus ojos subieron por fin hasta los míos, y se rompieron en llanto.

—Eh, *piccola* —susurré al mismo tiempo que pasaba mis dedos por los mechones que caían sobre su rostro—. Tranquila.

—Estoy embarazada.

El mundo dejó de girar bajo nuestros pies. No fue inmediato, fue algo mucho peor, porque durante unos segundos me quedé completamente inmóvil. Intentaba procesar esas dos palabras mientras algo atravesaba mi pecho con una fuerza brutal.

Embarazada.

Eve.

Un bebé.

No. Nuestro bebé.

Abrí la boca, pero las palabras no salieron, agolpándose en mi garganta como si no se atrevieran a ser pronunciadas.

Ella bajó la mirada enseguida, como si mi silencio hubiese confirmado todos sus miedos.

—Sé que no es el mejor momento —susurró—. Y tengo miedo, Luca… muchísimo miedo.

Ahí reaccioné.

Me acerqué más a ella, tomándola por la cintura, instándola a volver a fijar sus ojos en los míos.

—Eh… —Le sujeté el rostro entre las manos—. No me mires así.

Sus ojos ya estaban llenos de lágrimas.

—No sé si sabré hacerlo bien —confesó rota—. No sé si este mundo es lugar para un niño, ni si…

—No sigas.

Mi voz salió mucho más ronca de lo que esperaba, porque el problema jamás había sido ella, sino yo. Toda mi cabeza comenzó a llenarse de imágenes imposibles de controlar: Giovanni, mi infancia, Valentino, las palizas, la sangre… ¿Y si terminaba convirtiéndome en él?

¿Qué coño sabía yo de ser padre cuando apenas estaba aprendiendo a no ser un monstruo por ella? Entonces, a vi a mi madre, la mujer más dulce y bondadosa del mundo, y supe que si tenía parte del desgraciado de mi padre, también la tenía a ella.

—Tengo miedo —admití al final.

Eve frunció el ceño.

—¿De qué? —cuestionó.

Solté una risa baja y amarga, mientras mis manos descendían lentas hasta tomarla por la cintura.

—De parecerme demasiado a él.

El silencio cayó entre ambos, doloroso y tan real que era imposible de ignorar. Eve negó despacio, alzando una de sus manos hasta llegar a mi rostro.

—Jamás serás como Giovanni —juró.

Cerré los ojos un instante, y deseé que ojalá fuese tan simple.

—No lo sabes.

—Claro que lo sé —insistió, acariciando mi mejilla—. Porque tú sí sabes amar, Luca.

Joder.

Esas simples palabras fueron peor que cualquier disparo.

Algo terminó de romperse dentro de mí. Sentí una lágrima recorrer mi rostro al mismo tiempo que mis piernas flaqueaban.

Acabé arrodillado frente a ella, con las manos temblando mientras se alzaban para colocarse sobre su vientre.

Nuestro hijo.

Mi hijo.

Sentí como un enorme nudo se instauraba en mi garganta. Incliné la cabeza despacio y besé su abdomen por encima del jersey, cerrando los ojos mientras una sensación completamente desconocida para mí me atravesaba entero.

No era miedo, o al menos no solo eso. Era algo mucho más grande.

—Nadie os va a tocar —murmuré—. Te lo juro.

Noté cómo los dedos de Eve se enterraban en mi cabello.

—Lo sacaremos adelante juntos.

Asentí poco a poco.

Porque si algo tenía claro en ese momento era que incendiaría el mundo entero antes de permitir que alguien les hiciera daño.

Alcé la vista y, joder… Nunca la había visto tan preciosa. Me había hecho el hombre más feliz del mundo, y ni siquiera era capaz de comprender hasta qué punto había llegado a mi vida para salvarme.

—Eve Moretti —murmuré con una sonrisa cansada, pero con el corazón palpitándome con fuerza.

Sus labios temblaron, me observó con devoción, la misma que yo le profesaba.

—Todavía no soy tu mujer —comentó jocosa.

Me puse en pie poco a poco, sin apartar la mirada de ella.

—Siempre has sido mía —juré al mismo tiempo que, con maña, le quitaba el collar para colocar el anillo en sus dedos—. Cásate conmigo, Eve.

Los ojos le brillaron de una manera que ni siquiera supe cómo describir, era como si la dicha rebosase de ellos.

—Te amo, ángel —susurré contra sus labios.

—Me casaría mil veces contigo, Luca.

La puerta se abrió de golpe antes de que pudiera besarla de nuevo.

Dante apareció empapado por la lluvia, con el arma colgando junto al muslo y la respiración pesada.

—Tenemos que irnos ya.

91

Luca

La tormenta no amainó ni siquiera cuando estábamos en los coches, y la lluvia golpeaba con tanta fuerza que apenas podía ver la carretera.

Los limpiaparabrisas iban de un lado a otro sin descanso mientras la caravana avanzaba entre los acantilados envueltos por la cortina de agua. El cielo rugía sobre nosotros, iluminando por momentos la costa calabresa con destellos blancos que hacían parecer el mundo entero un maldito cementerio.

Y, aun así, el silencio dentro del coche era lo peor.

Conducía con una mano sobre el volante y otra descansando cerca de la pistola, mientras notaba todavía el tacto del anillo sobre los dedos de Eve.

Mi prometida.

Joder…

Todavía no conseguía procesarlo todo.

Giré apenas la cabeza hacia el asiento del copiloto.

Eve permanecía mirando la lluvia a través de la ventanilla, abrazada a mi sudadera negra, al mismo tiempo que sus pensamientos parecían encontrarse a kilómetros de allí. Pero entonces llevó la mano hasta su vientre y algo dentro de mí volvió a encogerse.

Nuestro hijo.

El pecho me dolió.

Porque cuanto más pensaba en ello, más terror sentía.

No por morir, sino por no poder volver junto a ella cuando todo esto acabase.

Los coches de Matteo iban delante de nosotros mientras los de Dante y los Romanov cerraban el perímetro por detrás. Valentino

había insistido tanto en venir que terminó subiéndose al coche de Alexei pese al estado en el que aún se encontraba.

Estaba completamente loco.

Aunque supuse que todos lo estábamos al aceptar un destino como el que nos aguardaba al final de aquel trayecto.

La radio crepitó.

—Estamos llegando —informó Dante desde el otro vehículo.

Observé a Eve apenas un segundo antes de hablar.

—Cuando bajemos, no te separes de Alessia ni de Marlene —le ordené.

Ella giró lentamente el rostro a mí.

—Valentino también se quedará con vosotras.

—Luca…

—No es negociable —sentencié.

Mi tono había salido más duro de lo que pretendía, pero no pensaba correr el riesgo de dejarla sola ni un maldito segundo, y mucho menos ahora. Eve me observó en silencio durante unos segundos y después asintió despacio.

La casona apareció al final entre la lluvia varios minutos más tarde.

Era enorme, oscura y sin aparente señal de actividad.

Permanecía al borde del acantilado, rodeada de cipreses que se movían con violencia bajo el viento mientras las luces de los coches iluminaban apenas parte de la fachada envejecida.

No me gustó nada, porque algo en mi interior me decía que algo no iba a salir bien.

Los motores comenzaron a apagarse uno a uno.

Todos descendimos de los vehículos prácticamente al mismo tiempo mientras la lluvia empapaba la ropa y las armas en cuestión de segundos.

Dante apareció junto a mí, cargando el fusil.

—El equipo ya se está encargando de rodear el perímetro.

Asentí, observando la finca.

No había movimiento, ni guardias, ni luces, ni siquiera perros… No había nada, y eso era precisamente lo que hacía que todo pareciese aún peor.

Matteo se colocó a mi lado mientras Domenico daba órdenes a sus hombres, metros más atrás.

—Huele a trampa —comentó.

—Porque lo más seguro es que lo sea —respondí.

Vi a Valentino acercarse desde el otro coche, todavía pálido por los golpes.

—Dime que no vas a entrar así —gruñí al verlo.

—Dime tú cuándo coño he obedecido una orden tuya.

Solté una risa seca. Seguía hecho polvo y, aun así, continuaba avanzando como si el dolor no existiera. Estaba completamente enfermo.

—Pues ahora necesito que sí que me obedezcas —le pedí—. Quédate con Eve, te necesita.

Su gesto pasó de ser serio a relajarse, aunque sabía que no iba a ser tan fácil de convencer, ya que siempre había sido un terco.

—Por favor —añadí, casi suplicando.

Este asintió, y se marchó junto a mi prometida sin decir nada más, ni siquiera tuvo que rebatirme y eso lo agradecí. Lo último que necesitaba era tener que preocuparme también por su seguridad.

—Solo detecto una señal dentro —informó, frunciendo el ceño—. Y lleva sin moverse varios minutos.

Todo mi cuerpo se tensó.

Giovanni.

Dante alzó la vista hacia la fachada, al mismo tiempo que lazaba su cigarro bien lejos de los coches.

—Está solo.

El viento rugió entre nosotros. Sentí cómo algo oscuro comenzaba a removerse lentamente dentro de mi pecho. Porque Giovanni jamás hacía nada sin motivo, y si estaba solo era porque me estaba esperando.

Eve apareció a mi lado apenas un segundo después. Noté sus dedos aferrándose a los míos, y cuando me volteé a mirarla sentí como el mundo se me venía abajo.

—Ten cuidado —me rogó.

Dios…

No quería dejarla allí ni un solo segundo, pero tampoco podía permitir que entrase conmigo y se pusiera en riesgo de aquella manera. Ya era una locura haberla traído.

La sujeté con mimo del rostro, acariciando su mejilla mientras la lluvia se deslizaba por ambos cuando acercaba mi frente a la suya.

—Ya sabes lo que te he dicho —murmuré—. Y si algo sale mal, Dante te sacará de aquí de inmediato —le informé—. En el *palazzo* tienes una maleta preparada, tienes dinero para vivir toda la vida sin preocupaciones, además de las escrituras de una casa en la toscana —explicarle aquello me dolió en el alma, pude sentir como se me encogía el corazón porque a pesar de todo, existía una posibilidad de que yo no saliera de aquella casa—. Ten a nuestro bebé, olvídate de los Moretti, de la mafia… De todo lo que te hicieron. —La voz se me deshizo como si jamás hubiese estado allí—. Tienes derecho a ser libre y feliz, mi ángel.

—Luca…

—Prométeme que lo harás.

Vi el miedo en sus ojos, el pánico absoluto de dejarme marchar como si nada, pero poco después asintió. Deposité un beso rápido sobre sus labios antes de separarme, y después me giré hacia el resto.

—Cuidadla —les pedí.

Matteo sostuvo mi mirada.

—¿Y Ruby?

Apreté la mandíbula.

—Si aparece… es toda tuya.

El siciliano no respondió, pero vi algo peligroso cruzándole los ojos al escuchar su nombre. Esa maldita obsesión que continuaba latiendo en lo más profundo de su ser. La misma puta enfermedad que me consumía a mí.

Cogí la pistola y avancé hacia la entrada de la casona mientras el resto permanecía detrás, cubriendo todos los ángulos.

Cada paso hacía crujir la madera húmeda bajo mis botas.

El viento golpeó con fuerza la puerta principal cuando la empujé y fue entonces cuando lo sentí: ya no había vuelta atrás.

92

Luca

La puerta se cerró detrás de mí con un golpe seco que resonó por toda la casona igual que una sentencia.

El olor a humedad me aturdió, mezclándose con moho, madera podrida y salitre. El agua se filtraba desde el techo derruido en varios puntos de la estancia, cayendo sobre el suelo mientras el viento silbaba a través de las ventanas rotas.

Aquello parecía una casa abandonada en el fin del mundo, consumida por el tiempo, pero no solo por eso, sino por la maldad que albergaba.

Avancé despacio, sosteniendo el arma con firmeza a la vez que observaba cada rincón, con la linterna encendida para no perder detalle. Mis botas crujían sobre los cristales rotos y trozos de yeso que se habían desprendido. Parte de la escalera principal había colapsado y uno de los enormes candelabros permanecía tirado sobre el suelo, cubierto de polvo y humedad.

No había movimiento, ni un solo sonido además del agua golpeando las paredes y los truenos rugiendo sobre nuestras cabezas.

Apreté la mandíbula, porque algo me decía que aquello no iba nada bien.

Continué avanzando y revisando cada una de las estancias, hasta que di con el salón principal. Alcé el arma, apretando con todas mis fuerzas la empuñadura, como si eso pudiese darme una seguridad extra que parecía haberse quedado en la salida.

Tomé una bocanada de aire, todo se acababa allí.

Entré dando pasos firmes, obligándome a permanecer alerta, hasta que mi mirada se clavó en un punto fijo del que ya no pude escapar.

Allí estaba, sentado junto a la chimenea apagada.

Esperándome.

Mi padre permanecía inmóvil en un sillón antiguo, vestido todavía con la misma ropa ensangrentada con la que había desaparecido del *palazzo*. Tenía un corte atravesándole el rostro, los labios amoratados y uno de los ojos completamente inflamado por la paliza que le había dado.

Y, aun así… sonreía.

Sentí como algo oscuro se revolvía dentro de mi pecho.

—Sabía que entrarías solo —murmuró con calma mientras alzaba apenas la vista—. Siempre te has creído más capaz de lo que eras.

No respondí.

Me limité a apuntarle directamente a la cabeza mientras caminaba despacio entre las sombras de la estancia.

—¿Dónde está *Il Corvo*?

Giovanni soltó una carcajada ronca.

—Ni siquiera has entrado y ya estás pensando en otro hombre —comentó con maldad—. Qué decepción, Luca.

Esta vez quien sonrió fui yo, a sabiendas de que lo único que quería era joderme mentalmente, haciéndome creer que *Il Corvo* era un hombre, cuando conocíamos su identidad.

—Te he hecho una pregunta —rugí.

—Y yo llevo toda la vida esperando a que hagas las correctas.

Dios.

Incluso ahí seguía intentando controlarlo todo.

Me detuve a varios metros de él, sin bajar la pistola ni un segundo. El agua continuaba cayendo desde el techo roto detrás de Givanni, empapando parte del sillón mientras él permanecía tranquilo, como si aquello no fuese una emboscada ni una ejecución pendiente.

Como si aún siguiera siendo el rey de algo, cuando en realidad no era más que el fantasma de lo que una vez fue.

—¿Sabes qué veo cuando te miro? —preguntó, inclinándose adelante—. A mí mismo.

Dejé ir una risa sin una pizca de gracia.

—Ni en mil vidas podrías ser la mitad de hombre que soy yo —aseguré con rabia.

—Claro que sí. —Sus ojos brillaron bajo la penumbra—. La diferencia es que tú todavía intentas engañarte pensando que eres mejor.

Sentí cómo el pulso empezaba a golpearme con fuerza en las sienes, nublándome el entendimiento.

—No tienes ni puta idea de quién soy —le rebatí.

—Te conozco mejor que nadie. —Una mueca de satisfacción se deslizó por sus labios—. Porque te hice con mis propias manos.

El pecho me ardió con fuerza.

Porque él no me había hecho de ninguna de las maneras, me había maltratado, obligado a creer en una filosofía que no existía, a traicionar a cualquiera menos a él… A mi mente vino mi madre, esa sonrisa dulce que siempre tenía, Eve, nuestro bebé, la sangre y los gritos.

Todo se mezclaba en mí como un veneno, uno del que ya no podía escapar.

—Mira hasta dónde has llegado por una mujer —continuó—. Has puesto de rodillas a tu propia organización, traicionado a tu padre, roto pactos y desatado guerras por esa puta.

Di un paso hacia él.

—Ni se te ocurra nombrarla.

—¿Por qué? —Ladeó la cabeza—. ¿Te molesta escuchar la verdad? Porque Eve te convirtió exactamente en lo que yo era con tu madre.

La respiración empezó a volverse pesada.

—La diferencia es que yo sí la amaba.

Aquello me golpeó como un disparo, porque una parte enferma de mí sabía que Giovanni decía aquella barbaridad creyéndola de verdad.

Ese hijo de puta había destruido todo lo que tocó pensando que era amor, y eso era en lo que más miedo me daba convertirme.

—Algún día tendrás un hijo —continuó observándome con atención enfermiza—. Y tarde o temprano entenderás que el amor vuelve débiles a los hombres como nosotros.

El seguro de la pistola sonó bajo mis dedos.

—¡Cállate! —vociferé.

—No podrás protegerlos siempre, Luca. —Su voz se volvió mucho más baja—. Algún día mirarás a ese niño y comprenderás que harías cualquier cosa por conservar el poder suficiente para mantenerlo vivo —continuó—. Exactamente igual que hice yo con vosotros.

—¡No somos iguales!

El grito retumbó por toda la casona.

Giovanni sonrió, y entonces perdí el control.

Me abalancé sobre él con una furia salvaje, estampándolo contra el suelo mientras nos volcábamos con el sillón hacia atrás. Mis puños impactaron contra su cara una y otra vez, sintiendo cómo la sangre volvía a cubrirme las manos mientras toda la rabia acumulada durante años terminaba explotando de golpe.

—¡No vuelvas a compararme contigo! —rugí, golpeándolo otra vez —. ¡Jamás!

Giovanni soltó una carcajada ahogada mientras la sangre le llenaba la boca.

Aquello me enfermó todavía más. Le agarré del cuello de la camisa y lo estampé contra el suelo, a medio pudrir.

—¡Mamá murió amándote! —bramé, iracundo—. ¡Y tú la traicionaste cada puto día de su vida!

Otro golpe.

—¡Vendiste a Elisa por eliminar pruebas de cómo habías masacrado pueblos enteros! —vociferé.

Otro.

—¡Destrozaste a Valentino y lo apartaste de mi vida cuando se quedó solo!

La sangre salpicó mi rostro mientras Giovnani ya ni siquiera intentaba cubrirse.

—¡Condenaste a cientos de mujeres!

Mi respiración se había vuelto agitada, como la de un animal furioso, estaba roto.

Lo agarré del cuello con ambas manos mientras el agua continuaba cayendo sobre nosotros.

—¡Lo destruiste todo!

Giovanni respiró con dificultad bajo mi agarre. Tenía la cara cubierta de sangre, uno de los labios abiertos y los ojos apenas

entrecerrados por los golpes, y, aun así, volvió a sonreír.

—Sigo siendo tu padre.

El silencio me atravesó por completo, lo miré sintiendo cómo algo de mí terminaba de morir para siempre.

Después me incorporé despacio, dejándolo tendido en el suelo, y le apunté directamente en la cabeza.

—No. —Mi voz sonó tensa y fría, como si el caos que tenía en mi interior no existiese—. Tú solo eres un error que pienso borrar esta noche.

Giovanni me sostuvo la mirada desde el suelo. No había miedo en él, solo orgullo, y eso hizo que me diese todavía más asco.

—Tú ya no formas parte de *la nostra Famigghia, papà.*

93

Eve

La lluvia ya me había calado la ropa, y es que a pesar de que me habían repetido en decenas de ocasiones que volviese al furgón, había hecho caso omiso, aguardando alguna señal que no llegaba.

No hubo aviso por radio.

Ni disparos.

Ni movimiento.

Solo un silencio inerte que se me pegaba a los huesos, y aquello me estaba matando.

Permanecía junto a Valentino, quien no se había separado de mí en ningún momento, mojándose a pesar de su estado. El resto de hombres continuaban vigilando el perímetro, armados hasta los dientes.

Matteo Costa fumaba varios metros más allá, quieto bajo la lluvia, con esa mirada furibunda que llevaba desde que habíamos descubierto que Rebecca seguía con vida.

Domenico hablaba por la radio con varios hombres que se apostaban detrás de la casa mientras Dante permanecía cerca de la entrada principal sin apartar la vista de la puerta por la que Luca había desaparecido.

Algo no iba bien.

Podía sentirlo.

El pecho me dolía cada vez más fuerte y el miedo empezaba a cerrarme la garganta poco a poco. Porque Luca llevaba demasiado tiempo dentro y yo ya no sabía distinguir si el temblor de mi cuerpo era por frío o por el terror de perderlo.

Entonces ocurrió.

Un disparo.

Y luego, otro.

Un estruendo que rompió la calma de la noche, y todo explotó al mismo tiempo.

—¡Joder! —vociferó Dante, sacando el arma mientras abría la puerta de golpe.

Los hombres comenzaron a moverse de inmediato, alrededor de la finca, mientras las radios comenzaban a emitir órdenes mezcladas con el sonido de una tormenta que no hacía más que empeorarlo todo. Valentino reaccionó antes incluso de que pudiera pensar, agarrándome del brazo cuando intenté correr detrás de ellos.

—¡Eve, no!

Me solté con un forcejeo.

—¡Luca sigue dentro!

El corazón me golpeaba con tanta fuerza que apenas podía respirar. Vi a Matteo adentrarse junto a Domenico y varios hombres mientras Dante ya subía las escaleras de dos en dos, apuntando directamente al frente.

Y entonces corrí detrás de ellos.

Entré empapada, sintiendo cómo el agua resbalaba por mi rostro mientras el caos se desplegaba frente a nosotros. La casa parecía todavía más aterradora desde dentro, con el viento colándose por las ventanas rotas y el agua cayendo por los trozos de techo destruidos.

—¡Luca! —grité desesperada.

No respondió.

Avancé siguiendo las voces y los pasos hasta llegar al salón principal, y en ese momento, el mundo se detuvo.

Luca estaba en el suelo, el cual ya se teñía de una enorme mancha rojiza que se entremezclaba con el agua de la lluvia que no dejaba de filtrarse, y a su lado yacía Giovanni.

Sentí como algo dentro de mí se rompía.

El corazón se me aceleró de tal manera que sentí como un enorme nudo se creaba en mi garganta. Por un momento dejé de respirar, corriendo en dirección a él sin ser capaz de escuchar nada más a mi alrededor, ni los gritos, ni las armas cargándose, ni siquiera fui capaz de ver a los hombres que ya se movían por la habitación.

Solo podía verle a él.

Pálido.

Herido.

Respirando con dificultad.

Pero eso no fue lo peor. La vi a ella. *Il Corvo.* Rebecca… Ruby permanecía varios metros más allá, apuntando todavía con el arma entre las manos.

Y joder…

Parecía estar completamente ida.

Tenía el cabello empapado pegado al rostro, sangre en la camisa y esa mirada rota, como si llevara demasiado tiempo sobreviviendo dentro de un invierno del que jamás consiguió salir.

Ruby no era una heroína.

Ni una víctima.

Era el producto de algo mucho peor, una obsesión.

Matteo se quedó inmóvil al verla, como si se hubiese quedado en pausa.

Toda la dureza que había llevado encima desapareció de golpe mientras observaba a la mujer que creía haber muerto estando frente a él.

—Ruby… —murmuró como si no pudiese creer lo que veía.

Ella alzó la vista hacia él y por un instante vi algo quebrarse dentro de ambos.

Algo enorme, doloroso e incluso enfermizo.

Pero eso tan solo duró apenas un segundo, ya que Ruby alzó el arma, dispuesta a matar al líder de los Costa. Domenico cargó inmediatamente la suya.

—¡Bájala ahora mismo! —vociferó.

Matteo levantó el brazo, frenándolo, sin apartar la vista de ella, deteniendo a su hombre.

—No dispares.

Ruby respiraba de manera agitada. Sus ojos pasaron de Matteo a Luca y luego a mí.

—¿Por qué? —cuestionó Costa, dando un paso hacia ella bajo la lluvia.

Ruby soltó una risotada vacía.

—Porque era la única forma de sobrevivirte.

Antes de que Matteo pudiera decir nada más, apretó el gatillo y le alcanzó en la pierna, provocando que cayera de rodillas.

—¡Rebecca! —gritó su nombre, dejando que retumbase por toda la estancia, justo antes de que saliese del gran salón.

—¡Joder! —rugió Domenico, corriendo detrás de ella junto a varios hombres.

Matteo permaneció quieto, intentando incorporarse mientras Alessia llegaba hasta él, observando el lugar por el que Ruby había desaparecido, como si acabara de perderla de nuevo.

Pero yo ya no podía pensar en nada de eso. Me dejé caer junto a Luca mientras las lágrimas comenzaban a mezclarse con el agua que caía de mi cabello.

—Eh… eh… mírame —susurré agarrándole la cara entre las manos —. Luca, mírame.

Respiraba con dificultad. Tenía los labios ensangrentados y la mano completamente empapada mientras intentaba contener la sangre de la herida del costado.

—No te atrevas a dejarme —sollocé, rota por completo.

Luca apenas podía abrir los ojos y, aun así, intentó sonreírme.

Dios.

Incluso destrozado continuaba siendo el hombre más hermoso del mundo, el único capaz de tranquilizarme.

—Ángel…

Le sujeté la mano con fuerza mientras sentía cómo todo mi pecho temblaba.

—Va a salir bien, ¿vale? —susurré con la voz estrangulada—. Va a salir bien…

Luca negó una vez, respirando de forma entrecortada, mientras yo no podía dejar de llorar. Después, bajó la vista hacia mi vientre y entonces lo entendí.

—Protégelo… —murmuró ronco—. Pase lo que pase… protege a nuestro bebé.

Epílogo

Eve

Un año más tarde.

El viento seguía golpeando los acantilados de Calabria igual que aquella noche, la diferencia era que ya no sentía miedo al escucharlo.

Me mecí despacio en el banco de hierro forjado que Luca había colocado frente a los jardines del *palazzo* mientras Enzo dormía entre mis brazos, ajeno al mundo. Tenía una de sus pequeñas manos aferrada a mi jersey y el cabello oscuro revuelto por la brisa marina, igual que su padre.

Sonreí sin poder evitarlo.

Porque a veces todavía me costaba creer que después de todo el horror de aquella noche, hubiésemos conseguido llegar hasta allí.

Los últimos meses habían cambiado absolutamente todo.

Giovanni Moretti murió aquella noche en la casona.

Luca había disparado justo después de que Ruby entrase en escena, y aunque durante mucho tiempo creí que aquello lo perseguiría para siempre, la realidad era otra mucho peor: una parte de él llevaba años despidiéndose de su padre incluso antes de matarlo.

Lo enterraron lejos del *palazzo*, sin homenajes, discursos o gloria. Solo tierra cubriendo el cuerpo de un hombre que había destruido todo lo que había tocado.

Tras aquello, Luca cerró gran parte de la casa, alejándose de esos recuerdos, de esa sangre y de los fantasmas del pasado que no dejaban de perseguirlo.

Durante meses, vivimos aislados allí arriba, usando únicamente las habitaciones necesarias, mientras el resto del *palazzo* permanecía

vacío y en silencio, igual que una enorme bestia dormida frente al mar.

Pero no me importó.

Porque él estaba conmigo, y eso era lo único que necesitaba.

Elisa y Alexei regresaron a Moscú poco antes del nacimiento de Damiano. Aún recibía imágenes del pequeñajo, mientras me hablaba de cómo crecía en un enorme palacete que Alexei había comprado para ellos, lejos de la ciudad. Por su parte, Marlene continuaba trabajando en su búsqueda de encontrar la mejor manera de sacar a todas las mujeres con las que se traficaba, pero eso era algo tan grande que tan solo podía actuar de manera local, mientras Andrei continuaba encerrado entre ordenadores y negocios imposibles junto a sus hermanos, mientras adoraba a su mujer.

Todos intentaban reconstruirse a su manera, incluso Valentino. Sobre todo, él. Quien había decidido perderse en el mundo, viajando sin teléfono ni lujos, solo una bolsa y una identidad que le permitiría lo que siempre había querido: ser él mismo sin tener que responder ante nadie.

Levanté la vista hacia los enormes jardines que se extendían frente al acantilado mientras el sonido de las olas rompía varios metros más abajo. Las rosas habían vuelto a crecer cerca del pequeño rincón que perteneció a la madre de Luca, y cada mañana él seguía dejando flores allí sin decir ni una sola palabra, mientras regaba las que aún no había cortado.

A veces el dolor no desaparecía, solo aprendías a convivir con él.

Escuché pasos detrás de mí, y no necesité girarme para saber que era Luca. Pude sentirlo incluso antes de verlo.

Se acercó despacio mientras sostenía una carta entre las manos, y cuando llegó hasta nosotros, depositó un beso suave sobre mi cabeza antes de inclinarse hacia Enzo.

—¿Otra vez dormido? —murmuró con una sonrisa.

—Ha salido a su padre.

Luca dejó escapar una risa baja antes de coger a nuestro hijo entre sus brazos con una delicadeza que todavía conseguía desarmarme.

Dios…

Nunca me cansaría de verle así.

El hombre más peligroso de Calabria sosteniendo a un bebé como si fuese lo único capaz de mantenerle vivo.

Tomó asiento junto a mí mientras Enzo se removía un poco, recolocándose contra su pecho.

—¿Noticias? —pregunté.

La expresión de Luca cambió un poco, se volvió más serio y oscuro. La misma oscuridad que aparecía cada vez que ciertos nombres regresaban a nuestras vidas.

—Matteo.

Sentí cómo el ambiente se tensaba ligeramente, porque sí… el tiempo había pasado, pero algunas historias seguían abiertas.

Luca observó el mar unos segundos antes de hablar.

—Siguen sin encontrarla.

Il Corvo había resultado ser una mujer, y no una cualquiera, sino Rebecca Santoro. Ruby. La expareja de Matteo Costa.

Lo único que sabíamos de ella era que desapareció esa noche igual que un fantasma, y Matteo llevaba un año destruyendo Sicilia para encontrarla, y algo me decía que sería capaz de acabar con el mundo entero con tal de dar con ella, pero esa ya no era nuestra lucha.

Epílogo extra

Matteo

¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

—Mateo 16:26

La botella impactó contra la pared, haciéndose añicos.

El cristal explotó por todo el despacho mientras el whisky resbalaba poco a poco sobre los cuadros y documentos que yacían tirados por el suelo.

Pero no fue suficiente.

Nada lo era.

Me apoyé sobre el escritorio, respirando con dificultad mientras sentía el dolor atravesare la pierna que me hirió, igual que una maldita condena constante. El disparo había cicatrizado hacía meses, pero había prendido algo mucho peor.

La obsesión.

Apreté la mandíbula, observando otra vez las fotografías desperdigadas sobre la mesa.

Rebecca Santoro.

Il Corvo.

Mi Ruby.

La mujer que había desaparecido después de dispararme y volver a destrozarme la vida igual que hizo años atrás.

Un año y medio.

Dieciocho malditos meses persiguiendo sombras, cadáveres y rumores que siempre terminaban llevándome a callejones vacíos.

Nadie desaparecía así.

Nadie.

Y, aun así, ella lo había conseguido, otra vez.

Arranqué otra carpeta de la mesa y la lancé contra la pared, fuera de mí, sintiéndome al borde del colapso.

—Matteo.

La voz de Domenico resonó detrás de la puerta apenas un segundo antes de que entrase sin permiso. Me encontró respirando como un animal salvaje en medio del despacho destrozado, pero ni siquiera se sorprendió. Estaba más que acostumbrado.

—¿Qué cojones quieres? —gruñí.

Domenico sostuvo un sobre entre las manos.

—Ha llegado esto desde Calabria.

Luca.

Lo supe antes incluso de abrirlo. Se lo quité de las manos y desplegué todos los documentos que había dentro. Fotografías. Informes. Nombres. Rutas.

La Mort.

Mi expresión cambió de inmediato.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

Con un ligero movimiento, le incité a que saliera del despacho, y eso hizo. Entonces, cogí una nota manuscrita y me senté frente a mi escritorio.

> *Te prometí que te ayudaría a encontrar a quien estaba jodiendo tus rutas.*
> *Aquí tienes un nuevo hilo del que tirar.*
> -Luca Moretti.

Fruncí el ceño mientras tomaba las imágenes, las fui pasando una a una, sin encontrarle una correlación entre ellas, y cuando llegué al final, el mundo se detuvo.

Una mujer.

Cabello pelirrojo oscuro.

Mirada fría.

Elegante.

Francesca Costa.

Mi hermana.

Si has disfrutado de la historia de Luca Moretti, aprovecho para informarte de que los Romanov también tienen sus propios libros autoconclusivos tan adictivos como ***La obsesión del jefe***



★★★★★ Adictivo, ¡¡no podía parar!!
★★★★★ No podrás vivir sin los Romanov
★★★★★ Me encanta, te engancha desde el minuto 0
★★★★★ Intenso y adictivo
★★★★★ Adictivo y placentero

Y si ya los has leído, pero aún no formas parte de la comunidad exclusiva de ***Las reinas del Clan,*** para no perderte todo lo que está por venir.

Escanea el código con tu móvil

Agradecimientos

A todas mis lectoras valientes…

Gracias por atreveros a volver a entrar en la oscuridad conmigo, por abrirle las puertas a Luca y Eve y quedaros incluso cuando el caos, la obsesión y el peligro empezaron a devorarlo todo. Gracias por mirar a los ojos a personajes rotos, imperfectos y llenos de cicatrices, y aun así decidir caminar a su lado.

A mi Alan, por ser mi refugio incluso en mitad de las tormentas. Gracias por aguantar mis mensajes imposibles a horas absurdas y por seguir siendo la primera persona a la que necesito enseñarle cada historia antes que a nadie. Gracias por ser mi *partner in crime*, una vez más.

A mis Malyshkas, mis Elegidas, mis Tigrítsas, y como no, mis chicas de la LC de Luca.

Gracias por sentir cada historia con una intensidad que me deja sin palabras. Por cada mensaje, cada teoría, cada grito en mayúsculas, cada lágrima, cada ataque de nervios y cada vez que me habéis hecho sentir que esto es mucho más que escribir libros.

Porque Luca y Eve llegaron para arrasarlo todo… pero vosotras habéis sido quienes les habéis dado vida.

Y como no, a todas mis chicas de redes: Juani, Cristina, Maria, Sara, Maria, darksweetlilith, Esmeralda Cerezo, Myskia, Nuri Abal, Vanesa, Edith Díaz, Vanesa Martínez, Eugenia Duarte Montero, Macarena, Isabel Rosa, Luz, Melania, Lidia Moreno, Eva García, Gema Pérez, Cala_1966_, Nieves Lagunas, Sagrario, Montse Cañellas, Marian Sanchez, Morgan, Sonny, Yolanda Gómez, Ascensión Sanchez, Ainoagt, Mariví, Ariadna, Angeles, Kenta, Karol, Lilith_lectora, Cristina S, Brujitaconyta1989, Macarena…

Este libro también os pertenece.

Por estar incluso cuando el camino se vuelve cuesta arriba.

Por quedaros cuando era más fácil marcharse.

Y gracias por seguir saltando al fuego conmigo… aunque sepáis que siempre acaba quemando.

Índice

PRÓLOGO
0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67

68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
Epílogo
Epílogo extra
Agradecimientos
Índice

[1] Querida